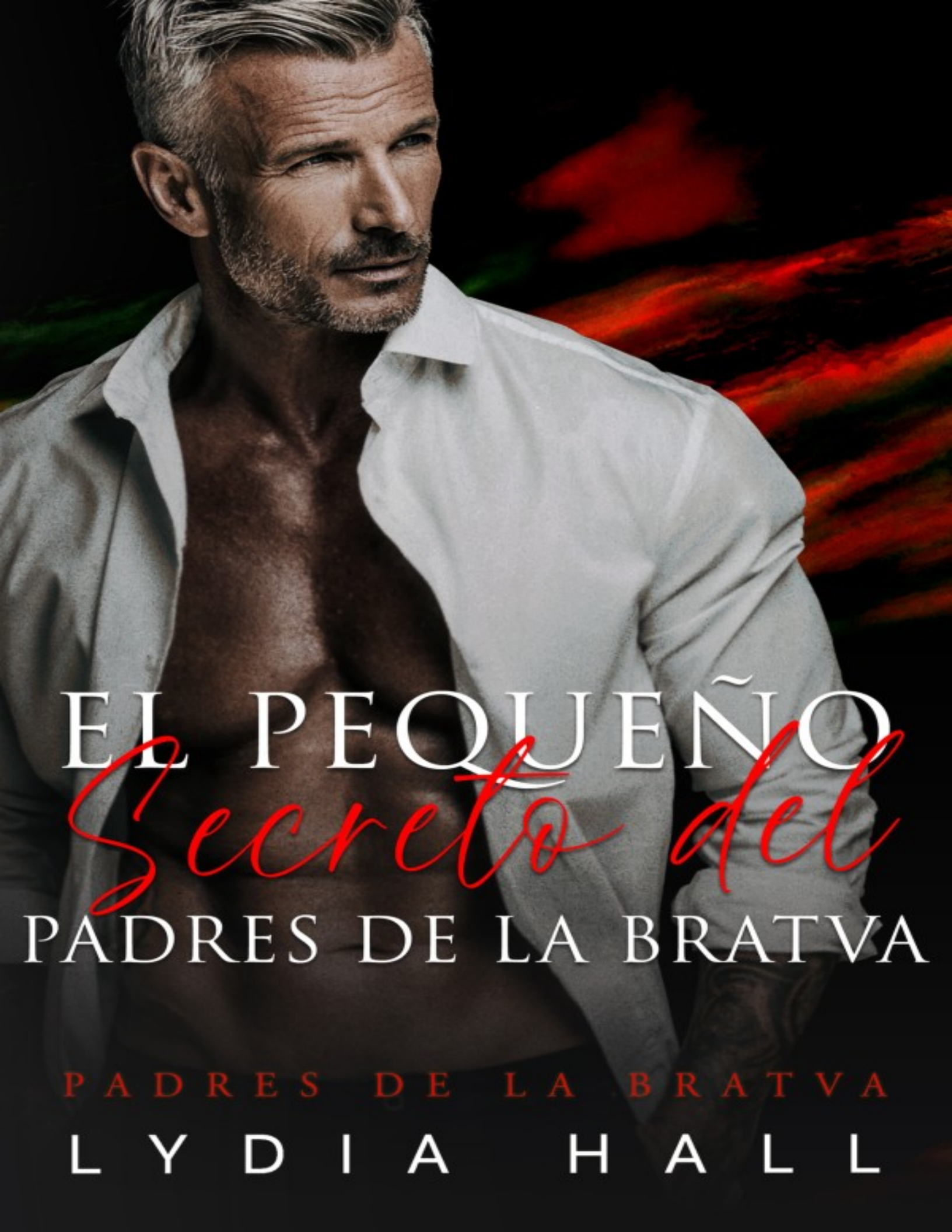


PADRES DE LA BRATVA

LYDIA HALL

EL PEQUEÑO SECRETO DEL PADRE BRATVA

LYDIA HALL

Copyright © 2026 por Lydia Hall

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito de la autora, salvo el uso de breves citas en una reseña.

Maquetado con Vellum

Formateado con Vellum

ÍNDICE

Sinopsis

1. Natalya
2. Anton
3. Natalya
4. Anton
5. Natalya
6. Anton
7. Natalya
8. Anton
9. Natalya
10. Anton
11. Natalya
12. Anton
13. Natalya
14. Anton
15. Natalya
16. Anton
17. Natalya
18. Anton
19. Natalya
20. Anton
21. Natalya
22. Anton
23. Natalya
24. Anton
25. Natalya
26. Anton
27. Natalya
28. Anton
29. Natalya
30. Anton

31. Natalya
32. Epílogo

También por Lydia Hall

SINOPSIS

Nací con *un poder que nunca quise*

y con un padre que nunca me quiso.

Para él, soy **un error.**

Una carga.

Un peón al que controlar.

Entonces *él* regresó—

Anton Romanov.

Veinticuatro años mayor.

Más duro.

Más frío.

Un Pakhan forjado en la guerra y el fuego.

Debería haber apartado la mirada.

Pero en el momento en que sus ojos volvieron a encontrarse con los míos,

algo en mi interior se desató.

Algo temerario.

Algo voraz.

Una noche prohibida en un oscuro club clandestino

destrozó cada regla por la que me había regido.

Su caricia era una orden.

Su boca era el caos.

Y dejé que el hombre que mi padre odia

se convirtiera en el pecado que más anhelo.

Ahora el peligro nos acecha a ambos.

Mi padre me quiere encerrada… *o enterrada.*

Sus enemigos me quieren silenciada para siempre.

Y Anton…

Anton sigue eligiéndome,

incluso cuando podría costarle la corona.

Pero el secreto más profundo que guardo,

el que podría reducir nuestro mundo a cenizas,

sigue siendo solo mío.

Todavía no se lo he dicho.

Estoy esperando un hijo suyo.

Nota de la autora: Un romance de mafiosos apasionado y de alto riesgo con diferencia de edad, una aventura prohibida y un secreto que podría desatar una guerra. Prepárate para enamorarte

perdidamente de un despiadado Papi de la Bratva. Sin final abierto. Final feliz garantizado.

1

NATALYA

—¿Cuánto mide, entonces?

Por poco me atraganto con el té helado. Ilya y yo estamos tumbadas junto a la piscina, a apenas unos pasos de la caseta, en la finca de mi padre—mi nuevo hogar desde que me gradué. El tema del día, como suele ser, es Andrei.

Esto es culpa mía. Ilya fue la primera persona a la que llamé después de perder la virginidad con él la pasada primavera. Desde entonces, mi mejor amiga parece ansiosa por cualquier detalle íntimo de mis encuentros sexuales con él.

—Venga, —insiste Ilya. Se gira de lado para mirarme de frente—. No puedes soltarme que ahora te acuestas con él y ya está, sin ningún detalle más.

—Baja la voz —le susurro, echando una mirada al agua azul e inmóvil de la piscina hasta la puerta trasera de la casa principal—. ¿Sabes lo que me haría mi padre si alguna vez se entera, verdad?

Ilya se encoge de hombros. Sus ojos azules, felinos, se entornan ligeramente al dedicarme una sonrisa socarrona.—No puede ser peor que cómo te trata cualquier otro día.

—No te imaginas cuánto peor puede llegar a ser —murmuro. Me recuesto en la tumbona y me bajo las gafas de sol—. Es un tirano cuando no me ignora por completo.

Miro hacia abajo, a mi bañador. Hoy he escogido el bikini negro. Es sencillo y cubre lo máximo posible para seguir considerándose bikini. Últimamente, la única vez que mi padre repara en mí es cuando estoy medio desnuda de alguna manera. Entonces, de repente, le preocupa mi virtud y quiere que me tape. He tenido que esconder cinco de mis otros bañadores porque decía que enseñaban demasiado.

—Al menos te deja quedarte en casa —dice Ilya—. Leni volvió la semana pasada de las vacaciones de la universidad y sus padres habían convertido su habitación en un gimnasio. Tuvo que alojarse en un hotel todo el tiempo que estuvo aquí.

Leni. Nuestra amiga del instituto, conocida también como la 'previsora', porque cada vez que ella se metía en líos, los padres del barrio nos apretaban aún más las tuercas al resto. Ya he perdido la cuenta de las penitencias que hemos pagado por sus pecados. Suspiro y contesto:—No sé honestamente qué es peor. Yo lidio con un hombre que posee una mansión con cinco dormitorios y aun así me manda a la caseta de la piscina.

—Yo no me quejaría —dice ella entre risas—. Si te devolviera tu antigua habitación, ya sabes que estaría todo el día encima de ti, escuchando tus llamadas. Al menos así podemos hablar sobre la polla de Andrei con cierta intimidad.

Dejo escapar una risa discreta y me acomodo para disfrutar del sol. No planeo quedarme mucho tiempo, pero hace un día precioso y quería broncearme un poco. Soy pelirroja y normalmente estoy tan pálida que parezco luminiscente en la oscuridad. La piel dorada por el sol me sienta mejor.

Además, me encanta pasar el rato con Ilya. Desde la graduación, somos prácticamente inseparables. Durante los años en los que

estuve fuera estudiando, la eché muchísimo de menos. Pensaba que al ir a universidades diferentes, haría nuevas amigas y se olvidaría de mí. Ahora que estoy de vuelta para siempre, todo eso ha quedado atrás. Es como si no hubiera pasado el tiempo y siguiéramos igual que antes.

—Era de buen tamaño, ¿vale? —respondo en voz baja, procurando que mi voz no se propague por encima del agua y llegue a la puerta trasera—. Ni muy grande ni muy pequeño. Normal.

Ilya niega con la cabeza.—Qué pena. Tenía que tocarte uno del montón para el estreno.

Me echo a reír.—No todas tenemos la suerte de estrenarnos con una polla de caballo.

Ella se ríe conmigo y dice:—No es para tanto como lo pintan. Mark era demasiado grande para cualquier mujer.—Se refiere a su ex, Mark Linniman. Era la estrella del equipo de baloncesto y debía medir cerca de dos metros. Tenía unos pies enormes… y, según Ilya, el rabo de un pura sangre.

—No sé qué haría si Andrei fuera tan grande que no pudiera conmigo —digo—. Quiero decir… ¿qué haces, entonces? No puedes simplemente… quedarte tumbada, ¿no?

—Tendría que haberle echado, —dice ella con desgana—. No haberlo aguantado. De verdad, pensé que me había roto algo por dentro. Tuve que llevar compresa varios días después.

Suelto una carcajada.—Imagina que hubieras ido al hospital.

—¡Ay, Dios mío! —exclama—. Me muero. Vamos, que me muero ahí mismo en la cama del hospital. Mis padres tendrían que escribir: "Aquí yace Ilya Azarin. Su coño fue brutalmente asesinado por una polla monstruosa."

Ambas nos echamos a reír hasta casi caernos de las sillas. Al final conseguimos calmarnos, limpiándonos las lágrimas de los ojos. Ilya

pregunta:—Entonces, ¿dirías que Andrei es el definitivo? Quiero decir… es el chico al que por fin le diste el paso después de todo este tiempo.

—Eso creo —respondo—. Es inteligente, viene de buena familia, tiene un futuro prometedor. Es atractivo y está en forma. Tenemos mucho en común.

No la estoy mirando, pero sé que me observa con esos ojos felinos y escépticos.—¿Por qué suena como si intentaras vendérmelo? No necesito que me convenzas.

Me encojo de hombros y miro hacia las nubes que pasan, a través del tinte rosado de mis gafas de sol. —Supongo que solo estoy practicando.

Ilya calla de repente, luego se incorpora con una comprensión total de aquello que no estoy diciendo. —Nat.

—Voy a decírselo —le digo—. Tenía intención de hacerlo.

—Lo sé. Dijiste que sería después de graduarte. De eso hace casi un mes.

Una sensación pesada se instala en mi pecho y se desliza hacia mi estómago. Instintivamente, pongo una mano sobre él. La carne cálida y suave de mi abdomen me ayuda a centrarme un poco. —Ya.

Ilya no responde. Simplemente mira hacia la casa, con una expresión pensativa en los ojos. —Es posible que le caiga bien, ¿sabes? Si es como tú dices, ¿quién no querría un hombre así para su hija?

Es una excelente pregunta, una que yo misma me he estado planteando desde que me di cuenta de que lo de Andrei y yo iba en serio. En la universidad, todos los que le conocieron me decían lo afortunada que era. Andrei quiere ser cirujano y le han aceptado en la mejor facultad de medicina del país. Su familia tiene contactos entre la élite, altos cargos políticos y magnates tecnológicos. Su

linaje es el tipo de sangre con el que la mayoría de los padres soñaría que sus hijas se unieran.

Pero la mayoría de los padres no son Vladimir Petrov. La mayoría de padres no espantan a todos los hombres que sus hijas llevan a casa, sin importar su posición social o económica. Lo peor de todo es que no tengo ni idea de cuál es el problema. Sinceramente, ni siquiera sé qué tipo de hombre lograría satisfacer a mi padre.

—Creo que todo irá bien —dice Ilya—. Quiero decir, los otros chicos que llevaste eran unos pringados sin futuro alguno.

Eso me hace reír. —Lee, la mayoría de los chicos que traje a casa estaban aún en el instituto. ¿Qué se suponía que fueran? ¿Directores generales de sus propias empresas?

Ilya se encoge de hombros. —¿Quizá?

Es ridículo. Mi padre es ridículo. Cuando pienso en todos los chicos que llevé a casa... Jack Galland en primero, Nakia Volkov en segundo, Dmitri Williams también en segundo... Con él fue con quien peor lo pasé, porque era medio negro. Mi padre dejó de hablarme un mes entero. Después de Dmitri, simplemente dejé de llevarlos a casa. Decidí que, si no veía una posibilidad real de que pudiera casarme con alguno, no merecía la pena.

—¿Sabes lo que pienso? —dice Ilya—. Creo que deberías traer a Andrei por respeto, pero pase lo que pase, debes seguir adelante con él. A la mierda tu padre y su opinión. Ya eres una mujer de veintitrés años. Puedes tomar tus propias decisiones—

La puerta trasera se abre de repente y nos hace dar un respingo a las dos. Ilya cierra la boca tan rápido que los dientes le castañetean.

Mi padre aparece en el umbral. Lleva un chándal negro con la cremallera bajada, dejando a la vista el vello canoso sobre los tatuajes del pecho. Su cabeza calva está cubierta de gotas de sudor, una señal inequívoca de que acaba de hacer ejercicio. La barba blanca y perfectamente recortada le brilla como la plata bajo el sol.

Me lanza una mirada fulminante con sus intensos ojos azules, que me atraviesan la cara. —Natalya —dice—. Estoy a punto de entrar en una reunión. Id a poneros algo de ropa. Las dos.

Sin añadir nada más, desaparece dentro de la casa. Suspiro y me incorporo. De todas formas, no pensaba estar aquí fuera mucho más tiempo. —Vamos. Os preparo unas bebidas.

Cogemos nuestras cosas y volvemos a la caseta de la piscina. Dentro, el aire fresco del aire acondicionado nos recibe. Ilya cruza el salón directa al baño. —Total, tenía que ir al baño igualmente —dice mientras desaparece tras la puerta.

La caseta de la piscina es, a todos los efectos, lo más parecido a tener mi propio piso que probablemente tendré jamás. Tiene un pequeño salón con un sofá y una tele de pantalla plana en una de las paredes. La puerta que da a la piscina es corredera y permite ver todo el jardín trasero. Tengo una pequeña cocina con fregadero, fogones y nevera. Y, justo al fondo del pasillo, están mi baño y mi dormitorio.

No es gran cosa, pero es mucho más grande que mi habitación de la casa y muchísimo más grande que mi cuarto en la residencia. Hace que sea bastante fácil olvidar que sigue siendo propiedad de mi padre.

Voy a mi dormitorio a vestirme. Nada más entrar, me veo reflejada en el espejo de cuerpo entero de la puerta. Este bikini negro liso es probablemente el más recatado que tengo, con el que aún puedo conseguir un bronceado decente. No tiene lazos ni lentejuelas. No está cortado demasiado alto en las caderas ni demasiado bajo en el pecho. Es negro, sin más, con unos cordones que lo sujetan a mi cuerpo. Pero aun así, supongo que entiendo por qué mi padre quería que me tapara.

Tengo las caderas y el trasero redondeados, una cintura pequeña y el vientre plano, junto con mis pechos llenos que, aunque este top los cubre totalmente, suelen desbordarse por los lados con otros

bikinis que tengo. Mi piel no está demasiado bronceada. Sigo bastante pálida, o quizá lo parezca al lado de mi largo cabello carmesí. Probablemente sea lo mejor, en realidad. Odio quemarme al sol.

Me doy un repaso rápido y voy a la cómoda para vestirme. Vuelvo a pensar en lo que Ilya decía antes de que nos interrumpieran. Lleva razón. Ya soy adulta. Durante años soñé con el día en que mi padre llegaría a verme así. Así podría entrar y salir de casa a mi antojo. Quizá me trataría de otra forma cuando entrara en una habitación. Quizá por fin se comportaría como un verdadero padre para mí.

Pero no. No estoy ni cerca de conseguirlo. Tengo veintitrés años y no puedo mudarme porque mi padre dice que quedaría mal que trabajase teniendo él 'todo el dinero del mundo'. Es curioso cómo ya no tiene poder para castigarme sin salir, pero sí puede cortarme el grifo. Podría dejarme sin un céntimo... y no tengo ningún motivo para pensar que no lo haría si algún día lograse enfadarle lo suficiente.

Me pongo una camiseta de tirantes y unos pantalones cortos desgastados, y salgo del dormitorio para reunirme con Ilya y tomar algo. Ilya ya está en la cocina, aún con su bañador puesto y de pie ante la puerta abierta del frigorífico.—Tienes que ir a hacer la compra —dice.

—Lo haré. El dormitorio está libre.

—Gracias —responde. Al irse, añade—: Sabes, él nunca dijo que no pudiera ir en bañador por la casa. —Menea sus caderas delgadas y saca la lengua con picardía. Su bañador es rojo intenso y mucho más pequeño que el que yo llevo. Estoy segura de que a mi padre eso le da igual. Solo el hecho de que la haya visto con él puesto significa que probablemente luego me toque escucharle como si la que lo llevaba fuera yo.

—¿Quieres seguir viniendo, verdad?

Ilya pone los ojos en blanco.—Sí, sí. Ahora vuelvo.

Rebusco en los armarios buscando vasos y luego miro si la botella de vodka que siempre guardo en frío sigue en la nevera. Por supuesto, no está.

Es la tercera vez esta semana que mi padre entra en la casita de la piscina y se lleva algo sin mi permiso. Sus jueguecitos empiezan a cansar.

—Tengo que ir corriendo a la casa —le grito a Ilya—. Ahora vuelvo.

—¡Vale! —escucho a lo lejos.

Camino deprisa, descalza, por el borde de la piscina hasta llegar a la puerta trasera de la casa. Dentro, en la cocina de mi padre, oigo voces procedentes de la habitación de al lado. La última vez encontré el vodka en su despacho. Esta vez espero que haya sido lo bastante despistado como para dejarlo en la cocina. Mientras rebusco entre los armarios, un nombre llega a mis oídos y me detengo en seco.

Anton…

Me incorporo lentamente, escuchando. Ese sí que es un nombre que no había oído en *años*. Me deslizo por la cocina hacia la puerta cerrada que da al comedor.

—… vuelve de Moscú —dice alguien en ruso—. Se pensaría que se quedaría allí después de lo que pasó con Maksim.

Ese nombre también lo conozco. Maksim es colega de mi padre. El poco conocimiento que tengo de los negocios de mi padre lo he ido sabiendo a través de puertas entornadas y ventanas mal cerradas toda mi vida. Siendo hija de un Pakhan, es imposible vivir en la ignorancia siempre. Tarde o temprano, de una forma u otra, la verdadera identidad de mi familia tenía que salir a la luz para mí.

Ahora, escucho distraída trozos de planes de vez en cuando cuando me interesa, y esta vez, ha sido el nombre de Anton el que ha

llamado mi atención.

Solo en nuestra Bratva debe de haber al menos diez Antons. En realidad espero que no sea ninguno de ellos. Sólo hay un Anton que me gustaría que fuese. Aguzo el oído.

—¿Qué opinas? —pregunta alguien en ruso—. Ahora tiene un nuevo cargo. No es fácil estar a la altura de Maksim.

—Ya veremos —responde mi padre—. Conozco a Anton. Es ingenioso… pero tiene debilidades que podrían aprovecharse.

Me alejo de la puerta. Quiero escuchar algo más de lo que están hablando, pero siento que ya estoy tentando la suerte, así que me escabullo de nuevo por la cocina y miro en la nevera. Efectivamente, mi botella de vodka está enfriándose en la segunda balda. La cojo y salgo de la cocina a toda prisa.

Cuando vuelvo a la casita de la piscina, Ilya está sentada en mi sofá con el mando en la mano.—Pensaba que podríamos ver ese episodio nuevo de… ¿qué?

Debe de notarse en mi cara. Siento que sí. Tengo las mejillas ardiendo y sonrío como una tonta.—Nada —digo mientras voy a la cocina a preparar nuestras copas.

Ella se levanta y me sigue.—Nat, ¿qué pasa? Tienes cara de haber visto un fantasma.

Suspiro. No va a dejarlo pasar.—Vale, pero prométeme que no me vas a dar la lata con esto.

—No sé qué es "esto". ¿Cómo voy a darte la lata?

—Solo promételo, ¿vale?

Ella vuelve a poner los ojos en blanco.—Está bien. ¿Qué ocurre?

—¿Te acuerdas de mi fiesta de los dieciséis? Cuando todos los amigos de mi padre estaban en la cocina—

Abre la boca asombrada.—¡Dios mío, sí, me acuerdo! —Entrecierra los ojos un instante y después—: ¿Me vas a decir que Anton Romanoff está aquí? ¿Hoy? —Se toca el pelo, que le cae ligeramente ondulado en las puntas, y se lo alisa, mientras se le sonroja la cara.

—No, no. No está aquí… Bueno, aquí *aquí* no. Creo que estuvo un tiempo fuera, en Rusia, pero ahora, al parecer, está de vuelta en la ciudad. —Se le abren mucho los ojos y digo—: Lo prometiste, Lee.

Se tapa la boca y da un chillido ahogado. Niego con la cabeza. Madre mía, debería habérmelo callado.

—Te gustaba *un montón* —dice—. ¿Te imaginas que viniera y te viese ahora, ya hecha toda una mujer?

—¡No me hace ninguna gracia! —respondo riendo—. Tengo novio. ¿Te acuerdas? ¿El señor tan-serio-que-tiene-que-conocer-a-mi-padre?

—Vale, claro. Y seguro que Andrei es un tío estupendo… pero *Anton*—

Le paso el destornillador que acabo de preparar y digo—: Ni una palabra más. Por favor.

Ella suspira y remueve su copa.—De acuerdo. —Las dos damos un sorbo y casi me atraganto. Me he pasado con el vodka en la mía.

—¿Pero tú crees que debería invitarle a salir? —pregunta de repente.

—¿Anton, dices? —me río—. ¿No es como de la edad de tu padre?

—¿No es de la *tuya*?

—Bah, lo que tú digas. ¿Vamos a ver una peli o qué?

Con eso, nos sentamos en el sofá y ponemos una película. Pero no le presto ni la menor atención. No dejo de pensar en Anton Romanoff. Hace años que no le veo, alto, con el pelo rubio oscuro, hombros anchos y unos ojos negros y profundos en los que podrías perderte.

Supongo que es una suerte tener novio.

2

ANTON

—¿Están todos ahí? —le pregunto a Mikki. Me habla por teléfono mientras vuelvo del aeropuerto. Él quería verme allí, pero le dije que aprovechara mejor el tiempo y se asegurase de que todos los brigadiers estuvieran reunidos para mi primer encuentro con ellos.

Se habla de mi posible nombramiento como Pakhan desde que me convertí en brigadier. Probablemente incluso antes. Maksim fue lo más parecido a un padre que he tenido jamás y, siendo un Pakhan sin hijos propios, me trataba como si fuese de su propia sangre.

Me enerva que ya no esté.

No creo ni que su cuerpo se hubiera enfriado aún cuando ya empezaron a notarse las primeras ondas del cambio de mando. En Rusia, tuve que actuar deprisa si quería honrar su voluntad y asumir mi nuevo papel. Por suerte, nuestra Hermana Bratva apoyó mi puesto en la línea sucesoria. Allí, nadie me cuestionó.

Pero aquí en casa ya he empezado a escuchar rumores de sublevación. Mikki me ha mantenido informado, diferenciando a los verdaderos disidentes de quienes solo se dedican a cotillear. Se ha

encargado de quienes ya conocía. Esta noche, pienso ocuparme yo mismo de los que aún quedan.

Carraspea antes de contestarme. —Casi todos están aquí ya —me dice—. Alexei acaba de llamar y ha dicho que está de camino.

—Bien. No tardaré en llegar.

Cuelgo y me recuesto en el asiento, observando cómo desfila la ciudad a mi lado. Solo he estado fuera dos meses. En realidad, no es tiempo suficiente para que nada cambie. Mismos semáforos, mismos edificios, antiguos y nuevos. Este territorio necesitará ajustes, pero eso vendrá más adelante.

Por ahora, lo único que importa es que la muerte de Maksim tenga respuesta y que yo consolide mi lugar legítimo dentro de la Bratva.

El conductor gira por una calle y las avenidas de la ciudad desaparecen. Entro en los tranquilos suburbios a las afueras. Urbanizaciones cerradas y avenidas anchas. Calles oscuras, con farolas amarillas brillando junto a muros de ladrillo. El lugar que ahora debo llamar hogar se encuentra entre estas mansiones. Mi herencia me espera.

Llegamos al portón, grande, de forja, que se alza sobre el coche mientras avanzamos. Cobra vida en cuanto los faros iluminan las barras y se desliza a un lado para dejarnos pasar.

Hay una parte de mí que querría disfrutar algo de lo que se me ha legado. Sin embargo, me resulta impropio. Aunque Maksim quería que tuviera estas hectáreas de terreno y esta mansión con quién sabe cuántos dormitorios, no soy capaz de saborear los frutos de su vida de trabajo. Al menos, todavía no.

Avanzamos por el camino y veo todos los coches aparcados uno al lado del otro en el pequeño aparcamiento, a unos pasos de la puerta principal. Bien. Mi coche se detiene ante la entrada y mi chófer sale para abrirme la puerta.

No he terminado siquiera de salir del coche cuando veo a Mikki bajando las escaleras, mi amigo más cercano y *sovietnik*. Le conozco desde que éramos adolescentes, *vor v zakones*. Me recibe con una sonrisa mientras se acerca.

—Hermano —dice en ruso. Me abraza con firmeza y tengo que reconocer que me reconforta. Puede que sea el primer gesto de bondad genuina que recibo desde la muerte de Maksim.

—Espero que no hayas tenido problemas para entrar —me dice—. Me han contado que en el aeropuerto la seguridad anda muy estricta últimamente.

—No he tenido ningún problema —le respondo. Asiento en dirección a la puerta principal—. ¿Cómo los ves?

—Asustados. —Mikki ríe—. No creo que ninguno de ellos esperara realmente que volvieras, y mucho menos que aceptaras el legado de Maksim. Incluso se rumoreaba que tu liderazgo no iba a ser aceptado allí, ya sabes.

—Ya me lo has dicho. —Respiro hondo y empiezo a subir los escalones. Mikki va a mi lado.

—Todo lo demás está solucionado, por si te interesa —dice—. El alquiler de tu piso está pagado y todas tus cosas han sido traídas aquí. Puedo enseñarte el dormitorio principal después de la reunión.

—Perfecto. —Escucho sus palabras, pero apenas me llegan. Estoy demasiado concentrado en lo que debe suceder en los próximos minutos.

Me conduce hasta la sala de reuniones principal, en la planta baja, pasando el salón, que es del tamaño del vestíbulo de un hotel, y la escalera, lo bastante ancha para que suban diez personas a la vez. Al llegar a la puerta, Mikki me detiene.

—Debes saber —me dice— que nadie aquí ha objetado abiertamente tu posición como Pakhan. Sin embargo, se rumorea que hay algunos

que... tienen sus dudas.

—Qué novedad —digo, con tono ácido—. Si son listos, se guardarán esas dudas para sí mismos. ¿Vamos?

Abre la puerta y la sala de reuniones, donde durante años me he sentado como soldado, aparece ante mí. La misma mesa larga de madera, tallada a mano y traída pieza a pieza por un carpintero de Rusia. Los cuadros al óleo de algún campo en el que nunca he estado y una estantería en la pared trasera repleta de libros, todos leídos por mí. Los techos altos y los dos grandes candelabros que presiden la estancia.

La mesa está ocupada por mis brigadiers, capitanes aguardando a su comandante. Paso junto a ellos, observando sus rostros, uno a uno.

—Caballeros —digo mientras ocupo el lugar de mi mentor a la cabecera de la mesa—. Vayamos al grano.

No me siento. Permanezco de pie en la cabecera, analizando todos sus rostros mientras hablo. Busco cualquier asomo de disidencia en sus ojos. Incluso el mínimo signo de descontento será atajado ahora mismo.

—El Pakhan —digo— ha muerto. Maksim Balakin ya no está entre nosotros y se me ha encomendado liderar como nuevo Pakhan. Antes de que continuemos, si alguno de vosotros tiene algún problema con mi nuevo puesto, este es el momento de decirlo.

La sala se queda en silencio. Cada hombre mira a su alrededor o se ajusta la corbata o los gemelos. Todos esperan al único insensato de la sala.

—No tengo ninguna objeción —oigo desde el lado izquierdo de la mesa—, pero sí tengo preguntas.

Todas las miradas se dirigen a uno de mis brigadieres, Lev Andreev. Sentado a unos asientos de distancia, me observa por encima de sus

gafas de pasta y unas cejas grises y tupidas. Lleva la brigada del sur de la ciudad.

—Tienes preguntas —repito—. Adelante, hazlas.

—Te nombraron Pakhan en Rusia —dice entornando los ojos—. ¿Cómo podemos estar seguros de que lo que has dicho es cierto? Personalmente, creo que fue deseo de Maksim que tú dirigieras esta Bratva. Pero ¿cómo sabemos que se han dado todos los pasos correctos para garantizar tu derecho a ocupar su puesto? ¿Cómo vamos a…?

No le dejo terminar. Rodeo la mesa y, en apenas unos pasos, estoy junto a su silla y paso mi brazo alrededor de su cuello. Forcejea mientras lo levanto del asiento, arrastrándolo hasta el frente de la sala. Es más bajo que yo, menos corpulento. Araña mi antebrazo al notar cómo lo aprieto contra su tráquea. Con un tirón hacia arriba, siento cómo cruje bajo mi piel. Gorgotea y se atraganta, sigue luchando aunque ya no le entra aire.

Lo arrojo al suelo mientras él se arrastra, llevándose las manos a la garganta, la boca abierta, los labios amoratándose. Saco la pistola de la funda y le apunto a la cabeza, disparando una vez a la sien y acabando con su agonía.

El aire está cargado de pólvora mientras yace muerto, desangrándose sobre el suelo de madera. Mikki se levanta y sale de la sala. Vuelve con dos de los soldados que dependen directamente de mí para encargarse del cadáver.

Me apoyo en la mesa mientras arrastran lo que queda de Lev fuera de la sala. Mikki se encarga de dar instrucciones a los hombres en la puerta y luego vuelve a colocarse a mi derecha.

—¿Alguien más tiene preguntas? —pregunto. Nadie contesta—. Bien. Ahora que todos tenemos perfectamente claro el nuevo panorama, pasemos a tratar nuestro primer asunto. Vengar a mi predecesor.

No hay objeciones. Todos permanecen atentos. Mi reinado ha comenzado.



—Vaya forma de presentarte esta noche. Es lo primero que dice Mikki mientras me trae mi copa. Estamos sentados en el salón de esta casa que he heredado. Sofás de piel, una alfombra blanca de piel de oso, una mesa de centro casi enteramente de cristal y una chimenea de ladrillo. Llevo un rato mirando la decoración, debatiendo si me molestará cambiarla aunque no sea precisamente mi estilo.

Mikki se sienta al otro lado del sofá y da un sorbo a su propia copa. — Sabía que Lev estaba tembloroso. Me imaginaba que esta noche acabaría abriendo esa bocaza.

—Y, como siempre, tenías razón —le digo mientras bebo. El whisky sabe bien: suave y dulce. Justo lo que necesito una noche como esta.

—Maksim estaría orgulloso, Anton —dice con naturalidad—. Siempre solía decir que la mejor forma de hacerles ver quién manda es dejarles claro quién manda.

Ambos nos echamos a reír.— Afuera la basura. El único problema es que ahora tendré que ocuparme del territorio de Lev hasta que elijamos a alguien nuevo. Se encargaba de la droga en el sur, ¿verdad?

Mikki asiente.— Y de putas. Tiene un par de clubs de striptease y gestionaba el Firebird Club.

—Eso es. —Solía frecuentar el Firebird. Aunque este último año he bajado el ritmo—. Me pregunto si Magda seguirá allí.

—Sigue —dice Mikki, soltando una risa—. La vieja *blyad* probablemente estará allí toda la vida.

Sonrío en cuanto pienso en Magda. Era una mujer rolliza, con el pelo rizado y rojo brillante, y los pechos más grandes que había visto nunca de niño. Cuando Mikki y yo éramos adolescentes, temíamos que nos pillara. Nos cogía de las orejas y nos arrastraba fuera, gritándonos en Fenya: *"¿Quieres ver tetas? ¡Vuelve y chupa la de tu madre!"*

—Seguro que me echa de menos —digo.

—Entonces deberías ir a verla. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste allí?

Me detengo a pensar—. Probablemente después de que Kat y yo lo dejáramos. Me pasé allí una semana antes de decidir que era mejor dejarlo estar.

Espero que Mikki diga alguna grosería, pero no lo hace. Solo hace girar su copa entre las manos mientras mira pensativo a lo lejos. Nota que le miro y suelta—. ¿Qué pasa?

—¿Y esa cara? —le pregunto.

Se encoge un poco de hombros.— Hace un año que lo dejasteis, Kat y tú. ¿No conociste a nadie en Rusia?

—No andaba buscando. Además, las mujeres que suelo atraer o bien están más interesadas en mi estatus o no tienen el menor interés para mí.

Me lanza una media sonrisa.— No veo que eso importe mucho si solo te las quieres tirar.

—Tampoco he conocido a nadie con quien tuviera ganas de tirarme —le digo—. Una mujer que satisfaga mis necesidades íntimas y me estimule la mente... Empiezo a creer que no existe.

—En fin... —Mikki da otro trago, casi vaciando el vaso—. Hablando de tu ex, debería avisarte de que últimamente está muy ocupada.

Pongo los ojos en blanco. Esa mujer me ha vuelto loco desde que lo dejamos. Pensé que al marcharme a Rusia sin decirle nada, pillaría la indirecta.— ¿Qué ha estado haciendo?

—Sobre todo preguntar por ti —contesta—. Y presumir ante cualquiera que quiera oírla de que, a tu regreso, la convertirás en la reina de la Bratva.

Casi me atraganto con la bebida.— Está loca. Antes me casaría con un perro callejero.

Mikki se echa a reír, pero a mí no me hace ninguna gracia. Kat debería buscarse otro pasatiempo.

—Así que puedo dar por sentado que no tienes intención de volver con ella.

Le lanzo una mirada.— Si alguna vez oyes que regreso con Katerina —le digo—, quiero que vengas y me pegues un tiro en la cabeza, porque ya no estaré en plenas facultades para dirigir esta Bratva.

—Queda apuntado —responde entre risas.

3

NATALYA

Miro la hora mientras me pongo los tacones. En unos cinco minutos, Andrei llegará. Necesito ser la primera en recibirle.

Hace una semana, estaba tumbada junto a la piscina con Ilya, bromeando sobre la reacción de mi padre al conocer a mi novio por primera vez. Por supuesto, ella tenía razón desde el principio. Si Andrei y yo vamos en serio, entonces tengo que arriesgarme y contarle a mi padre sobre él.

Unos días después, reuní el valor para decírselo. Le pillé en su despacho una tarde mientras hablaba de algo con uno de sus hombres. En cuanto aparecí en la puerta, mi padre despidió al hombre y me pidió que entrase.

—Solo quería que supieras —dije— que he conocido a alguien en la universidad.

No hubo absolutamente ninguna reacción en su rostro. Solo me miró con esos ojos azules y fríos como el hielo. —¿Cómo se llama?

—Andrei. Andrei Burgov.

Asintió levemente, con las comisuras de los labios hacia abajo. —Un nombre fuerte. ¿Le conociste en la universidad, dices?

—Sí. —En ese momento sentí la garganta cerrarse y estuve a punto de darme la vuelta y marcharme. *Ya se lo he dicho*, pensé. Lo difícil ya está hecho.

Y justo entonces me di cuenta de que contarle a mi padre no era la parte difícil. Lo complicado iba a ser lo que tenía que decirle después.

—Quiero que le conozcas —le dije—. Para mí sería muy importante poder invitarle a cenar, para que puedas conocerle mejor.

Él se recostó en la silla, con esa mirada de acero recorriéndome de arriba abajo. —Haz los preparativos —dijo—. Yo me haré un hueco.

Me quedé plantada allí, los pies pegados al suelo. Él ladeó la cabeza. —¿Hay algo más?

—Dale una oportunidad —conseguí decir.

—¿Perdona?

—Por favor, papá. Es buena persona. Inteligente, amable y... y buena. De verdad, muy buena, y necesito que le trates bien.

Frunció el ceño y dijo: —Siempre trato bien a tus novios, Natalya. No es culpa mía que te haya dado por elegir hombres débiles.

—No es débil —repliqué—. Es... —Me callé. No tenía sentido discutir eso con él, así que simplemente añadí—: Solo te pido eso, que le des una oportunidad. Es lo único que pido.

Me observó durante unos segundos, luego sonrió. Algo raro de ver. —Vale, Natalya. Le daré una oportunidad.

Ahora estoy aquí, mirándome en el espejo. El vestido negro de cóctel que llevo es sencillo. Digno. Mangas cortas hasta el medio del bíceps, el escote es bajo, pero solo deja ver un pequeño atisbo de

escote, un bonito y aterciopelado estampado de rosas en la cintura y el dobladillo termina justo por encima de la rodilla.

No podría ir más recatada ni aunque llevase el hábito de una monja. Tengo el pelo largo y rojo recogido en un moño elegante y pulcro, y llevo muy poco maquillaje. Con esta luz, el delineador hace que mis ojos parezcan un poco más redondos de lo que en realidad son. Detesto cómo me veo sin él. Sin maquillaje, parezco tener doce años. Mi rostro es ovalado, pero todavía se notan los restos de los mofletes de cuando era niña. Eso, y mis grandes ojos azules de aspecto inocente, son las razones por las que siempre me piden el carné cuando pido una copa en un restaurante.

Menos mal que no soy propensa a las pecas. Eso lo haría aún peor.

Salgo de la casa de la piscina y voy hacia la casa principal, el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. Entro en la cocina y me golpea el cálido aroma de la cena. La cocinera es una de las asociadas de mi padre, Liliana. Es una mujer mayor, de pelo blanco como la nieve y siempre ha sido increíblemente delgada y frágil de aspecto, a pesar de que todas las veces que la he visto estaba comiendo o cocinando. Justo está sacando un asado cuando entro y me lanza una mirada al dejar la bandeja en la encimera.

—Ya estás aquí, *Natashka* —dice mientras cruza la cocina para abrazarme y besarme en la mejilla. Se aparta un poco y observa mi vestido—. Estás preciosa, cariño.

—Gracias. —Miro alrededor de la cocina, sobre todo hacia el pasillo que lleva al despacho de mi padre—. ¿Dónde está mi padre?

—Sigue en el despacho —contesta Liliana mientras vuelve al asado —. Saldrá en cuanto esté la mesa puesta. No te preocupes.

Asiento y miro el reloj de la pared. Ya son las siete y Andrei no ha llegado. Madre mía.

—Acaba de dar las siete —dice Liliana—. No ha llegado tarde todavía. Vendrá, ya verás.

Yo solo asiento. He estado pensando en esperar en el vestíbulo solo para ver las luces del coche cuando se acerque. Pero en vez de eso, me acerco a la ensalada que ha preparado y le cojo un tomatito. —Gracias por cocinar —le digo—. Ya sé que mi padre te paga, pero alguien debería darte las gracias por todo esto.

—No necesito agradecimientos —responde—. Le debo la vida a tu padre. Lo mínimo que puedo hacer es venir a preparar la cena para su familia de vez en cuando.

Suena el timbre y me pongo tensa. El corazón me da un vuelco. —Es él —. Mis piernas se mueven antes de darme cuenta. Llego al vestíbulo justo cuando mi padre abre la puerta.

Mierda. Me obligo a mantener la calma mientras la puerta se abre. Andrei, vestido con un precioso traje azul marino, está al otro lado de la puerta de mi casa. Está guapísimo. Lleva el pelo recién cortado, degradado en los laterales y un poco más largo por arriba, va bien afeitado y muy pulcro.

Se parece al chico que conocí por primera vez en el campus, ese chico dulce con una sonrisa encantadora que tuvo que armarse de valor para hablarme.

—¿El señor Petrov, supongo? —pregunta. Mi padre asiente y se aparta a un lado.

—Adelante, —dice. Da un paso dentro y me ve. Su sonrisa se ensancha. Tomo a Andrei de la mano y le doy un beso en la mejilla.

—Has venido, —le digo. Me giro hacia mi padre, que se ha quedado quieto mirándonos. —Papá, este es Andrei. Andrei, él es Vladimir Petrov, mi padre.

Andrei le tiende la mano a mi padre, que la mira antes de estrechársela. Veo a Andrei hacer una mueca por la fuerza de su apretón. —Encantado de conocerle, señor.—

—Igualmente.—

Se quedan mirando el uno al otro, incómodos, durante un instante, y Andrei dice: —Huele de maravilla. Estoy muerto de hambre.—

Antes de que pueda estar de acuerdo, mi padre dice: —Todavía queda poner la mesa. Natalya, ayuda a Liliana mientras hablo a solas con tu novio.—

Le fulmino con la mirada, dándole mi mejor señal silenciosa para recordarle que sea amable. Apenas me presta atención. —Papá, puedo preparar unas bebidas mientras esperamos…—

—Tonterías, —dice él, y se da la vuelta para empezar a caminar hacia su despacho. —Por aquí, Andrei.—

Andrei me mira con incertidumbre, pero luego suelta mis manos y sigue a mi padre. El estómago me da un vuelco según dobla la esquina.

No importa lo que diga, deberías seguir adelante con él. Eso fue lo que me dijo Ilya, y tiene razón. Sea lo que sea lo que mi padre tenga pensado decirle a Andrei, no voy a dejar que arruine esto.

Voy a la cocina y ayudo a Liliana con la comida y a poner la mesa. Tardamos menos de cinco minutos, quizá, pero se me hacen eternos. No paro de mirar por encima del hombro.

Por fin, mi padre y Andrei regresan. No parece magullado ni como si hubiera estado llorando. De hecho, parece perfectamente bien. Se acerca a mí y me saluda con un beso en la mejilla antes de fijarse en lo que hay servido. —Tiene una pinta estupenda.—

Nos sentamos a la mesa, Andrei a mi lado y mi padre en la cabecera. Me muero de ganas de saber qué ha pasado en el despacho. Ojalá Andrei me lo cuente cuando todo esto termine.

—Bueno, Natalya se ha olvidado de mencionar qué estudias en la universidad, —dice mi padre mientras nos servimos.

—Estoy en la facultad de medicina, —contesta. —Quiero ser cirujano torácico.—

Él asiente. —Para eso hay que tener buenas manos. Cuídalas y todo eso.—

Andrei se ríe nervioso. —Sí, supongo que es verdad.—

Ninguna sonrisa en la cara de mi padre. Se corta una loncha de asado y le echa a Andrei una mirada de soslayo. —¿Y eso da para ganarse bien la vida?—

—Sí, —responde. —Pero no lo hago por el dinero. Me interesa la cirugía torácica desde el instituto.—

—¿De verdad? —Mi padre alza las cejas. —¿Así que no tienes ningún interés en el dinero? ¿Cómo piensas mantener a mi hija sin dinero? —

—Papá, —le digo—, no ha dicho que no vaya a ganar dinero. Solo que ese no es su principal motivo.—

—Le he entendido, —dice él, fulminándome con la mirada. —Sé que a la gente le gusta decir que hace las cosas por vocación, pero nadie lo dice de verdad. Este mundo se mueve por el dinero. Creo que lo entiendes, con los lazos familiares que tienes.—

Parpadeo, un poco de pánico me aprieta el estómago. Nunca le conté nada sobre la familia de Andrei.

Andrei también parece incómodo. —No estoy seguro de a qué se refiere.—

—Bueno, tu tío es senador, ¿no es así? Si no recuerdo mal, el año pasado le pillaron conduciendo ebrio. Y su mujer. Natalya, quizá no lo sepas, pero la tía de Andrei fue detenida el año pasado por blanqueo de dinero.—

Lo único que puedo hacer es quedarme sentada, pasmada. No me puedo creer que haya buscado información sobre él.

—Mi familia está intentando superar sus problemas, —dice Andrei. —Al fin y al cabo, todas las familias los tienen.—

Mi padre asiente. —Supongo que es cierto. Sin embargo, me pregunto qué clase de persona eres tú si tienes ese tipo de parientes.—

Andrei simplemente le sonríe con picardía. —No soy más reflejo de ellos de lo que Natalya lo es de usted o de su familia. Cada uno somos responsables de nosotros mismos.—

No sé si esa es una buena respuesta o no. Mi padre ha vuelto a centrarse en su plato.

Andrei me coge la mano por debajo de la mesa y la aprieta. Quizá esto sí que funcione después de todo.



PROBABLEMENTE ESTA HAYA SIDO una de las cenas más tensas que he vivido. Estoy ayudando a recoger la mesa mientras mi padre acompaña a Andrei hacia la puerta y mi mente divaga. No dejo de imaginar el peor de los casos.

Ha estado frío con Andrei toda la noche. Cuando le ha hablado, ha sido para criticarle o menospreciarle de alguna forma. Sin embargo, no ha perdido los nervios ni le ha amenazado directamente. Puede que mi padre solo le estuviera poniendo a prueba. Si era así, creo que Andrei ha aprobado con nota. Ha respondido a todos los ataques velados con elegancia y sin perder la compostura.

Pero ha sobrevivido. Y gracias a Dios, porque—

Los gritos me llaman la atención. Me quedo helada, platos en mano, al oír cómo las voces discuten por toda la casa. —¿Pero qué pasa ahora? —dice Liliana. Dejo la pila de platos y sigo el ruido.

Llego corriendo al recibidor justo cuando mi padre está empotrando a Andrei contra la pared. —¿Sabes quién soy? —gruñe. —Debería partirte el cuello…—

—¡Papá! —grito. —¡Para!—

Le empotra de nuevo contra la pared. —¿Crees que puedes entrar en mi casa y amenazarme?—

Agarro a mi padre por los hombros y lo tiro hacia atrás. —¡Para esto! ¡Por favor!

Suelta a Andrei, que se tambalea alejándose de él, sujetándose la parte trasera de la cabeza con una mano y la pared con la otra. Corro hacia él, poniéndome entre los dos. —¿Pero qué demonios estás haciendo? —le grito a mi padre.

—Me acaba de amenazar —dice mi padre.

—Le he dicho que creía que podría conocer a algún miembro de mi familia —dice Andrei—. Y ha perdido completamente los papeles conmigo.

Tomo a Andrei del brazo y lo conduzco hacia la puerta. —Lo siento muchísimo —le digo—. Déjame acompañarte fuera.

Le lanzo a mi padre una mirada acusadora mientras me alejo con Andrei. Dios, qué puto animal.

—Lo siento mucho —le repito en cuanto salimos fuera—. No sé qué le ha pasado. —Él retira su brazo de mi mano.

—No, lo siento yo, Natalya, yo… —me mira, el ceño fruncido—. Mira, tengo que ser sincero contigo. Sé quién es tu padre.

La piel se me vuelve de hielo. —¿De qué estás hablando?

—Vamos, Natalya.

Sé a qué se refiere. Sé *exactamente* a qué se refiere. Pero si va a elegir ese camino, desde luego no seré yo quien se lo allane. Simplemente le devuelvo la mirada y finalmente él pone los ojos en blanco.

—Me entró la curiosidad después de que me invitaste a cenar —dice —. Has sido tan evasiva con lo de tu familia y solo quería saber por qué tanto misterio.

Oh… no. —¿Qué le has dicho a mi padre?

Él vacila y luego dice: —Es solo que empezó en la cena a hablarme de mi tío—

—Andrei —digo suavemente. No me lo puedo creer.

—Le dije que tenía amigos en el departamento de justicia —dice—. Empezó a hablarme del tiempo que mi tía estuvo en la cárcel y de cómo podría eso afectar a tu reputación si alguna vez nos casáramos… No sé, no estaba pensando.

Me quedo en silencio un momento. Estoy de pie, con la mano en la boca, intentando averiguar cómo voy a convencer a mi padre de que Andrei no es ningún peligro para él. Ni siquiera sé por dónde empezar.

—Pero yo no le *he amenazado* —dice—. Solo… solo le he dicho que conocía a gente. Personas que sabrían perfectamente qué hacer con quien se involucra en actividades delictivas.

—¿Estás loco? —le pregunto—. Sabías quién era mi padre y has insinuado—

—No pensé que me fuera a perder los nervios así —se vuelve a tocar la parte de atrás de la cabeza, con una mueca de dolor—. Creo que me ha provocado una conmoción cerebral.

Suelto un suspiro. —Mira, voy a tener que calmarle esta noche. Será mejor que te vayas directo a casa y te quedes allí hasta que te llame más tarde.

Parpadea mirándome y luego dice: —Te lo agradezco. —Tarda un momento, me observa, el ceño muy fruncido—. Después de esto… quizá… quizá deberíamos dejarlo.

Inclino la cabeza. —¿De qué estás hablando?

Él simplemente me mira y, poco a poco, lo comprendo.

—¿Estás rompiendo conmigo?

—Natalya, cariño, escucha, creo que eres estupenda. De hecho, me pareces increíble. Eres guapa, inteligente y valoro cómo te has esforzado por que esto funcionara, pero… tu padre no es el tipo de hombre con el que yo pueda permitirme estar relacionado.

—Hablas como si te fueras a presentar a presidente. —Noto cómo mi voz se quiebra, herida, mientras se me rompe el corazón—. Vas a ser cirujano. ¿A quién le importa con quién te relaciones si eres bueno en el quirófano?

—Te sorprendería —dice él—. Algo así, si se llega a saber, podría hacer que me prohiban ejercer en hospitales donde quiero trabajar o que me bloqueen la entrada en ciertos círculos. ¿Y si de verdad me hubiera pegado esta noche? Mañana tengo un examen. ¿Cómo demonios explicaría los moratones a mis compañeros?

Siento cómo me suben las lágrimas. No quiero que me vea llorar. —Bien —digo con voz rígida—. Entonces no tendrás que preocuparte por mi llamada.

Me giro y él pregunta: —Espera. Y tu padre, ¿va a venir a por mí?

No le respondo. Vuelvo a entrar en la casa y cierro la puerta tras de mí. Oigo a mi padre en la cocina.

—Natalya.

Me quedo paralizada. No quiero hablar con él. Ni siquiera quiero *mirarle*. Lo ha vuelto a hacer. Ha espantado a otro novio.

—Natalya —me llama, un poco más alto.

Me vuelvo y camino hacia la cocina, deteniéndome en el umbral. Está sentado en la barra, con un vaso de whisky delante. Toma el

vaso y se bebe el contenido de un trago. —Voy a llevar a Liliana a casa. Tú encárgate de los platos.

Le miro fijamente. No recuerdo la última vez que *jamás* me haya pedido hacer los platos. —No —le digo.

Él alza sus ojos fríos hacia mí. —¿Cómo dices?

—Solo te pedí que le dieras una oportunidad —digo—. Nada más. No te he pedido que seas amable ni que le bailes el agua. Solo que le dieras una puta oportunidad—

—Cuida cómo me hablas—

—Y no has podido. ¿Por qué? No entiendo por qué me sigues haciendo esto.

—Es un imbécil —me dice en ruso—. Y no permitiré que mi hija se junte con un imbécil.

—¿Eso es todo? —le digo en inglés—. ¿Esa es tu gran razón? ¿Que es un imbécil? Ni siquiera puedes darme una respuesta medio decente, como 'no es suficiente para ti' o algo así?

Me dedica una mueca de desprecio y dice: —Jamás te diría algo así. La verdad, querida mía, es que tú no eres lo bastante buena para él.

Ojalá me hubiese pegado. Eso habría dolido menos. El dolor en el pecho es como un puñetazo y, por un momento, me falta el aire. Me limito a mirarle, destrozada.

—Eres basura —dice con lentitud, en un inglés perfecto—. Y cualquier hombre al que convenzas para acostarse contigo es un necio. ¿Aún no lo entiendes, *Natashka*?

Aprieto la mandíbula para reprimir las lágrimas y le paso por delante hasta las puertas correderas. —Me voy a la cama. Si quieres los platos limpios, límpialos tú.

Y me marcho. Aguanto el llanto todo el camino hasta la casa de la piscina y, una vez allí, cierro las puertas con llave y me encierro en

mi dormitorio.

Me odia. Dios, siempre lo he sospechado, pero…

Me odia.

4

ANTON

El Firebird está igual que siempre. Es lo primero que pienso nada más cruzar la puerta. El revestimiento metálico de las paredes sigue intacto. El suelo sigue pegajoso en algunos sitios. Las bailarinas en el escenario siguen girando en topless alrededor de las barras y los clientes en Sniffer's Row siguen apoyados, con la mirada vacía, ondeando sus billetes de dólar.

Es una buena noche. Prácticamente todas las mesas están ocupadas y hay una chica sentada en el regazo de al menos un hombre en cada dos mesas.

El camarero me ve al entrar y me asiente con la cabeza. Me acerco.
—¿Está Magda por aquí?

—Está en VIP —dice—. ¿Te traigo algo?

—No, la buscaré yo. Gracias.

Me dirijo hacia el neón que hay encima de la puerta, al fondo del club. El portero que está delante ve quién soy y se aparta para dejarme pasar. Da gusto saber que aquí todos aún se acuerdan de mí.

El pasillo trasero tiene habitaciones con puertas de cristal a ambos lados. Mientras paso, veo que todas las habitaciones están ocupadas con clientes recibiendo dances privados. Qué pena que Lev fuera tan tonto de abrir la boca. Este sitio da dinero.

La puerta al final del pasillo se abre y una mujer robusta y mayor, con una melena de rizos rojos, sale con un cubo y una fregona en la mano. Se detiene al alzar la vista y verme.

—*Tosha* —dice con una amplia sonrisa. Deja el cubo y la fregona a un lado y se acerca a mí con los brazos abiertos. Me inclino y la abrazo con cariño.

—Magda, ¿cómo estás?

—Bien —responde con entusiasmo. Se separa, me observa de arriba abajo—. Tú, en cambio, estás demasiado delgado.

Eso me hace reír. Bajo casi cualquier estándar, soy un hombre corpulento, pecho y brazos musculosos, al menos sesenta centímetros más alto que la mayoría. Y aun así, para Magda, estoy demasiado delgado.

Me aprieta el brazo. —Demasiado músculo —dice—. Te falta grasa para no pasar frío por la noche. —En fenya, añade—: Necesitas unas piernas de mujer grande como las mías rodeándote.

Me río a carcajadas y contesto en el mismo idioma. —Te lo he dicho. Eres demasiada mujer para mí.

—¡Ach! —dice, apartándome de forma juguetona—. Ven. Vamos a charlar en mi despacho.

Me guía por la puerta de la que acaba de salir y nos encontramos en un rellano con dos escaleras: una que sube a las oficinas y otra que baja al verdadero club. Casi puedo percibir el tenue aroma a sexo flotando por las paredes.

—Todavía sigue ahí —dice sonriendo—, por si te apetece explorar después de nuestra charla.

—Quizá. Ahora soy un hombre ocupado.

Ella se ríe. —Eso he oído. —La sigo escaleras arriba hasta que llegamos a una puerta. Saca unas llaves del bolsillo y la abre—. ¿Qué se siente al ser el nuevo Pakhan? ¿Es todo lo que soñabas, Tosha?

Abre la puerta y el familiar aroma a puros me recibe. Viejo y nuevo, impregna el aire aquí. Probablemente esté incrustado en la madera.

Hay un gran espejo bidireccional ocupando una pared con vista al club entero. Me detengo para contemplar todo desde arriba. Todo marcha como una máquina de carne y negocio.

—Es todo eso y más —respondo con sequedad—. Nunca he rehuido mis deberes.

—Qué cierto es —dice ella. Me giro justo cuando enciende otro puro y se sienta en su escritorio—. Supongo que has venido a decirme a quién tendré que reportar ahora que nuestro amigo se ha marchado a visitar a la Madre Rusia.

Sé que las noticias vuelan, pero siempre me sorprende un poco cuando alguien me suelta información justo en cuanto le llega. —Orest Koslov —le digo—. Ya le has visto un par de veces.

Ella asiente despacio. —Ese apellido me suena bien. Su padre fue uno de tus soldados, ¿no?

—Lo fue. Murió hace unos años.

—Cierto, cierto. Su mujer lo pilló siendo infiel. —Da una calada al puro y suelta una risa ronca—. Siempre he dicho que la compañía que os dais vosotros es a veces más peligrosa que vosotros mismos. Así que, ¿Orest era uno de los soldados de Lev?

—Eso es. Voy a nombrarle brigadier, así que se hará cargo de los territorios de Lev.

—Estupendo —dice entre dientes, con el puro en la boca—. Llámame cuando le mandes y me aseguraré de que se lo pase en grande.

—Bien —respondo.

Ella fuma, repasándome en silencio con la mirada. —Por cierto, hace tiempo que no te pasas por aquí, Tosha. Hubo una época en la que tú y el pequeño Mischa no os despegabais de este sitio.

—Éramos solo unos críos entonces —contesto—. Todo hormonas y nada de sentido común.

—Te diré que eso rara vez cambia con el tiempo. Solo se ralentiza. ¿Ya te has calmado con nosotros?

Me encojo de hombros. —Puede ser. O quizá mis gustos han cambiado.

—Razón de más para que visites la sala de juegos. Acabo de terminar una reforma. Incluso hay algunas atracciones nuevas. Seguro que encontramos algo que sacie el apetito de un Pakhan.

Es tentador, especialmente cuando Magda empieza a hablar de nuevas "atracciones". La anciana siempre ha tenido una imaginación vívida y mucha visión de futuro. Mentiría si dijera que no me siento tentado.

—Otra vez será —le digo.

—Ay —responde ella—. Bien, estaremos aquí cuando estés listo. Abre uno de sus cajones y saca una llave, luego se acerca a la caja fuerte empotrada en la pared detrás de ella y la abre—. Volvamos al negocio, ¿sí?

Se da la vuelta con varios fajos de billetes. El pago del mes. Observo cómo lo mete todo en una bolsa de gimnasio, contando mentalmente las bandas de dinero a medida que las mueve.

—Está todo ahí —dice mientras cierra la cremallera de la bolsa.

—Gracias. Cojo la bolsa y la echo al hombro.

—Este fin de semana organizo una pequeña fiesta. Es solo para presentar formalmente algunas de las cosas más interesantes de la sala de juegos a mis clientes. Eres bienvenido si te animas a venir.

—Gracias por la invitación —le digo—. Lo pensaré.

Y con eso, mi asunto con Magda termina. De camino al coche, en realidad me lo pienso. Hace mucho que no me permito ceder a mis deseos más primarios. Me he sentido algo descentrado. Quizás acepte su oferta.

Mi teléfono suena en el mismo momento en que entro en el coche. Es Mikki.

—¿Sí?

—¿Dónde estás ahora mismo?

—Acabo de salir de The Firebird. No me gusta la urgencia de su voz —. ¿Qué pasa?

—Tenemos un problema. Uno grande.



Cuando uno de mis hombres me dice que está con Iggy, sé que algo va muy mal.

Llego al bloque de apartamentos de Iggy pocos minutos después de la llamada de Mikki. El sitio donde vive es una pocilga, con ventanas rotas y tapiadas en algunos puntos, la pintura de los pasillos se desconcha y está llena de plomo, y las luces parpadean. Durante años, Maksim ha intentado convencerle para mudarse a un sitio mejor, pero él siempre se ha negado, normalmente diciendo algo como: «¿Quién más aguantaría los ruidos de este piso cuando uno de tus soldados la caga?»

Llego a su puerta y llamo. Es de metal macizo, lo que debería aislar el sonido del interior. En realidad, no lo hace. Puedo oír gemidos y gritos mientras espero.

La puerta se abre y aparece Sara, la hija de Iggy. Tiene doce años, un corte de pelo al estilo Betty Page y una camiseta de los Misfits. Me mira con unos ojos fríos y apagados que ya han visto cosas que ninguna niña de doce años debería conocer.

—Hola —dice—. Están en la cocina. Se aparta para dejarme pasar.

El piso es como una única estancia. Al avanzar hacia el salón, giro una esquina y me encuentro frente a la cocina. Uno de mis hombres, Abram, está tendido sobre la mesa, la cara pálida y sudorosa, mientras Iggy se inclina sobre su pecho, con herramientas ensangrentadas en sus manos enguantadas. Mikki está apoyado contra una pared, con los brazos cruzados, sin estorbar.

—¿Lo has sacado ya? —dice entre dientes.

—Si no dejas de moverte —responde Iggy con tranquilidad—, no voy a poder sacarlo nunca.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto a Mikki. Mikki me mira para contestar, pero quien habla es Iggy.

—He oído que ahora eres el jefe de la familia —dice, sin levantar la vista—. ¿Eso significa que ya no puedes saludar como debes?

—Buenas noches, Iggy —digo, y hago un gesto a Mikki para que me responda.

—El trato con la gente de Ponti era esta noche, como ya sabes. Justo después de hacer el intercambio, nos atacaron.

Frunzo el ceño—. ¿Ponti nos la ha jugado?

—No, han sido los de Amur.

—Joder. Se están moviendo rápido. Primero matan a Maksim para desestabilizarnos, y luego asaltan una de nuestras entregas de

armas. ¿Se han llevado algo?

Mikki negó con la cabeza—. Una de las balas alcanzó al chófer de Ponti en el cuello. Ya estaba sentenciado, así que Abram cogió su coche y escapó con las armas.

Miro a Abram, que aún se encoge del dolor que le provoca Iggy en ese momento—. ¿Ha sido el único que ha escapado?

Mikki asintió—. Sí.

Abram suelta un grito ahogado cuando Iggy por fin extrae la bala de la herida. Intenta apartarse, pero Iggy le sujeta y le vuelve a presionar contra la mesa. Deja la bala a un lado y presiona una gasa sobre la herida sangrante—. Quédate quieto, por Dios.

—¿Estás seguro de que eran los de Amur? —pregunto a Mikki.

—Pregúntale a Abram. Él te lo contará.

Me acerco a la mesa e Iggy se aparta un paso, echándome un vistazo mientras se gira hacia sus herramientas en la encimera—. ¿Viste quién lo hizo?

Abram sigue retorciéndose de dolor. Apretando los dientes, dice—. Estaba oscuro, pero vi que uno de ellos tenía una "A" rusa tatuada en el brazo. Era de los Amur.

Asiento. Así que ahora nos atacan abiertamente. Me vuelvo hacia Mikki—. Tenemos que planear. Mañana por la noche, reunámonos.

—Sí, jefe.

Me giro y veo que Iggy le da a Abram una botella de vodka—. Bebe —le dice—. Y sigue presionando la herida. Se aleja de la mesa y enciende los fuegos, poniendo un atizador en las llamas. Rodeo la mesa y me acerco a él.

—Me tengo que ir —le digo a Iggy; después, meto la mano en el bolsillo para sacar mi billetera—. Asegúrate de que cuidas de él. Y si él te cuenta o escuchas algo más sobre esto, llámame.

Saco unos mil dólares y se los meto en el bolsillo de la camisa. Iggy asiente—. Lo haré.

Le hago un gesto a Mikki para que me siga y los dos salimos del piso —. ¿En qué está pensando Novikoff? —dice Mikki—. Sabe que podríamos aplastarle a él y a su pandilla como a una cucaracha. ¿Por qué está provocando esto?

—No lo sé, ni me importa. Lo único que sé es que tengo que ponerle el pie en el cuello antes de que se le suba demasiado.

5

NATALYA

—Me siento ridícula —le digo a Ilya cuando aparcamos el coche —. He pasado el día de luto por mi historia de amor con las patatas fritas, el alcohol y los realities, hasta que ella se ha presentado en mi casa hace unas horas. Después de contarle el desastre total que fue la cena entre mi padre y mi ahora exnovio, ha activado el modo mejor amiga, arrebatándome las patatas y la botella de vodka—. Ve a ducharte. Salimos esta noche.

Ahora estoy aquí sentada, con este vestido rojo cortísimo que Ilya ha sacado de mi armario, el pelo rizado y el maquillaje impecable, y acabo de verme reflejada en el espejo. Estoy estupenda, pero también siento como si estuviera disfrazada. Esto es justo lo que menos necesito ahora mismo.

—Relájate —dice Ilya mientras se retoca el pintalabios—. Solo es una cena y tienes que comer. —Se gira y me mira de arriba abajo—. Y tengo que decir que, desde luego, nos hace falta.

Ilya lleva puesto un vestido mío prestado. Es un pequeño vestido negro, sin mangas, que le queda algo suelto en las caderas pero que le sienta muy bien. Guarda el pintalabios en el bolso y pregunta—: ¿Lista?

—La verdad es que no.

—Venga ya, Nat. Mira, tu novio acaba de demostrar que no merece tu cariño al suspender estrepitosamente la única prueba que le has puesto. Créeme. No merecía la pena.

—Vale, pero esto... —Señalo el elegante restaurante italiano al otro lado de la calle, con su alfombra roja y sus puertas doradas, los aparcacoches corriendo para estacionar los coches—. Quieres que salga a ligar con un hombre veinticuatro horas después de romper con mi novio.

—Por supuesto que no —dice ella—. Quiero que te sientas bien contigo misma, y nada anima más a una chica que ver a los hombres tropezar por ella. Esta noche vamos a entrar en ese restaurante y a girar la cabeza de todos los hombres del local. Necesitas que te suban el ego, Nat. Te va a venir bien.

Supongo que tiene razón. Me gustaría sentir algo que no sea tristeza durante un par de horas. Quizá ser admirada por desconocidos sea el camino.

—Vale —digo tras coger aire a fondo—. Pues vamos allá.

Salimos y cruzamos la calle hacia el restaurante. Esta noche hace una temperatura agradable y, solo por estar fuera, mi ánimo empieza a mejorar un poco.

En cuanto cruzamos la puerta, todas las miradas se posan en nosotras. La zona de la entrada, delante del atril de la recepcionista, tiene al menos a dos parejas y un pequeño grupo esperando mesa. Todo el mundo nos mira, pero los ojos de los hombres se demoran un poco más.

Es un poco extraño, pero me está empezando a gustar. Una parte de mí se sentía como un trapo viejo listo para la basura después de la ruptura. Es un buen recordatorio de que soy una mujer atractiva.

Ilya le da mi apellido a la recepcionista y ésta asiente, coge las cartas y nos lleva por el comedor sorteando la barrera. Ha sido una jugada inteligente, usar mi apellido. El nombre de mi padre aún abre puertas en ciertos sitios. Apuesto a que ni siquiera ha hecho una reserva.

—El camarero estará con ustedes en un momento —dice la recepcionista antes de dejarnos solas. Miro a mi alrededor: todos los comensales, vestidos con sus mejores galas, comen sobre manteles de lino y porcelana fina... y los ojos que fingen no observarnos. Un par de chicos jóvenes que están en cita también nos ven. Uno de ellos es sorprendido por su acompañante y ella le reprende de inmediato, poniéndose él rojo hasta las orejas. El otro es algo más disimulado. Cada vez que bebe de su copa, nos mira de reojo.

—Esto en realidad es bastante divertido —le digo a Ilya—. Me siento como si fuéramos famosas.

—Bueno, en cierto modo lo eres. Mucha gente sabe quién es tu padre.

Ese comentario me duele y mi sonrisa se apaga.

—Ay, mierda —dice Ilya—. Lo siento. No quería decir nada malo.

—Lo sé. No es culpa tuya. —Ugh. Maldito Andrei y su vigilancia—. ¿Sabes una cosa, Lee? No dejo de pensar en cómo Andrei se enfrentó a mi padre. Como si fuera una venganza por que mi padre le investigara.

—Lo que hizo fue una marranada.

Me encojo de hombros—. No habría sido tan grave si lo hubiera hecho porque le preocupaba por mí. No me habría parecido mal si no hubiese decidido echárselo en cara a mi padre. —Pienso un poco más—. De hecho, creo que podría haberlo perdonado todo si hubiera actuado para protegerme. Si hubiese plantado cara a mi padre y llegado a cantarle las cuarenta. Meterle un poco de miedo, por una vez en la vida.

Ilya se ríe entre dientes.

—¿Qué?

—¿Quién crees que es Andrei? A ver, dejando a un lado que viene de buena familia, sigue siendo un tío normal y corriente —baja la voz y se inclina hacia mí—. No es de la Bratva. Si esperas encontrar a alguien capaz de acojonar a Vladimir Petrov, sabes de sobra que ese tipo no vive en una residencia universitaria.

Eso era cierto. Me hundo un poco en la silla—. No es que no haya habido oportunidades —digo—. Desde que cumplí dieciocho, he pillado a más de uno de sus socios echándome el ojo.

—Madre mía. Menos mal que tu padre no se entera.

—Oh, yo creo que sí lo sabe. O por lo menos lo sospecha. Por lo que sé, cualquiera al que haya pillado igual ha 'desaparecido'. —Dejo ahí el tema, pensándolo un momento—. Mira, eso es lo raro de mi padre. Dice cosas como que nunca seré lo bastante buena para ningún hombre, pero luego espanta a todos los que muestran el menor interés. Se comporta como un novio celoso y desquiciado.

—Ay, qué asco, Nat.

—¡Es verdad! A veces pienso que, si por él fuera, si no puede tenerme, entonces que no me tenga nadie. Porque actúa así, vaya.

Ella suspira y niega con la cabeza—. Yo quiero pensar que solo es un padre sobreprotector.

Me burlo.—Los padres sobreprotectores adoran a sus hijas.—

Antes de que pueda responder, el camarero aparece y pregunta si puede tomar nota de nuestros pedidos. Pedimos vino y un par de platos de pasta y, justo cuando estoy pensando en pedir un entrante, un dulce aroma almizclado interrumpe mis pensamientos.

Miro a mi alrededor y le veo cuando la encargada lo acompaña a su mesa. Alto, con el pelo rubio oscuro salpicado de canas. El traje gris

que lleva le queda como un guante, moviéndose con el balanceo natural de su brazo, como si fuese una extensión de su cuerpo. Sus brazos y torso están cubiertos, pero en el cuello se ve el tatuaje de una garra de león que claramente forma parte de un dibujo mayor.

Va acompañado de uno de los suyos, un hombre algo más bajo, con el pelo oscuro y corto, vestido con un traje negro. El traje es bonito, pero no le sienta igual de bien. Puedo ver sus músculos marcarse bajo la tela cuando levanta la mano para rascarse la sien. Se sientan los dos y yo vuelvo a centrar la atención en mi amor platónico del instituto.

Anton Romanov. Cuando tenía dieciséis años, él lo era *todo*. Aparte de un par de arrugas en las comisuras de los ojos y las líneas de expresión que se marcan cuando sonríe al camarero para darle las gracias, está igual. Bueno, eso y la barba arreglada y bien recortada que lleva. Las fantasías que tenía con este hombre…

—Tierra llamando a Nat. ¿Me recibes, Nat?—

El sonido de mi nombre me devuelve a la realidad. Miro al otro lado de la mesa a Ilya, que me observa con las cejas alzadas, interrogante.—Ha preguntado si querías algo más.—

—No—digo, cerrando la carta.—Gracias.—

Le entregamos los menús y el camarero se marcha. Ilya enseguida mira por encima del hombro para localizar la fuente de mi distracción.

—No empieces—digo.

Se gira y me sonríe, los labios apretados.—No voy a decir nada... salvo que es muy fuerte que, justo el día después de dejarlo con tu novio, te cruces con tu sueño adolescente al otro lado del restaurante.—

—Para—digo, dándole un golpecito juguetón en la mano.—No existe en ningún universo la posibilidad de que Anton Romanov se fije en

mí dos veces. Sabe quién es mi padre.—

Ilya se encoge de hombros.—Pero tu padre no es *su* jefe.—

—Ay, por Dios, Lee.—

Ella reprime una risita y luego dice:—Vale, vamos a hacer de abogado del diablo un minuto. Hay un viejo dicho que dice: 'la mejor manera de superar a un hombre es ponerse debajo de otro'. ¿Y si ese otro fuese Anton Romanov? Piénsalo. Es perfecto. Está metido en el negocio, así que no le va a importar lo que haga tu padre. Es mayor, así que probablemente sabrá cómo tratar el cuerpo de una mujer...—

—Ni de broma me voy a liar con un Bratva—le susurro, tajante.—A mi padre le daría un infarto.—

—¿Y qué más da a estas alturas? Sabes que nunca va a aprobar a nadie con quien estés. ¿Para qué fingir que algún día lo hará? Haz caso a tu corazón y ve con quien quieras, de la manera que quieras. —

Eso otra vez. Tiene razón. Me muerdo el labio inferior y lo pienso, echando un vistazo hacia la mesa de Anton. Está en mitad de una conversación, con una leve sonrisa en los labios y, lo juro, le he visto un hoyuelo. Uff, este hombre es irresistible.

—¿Podemos cambiar de tema, por favor?—pregunto. Ilya asiente, cediendo.

—Vale.—Se queda pensativa un momento. El camarero regresa con nuestras bebidas. Espera a que se vaya y entonces dice:—Pues verás, hay un club al que llevo tiempo queriendo ir.—

—¿Sí? ¿Han abierto un club nuevo?

Ella niega con la cabeza.—No, no es nuevo. De hecho, es muy clandestino. La mayoría ni sabe que existe.—

Levanto una ceja, escéptica.—¿Y tú cómo lo sabes?—

Sonríe con picardía.—Me lo ha contado Rodney.—

Parpadeo. Rodney, su ex antes del último, no había vuelto a salir en conversación desde que me fui a la universidad.—¿Sigues hablando con él?

Ella se encoge de hombros, coqueta.—A veces sí, a veces no. De vez en cuando nos vemos para pasarlo bien.—

—Ay, Lee. Dijiste que nunca volverías con él. Es más, me pediste que te dejara inconsciente si se te ocurría llamarle siquiera.—

—No he vuelto con él—se burla, y luego, algo más suave,—Sólo nos estamos acostando, nada más. En fin, ese club, se llama el Firebird. Es como, un club sexual de BDSM o algo así. Puedes ir a tomar algo, liarte con quien quieras...—

—Espera, espera. El Firebird es un club de striptease. Uno de los socios de mi padre es el dueño.—Me mira mientras bebe su vino, esperando a que lo asimile.—¿Me estás diciendo que hay un club sexual secreto en el Firebird?—

—Eso dice Rodney. Yo quiero ir a verlo. Vente conmigo.—

Me río.—Eso sí que lo dudo.—Bebo de mi copa de vino y noto que la sonrisa de Ilya se desvanece.

—¿Sabes cuál es la peor parte de tu padre?—dice.—Que te ha encerrado y no te ha dejado vivir.—

—Eh, espera un momento.—

—No, tú espera. Nat, en el instituto te llamábamos 'la presa' porque le tenías tanto miedo a tu padre que nunca hacías nada con nosotros. Y cuando fuiste a la universidad, recuerdo haber pensado: '¡Genial! Ahora que se ha alejado del padre, vivirá un poco.' Pero no, seguiste igual de estirada.—

—Oye, yo sí hice cosas—protesto.—Fui a fiestas y todo eso.—

—Nat. Estuviste cuatro años en la universidad y sólo te acostaste con un chico. Eso no es vivir.—

Da otro sorbo de vino y yo sólo puedo mirarla, medio ofendida.—Vale, entonces...—balbuceo,—¿crees que debería, no sé, salir por ahí y echar muchos polvos?—

—Entre otras cosas, sí. Exactamente es lo que creo que deberías hacer.—Agarra mi mano desde el otro lado de la mesa.—Mira, lo único que intento decirte es que la vida es demasiado corta para vivir encerrada. Haz un viaje a París o sube el Everest. Acuéstate con un hombre que acabas de conocer. Pero ya basta de quedarte sentada y lamentarte por el carcelero. Eres adulta, Nat. Eres libre.—

Tiene razón. Me fastidia admitirlo, pero está absolutamente en lo cierto. ¿Cómo sería hacer lo que yo quiera sin preocuparme por lo que pudiera hacer mi padre?

—Voy al baño de señoras—dice.—Piénsalo bien. Eres joven, preciosa y, lo más importante, una mujer hecha y derecha. Ya es hora de que lo demuestres.—

La veo levantarse y marcharse. Mientras doy otro sorbo a mi vino, reflexiono sobre lo que intenta decirme. He vivido toda mi vida en una jaula dorada, deslucida, ¿y para qué? ¿Sólo para que mi padre me trate como me trata? Dejo la copa y, sin querer, tiro el tenedor al suelo.*Jolín.*

Me agacho para recogerlo y, cuando vuelvo a incorporarme, veo a Anton acercándose a mi mesa.

6

ANTON

La hija de Vladimir Petrov… ha crecido.

En cuanto la noté, tuve que mirar dos veces. La última vez que la vi, era una niña con grandes e inocentes ojos azules y una carita de bebé. Maksim y yo asistimos a su fiesta de dieciséis años por invitación de su padre, Vladimir. Aquella vez, estábamos allí por negocios. Una reunión sobre algún asunto que ya ni recuerdo. Al irnos, entramos en la cocina y ella apareció corriendo desde la piscina. Llevaba un bañador azul y su largo pelo rojo recogido en una coleta alta.

—Mi hija, caballeros —fue todo lo que dijo Petrov.

Ella saludó educadamente con la mano y luego salió corriendo de nuevo hacia la piscina. Lo siguiente que escuchamos fue la risa que iba en aumento, tanto suya como la de sus amigas, justo al otro lado de la puerta. Sólo tuve un pensamiento que más tarde compartí con Mikki, y era que, por suerte, no había heredado los rasgos de sapo de su padre.

Y eso fue todo. Puede que la haya visto un par de veces más a lo largo de los años, pero siempre de refilón. Nunca llegué a fijarme de verdad en ella.

Pero ahora… Ahora que la veo de frente, es, sin duda, la mujer más guapa de la sala. Su largo cabello rojo termina en suaves rizos, y sus brillantes ojos azules están realzados con delineador y sombras, pero han adquirido un aire soñador, de párpados pesados. Sonríe a algo que le dice su amiga, sus labios con forma de corazón se curvan dulcemente en las comisuras.

Su amiga se levanta de la mesa y se dirige hacia los baños. Es mi oportunidad.

—Ni se te ocurra.

Miro a Mikki, que me devuelve la mirada con una ceja alzada. —¿Qué quieres decir?

Se inclina hacia delante. —Esa es la hija de Vladimir Petrov.

—¿Ah, sí? —digo, fingiendo sorpresa—. Bueno, sería de mala educación no acercarme a saludar. Perdóname un segundo.

Me levanto antes de que pueda protestar más. Ella ha dejado caer un tenedor, así que aún no me ha visto acercarme. Un segundo después, se incorpora y su mirada se cruza con la mía. Se queda helada, como un ciervo sorprendido.

—Hola —digo—. ¿Natalya Petrov, verdad?

—Sí —responde, y me sonríe—. Y tú eres Anton Romanov. Me alegro de verte.

—Igualmente —respondo—. Te he visto y he pensado que sería de mala educación no acercarme a saludarte. La última vez que te vi eras… bueno, más joven.

Sus mejillas se tiñen de rosa y aparta la mirada con timidez. —Sí —dice—. Probablemente fue justo antes de que me fuera a la universidad.

Alzo las cejas. —Cierto. Creo que fue hace… ¿cuatro años?

—Sí. Acabo de graduarme. Ya tengo la carrera de humanidades.

—Genial. Entonces, ¿qué planes tienes ahora que has terminado los estudios?

—Eh… —El rubor de sus mejillas se intensifica—. Aún no lo he decidido. Sigo viviendo en la casa de la piscina de mi padre. Intentando averiguar qué quiero hacer ahora.

—Ya veo. ¿Puedo sentarme?

—Por favor.

Me siento en la silla de su amiga. Ella evita mirarme a los ojos y se revuelve un poco en el asiento, completamente sonrojada. —Pareces un poco nerviosa, Natalya.

Digo su nombre y me dedica una mirada, como si acabasen de tocar una campana tras sus ojos. —No creo que hayamos hablado nunca —dice—. Cada vez que te he visto ha sido de pasada. En algún evento en casa o algo así. Hablar contigo ahora es un poco… bueno, me descoloca.

—A mí también —digo, y ella sonríe—. Tienes una sonrisa preciosa. De hecho, todo en ti es maravilloso.

—G-Gracias —responde con timidez—. ¿No habrás venido hasta aquí sólo para decirme eso, verdad?

—Pues sí, la verdad. He visto a una mujer sentada en una mesa y he pensado: "Ahí está la mujer más guapa de la sala. Sin duda. Si no voy y le digo algo, me arrepentiré luego."

Ella me mira fijamente, su sonrisa titubea. —¿Estás intentando ligar conmigo, señor Romanov?

—Por supuesto.

La sonrisa vacilante se convierte en una sonrisa amplia. Aparta la mirada para intentar ocultármela. —Eres muy directo.

—Tengo que serlo. —Luego, en ruso—: Los hombres de la hermandad no tienen tiempo para perderlo en charlas triviales.

Ella me observa durante unos segundos y responde en ruso: —Los hombres de la hermandad dan problemas.

Me río. —¿Eso piensas? ¿Es lo que tu padre siempre te ha dicho? ¿Que te mantuvieras alejada de los hombres de la Bratva?

—Entre otras cosas, sí.

—Hmm. —Luego, en inglés, digo—: Quizá tenga razón. Quizá soy el tipo del que tu padre intentó advertirte.

Quiero decir más, pedirle que me acompañe a mi casa. No sé si aceptaría, pero qué agradable sería si lo hiciera.

Pero… Mikki tiene razón. Flirtear es lo más seguro que puedo hacer con Natalya y puede que termine necesitando a la Bratva de su padre en la guerra que se avecina. Mejor no quemar ese puente acostándome con su hija.

—Será mejor que vuelva a mi mesa. —Me dispongo a levantarme.

—¿Te gustaría tomar un café algún día? —me pregunta—. O… quizá cenar.

Valiente. Me pregunto cuánta valentía ha tenido que reunir para invitarme a salir. —Quizá —digo. Meto la mano en el bolsillo y saco una de mis tarjetas—. Llámame algún día.

Ella la coge y, con una sonrisa, dice: —Gracias. Lo haré.

Y con eso, regreso a mi mesa. Mikki niega con la cabeza.

—Cuando dije que deberías plantearte volver a salir con alguien —dice—, desde luego no me refería a una princesa de la Bratva. Y mucho menos a *esa* princesa de la Bratva.

—Solo estaba saludando a una vieja conocida —digo mientras me siento y tomo un trago—. No he roto el protocolo.

Mikki resopla. —¿A quién crees que le estás hablando, Anton? Vi cómo se te encendía la chispa en cuanto la viste. Admito que es

preciosa, pero es veneno, amigo mío. Déjala en paz.

—Veneno es un poco excesivo —respondo.

—Créeme. No lo es. Recuerdas las historias sobre Petrov cuando se trataba de su hija. No deja que nadie se le acerque ni a un metro.

Termino mi copa y hago una seña al camarero para pedir otra. —No puede ser tan opresivo. Esta noche la ha dejado salir a cenar. —Me lanza una mirada fulminante y le devuelvo una sonrisa burlona.

—No tiene gracia —dice—. Natalya Petrov es fruta envenenada y lo sabes.

—Es una joven preciosa —respondo—. Y las mujeres hermosas merecen recibir algún cumplido de vez en cuando.

Mikki me mira, tamborileando los dedos en la base de su vaso. —Júrame que la dejarás en paz.

—Sabes que no puedo prometer algo así.

—Anton, hablo en serio. ¿Qué pasa si necesitamos la ayuda de Petrov contra Amur? Ya nos han pillado dos veces por sorpresa. Podrían ser duros rivales en una guerra.

Levanto las manos en señal de rendición. —Me mantendré alejado de Natalya Petrov, lo prometo. No volveré a acercarme a ella. ¿Contento?

—Sí.

—Bien. Hablemos de otra cosa entonces. Por ejemplo, qué vamos a hacer con este asunto de los Amur.

Mikki está a punto de responder, pero el camarero llega con mi copa. Cuando se ha marchado, dice: —Podríamos organizar una reunión con Nikolai. Quizá convencerle de que deje este rumbo antes de que contraataquemos y acabe destruido por completo. No es el más grande ni el más temido de la Bratva. Tiene que saber que es una locura estratégica ir contra nosotros así.

Niego con la cabeza. —Ya es demasiado tarde para eso. Y además, no se me ocurre nada que pueda ofrecernos que compense el asesinato de Maksim.

—De acuerdo. Entonces, ¿qué quieres hacer?

Lo pienso unos segundos. —Tenemos que hacerle saber que conocemos sus crímenes. La forma en que se hizo todo esto… veneno, moverse en la oscuridad… Es ruin y una falta de respeto. Hay que responder con fuerza brutal.

—No veo problema en ser discretos. El uso de la fuerza bruta podría llamar la atención equivocada. Creo que unos cuantos golpes quirúrgicos serían la mejor opción. Puedo hablar con algunos de nuestros soldados más callados.

Asiento con la cabeza. —Eso podría funcionar. —Antes de que podamos profundizar más, el camarero vuelve para tomar nota de nuestro pedido. Durante la pausa, me encuentro mirando más allá de él, hacia la mesa de Natalya.

Su amiga ha vuelto y está charlando animadamente con ella. Sus ojos brillan bajo la cálida luz ámbar del restaurante y su sonrisa se agranda. No puedo evitar preguntarme cómo sería recibir esa sonrisa al final del día…

Mikki tiene razón. Debería dejarla en paz. Debería mantenerme alejado de ella.

No sé si podré cumplir esa promesa.

7

NATALYA

—Dime mi nombre, cariño.

Se me encogen los dedos de los pies, mis manos enredadas en su pelo. Su lengua se mueve una y otra vez con destreza alrededor de mi clítoris. Dios, nunca me he sentido así. Todo mi cuerpo vibra…

—Anton —gimo. Su cabello, entre mis dedos, es como la seda. Sus brazos masculinos me sujetan, envueltos bajo mí, levantándome mientras empieza a succionarme suavemente…

Me despierto de golpe. Mi cuerpo sigue vibrando y estoy algo sin aliento. El mundo de la vigilia se va perfilando y miro hacia el techo, aferrada a las sábanas.

Joder. Vaya sueño. Mi cuerpo sigue ardiendo. Muevo un poco los muslos y se deslizan fácilmente el uno contra el otro, la humedad entre mis piernas los ayuda.

Uf, ¿por qué ha tenido que ser solo un sueño? Me quedo unos minutos tumbada, debatiendo si intento masturbarme y, quizá, solo quizá, darme el orgasmo que mi cuerpo ansía desesperadamente.

Pero al final, no me molesto. Nunca he sido capaz de llegar por mí misma. Es otra pequeña vergüenza debida a mi educación cerrada.

Pienso en ello algún instante. Si me hubiera quedado dormida, ¿habría llegado? Da pena pensar que quizá sea la única manera en que lo experimente. Ni siquiera Andrei, que era un amante atento y cariñoso, logró que lo consiguiera. El ánimo se me cae un poco al pensar en él. Creía que teníamos tiempo para descubrir esa parte juntos.

Me incorporo y me paso las manos por la cara. Luego miro la mesilla de noche. Su tarjeta me llama la atención, plástico plateado y gris con su nombre impreso. *Anton Romanov, Empresario*. La cojo y sonrío, pasando el dedo por la suave impresión de su número de teléfono. —Llámame —dijo. Era la invitación más abierta que iba a recibir y, madre mía, sí que es tentadora.

Me estiro y me levanto. La verdad es que hoy tampoco tengo muchas ganas de salir de la cama ni de siquiera salir de la casita de la piscina. Admito que me siento un poco menos amarga por la ruptura. Supongo que salir y recibir halagos de mi amor platónico de instituto anima a cualquiera…

…¿huelo café?

Me quedo sentada, olfateando el aire unos segundos. Es café, sin duda. Pongo las piernas al borde de la cama y busco mi bata. Entonces me doy cuenta de que sigo sujetando la tarjeta. Miro frenéticamente a mi alrededor, hasta que veo un vaquero mío tirado sobre una silla junto a la ventana. Meto la tarjeta en uno de los bolsillos.

Envueltain mi bata, salgo de mi dormitorio con cautela y bajo por el pasillo hasta la cocina y el salón. Sentado en la isla de la cocina está mi padre, taza de café en la mano y otra taza junto a él.

No me mira, pero dice: —Buenos días. Siéntate, tenemos que hablar.

Empiezo a pensar en haber visto a Anton Romanov anoche en el restaurante. ¿Lo habrá oído ya? Madre mía. Espero no haber hecho que mataran a nadie solo por haber coqueteado con él públicamente.

—¿Qué ocurre? —pregunto. Alza la vista y me mira con esos ojos helados.

—Siéntate. Por favor.

Me acerco al taburete junto a él y doy un sorbo a la taza de café. Está bueno, pero amargo. Sabe al café que le gusta a él. Echo un vistazo a mi cafetera y veo que está medio llena aún. Qué desperdicio. Tendré que tirarlo cuando se vaya.

—Verás, he estado pensando en todo este asunto con tu novio. Andrei, ¿verdad?

Parpadeo. Realmente no suelo hablar con él de estas cosas. Supongo que no tendría ni idea. —Lo dejamos —le digo.

Asiente con gravedad. —Listo el chico.

Agarro el asa de la taza para evitar la tentación de lanzarle el café a la cara. —Claro —me limito a responder.

—No lo digo por lo que te dije aquella noche. Es un chico listo, porque alguien como él no pinta nada en una familia de la Bratva. Si te casaras con él, nos arrastraría a todos, de un modo u otro.

—¿Es esa la verdadera razón por la que le echaste?

—Le eché porque me faltó al respeto en mi propia casa —dice, elevando la voz—. Andrei cometió el error de pensar que su privilegio se extendía a mi hogar. Se equivocaba.

Hace una pausa y bebe otro sorbo de su taza de café. No sé si esto se supone que es una disculpa o qué, pero desde luego se está extendiendo demasiado para mi gusto. Preferiría estar de vuelta en la cama con mis fantasías.

—Pero he estado pensando en aquella noche y en ti. Ya eres adulta. Va siendo hora de que te independices. De que seas tu propia persona.

Se mete la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y saca dos folletos. Los coloca entre nosotros y dice: —Léelos.

Cojo los dos folletos. Uno es del Cuerpo de Paz. Tiene la fotografía de una joven arrodillada en un camino embarrado, dándole un cuenco de arroz a un niño demacrado. En letras grandes y en negrita pone: *¡Ve el mundo! ¡Marca la diferencia! ¡Únete al Cuerpo!*

El otro folleto muestra un viejo edificio de ladrillo con varias monjas de pie en la entrada. La inscripción de la parte superior está en ruso. Se traduce como *Hermanas del Sagrado Alma*. Y debajo pone: *Encuentra tu camino.*

—¿Qué es esto? —pregunto, sintiendo una punzada de terror recorrerme.

—Es la libertad que tanto has estado deseando —dice mientras da otro trago a su taza.

Sigo un poco confusa, así que insisto: —¿Quieres que me una al Cuerpo de Paz o que me haga monja? ¿Hablas en serio?

—¿Te crees que no sé lo que opinas de volver a casa? —gruñe—. Sé que hablas con tu amiga de lo tirano que soy. Te he criado para que nunca te falte de nada. Tienes dinero, privilegio y seguridad toda tu vida. Después de todo lo que he hecho por ti, no haces más que escupirme a la cara.

Solo puedo mirarle boquiabierta. Este hombre que casi me ha dicho que me odia, ¿ahora se enfada conmigo por querer marcharme? Dejo los folletos sobre la mesa. —No pienso hacer ninguna de esas cosas, papá. No puedes obligarme.

—Entonces te irás de mi casa. Dejarás de sangrarme y vivirás en la calle, por lo que a mí respecta.

—¿Me echarías? ¿Con las manos vacías? ¿Sin dinero, sin…?

—¡Sí! —da un manotazo en la encimera y yo doy un salto—. Llevo soportándote demasiado tiempo. Desde el día que mataste a tu madre, he estado aquí intentando comportarme como si debiera cuidar de una criatura como tú.

Se inclina hacia mí, escupiéndome a la cara mientras sus ojos me atraviesan como puñales de hielo. En ruso, gruñe: —Has sido una maldición para mi existencia desde el día en que naciste. Te mataría si pudiera.

Se contiene, con la mandíbula apretada. Me levanto despacio, con los ojos ardiendo de lágrimas que no quiero que vea. —No lo dices en serio —susurro, notando cómo la voz se me rompe en un sollozo que amenaza con salir—. Por muchas diferencias que tengamos, sigo siendo tu hija. Soy de tu sangre. No lo dices en serio.

Se da la vuelta, gruñendo enfadado. —Yo quería un hijo —dice—. Tu madre me prometió un hijo. Y lo que tuve en cambio fue a ti, a cambio de perderla a ella. Mi linaje está muerto gracias a ti.

Otra vez me hiere con las circunstancias de mi nacimiento. Como si yo hubiera podido controlar algo tan básico como *haber nacido*. A través del dolor, una oleada de rabia se apodera de mí. —Y si fuera tu hijo, ¿crees que querría ser uno de tus queridos brigadieres? —le digo—. Hay días que ni siquiera sé a quién tratas peor, si a ellos o a mí. Al menos ellos pueden ganarse su propio dinero y vivir en sus propias casas. Si fuera tu hijo, seguro que me tratarías igual que a ellos, porque no sabes tratar a nadie de otra manera. Ni siquiera entiendo cómo madre pudo amar a un hombre como…

Se pone en pie. Agarra la taza y la lanza contra la pared, justo al lado de mi cabeza. Se hace añicos y los trozos saltan por todas partes, clavándoseme mientras me aparto de él instintivamente. Me agarra del albornoz y me da un empujón. Tropiezo hacia atrás y me apoyo en la pared para no caerme. Da un paso más hacia mí y yo

retrocedo a toda prisa, buscando el bate que está junto a la entrada del pasillo que lleva a mi dormitorio.

Él se detiene, mirándome con fiereza mientras levanto el bate. Todo me tiembla. Las rodillas, las manos. Aprieto la mandíbula para parecer valiente, pero estoy muerta de miedo. No quiero golpearle, ni que me golpee.

Con una mano enorme me señala con el dedo y dice: —Te irás de aquí —sentencia—. Por las buenas o por las malas. —Se arregla la chaqueta del traje y da un paso atrás—. Da gracias de no ser mi hijo, Natalya. Si fueras uno de la hermandad, ya estarías muerta. Nadie me habla como tú lo has hecho.

Siento las manos resbaladizas sobre el bate. Aun así, lo sujeto con toda la fuerza que puedo, preparada por si se atreve a atacar de nuevo. Pero no lo hace. Mira el bate, luego me mira a mí y, por fin, dice—A medianoche del último día de esta semana, si no has salido de esta casa de la piscina, vendré a sacarte yo mismo. Y vas a necesitar más que ese bate para protegerte.

Y dicho esto, se marcha. Me quedo allí, mirando la puerta corredera abierta y el agua azul y tranquila de la piscina, justo al otro lado. El silencio inquietante después del huracán.

¿Qué demonios voy a hacer?

El miedo me mantiene pegada al suelo y tengo que obligarme a moverme solo para poder cerrar y echar la llave a la puerta corredera.

En cuanto lo hago, las lágrimas aparecen. No tengo a dónde ir. No tengo dinero, y las pocas habilidades que aprendí en la universidad no me darán lo suficiente para ganarme la vida. Joder, qué desastre.

Voy a limpiar la taza rota que tiró cuando vino a por mí, sollozando mientras recojo los fragmentos de cerámica del líquido marrón y cálido que contenía. Nada de esto es justo y no sé cómo arreglarlo.

Recojo la taza y lo primero que me viene a la cabeza es llamar a Ilya. No sé si puede ayudarme. Quizá pueda quedarme con ella una temporada. No tengo ni idea.

Voy a mi habitación para coger el móvil y llamarla. El teléfono da unos tonos antes de que ella responda, medio dormida—¿Sí?

—Lee…— Es lo único que consigo decir antes de romper a llorar. Todo el dolor sale de golpe como un río desbordado.

—Eh, eh—dice ella—. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—No— sollozo, limpiándome la cara con la manga—. Mi padre me está echando de casa.

—No me lo puedo creer.— Hace una pausa, luego—Madre mía. Esto es genial.

Frunzo el ceño mirando al móvil—¿Qué?

—Nat, te está dando las llaves de tu libertad. Libertad de verdad. Por fin.

—Uf. No lo entiendes. No es como si me estuviera buscando un piso o dándome trabajo en uno de sus edificios. Me está echando. A la calle. Con nada más que lo puesto, si puede evitarlo.

—Vale, bueno, lo primero de todo: no voy a dejar que eso pase. Puedes quedarte en mi casa hasta que te apañes, ¿de acuerdo?

Sollozo entrecortadamente. El llanto empieza a remitir.—Gracias.

Ella escucha mis respiraciones temblorosas y, entonces, dice—¿De verdad te está echando a la calle? Supongo que ha oído que coqueteaste con Anton Romanov.

—No, creo que no—digo—. Creo que simplemente está cansado de tener que ver mi cara todo el tiempo. No lo sé.

—Eso es un poco duro.

—Es un hombre duro. Me dijo que o me metía en el Cuerpo de Paz o me hacía monja en algún lugar de Rusia. Si no quiero hacer ninguna de las dos cosas, que me busque la vida en la calle.— Siento que los sollozos vuelven a subir por mi garganta al recordar todas las cosas horribles que me ha dicho.—Me ha dicho que me odia desde que maté a mi madre.— Y vuelvo a llorar.

—Madre mía—susurra ella—. Nat… qué cabrón de verdad. Siento que tu padre sea un gilipollas.

Aprieto los talones contra los ojos para intentar dejar de llorar aún más. Oigo que suspira.

—Mira, ¿por qué no sales esta noche conmigo y Rodney?—dice ella —. Vamos a ir a ese club del que te hablé.

—Uf, ¿el club sexual? Lee, no sé si…

—Anda ya. Te has levantado esta mañana y tu vida se ha ido al traste. ¿De verdad me vas a decir que un poco de marcha esta noche no te haría sentir aunque sea un poco mejor?

Me río entre dientes.—Dijiste que había más cosas que hacer allí. Como… beber y eso.

—Claro. Rodney dice que si no quieres participar, no tienes por qué hacerlo. Hay zonas donde puedes ponerte y simplemente observar. Puedes mantener toda la ropa puesta y, desde luego, no tienes por qué hacer nada con nadie si no te apetece.

Aspiro por la nariz y me lo planteo en silencio. Todo este discurso sobre la libertad y vivir un poco, y aquí estoy debatiendo si ir o no a un club sexual con mi mejor amiga y su ex. Es el mismísimo ejemplo de lo que ella dice que debería estar haciendo en vez de ser la ‘reclusa’ de mi padre.

—No quiero ser la típica sujetavelas—le digo titubeando.

—Pues no lo seas. Una vez allí, si ves algo o a alguien que te llame la atención, siéntete libre de explorar. Solo ten cuidado y llámame

por la mañana para saber que estás bien. Vamos, Nat. Te hace falta.

Sonrío al imaginarme a algún pobre contable puesto a cuatro patas mientras le doy unos azotes en el culo desnudo. Nunca he sido la dominante… ¿o sí? Es algo que jamás he explorado.

Quizá esta noche sea la ocasión.

—Vale—le digo—. ¿A qué hora?

—Así me gusta.

8

ANTON

Esta cama es demasiado grande.

No entiendo cómo Maksim podía dormir solo aquí noche tras noche. O quizás no lo hacía. Nunca se casó, pero de vez en cuando tenía alguna mujer. Tal vez era así como lograba mantener la cordura durmiendo en esta montaña de cama en noches como esta.

No sé exactamente qué es lo que no me deja dormir. Llevo un rato tumbado aquí, mirando el techo entre los postes que me rodean. El insomnio no suele ser algo que me atormente.

Últimamente estoy inquieto. La muerte de Maksim me ha dejado un vacío que necesito llenar. Sigo pensando que, en cuanto vengue su muerte, todo encajará, pero lo dudo. Es como si ese vacío siempre hubiese estado ahí. Solo que se agrandó cuando Maksim murió.

Es la misma sensación que tuve cuando mi padre se marchó. Cuando yo era pequeño, él era el Sovietnik de Maksim y, por lo que sé, era el mejor en lo suyo. Nadie bajo las órdenes de Maksim se atrevía a mover un dedo sin que él lo supiera.

Y luego, un día, todo cambió. Absolutamente todo. De repente, el mundo que creía conocer desapareció. Mi padre se fue y me quedé

solo. Por suerte para mí, Maksim intervino.

Pero ahora, él tampoco está. Estoy tumbado en su cama, en su casa, y él no está aquí.

Me giro y cojo el móvil de la mesilla. Es casi la una de la madrugada. No creo que consiga dormir esta noche, así que ¿para qué intentarlo? Debería aprovechar mejor el tiempo.

Mientras me levanto, empiezo a repasar mentalmente qué puedo hacer para mantener la mente ocupada, y todo tiene que ver con asuntos de la Bratva. Comprobar si Mikki ha escuchado ya algo del Amur o saber hasta qué punto ha avanzado con nuestros planes. Solo han pasado unas horas desde que hablamos en la cena…

Y unas horas desde que vi a la hija de Vladmir Petrov. Vaya bombazo en el que se ha convertido.

En cuanto pienso en ella, mi cuerpo reacciona. Mi polla se agita bajo los calzoncillos, hambrienta de algo que me he negado a tener desde Kat.

Quizá eso sea todo lo que necesito esta noche. El sexo siempre ha sido la mejor distracción cuando las sombras en mi habitación se alargaban demasiado. Supongo que podría recurrir al grupo de mujeres que tenemos solo para estos fines... pero... no sé. Nunca he sido partidario del sexo de pago. La falsa subida de ego es como un chute de heroína: solo es realmente bueno la primera vez y después pasas la vida persiguiendo esa sensación inicial.

Y yo no soy un hombre que va detrás de un coño.

Voy al baño y valoro mis opciones, y el siguiente pensamiento que me viene es Magda. La última vez que la vi, me invitó al Firebird... y hace ya mucho tiempo de eso.

Quizá vaya esta noche. Puede que incluso me apunte a alguna de las actividades. Dudo que encuentre algo que sacie este hambre,

pero eso no significa que no pueda encontrar un tentempié a medianoche.

Sí. Veamos qué tiene que ofrecer el Firebird, pienso mientras pongo la ducha en marcha.



—¡Tosha! ¡Bienvenido de nuevo!—

Magda se acerca a mí, los brazos abiertos, mientras cruzo la puerta y entro en el club subterráneo. Me rodea con sus brazos y me besa ambas mejillas.

—Magda —digo—. Me alegro de verte otra vez. Echo un vistazo al club, fijándome en los cambios... y tenía razón. Son bastantes. Lo que antes era un espacio abierto con una barra a un lado de la sala, ahora es una sala principal con una barra y mesas para que la gente se relaje, y el resto está delimitado por paredes y pasillos.

—¿Quieres que te haga un recorrido?—

Me río entre dientes. —En realidad, creo que prefiero explorar por mi cuenta, si no te importa.—

—Por supuesto —dice ella, dándome un codazo y dedicándome una sonrisa pícara—. Disfruta, Tosha. Si necesitas cualquier cosa o si alguien te causa problemas, pide a cualquiera del personal que me avise. Me ocuparé de ello.—

—Gracias.—

Avanzo hasta el fondo de la sala principal. La iluminación es tenue, con neones rosas que crean una especie de neblina sobre todo lo que me rodea. Paso junto a varias personas sentadas en mesas. Algunas van vestidas con ropa de bondage: mujeres con vestidos de cuero y PVC que brillan bajo las luces rosas, hombres y mujeres con

el torso desnudo, collares sujetos a cadenas metálicas que sus amos sostienen mientras ellos se arrodillan a sus pies.

Kat jamás vendría aquí conmigo. De hecho, todo esto le parecía raro y perturbador. No puedo contar la de veces que tuve que reprimirme cuando me la estaba follando.

Pido una copa y me pongo a deambular, observando primero para hacerme una buena idea del terreno en esta primera sala. Aquí todos se están mirando unos a otros, tanteándose para su próximo encuentro. Cruzo la mirada con un par de mujeres sumisas, una de las cuales le susurra algo a su dominante. Ambos me miran y sonríen.

No correspondo, no porque tenga nada en contra de los tríos. Simplemente, esta noche no es lo que me apetece.

Dejo la sala principal para explorar otras. El pasillo siguiente conduce a varias habitaciones con carteles de neón sobre ellas. *Voyeur, Juego de Bondage, Lluvias doradas.* Sonrío para mis adentros al ver ese último cartel. Eso sí que es nuevo.

La sala Voyeur parece el lugar perfecto para empezar. No es muy grande y, por suerte, tampoco hay mucha gente. Pero todos están de pie o sentados en círculo alrededor de una pareja que mantiene sexo ardiente. El hombre tiene a la mujer inclinada sobre un taburete, con las manos en sus caderas mientras le folla el culo con tanta fuerza que casi tumba el taburete al que ella se agarra como si le fuera la vida en ello. Ambos parecen estar pasándoselo en grande, intercambiando palabras sucias entre ellos.

—Oh, qué puta más guarra eres —gime él, agarrándola del pelo con fuerza. Se inclina sobre ella, gruñéndole al oído—. ¿Te gusta, verdad? Que todos te miren mientras follo ese culito apretado tuyo.

—Sí —jadea ella desesperada—. Fóllame más fuerte… *sí*…

Tiene una inclinación por la humillación. Es algo diferente a lo que normalmente me excita, pero no está mal. La mujer tiene un cuerpo

bonito y un buen pecho. Podría engancharme a esto…

La veo al otro lado de la sala. De pie, con una minifalda de cuero y un corsé negro de cuero ajustado. El atuendo desentona en ella, pero está claro que *ella* está completamente fuera de lugar aquí.

Su largo cabello rojo está recogido en un elegante moño, dejando al descubierto un cuello hermoso y esbelto, y sus ojos azul celeste están abiertos, llenos de asombro mientras observa el espectáculo. Tiene las mejillas sonrojadas, al igual que parte del escote. Cruza los brazos, incómoda.

¿Qué demonios hace Natalya Petrov aquí esta noche? Me abro paso entre el pequeño gentío para llegar al otro lado de la sala. Tengo que saber qué la ha traído a este sitio, precisamente.

—Este no es lugar para una chica como tú —digo, situándome detrás de ella. Se sobresalta y se gira. En cuanto me ve, el rubor de sus mejillas se intensifica.

—¡Anton! Quiero decir, ¡señor Romanov! Es decir—

—Anton. Por favor. Entonces, ¿qué te ha traído hasta el Firebird?

Abre la boca para responder, pero no sale ningún sonido. Parece que no tiene una explicación. Después de titubear un segundo, dice—: Una amiga me ha invitado.

—¿Una amiga? ¿Te ha invitado aquí? No sabía que te codeabas con compañías tan interesantes.

—Ya… bueno, está saliendo con un tío y…— Sonríe y baja la cabeza, dándose por vencida con las explicaciones—. Supongo que en realidad no puedo culpar a nadie de que esté en un sitio así más que a mí misma, ¿no?

—No —respondo.

Se ríe, roja como un tomate—. Dios, qué vergüenza estoy pasando ahora mismo.

—¿El sexo te da vergüenza? Entonces definitivamente has venido al lugar equivocado.

Vuelve a tartamudear, evitando mi mirada. Esta muchachita está totalmente fuera de su elemento. Me sorprende que todavía ningún buitre la haya cazado.

—Vergüenza se queda corto —dice—. ¿Sorprendida, quizá? Nunca he estado en un sitio así.

—Solo resulta tan intimidante como permitas que lo sea —digo. Nos observamos unos segundos y una idea traviesa cruza mi mente—. Entonces, ¿prefieres mirar o prefieres jugar?

Su sonrisa vacila levemente, confundida—. ¿Jugar?

Asiento—. Participar. Mirar está bien si es lo único que quieres sacar de esta experiencia, pero sería una pena que vinieras hasta aquí y no aprovecharas todo lo que puedes obtener.

Inclina la cabeza, luego suelta una risilla y dice—: No sé… Me siento fuera de lugar aquí.

—Estaría encantado de hacerte un tour —digo—. Solo tienes que decirlo.

Se lo piensa, mordiéndose la comisura del labio inferior. Mi polla hambrienta despierta tras la cremallera de mis pantalones. Hago un gesto hacia la pareja en medio de la sala.

—Date la vuelta y observa.

Lo hace, girándose para mirarles. Ahora la mujer apoya una pierna en el taburete, arqueando la espalda mientras él la penetra despacio. *Así me gusta, zorrita asquerosa…*

Me inclino y susurro al oído de Natalya—: Escucha cómo le habla. Denigrante, ¿verdad?

—Como poco —responde ella—. ¿Cómo puede dejar que le hable así?

—Ese es el quid de la cuestión, *Devushka* —ronroneo en su oído—. Está claro que a él le excita humillarla, pero mira cómo se derrite en sus manos.

El hombre rodea su cuello con la mano, apretando mientras ella se pega a él, con los ojos cerrados y la boca abierta de puro éxtasis.

—Parece…— Natalya se interrumpe, respirando más deprisa—. Parece que se lo está pasando bien.

—Sí. Puede que no lo parezca, pero tiene el control. Cada palabra que le lanza, cada manera en la que la agarra solo para disfrute de los demás… Lo ansía. Cuando finalmente llegue al orgasmo, te lo aseguro, será explosivo.

Vuelve a morderse el labio, mirándoles con ojos anhelantes—. Suenas demasiado seguro de eso.

—Una vez ves la diferencia entre subyugación y sumisión, no puedes dejar de verla. Esa mujer está disfrutando cada minuto de esa humillación.

Me detengo, dejándola mirar mientras mi aliento roza su oído. Su respiración se ha acelerado y ese aire de conejito asustado que tenía hace un instante ha desaparecido. Aquello que la avergonzaba, ahora la excita.

—Así que —digo—, ¿quieres mirar… o quieres jugar?

Sin apenas poder respirar y casi de inmediato, responde—: Jugar.

Entrelazo mi mano con la suya y digo—: Entonces, juguemos.



Las demás salas no son adecuadas para educar a una novata. Demasiados ojos, demasiadas distracciones. Para la instrucción de Natalya, necesitamos un lugar privado. Un sitio donde pueda sentirse segura para asimilar lo que tengo que enseñarle.

Las habitaciones privadas están en otra zona del club, al fondo del pasillo principal y tras otra puerta con un cartel encima que reza, sencillamente, *Private Rooms*.

Por ese pasillo solo hay cuatro salas con puertas de cristal. Dos de ellas tienen el vidrio opaco para indicar que están ocupadas. Guío a Natalya hasta la que está abierta, en el extremo más alejado del pasillo. Al entrar, noto su nerviosismo mientras se fija a su alrededor. Mantiene las manos delante de sí, retorciéndolas, y no puedo culparla por ello. En el centro de la sala hay una cama de matrimonio, pero en las paredes cuelgan diversos utensilios de placer. Látigos, fustas, plumas, una bola con mordaza... Puedo imaginar lo intimidante que debe de resultarle todo esto.

Cierro la puerta, giro el interruptor a *Occupied* y el cristal se vuelve opaco. —Antes de que empecemos —le digo—, quiero dejarlo muy claro. Esta noche no ocurrirá nada que tú no desees. Aunque tu papel conmigo será sumiso, tú tienes el control. Cualquier cosa que no quieras, no la haremos. Si en algún momento quieres parar, di la palabra y lo haremos. ¿Entendido?

Sus hombros se relajan un poco y asiente. —Entiendo.

—Muy bien. ¿Alguna pregunta?

Lo piensa un momento y, después, —¿Necesitamos una… palabra de seguridad o algo así?

Casi me río. Es encantadora. —Solo si tú quieres. Para mí, personalmente, 'para' es suficiente.

Ella asiente. —Vale. Supongo que eso también me sirve.

—De acuerdo. —Me quito la americana y me remango la camisa. Sus ojos se posan en mis tatuajes y se abren ligeramente. —Durante las próximas horas, eres mi sumisa—

—¿Podemos llamarlo de otra manera, por favor?

Inclino la cabeza. —No me interrumpas, Natalya.

Ella cierra la boca de golpe y después susurra: —Perdón.

—'Perdón… papi'. Así es como me vas a llamar.

Ella alza la barbilla, con un destello en la mirada. —Perdón, papi.

—Muy bien. Y ya que lo de 'sumisa' no te gusta… *Devushka* valdrá. —Me acerco a ella, deslizando suavemente las manos por sus brazos desnudos, notando cómo la piel se le eriza al contacto. —Parece que eso te gusta, ¿eh? Mi *Devushka*.

Veo una sonrisa asomando en las comisuras de sus labios de forma de corazón. Pone a prueba mi autocontrol.

—Tienes buenos modales —digo, moviendo mis manos a la nuca, donde los botones del halter la sostienen—. Quiero oír más de eso. 'Por favor' y 'gracias'. ¿Entendido?

—Sí, papi —responde mientras desabrocho su halter, un botón en la nuca y dos en la parte baja de la espalda. El tejido pesado se desliza desde su pecho y cae al suelo. Sus pechos son magníficos, firmes y redondeados, con los pezones endurecidos de un tono rosa intenso sobre la piel pálida. Un suave rubor aparece sobre ellos, dejando clara su excitación.

La anticipación es tanta para mí como para ella. Me cuesta contenerme para no acariciarlos y lamerlos.

En lugar de eso, la miro a los ojos y deslizo las manos por el centro de su espalda hasta la cremallera de la falda. Ella muerde su labio mientras intenta reprimir un suspiro tembloroso en cuanto mis dedos tocan su piel.

—Estás excitada —le digo, bajándole la cremallera despacio—. ¿Quieres que te folle, Natalya?

—Sí, papi —susurra. Su falda cae al suelo. Echo un vistazo abajo y noto sus braguitas de encaje blanco y los tacones rojos de vértigo.

Le sonrío aprobadoramente. —A su debido tiempo. Quiero que tengas paciencia. ¿Puedes hacerlo por mí, pequeña? —Le cojo la barbilla con delicadeza, de nuevo tentado por sus labios y la curva de su boquita.

Ella asiente. —S–Sí, papi.

Le tomo las manos y la guío al centro de la sala. Sobre nosotros hay unas esposas blandas atadas a un sistema de poleas. Alzo la mano para cogerlas.

—Voy a necesitar que te quedes donde yo quiera —le digo—. Así que tengo que atarte las muñecas. —Le pongo las esposas de cuero blando y se las sujeto, encajándolas en su sitio. Una vez asegurada, suelto sus manos. El sistema de poleas eleva sus brazos por encima de la cabeza. Ella jadea, el pecho subiéndole de anticipación.

Me aparto y saco uno de los muchos vibradores de un cajón cercano, y lo acerco a ella. —Vamos a probar primero la potencia más baja.

Lo enciendo y lo deslizo por sus brazos, sobre la clavícula, rodeando uno de sus pezones y luego el otro. Sus ojos se ponen en blanco y de sus labios se escapan suaves gemidos. Se apoya en mí mientras sus pezones se endurecen más aún contra la silicona vibrante.

—¿Un poco más fuerte? —Subo la intensidad y ella muerde su labio, un gemido más alto se le escapa—. Esto te gusta, ¿verdad?

—Sí… ¡Oh!

Le doy una sonora palmada en el trasero. —¿Sí, qué?

—Papi —gime—. Sí, papi.

Le froto la parte del glúteo donde la he golpeado. —Vuelve a pasarte de lista, *Devushka* —advierto—. Esto puede ser puro placer o puro castigo. Tú decides.

—Sí… papi…

Mantengo la vibración un poco más, luego me inclino y le beso los pezones, rodeándolos suavemente con mi lengua… y después atrapándolos entre mis dientes. Sus gemidos suben de volumen y me estoy poniendo tan duro. El sabor de su piel, el sonido de sus jadeos…

Subo mis besos por su cuello y deslizo las manos dentro de sus braguitas de encaje. Ella se estremece nada más sentir mis dedos sobre su clítoris hinchado.

Paf. Otra palmada contra su culo. —Quédate. Quieta.

Asiente mientras me mira hacia arriba, con los ojos grandes y húmedos. Deslizo el vibrador por la parte delantera de sus bragas. Intenta retorcerse y la sujeto por la cintura.

—¿Qué te he dicho? —muevo el vibrador arriba y abajo, acariciando su clítoris.

—Yo... no puedo... es demasiado —gime ella.

—Sí que puedes —digo con suavidad—. Relájate, pequeña.

Lo está intentando. Lo veo en sus ojos cuando deja caer la cabeza hacia atrás, tirando de sus ataduras con los brazos. —P–Por favor —suplicia.

Le agarro el culo dolorido y ella gime con más fuerza. —Pídemelo como es debido.

—Por favor... *joder... por favor... papi...*

—¿Quieres parar?

—No —dice rápidamente.

Le sonrío. —Estás cerca, ¿verdad? ¿Quieres correrte con este vibrador?

—No —responde sin aliento—. Déjame correrme con tu polla. Quiero que estés dentro de mí. Por favor, papi... por favor...

Inclino la cabeza, observando cómo se retuerce bajo el efecto del vibrador. Ni siquiera está al máximo. Es más inocente que un cordero. Me pregunto si alguna vez habrá sentido algo así en su vida.

—Me encanta cómo suplicas —la libero de la tortura, sacando el vibrador. Ella se desploma contra sus ataduras, apoyando la cabeza en un brazo, jadeando.

Dejo el vibrador a un lado. Luego le bajo las bragas. Ella las aparta de una patada y yo doy un paso atrás, quitándome la camisa. Me observa embelesada mientras me desnudo, devorándome con la mirada. Cuando me bajo los pantalones, sus ojos se agrandan aún más. Solo puedo imaginar lo que estará pensando. No me es ajeno el recelo cuando saco mi polla. Me llega a más de la mitad de los muslos.

—Es... más grande de lo que esperaba —dice ella.

Empiezo a frotarla despacio, sintiéndola endurecerse aún más en mi mano. —Aun así espero que lo intentes para papi.

Ella asiente, despacio, con inseguridad. La agarro por las caderas y le doy la vuelta. Al acercar sus caderas hacia mí, tengo una vista de su deseosa y pequeña concha. Brilla de excitación. Unos labios rosados entre un suave vello pelirrojo me llaman la atención. Presiono la punta de mi polla entre esos labios, deslizándola arriba y abajo, empapándome en sus jugos resbaladizos.

—Recuerda tus modales, mi amor —le advierto—. El castigo será rápido si se te olvidan.

—Sí, papi.

Encuentro su cálida entrada y me abro paso lentamente en su interior. Se me escapa un gemido involuntario. Sus paredes apretadas me abrazan como un torno. —Estás... tan apretada.

La sostengo por las caderas mientras la follo despacio, dándole tiempo para acostumbrarse a mi tamaño. Se aferra a la cuerda, dejando escapar dulces gemidos como campanillas desde esa boca en forma de corazón. Susurra: —Dios mío... *joder, Dios mío...*

Empujo más fuerte y sus gemidos cambian. Cuanto más fuerte voy, más profundo entro en ella. —Es... demasiado... *grande...* Yo... no puedo...

Me inclino, rodeándola con los brazos por la cintura. —Lo sé, princesa —susurro—. Tu conchita está empapada ahora mismo, y eso está bien. Eso está jodidamente bien. Te la estás tragando muy bien. —Le doy una embestida fuerte y ella jadea—. ¿Sientes eso tan adentro? —Embisto de nuevo. Sus ojos se ponen en blanco—. Estoy tocando el sitio justo, ¿eh? Eso es que te estoy llenando, cielo. Quiero llenar hasta el último rincón de esta conchita apretada, tanto que me sientas días después. No quiero que olvides esta noche.

Siento que le empiezan a temblar las piernas. Está a punto de llegar. Llevo una mano hacia adelante y abajo, buscando su clítoris con los dedos y haciéndolo girar. Se retuerce, y casi pierdo el control de ella. Paro y le doy una palmada fuerte en el culo.

—¡Joder! —grita ella.

—¿Qué te he dicho? *¿Qué. Te. He. Dicho?* —Le doy cuatro palmadas en el culo al ritmo de mis palabras. Su nalga derecha arde bajo mi mano.

—N–No... no te muevas —gime.

Otra palmada. Ella gime y luego dice: —Lo siento, papi. Por favor... no pares.

Bajo la mano y presiono fuerte su clítoris con el dedo. Me regala un gemido tembloroso mientras paso por encima una y otra vez, manteniendo el ritmo mientras la follo. Estoy a punto de correrme cuando noto que sus paredes tiemblan junto a sus muslos.

—No puedo aguantar más —dice ella, con la voz ronca de pasión.

—Sí puedes —gimo—. Estás a punto, preciosa. Solo un poco más.

De repente arquea la espalda y se le doblan las rodillas. Tengo que abrazarla fuerte para que no caiga cuando se corre, con todo el cuerpo temblando entre mis brazos. La atraigo hacia mí, besando la nuca.

—Eso es, pequeña —susurro contra su piel—. Córrete con esta polla. Suéltalo todo.

Le beso el cuello y sigo hasta la oreja. Ella gira la cabeza y nuestros labios se encuentran. Su lengua invade la mía y de repente me pierdo en la suavidad de sus labios, el sabor salado de sus lágrimas mientras se corre, el mordisco agudo de sus dientes en mi labio.

Algo se rompe dentro de mí. Le cojo una pierna y la levanto, follándola rápido y profundo. Ella murmura contra mi boca. —Sí, papi... oh, Dios... *sí... sí...*

No tardo en explotar dentro de ella. Sale de mí como un géiser, inundándome la piel de calor. Ella me muerde el labio con fuerza, haciéndome sangre. El sabor a cobre enciende algo en mi alma.

Sigo dentro de ella cuando deshago sus ataduras. No quiero soltarla.

—¿Me follas en la cama, papi? —pregunta con voz bajita—. Por favor.

—Lo que quieras, *Devushka*.

Ella se aparta de mí, luego me coge de la mano y me guía hasta la cama. Me siento hechizado, atraído por su cuerpo, sus labios, su dulce y apretada concha.

Mientras vuelvo a follarla, con sus piernas enroscadas en mi cintura, mi boca en la suya, algo profundo dentro de mí despierta. Algo que creía dormido o muerto hace tiempo. Nunca me he sentido más vivo que ahora.

9

NATALYA

—¿Dónde demonios estabas?

Miro por encima del hombro y veo a mi padre de pie junto a la puerta trasera. Está a punto de amanecer y no veía motivo para entrar por la puerta principal, por si acaso me encontraba con él. Ha sido una noche maravillosa, lo último que quería era que él la estropeara.

Pero ya es demasiado tarde para eso. Me detengo cuando se acerca a grandes zancadas, sus ojos recorriéndome de arriba abajo. Cada segundo que se queda mirando mi ropa es como si añadiera años a una condena en prisión. —¿Se puede saber qué coño llevas puesto?

De pie frente a mi padre, con su rostro poniéndose rojo hasta la coronilla de su calva… hace veinticuatro horas quizá me habría encogido de miedo. Pero, de algún modo, esta vez no pasa.

—He salido —digo.

—¿Salido? *¿Salido?*—

—Sí. Con amigos. He tomado unas copas y ahora ya estoy en casa.

Parpadea, incrédulo. —¿Tienes idea de qué hora es? ¡Se está asomando el puto sol!—

Me sobresalto un poco por sus gritos, pero me mantengo firme. —Eso es, y me gustaría dormir un poco. —Empiezo a marcharme y él me agarra del brazo, tirando de mí hacia atrás.

—Pequeña zorra irrespetuosa —escupe en ruso—. Te voy a destrozar—

Le arranco el brazo y le miro desafiante. —¿Y qué más te da? Dijiste que me dejarías en la calle. A tu propia hija. No te importa una mierda lo que me pase.—

Eso corta en seco su enfado. Su cara cambia, palideciendo desde el rojo intenso de hace un segundo. —Natalya—

—Me voy a la cama —digo—. Pero no te preocupes. Cuando me despierte, empezaré a hacer las maletas. Muy pronto no tendrás que ver a esta *shlyukha* nunca más. No te preocupes.—

Con esas palabras, me doy la vuelta y me voy, hacia la casa de la piscina. La puerta se cierra tras de mí y una burbuja de risa sube por dentro. ¿Estoy loca? ¿De verdad he perdido la cabeza?

No lo sé. Puede. Acabo de pasar la noche con uno de los socios de mi padre. Eso debe de ser una señal de locura.

Voy a mi baño a ducharme. Mientras me quito la ropa, me doy la vuelta y me miro en el espejo, hasta mi culo. El rojo de la piel empieza a oscurecerse en moratones. Me toco y hago una mueca de dolor. Sigue muy sensible al tacto.

Después de hacerlo, nos quedamos tumbados besándonos. Él me rodeó con los brazos y no me soltaba, insistiendo en que me quedara, solo un rato más. Solo hasta que él sintiera que yo podría moverme bien por si acaso había sido demasiado brusco conmigo. Me frotaba suavemente el trasero dolorido y me preguntaba cómo me sentía, asegurándose de que de verdad estaba bien. No era una

simple formalidad, de verdad quería saber que estaba entera después de todo aquello. Y lo estaba. Lo estoy. Estoy más que bien.

Quiero llenarte cada centímetro de ese coño apretado hasta que me sientas durante días. No quiero que olvides esta noche.

Sonrío. Todavía puedo sentirlo dentro de mí en cada paso que doy, en cada pequeño movimiento de mis caderas. Es como si me hubiera marcado de más de una manera. Siento que nos une un hilo invisible.

Esto es de locos. Ese hombre siempre ha estado prohibido para mí. ¿Este sentimiento es más dulce precisamente por eso? ¿O es por él? ¿Cómo podría saberlo? Nunca he estado en esta posición.

En una cosa tiene razón. No voy a olvidar esto nunca. Aunque sé que volver a hacer algo así sería buscarme la ruina. Mi padre podrá ser un déspota y quizá hasta odiarme, pero estoy segura de que mataría a Anton si lo supiera, aunque solo fuera para salvar su honor.

Me ducho. La sensación del agua caliente sobre la piel hoy es diferente. Es tan raro. Esa sensación que buscaba después de perder la virginidad, como si fuese una persona completamente nueva, la tengo ahora. Mi piel parece más suave, como si hubiera crecido algo nuevo en lugar de lo viejo. Los pequeños pinchazos de dolor en mi coño y la piel de mi culo no me importan, porque es como si me hubieran reiniciado de fábrica.

Hmm. Quizá esto es lo que debería ser una primera vez. Quizá no tenga nada que ver con lo físico, con romper un himen o esas chorradas. Quizá todo se resuma a esta sensación.

Dios, ojalá pudiera retroceder y revivirlo todo de nuevo. Estoy segura de que no volveré a sentir esto con nadie más.

Salgo de la ducha, me seco y me preparo para ir a la cama. Mientras me pongo el camisón, dudo si llamar a Ilya para contarle emocionada lo que ha pasado, pero decido no hacerlo. Ella y Rodney

desaparecieron poco después de que llegáramos al club, imagino que fueron a divertirse a su manera. Puedo imaginarme que tuvieron una noche tan larga como la mía. Me pondré en contacto con ella después, cuando haya dormido un poco. Estoy agotada.

Corro las persianas y me dejo caer en la cama. En cuestión de segundos empiezo a quedarme dormida, y mi último pensamiento antes de caer rendida es Anton abrazándome y lo segura que me sentí entre sus brazos.



La melodía de mi móvil interrumpe mis sueños. Abro los ojos, todavía medio dormida, para ver el teléfono vibrando y sonando sobre la mesilla de noche. Alzo la cabeza y veo el nombre *Daddy* encima del número en la pantalla.

Anton. Sonrío y contesto. —¿Sí?

—Buenos días —dice él—. O buenas tardes. Veo que has llegado bien a casa.

—Perdona, se me olvidó escribirte. Estaba agotada. —Me tumbo de nuevo en la almohada. El tono grave de su voz es como miel. Un bálsamo para mis heridas emocionales.

—No pasa nada —responde—. Me basta con saber que estás bien. —Hace una pausa. Es solo medio segundo, pero suficiente para que mil pensamientos crucen mi mente. *¿Llama para decir que se arrepiente de lo que pasó? ¿O para disculparse? Por favor, no lo hagas. Fuiste maravilloso.*

—Esperaba —dice él—, que tal vez estuvieras disponible algún día para cenar.

Este peso de felicidad en mi pecho es casi más de lo que puedo soportar. Todo en mí quiere decir que sí. ¡Por supuesto que estoy

disponible! Pero sé que debo ser más sensata. Anton y yo... no tenemos vidas normales.

—¿Estás seguro de que es una buena idea? —le pregunto—. Quiero decir… sabes quién es mi padre.

—Lo sé. —Suspira, y después, en tono más bajo—: Lo sé. Lo que pasó anoche fue una grave violación del protocolo. Si yo estuviera en la piel de tu padre, empezaría una guerra sin dudarlo en cuanto me enterara de que alguien te ha puesto la mano encima.

Muerdo mi labio mientras le escucho, saboreando cada segundo antes de que sigamos caminos distintos. Un pequeño destello de locura se apodera de mí y respondo: —Tendríamos que hacerlo en secreto. Ninguno podría saberlo. Ni tu gente, ni la suya. Ya sé cómo os gusta cotillear a los Bratva.

Él se ríe. Es un sonido inesperado, como el rugido alegre de un león. —Debes estar espiando las reuniones de tu padre. Yo mismo he escuchado a brigadieres curtidos cotilleando como quinceañeras. —Hace una pausa, luego—: Tienes razón. Deberíamos terminar esto antes de que empiece... pero si alguna vez cambias de opinión, o simplemente necesitas una noche fuera, considera mi puerta abierta. Lo de anoche fue... fue maravilloso. Tienes un don natural para ser sumisa.

—No sé si eso es un cumplido o no.

—Créeme, lo es. Estuviste perfecta. Ni una sola objeción.

Uf. Lo que daría por habernos conocido en otro momento. Si tan solo fuéramos otras personas. Joder.

—Gracias —digo—. Y tendré en cuenta tu invitación. —No es mentira. Pronto me iré de la casa de mi padre. Tal vez, dentro de poco, me vea plantada frente a su puerta. Mientras tanto... las cosas son como son.

—Nos vemos, Anton.

Él suelta una breve carcajada. —Nos vemos, *Devushka.*

Juro que no creo que vaya a escuchar esa palabra igual nunca más.

Después de colgar, miro su número en mis contactos. Intercambiamos los números al irme y en ese momento tenía sentido. *Escríbeme para avisarme de que llegaste bien.* Por supuesto, no lo hice. Mi padre se aseguró de que no ocurriera. Pero ahora, ahí está su número, guardado en broma como 'Daddy'.

Se me pasa por la cabeza borrar su número. Sinceramente, tenerlo ahí supone un pequeño riesgo, por si acaso mi padre llegara a tener este móvil en sus manos. Pero bueno, me iré a finales de semana. Que él consiga acceder a mí o a mi móvil va a ser difícil si lo intenta.

Quizás llegue el día en que pueda buscar a Anton por una cosa o por otra. Quizás ni siquiera tengamos que ser amantes. A fin de cuentas, parece alguien con quien convendría llevarse bien.

Me levanto y me visto. Lo que le dije a mi padre sobre preparar mis cosas iba muy en serio. Como solo me ha dado una semana para marcharme, más vale que empiece cuanto antes.

Con una camiseta vieja y vaqueros, el pelo recogido con un moño mal hecho, me pongo manos a la obra. Tengo unas cajas viejas que servirán por ahora hasta que consiga más. Me imagino que tendré que meter algunas cosas en un trastero hasta que consiga mi propio sitio, ya que me quedaré en casa de Ilya.

Empiezo por el armario, sacando la ropa de las perchas y extendiéndola sobre la cama. Dejo el armario más o menos a la mitad cuando suena otra vez el móvil. Lo cojo y veo que es Ilya. Miro la hora. Han pasado un par de horas desde que empecé esto. Quizá ella también acaba de levantarse.

Contesto y la pongo en altavoz.—Buenos días, dormilona —digo.

Ella bosteza ruidosamente.—¡Buenos días a ti también! ¿Te lo pasaste bien anoche?

Ojalá pudiera ver mi sonrisa.—Fue algo, desde luego. Ya te digo. Nunca había estado en un sitio así, así que fue toda una experiencia.

Ella se queda callada un momento.—Suenas demasiado contenta ahora mismo. ¿Qué te pasó anoche?

Me giro hacia el teléfono y me siento en la parte de la cama que no está cubierta de ropa.—No te imaginas quién estaba allí. Ni en un millón de años lo acertarías.

Ella no dice nada durante un segundo, pensando.—¿Era alguien famoso? Rodney me contó que pensó que vio a Dwayne Johnson ahí una vez. Aunque, igual era Jason Momoa.

Me río.—Por muy curioso que sea que Rodney no sepa distinguir entre dos hombres tan diferentes, tengo que decir que no. No era nadie famoso.

—Vale, entonces ¿alguien del instituto o algo así? ¿Quién?

Suelto un suspiro. Se va a *flipar*.—Anton Romanov.

Se toma una larga pausa antes de decir—Perdona. No he oído bien. ¿Puedes repetirlo?

—Anton Romanov —repito.—Estuvo allí anoche.

—No me jodas. No fue así.

—Sí que lo fue. —Tomo aire antes de decir lo siguiente—. Me vio en la sala de voyeurismo y estuvimos hablando un poco… y luego…

—No *lo hiciste*. Por el amor de Dios, dime que no lo hiciste, Natalya Petrov.

Tengo que taparme la boca para contener la risa.

—Nat —insiste—. Por favor, dime que de entre todos los hombres del club con los que podrías haberte acostado, no te acostaste precisamente con el único con el que *no* deberías.

—Ojalá pudiera decírtelo —respondo, con una risa que tiñe mi voz—. Pero mentiría descaradamente.

—¡Nat! —casi grita.—¡Madre mía! ¿Has perdido totalmente la cabeza?

Me dejo caer sobre la ropa, mirando al techo.—Sí —digo.—Sí, creo que sí.

—¿Pero cómo? O sea, vale. —La oigo moverse.—Necesito detalles. Cuéntamelo todo, absolutamente todo.

Eso hago. Le digo cómo empezamos a tontear en la sala de voyeurismo y cómo eso le llevó a proponerme algo, y ¿qué iba a hacer yo más que aceptar? Me detengo en el momento en que fuimos a buscar una habitación privada. Esos detalles me los guardo para mí. Solo susurra—Madre mía. No me lo creo.

Me vuelve un poco ese miedo antiguo y digo—Sabes que no puedes contárselo a nadie, ¿verdad? En serio. Ni siquiera a Rodney.

—Dios mío. *¿Tú crees?* No pienso decírselo a absolutamente nadie. Sé quién es tu padre.

—Te lo agradezco.

La oigo moverse de nuevo. Parece que está paseando de un lado a otro.—Madre mía, ¿qué pasó con eso de que era 'tan mayor como tu padre', Nat?

—Él *definitivamente* no se parece en nada a mi padre —le respondo. —Es… es algo totalmente distinto.

—¿Qué significa eso? No estaréis, en plan, juntos, ¿verdad…?

—No, no. Los dos sabemos las consecuencias. No va a ir más allá de anoche. —Pienso en él, en uno de los últimos recuerdos que tengo en la cama, con mis piernas rodeando sus caderas y él sobre mí, sus músculos brillando bajo la luz rosa de la habitación…

—Eso es inteligente —dice Ilya.—Bueno, vale. Ahora la pregunta de verdad. ¿Cuánto la tiene de grande Anton Romanov?

Suelto una carcajada.—Lee.

—Venga, por favor. Llevamos *años* preguntándonoslo. Todas esas veces que decías que debía de ser como el tronco de un árbol, o tan larga como una manzana entera…

Eso me hace reír. En su momento llegamos a hacer una especie de concurso absurdo entre nosotras. Una decía "tan grande como un poste de cerca" o algo así y pasábamos el rato intentando superarnos unas a otras. Chorradas de adolescentes, sin más.

—No la tiene tan grande como una manzana entera —digo, y luego, de forma coqueta, añado—. Puede que tan grande como una calle de barrio entera.

—¡No me digas! —Se ríe conmigo. Cuando la risa se apaga, dice—. No me puedo creer que de verdad te hayas acostado con el chico de tu adolescencia. Esto es un gran día, lo sabes. Te invito a comer.

—Te hago una mejor —le digo—. Ven tú a casa y pido yo la pizza. Necesito ayuda con las cajas.

Aspira aire entre los dientes.—Ah, sí, se me había olvidado eso.

—Sigo pudiendo quedarme en tu casa, ¿verdad?

—¡Sí, por supuesto! —responde.—¿Qué tal fue volver a casa anoche, por cierto? No te cruzaste con tu padre, ¿verdad?

—Por desgracia, sí —respondo con un pequeño suspiro.—No es que le hiciera ilusión que llegara tan tarde. —No dice nada y me la imagino sin saber qué decir. Supongo que yo tampoco lo sabría.—Da igual. Quiere que me vaya, así que me marcho. Tenías razón, Lee. Todo esto era la señal de que mi independencia está cada vez más cerca. La semana que viene será el primer capítulo del resto de mi vida.

—Así se habla —dice, y eso sienta bien. No, sienta *bien* de verdad. Puede que no haya ocurrido como yo quería, pero está ocurriendo. Ya no pueden ir peor las cosas, solo pueden mejorar.

10

ANTON

Han pasado casi dos meses desde el club sexual y no consigo quitármela de la cabeza. Por las noches, cuando todo está en silencio, aún logro oler su perfume, dulce florido, afrutado, como la primavera, envolviéndome en su abrazo. Juro que permaneció en mi piel durante días, o al menos en mis dedos.

Sé que todo está en mi mente, pero es como si me hubiese quedado grabado su aroma de alguna manera. De vez en cuando, percibo una ráfaga flotando en el aire cuando estoy fuera, o justo bajo mi nariz cuando me tumbo en la cama por la noche. Es como si el fantasma de su esencia flotara sobre mí.

Nunca habría creído que algo así fuera posible. Aquella niña que conocí hace tantos años en su fiesta de decimosexto cumpleaños... entonces era solo piel y huesos, todo piernas larguísimas y pelo rojo. Solo era una cría entonces y, por tanto, únicamente la tenía en el radar por ser miembro de la familia de un socio. Nada más.

Ahora, todo ha cambiado. Pienso en sus caderas redondeadas en mis manos y en cómo gemía al oído mientras llegaba en mis brazos. Joder, qué diferencia puede suponer una sola noche. En pleno calor,

le dije que haría que no me olvidara. No sabía que yo mismo me estaba echando el mismo hechizo.

Es tarde ahora mismo. Como de costumbre, no consigo dormir. Se está convirtiendo en un hábito con todo lo que tengo en la cabeza últimamente. Una de las habitaciones de la planta baja estaba llena de cajas y no parecía tener ningún uso, así que puse a Mikki a convertirla en un gimnasio casero. Acabó hace cosa de una semana. Esta noche creo que voy a aprovecharlo.

En cuestión de minutos, estoy en pantalón de chándal, corriendo sobre la cinta. Sudar es una buena forma de distraerme del sexo. Durante algunas noches después de estar con Natalya, intenté volver al club cuando no podía dormir, pero de repente ya no encontraba nada que realmente me interesara fuera de la sala voyeur. No vi a nadie con quien me apeteciera jugar ni ninguna actividad que me atrajera.

Mierda. Creo que sin querer he encontrado esa droga que trataba de evitar desde el principio. Espero no pasarme la vida buscando ese mismo subidón.

La cuestión es que tengo que sacármela del sistema. Estar con ella es peligroso en todos los sentidos posibles. Especialmente ahora, con la tensión entre mi Bratva y los Amur. No puedo permitirme pelear a la vez con dos bandas de Bratvas.

Hablando de los Amur, no es que hayan intensificado demasiado las cosas estas últimas semanas, pero sí han estado bastante activos. Se ha corrido la voz de que estamos en guerra. Algunos de mis brigadiers han informado de ataques a sus hombres y de algunas propiedades destrozadas. Siempre les hemos devuelto el golpe, pero llevo tiempo buscando la forma de cortar la cabeza de la serpiente de una vez por todas.

Mientras tanto, le he pedido a Mikki que encuentre a quien realmente llevó a cabo el asesinato de Maksim. Sigo sin saber quién

empuñó el cuchillo. Por ahora, tiene varias teorías, pero todavía nada ha dado resultado.

Necesito la cabeza del verdadero asesino. Tengo que verle sangrar por su papel en la muerte de Maksim. Quizá cuando la tenga, se la mande a Nikolai. Que sepa que la muerte irá a por él después.

Suena el timbre, interrumpiendo mi entrenamiento. ¿Quién demonios querría visitarme a estas horas? Cojo una toalla y me seco. Son casi las tres de la mañana. Mejor que alguien esté muerto o agonizando.

El timbre vuelve a sonar mientras atravieso la casa. Mierda. Alguien está impaciente. Espero que no sea otra herida. Lo último que necesito es otro de mis hombres caído. Abro la puerta. Allí está Kat, oliendo a alcohol, los labios partidos y rojos curvados en una sonrisa, de pie ante mí. Se aparta el flequillo rubio de los ojos mientras me sonríe con la mirada turbia.

—Justo el hombre que necesito ver —dice—. ¿Me has echado de menos?

—No. ¿Qué haces aquí? —Entonces caigo en que está sola y añado —: No habrás conducido hasta aquí, ¿verdad?

Ella me empuja y entra en el vestíbulo—. Siempre con las malditas preguntas. No me puedo creer que después de todo este tiempo, me recibas así.

Me giro para mirarla mientras permanece allí de pie, su sonrisa menguada mientras me observa de arriba abajo como un león hambriento.—Estás muy bien.

—Es tarde, Kat —le digo—. ¿Qué quieres?

—A ti —responde ella acercándose a mí con paso insinuante. Alarga la mano para tocarme el pecho y yo le aparto la mano de un manotazo.—No seas así, cariño. Mira, este jueguecito de hacerse el difícil ha estado bien y todo eso, pero ¿no crees que ya ha ido

demasiado lejos? Te echo de menos. Echo de menos lo nuestro. ¿Qué te parece si subimos y nos reconciliamos como antes?

—No —respondo con firmeza.

Ella parpadea, sus ojos turbios por el alcohol me estudian durante unos largos segundos.—¿Eso es todo? ¿Solo "no"? ¿Qué te pasa? — Vuelve a intentar tocarme, y esta vez le doy un manotazo fuerte en la mano. Retrocede medio paso, sorprendida.

—Tienes que irte —le digo, y camino hacia la puerta. Veo a uno de mis soldados patrullando a pocos metros y le hago una señal para que entre.

—Eh, espera —dice ella—. Solo hablemos, ¿vale? ¿Por favor? ¿Podemos hablar un momento?

El soldado empieza a caminar hacia mi puerta abierta, así que me giro hacia ella y digo:—Tienes el tiempo que tarde Vincent en llegar hasta aquí.

Me lanza una mirada iracunda.—¿De verdad vas a hacer que él me eche?

—Te va a llevar a casa. Estás borracha.

—No estoy borracha —protesta, indignada—. ¡Madre mía, eres tan crítico!

No tengo paciencia para nada de esto.—Te juro por Dios, Kat—

—Vale, vale —dice ella—. Es solo que... He venido porque te echo de menos. Me he puesto a pensar en ti y en lo bien que estábamos juntos... Éramos realmente buenos, ¿verdad? Buenos el uno para el otro. Siempre estabas ahí para cuidarme y todo eso. Me sostenías cuando yo estaba mal—

—¿Y tú qué hiciste por mí, Katerina? —le digo. El delgado hilo de mi paciencia se ha roto.—¿Qué hiciste tú por mí? Me manipulaste y me mentiste—

—Pensé que ibas a dejarme —insiste mientras da un paso atrás—. Dijiste que nunca podrías poner nada por delante de la Bratva. ¿Qué se supone que debía pensar? Nadie dice eso. Sobre todo si ama a alguien. Si quiere casarse con esa persona. Y hubo un tiempo en el que tú querías casarte conmigo.

Nunca he pegado a una mujer por ira. Es algo de lo que siempre me he sentido orgulloso, a pesar de las acciones de algunos conocidos míos. Pero esta vez tengo que apretar los puños para no hacerlo.—Esto se ha acabado, Kat. Se acabó hace mucho —le digo—. Que quede bien claro para que no haya más confusiones. No te quiero. *Nunca* volveré a quererte. Y lo más importante... —Me inclino hacia su cara.—Jamás te perdonaré lo que me hiciste. ¿Lo entiendes, Katerina? No eres bienvenida aquí.

Sus ojos se llenan de lágrimas.—No lo dices en serio.

—Nunca he hablado más en serio en mi vida.

Su labio inferior tiembla y empieza a responder, pero los faros de un coche iluminan mi puerta, rompiendo el momento. Me giro justo a tiempo para ver el coche de Mikki aparcar frente a mis escalones. Me vuelvo de nuevo hacia ella.

—Fuera. Ahora.

Busca algo en mis ojos. Tal vez compasión, empatía o algún hilo al que aferrarse para quedarse un poco más. No hay nada. Esta puente lo quemó hace mucho.

Mientras Mikki se acerca, ella pasa bruscamente a mi lado y sale. Me giro justo a tiempo para verla a punto de atropellar a Vincent.—Llévala a casa —le ordeno. Él asiente y la sigue.

Mikki observa cómo Vincent discute con Kat mientras la acompaña hasta su coche, subiendo los escalones.—Parece que la noche te está saliendo movidita.

—Con esa nunca se acaba —le digo.

Observamos cómo Vincent la mete en el coche y luego se marcha. Mikki resopla.—Aún estás a tiempo de decirle que la lleve al río, ya sabes. Podría traerte problemas en el futuro.

Suelto una carcajada.—Kat es como una mosca, molesta pero en el fondo inofensiva. Cuando se le pase la borrachera, recordará cuál es el precio de meterse conmigo. —Mikki asiente y termina de subir hasta donde estoy yo.—¿Y tú? ¿Qué haces aquí a estas horas?

—Traigo noticias. Todo bueno. ¿Entramos? —Hace un gesto para que entremos. Asiento y volvemos a entrar en mi casa.

—Espero que esto tenga que ver con el asesino de Maksim, si te has tomado la molestia de venir hasta aquí a las tres de la mañana —le digo.

—No lo habría hecho de otra forma —dice él.—He encontrado al cabrón que lo hizo.

Me quedo helado. No puedo creer lo que oigo.—¿Hablas en serio?

—Muy en serio —dice Mikki.—Ha hecho falta moverse un poco, pero todo el trabajo de buscarlo al final ha dado sus frutos. Uno de los hombres de Nikolai lleva casualmente un mes en Rusia. Y de forma nada casual, en la misma ciudad en la que estabais tú y Maksim.

—No me digas.

Él asiente.—Según mis fuentes, la noche que asesinaron a Maksim nadie pudo dar cuenta de su paradero. El conserje del hotel donde os alojabais lo vio la noche anterior a que Maksim fuera envenenado.

Tengo que cruzarme de brazos para ocultar mi satisfacción.—¿Y cuándo vuelve?

—Esta noche. He mandado a un par de soldados a esperarlo en el aeropuerto. Ya está custodiado.

Asiento con la cabeza. Esto está bien. *Muy* bien. —¿Dónde está ahora?

—Le tengo en el sótano de uno de los viejos clubes de Lev. ¿El que tuvo que cerrar el año pasado porque estaba demasiado cerca del territorio de Petrov?

Vuelvo a asentir. The Landing Strip, así se llamaba el sitio, y su proximidad con la gente de Petrov no fue la verdadera razón por la que lo cerramos. En realidad, fue el primer club de striptease que Lev abrió, cuando aún no tenía ni idea de cómo llevar uno. El lugar era un antro y las mujeres distaban mucho de ser de clase alta. Había tantos agujeros de bala en las paredes como en las chicas. Nos dijo que quería cerrarlo por culpa de Petrov, pero todos sabíamos que no daba los números que él quería.

—En cualquier caso —continúa Mikki—, iba a empezar a apretarle las tuercas, pero pensé que preferirías tener el honor de verlo tú mismo.

Sonrío. —Déjame vestirme.

~

Al mirar a mi alrededor, veo la otra razón por la que el negocio de Lev fracasó. Aparcamos el coche frente al antiguo edificio y noto los bloques de apartamentos al final de la calle y el parque justo enfrente. El club está demasiado cerca de una zona residencial. Me sorprende no haber oído nunca a Lev mencionar líos con el ayuntamiento por las normativas de urbanismo implicadas.

—¿Cómo se llama? —pregunto a Mikki antes de bajar del coche.

—No le conoces. Emil Andreev. Es *shestyorka*. Un mindundi. Me han dicho que quería ganarse el respeto de Nikolai con esta jugada.

Suelto una risotada desdeñosa. Podría haber supuesto que se trataba de algún don nadie con ganas de destacar. La forma en que mataron a Maksim delata a alguien que no tiene el menor respeto

por esta vida o es un auténtico cobarde. Ni siquiera tuvo la decencia de dar la cara y pelear. Ni siquiera usó un arma. El imbécil utilizó veneno, nada menos.

Mikki y yo cruzamos la calle hasta la puerta principal del viejo club. Mikki llama con fuerza y, por un segundo, se hace el silencio. Luego la puerta se abre una rendija y alguien se asoma. —Has vuelto —oigo decir.

—Así es, y he traído compañía.

La puerta se abre más y veo a uno de mis hombres más corpulentos, Boris. A veces trabaja de portero en el Firebird y, hasta donde sé, llegó a un acuerdo con Magda para hacerlo gratis si a cambio recibía una mamada de una de las chicas.

Asiente y nos deja pasar. —Me alegro de verte, Anton —dice con su voz ronca y grave—. Está bien atado y preparado para ti en el sótano.

Eso es justo lo que quiero oír. Mikki me guía por la tenue luz de la sala principal hasta otra puerta, que lleva a lo que imagino fue una cocina. A la izquierda, hay una puerta con una escalera que baja al sótano. Le sigo inhalando el olor a polvo y humedad, atravesando el aire fresco.

En el sótano solo hay una luz, colgando sobre el cabrón, que está atado a una silla. Cerca de él, medio en la sombra y medio fuera, hay una mesa de trabajo con varias herramientas listas para arreglar lo que haga falta. Dos de mis hombres flanquean al tipo de la silla y parece que la diversión ya ha empezado. Ambos están con camisetas de tirantes, los nudillos magullados, el sudor perlándoles la frente.

Y el hijo de puta de la silla tiene un aspecto lamentable. Mandíbula amoratada, labio sangrando, un ojo hinchado... Probablemente llevan horas dándole una paliza.

Mikki camina delante de mí, entra en el círculo de luz y el hombre le mira con su único ojo sano. —Por favor —dice—. Os habéis equivocado—

Mikki le suelta un puñetazo seco en la mandíbula. La cabeza le gira a un lado y una lluvia de sangre salpica el suelo. —No he dicho que puedas hablar, ¿verdad?

Me quedo justo fuera del círculo. Para que vea que estoy aquí, pero no mi cara. Aún no. Mikki sabe cuál es su papel en este momento y está cumpliéndolo. Se aparta y el hombre me busca entre la oscuridad. Respira con dificultad mientras entorna los ojos, que se le hinchan rápidamente, para intentar ver mi rostro.

—Así que eres tú quien mató a Maksim Balakin —le digo—. Eres exactamente lo que esperaba. Un cobarde de mierda.

—N-no—

—Estuviste en Astrakhan al mismo tiempo que él, ¿no es así?

—Yo... estaba visitando a mi hermana. Ni siquiera sabía que Maksim estuviera allí. Por favor, tienes que creerme.

Me río por lo bajo. —¿Tengo que creerte? —Doy un paso hacia la luz. Quiero que vea mi cara. Que perciba todo el dolor que pienso causarle en mis ojos—. Te colaste en la habitación de Maksim y como una serpiente, le pusiste veneno en el té. Fuiste demasiado cobarde para enfrentarte a él como un hombre, ¿eh?

—No fui yo —dice, encogiéndose lejos de mí. No respondo. Mikki lo entiende y le sacude una bofetada en la cara.

—¿Sabes lo que podríamos hacerte? ¿A tu familia por esto? —le digo en ruso—. ¿Tu hermana, la que vive en el corazón de donde comenzó esta hermandad? ¿Vas a hacer algo así teniendo a tu hermana en nuestro punto de mira? Deberías considerarte muy afortunado de que te hayamos encontrado a ti en vez de a ella.

Se le abre su único ojo sano y la boca le tiembla en silencio. Este pobre imbécil jamás se paró a pensar en lo que realmente estaba en juego.

—Podría acabar con toda tu estirpe —le gruño—. Por suerte para ti, a mí solo me interesa tu cabeza.

—Por favor, no me mates —responde en ruso, con la voz temblorosa.

Me río.—Oh, matarte será lo último que te haga. Aún quedan tres horas para el amanecer, amigo mío. Tengo muchos más planes para ti antes de decidir si te dejo morir. *Si* decido eso esta noche. Me arrebataste a la única persona en este mundo que habría podido impedir que pase días torturando a un hombre en nombre de la venganza. El mínimo atisbo de empatía que pensabas que podría mostrarte murió con Maksim.—Me detengo solo para saborear la forma en que me mira. Tiritando, el sudor bajando por su rostro en ríos, pequeños quejidos saliendo de sus labios hinchados.

—Cuando acabemos contigo —añado—, suplicarás que te matemos.

Mikki sonríe de lado y se acerca de nuevo a la mesa para coger las herramientas. Se avecina una noche larga, pero va a ser buena. Este es el ejercicio que debería haber hecho todo este tiempo. Estoy deseando dejar atrás mi insomnio.

Unas ráfagas de disparos suenan en algún sitio encima de nosotros. Todo el mundo se queda inmóvil, escuchando mientras el ruido familiar del caos estalla justo un piso más arriba. Mikki deja las herramientas y va a por su pistola. Yo voy a por la mía.

—Vigiladle —digo a los otros dos soldados que están allí. Mikki y yo nos dirigimos hacia las escaleras. No hemos dado ni dos pasos cuando la puerta se abre y suenan más disparos. Mikki se agacha y se cubre tras unas estanterías, pero uno de los míos recibe una bala en la cabeza. Yo me deslizo hacia las sombras mientras Mikki y mi otro hombre disparan a nuestros atacantes.

Y, en medio de todo ese caos, Emil Andreev aprovecha su momento. Le veo inclinarse y volcarse junto a la silla. Esta se rompe bajo su peso, dejándole libre. Con los brazos todavía atados a la espalda, se levanta a tientas y sale disparado hacia la escalera trasera que da a la puerta del tormentón, la que se abre al callejón.

Mierda. Los hombres bajan las escaleras con metralletas, acorralando a Mikki y a mi otro hombre. Apunto y les disparo a ambos en la cabeza antes de que se den cuenta de dónde vienen las balas.

Con ellos abatidos, Mikki se da la vuelta y ve que Emil se ha escapado.—¡Joder! —maldice en fenya.

—Le tengo —digo, lanzándome tras él—. ¡Si aparece algún cabrón más, acabad con ellos!

Subo corriendo las escaleras y salgo por la puerta del tormentón abierta. Llego al callejón justo a tiempo para ver cómo echa a correr hacia la calle. Le disparo pero fallo en el momento que gira la esquina. *Hijo de puta…*

Voy tras él y, justo al llegar a la calle, lo veo lanzarse al asiento trasero de un coche. Los hombres de Amur. Mikki también sale corriendo tras ellos, pero el coche ya está poniendo pies en polvorosa. Cruzo corriendo la calle hacia mi propio coche.—¡Mikki! —grito—. ¡Vamos!

Él se sienta a mi lado al volante, y enseguida vamos tras ellos a toda velocidad. Mikki logra seguirles el ritmo mientras esquivan los coches aparcados y derrapan en las curvas. Por fin, consigue pegarse a su parachoques trasero.

—¡Agárrate! —grita. Yo me aferro a la manilla del techo sobre mi asiento cuando chocamos contra la zona izquierda del parachoques trasero del otro coche. El vehículo patina, gira y se desliza por el asfalto hasta que una rueda trasera choca contra la acera y el coche entero da una vuelta, quedando boca abajo.

Mikki detiene nuestro coche y salimos a la carrera, armas en mano. Los bastardos de Amur del otro coche también se están bajando. Arrastran a Emil fuera del asiento trasero.

Hoy no. Estos hijos de puta me la han jugado. Ahora todos tienen que morir.

Atrapo a uno, disparándole a la cabeza. Mikki se encarga del otro justo cuando está a punto de apuntarnos. Corro hacia el lateral del coche donde está Emil y lo veo salir a rastras por la ventanilla rota. Grita en cuanto me ve.—¡No! ¡Por favor! ¡No—!

Le disparo en la frente. Veo cómo el terror se apaga en sus ojos mientras la cabeza se le va hacia atrás y cae inerte al asfalto.

Y entonces, algo capta mi atención por el rabillo del ojo. Levanto la vista, esperando ver a un tercer bastardo de Amur…

Es ella. De pie, en la acera al otro lado de la calle bajo una farola. La luz amarilla vuelve rojo el pelo y hace brillar el azul de sus ojos, muy abiertos. Con su sencilla camiseta blanca y vaqueros azules, casi parece un sueño, un producto delirante de mi falta de sueño y mis sentidos alerta.

Pero no lo es. Natalya está aquí. Ahora. Observando cómo Mikki y yo matamos a hombres vivos y respirando. Lo acaba de presenciar todo.

Oigo el chasquido de un arma y el hechizo se rompe. Miro justo a tiempo para ver a uno de los de Amur a tan solo unos pasos. Él también ve a Natalya… y está levantando su pistola.

11

NATALYA

Nunca supe que trabajar era tan *duro.*

Gracias a Ilya, he podido conseguir trabajo como ayudante en el restaurante de la esquina, cerca de su piso. Pagan una miseria, pero es un trabajo honrado. El poco dinero que he sacado esta noche tengo que repartirlo y esconderlo cuando vuelva al piso.

Y lo más curioso es que hay una parte de mí que de verdad quiere llamar a mi padre y pedirle dinero. Empiezo a fantasear con hacerme la inocente solo para conseguir unos euros y hacerme la manicura o algo así. Por suerte, esa parte de mí es pequeña. El resto recuerda muy bien lo que significa vivir bajo su yugo. Al menos ahora puedo hacer lo que me da la gana. Ir adonde quiera. Vivir como quiero vivir. Y en cuanto tenga suficiente dinero para mi propio piso, seré completamente libre. Puede que encuentre algo al otro lado de la ciudad. O quizá directamente me mude fuera de aquí, a un sitio completamente distinto de esta ciudad. Quizá un lugar soleado como California. O incluso Hawái. Supongo que el cielo es el límite.

Es muy tarde. El restaurante ha cerrado sobre las dos, pero he tenido que quedarme para enrollar los cubiertos para las camareras. Una tarea estúpida y tediosa que deberían hacer ellas, pero me da

igual. Mientras reciba mi parte de las propinas al final de la noche, me importa un bledo. Esta noche he ganado casi cien pavos. No es mucho, pero es lo más que he conseguido hasta ahora.

Uno de los chicos, Martin, creo que se llamaba así, se ofreció a acompañarme a casa, pero rechacé. Estoy a una manzana del piso y, además, sé que solo lo pregunta porque le gusto. Es un buen chico, alto, rubio y con ojos color avellana. El tipo de chico que igual me hubiera gustado antes…

Antes de Anton. En dos semanas, serán dos meses exactos desde que nos acostamos y, aunque paso casi todo el día ocupada con otras cosas, por la noche, cuando miro al techo, sigo pensando en él. Todavía imagino sus manos en mi trasero aunque ya hace tiempo que se esfumaron los moratones.

No sé si esto es normal o no. Nunca he tenido a alguien metido tan hondo en mi cuerpo como él. Cuando veo a alguien que podría llegar a interesarme un poco, mi cabeza los compara con Anton y normalmente, no tienen nada que hacer. Los chicos normales, con sus sueños de universidad y sus coches deportivos relucientes, ya no me dicen nada.

Bueno… vamos a ser sinceras, creo que en realidad nunca me dijeron nada. Solo me gustó Andrei porque era amable y guapo y parecía una buena elección para mí. Quizá, si hubiera tenido una infancia medio normal, sí que habría sido una buena opción.

Doblo la esquina y el aire se parte con el sonido de unos neumáticos chirriando, interrumpiendo mis pensamientos. El ruido me sobresalta y doy un salto hacia atrás cuando un coche derrapa por la esquina de enfrente. Choca contra la acera y vuelca, quedando boca abajo.

Unos segundos después, otro coche se detiene en seco entre chirridos. Dos hombres salen de él y…

Anton. Es él, caminando con paso firme hacia los hombres que intentan salir del coche volcado, pistola en mano. La mirada que

tiene es fría y concentrada cuando alza el arma.

Dos disparos, uno suyo y otro de su compañero. Me estremezco cuando dos de los tres hombres caen muertos. El que queda tirado en el suelo le grita en ruso y en inglés. Le suplica que no lo haga—

¡Bang! Anton lo remata a sangre fría. Sin ninguna ceremonia. Sin grandes discursos. Simplemente lo mata. No puedo apartar la mirada del hombre que yace en el asfalto, con un charco de sangre creciendo bajo él.

Consigo apartar la vista justo cuando Anton me ve. El hielo de sus ojos se convierte en sorpresa. No hay rabia ni vergüenza, solo puro asombro, y con razón. No debería estar viendo nada de esto.

Se oye claramente el clic de una pistola y los dos giramos para ver a otro hombre plantado a pocos metros de Anton, encañonándome con su arma.

Mierda.

Un disparo resuena y me saca completamente de mi estado de parálisis. Veo el fogonazo, huelo la pólvora, pero no espero para ver qué ha pasado. Salgo corriendo. Mis pies se mueven solos para llevarme a un lugar seguro. *Me han disparado. Me han disparado. Solo que aún no lo he notado. Tengo que llegar a casa. A salvo. A…*

Llego al piso y atravieso corriendo el recibidor. Mientras saco las llaves con las manos temblorosas, me doy cuenta de que no veo sangre. Igual ha fallado. Seguramente ha fallado.

O quizá Anton se le adelantó. No lo sé y en este momento, me da igual. Solo necesito llegar a un sitio seguro.

Encuentro la llave y entro a toda prisa, subiendo corriendo las escaleras hasta el piso.

Al entrar, veo a Ilya apoyada en la ventana al otro lado de la habitación, asomada, mirando hacia la calle. Con el sonido de la puerta cerrándose tras de mí, da un respingo y se gira. —He oído

disparos. —Hace una pausa, sus ojos me repasan de arriba abajo.— ¿Estás bien?

Asiento y abro la boca para hablar, pero no sale nada. Un sabor amargo sube por mi garganta y, de repente, tengo que vomitar. Salgo corriendo al baño.

La cena, la comida e incluso el desayuno me suben en una oleada amarga de vómito justo cuando llego al váter. Arcada tras arcada, hasta que ya no sale nada, y aun así sigo. Tardo un momento en darme cuenta de que Ilya está conmigo, sujetándome el pelo.

Por fin, las arcadas secas se detienen… y empiezan las lágrimas. Ilya me estrecha entre sus brazos, abrazando mi cabeza y diciéndome: —Tranquila. Estás a salvo. Vas a estar bien.



Ilya se queda simplemente mirando su taza de té en silencio, completamente atónita. Ha pasado unos treinta minutos y estamos las dos sentadas en el sofá tomando una infusión de manzanilla que preparó en cuanto me calmé. Lo último que me dijo fue: '¿Pero qué demonios ha pasado?' y entonces yo le solté toda la historia, como un torrente. Ahora, como es lógico, se ha quedado muda.

—Di algo —susurro—. Lo que sea.

Traga saliva con dificultad. —Esto es grave, Nat —responde—. Lo sabes, ¿verdad?

Asiento. —Sí. Es una locura. En toda mi vida, jamás les he visto hacerse ni una herida en un dedo y ahora... Dios, siento como si mi padre me hubiera tenido los ojos tapados todo este tiempo.

Ella suspira. —Acabas de tener asiento de primera fila en la vida Bratva. —Hace una pausa mientras doy otro sorbo al té. Está caliente y dulce y me sienta fenomenal en la garganta.— ¿Estás

segura de que era Anton Romanov el que viste? ¿No pudo ser otra persona?

Asiento. —Era él, seguro. No sé si eso es mejor o peor. ¿Crees que vendrá a por mí por esto?

—No lo sé. ¿Quizá? ¿Quizá no? ¿Qué tal estuvo el sexo?

—Esto no tiene gracia.

—En serio, Nat. Solo digo que—

—No creo que tenga el nivel para follar tan bien a un hombre que se le olvide que es Bratva. Acabo de verle matando a alguien a sangre fría. Soy, no sé, un lastre o algo así.

Ella suspira y se recuesta en el sofá durante unos segundos, luego dice: —Pues he oído algo sobre Anton hace poco. ¿Conoces a Mitsy Volkov, la de la peluquería?

Por supuesto que la conozco, bajita, rubia de bote, el chismorreo con más tetas de toda la comunidad. —¿Sí?

—Pues uno de sus primos es un *Boevik* que trabaja con los Astrakhan. Dice que hubo un cambio de jefe hace poco porque Maksim Balakin murió.

Parpadeo. Mi padre mencionó algo sobre él recientemente. —¿Ha... muerto? ¿Cuándo?

—No lo sé. ¿Hace unos meses, quizá? El caso es que Anton era su hombre de confianza. La gente le llamaba *sovietnik* aunque no fuera realmente su papel. Tenía mucha relación con Maksim.

Intento descifrar qué intenta decirme y qué tiene que ver todo esto con el precio del té en China. —Entonces, ¿qué dices? ¿Todo esto tiene que ver con la muerte de Maksim?

—No solo tiene que ver. Lo es todo. Por lo visto, lo mató una Bratva rival.

Quiero reírme. Quiero decirle que está demasiado metida en conspiraciones absurdas. Pero acabo de ver a Anton perseguir y matar a tres hombres esta noche.

—Así que piensas que lo de esta noche era una venganza —digo, y ella asiente.

—Me jugaría dinero a que sí.

Mierda. Si es cierto, entonces de verdad no debería haber visto nada. —Lee... suena a guerra, ¿no? Quiero decir, matar a un jefe es un asunto muy gordo. ¿Acabo de presenciar la víctima de algo mucho más grande que está pasando ahora?

—¿Puede ser? Pero tendría sentido, ¿no?

—Sí, tiene sentido. —Dejo la taza de té sobre la mesa del salón. Una guerra. Las guerras de la Bratva suelen acabar en mucha sangre... y a veces, unos cuantos inocentes caen también. Joder, estoy metida en un lío.

—Entonces, sí que estoy en peligro.

—Nat—

—He presenciado cómo Anton mataba a alguien. Él... —me detengo. No quiero pensar en ese hombre que tanto he fantaseado persiguiéndome para matarme.— Alguien —digo en su lugar— probablemente va a venir a buscarme.

—Para eso, tendrían que saber dónde estás —dice ella—. Y por lo que cualquiera sabe, sigues viviendo con tu padre. Probablemente no podrías estar más segura que aquí.

Me burlo. —Claro. Hasta que tenga que ir a trabajar mañana. Y mucha gente sabe que me he mudado. Igual ellos no, pero ¿qué les costaría descubrirlo?

Ambas guardamos silencio, dándole vueltas a las posibilidades. —Sí —dice por fin—. Deberías llamar y avisar.

—Buena idea.

Cojo el móvil de la mesa del salón y le escribo un mensaje a mi jefe. Va a fastidiar quedarme sin el sueldo de un día, pero hasta que decida qué hacer, tendrán que arreglárselas sin mí.

Después, termino mi té, le cojo un Xanax a Ilya prestado y me voy a la cama. Por la mañana todo estará más claro. Apenas tengo ahorros. No puedo huir. ¿Adónde iba a ir siquiera?

Mis últimos pensamientos antes de quedarme dormida son para mi padre. ¿Me ayudaría si se lo pidiera? Al fin y al cabo soy su sangre. ¿No tiene una obligación de ayudarme?

Bueno. Supongo que no *tiene* que hacer nada… pero soy su hija. Y si estoy en peligro, seguro que querría intervenir… ¿No?

¿Por qué no sé la respuesta? Es tremendo que no tenga claro si mi padre haría lo que fuera por salvarme o *si* siquiera se molestaría. Cuanto más lo pienso, más creo que lo que hará será intentar mandarme lejos. Seguro que se enfada por haber estado lo bastante cerca de todo lo que sea que está pasando ahora mismo.

Me quedo dormida. Mañana sabré qué hacer. Por la mañana lo veré claro como el agua. Voy a armarme de valor y enfrentarme a mi padre y le contaré lo ocurrido. Él me protegerá. Tiene que hacerlo. Es mi padre.

12

ANTON

Cuando sale el sol, la noticia de la muerte de Emil Andreev ya ha corrido por mi Bratva y seguramente también ha llegado a la Bratva del Amur. Ellos empezaron todo esto. Matar a un Pakhan es una ofensa peor que casi cualquier otra, así que tenían que esperar que yo fuera a por Emil. La venganza de Maksim estaba pendiente y era mi deber asegurarme de que se cobrara hasta el último céntimo.

La reunión con mis brigadieres acaba de terminar. He dado a todos sus órdenes. Cualquiera de la Bratva del Amur será eliminado en cuanto se le vea. Quiero que arrasen con sus negocios y los reduzcan a cenizas. Quiero que sus bandas sean desmanteladas y aniquiladas. Quiero sangre de la mejor calidad. No pienso dejar a ninguno vivo antes de que todo esto acabe.

Pero hay algo que no dejo de darle vueltas en la cabeza. Natalya. Ella no debería haber estado allí. Las consecuencias de que se lo cuente a alguien…

Estoy tan expuesto ante la ley como cualquiera de los del Amur. De un modo u otro, todo recaerá sobre ella.

No sé si alguien del lado de Nikolai sabe algo sobre ella. Al menos, de momento. Si llegan a saberlo, estará en mucho más peligro por su culpa que por la mía. La torturarían solo por averiguar si sabe algo sobre mis movimientos… Especialmente si los federales no acaban llamando a mi puerta. Llegarían a la conclusión de que me está encubriendo, y con eso ya estaría sentenciada de muerte.

Sigo sentado en mi silla de la sala de reuniones, pensando en qué hacer al respecto. Que Natalya esté fuera y desprotegida va a ser una distracción. Pero, ¿qué puedo hacer? Ni siquiera me corresponde protegerla. Su padre pertenece a otra Bratva. Le toca a él dar la cara.

—¿Anton?

Levanto la vista y veo a Mikki en el umbral, con una pregunta reflejada en el rostro.

—¿Todo bien?

No respondo, pero tampoco hace falta. Él estaba allí cuando todo sucedió. Sabe perfectamente lo que me preocupa.

Avanza hasta el fondo de la sala y cierra la puerta tras de sí. —Solo lo voy a decir una vez, Anton, porque sé que tú ya lo sabes y simplemente necesitas que te lo recuerde. Esa chica no es asunto tuyo.

—Lo sé.

Asiente y añade: —También sería una metedura de pata tremenda siquiera pensar en acercarte a ella. Es Petrov quien debe proteger a los suyos. Lo sabes de sobra.

Me acaricio la barba, pensativo. *¿Qué hacía ella fuera tan tarde, caminando sola a las tres de la mañana, a kilómetros de la casa de Petrov?* Llevo todo el día con eso rondándome la cabeza. Quizá tenga que ver con cómo nos conocimos. Los hombres de la Bratva que crían hijas suelen tenerlas muy cortas. Bueno… a veces. A

veces, las mujeres con el pasado más salvaje crecieron rodeadas de la vida de la Bratva.

Aun así, debería saber que no conviene estar en un sitio público como el Firebird. Y, sin embargo, hay algo en Natalya que no me cuadra como alguien rebelde. Tal vez fuera su inexperiencia, o simplemente esa luz inocente en los ojos cuando me vio anoche. No hay nada en ella que me diga que traerá problemas… salvo, claro, por quién es su padre.

—¿Y si él no lo hace? —pregunto a Mikki—. Es posible, ¿verdad? Podría negarse a protegerla.

Mikki suspira y entrelaza las manos. —Tampoco sería asunto tuyo. Ahora no es momento de distraerse, Anton. Lo sabes.

—Ya. —Bajo la vista a mi reloj. Pasan apenas de las nueve de la mañana—. Pero ella me vio —digo en voz alta—. Y eso debe solucionarse.

Él inclina la cabeza. —Su padre es Bratva. Diría que debería saber mejor que delatarte.

—Puede ser. O no. No sé cómo es su relación con él. Estaba fuera paseando a las tres de la mañana, a kilómetros de la casa de su padre. Por lo que yo sé—

—Estás buscando excusas.

Suelto un suspiro. Es cierto, estoy buscando excusas. Quizá. —Mikki, sigue siendo testigo de lo que ocurrió. Sabe que maté a Emil Andreev. Eso no debería dejarlo al azar.

—Vale —dice—. ¿Qué propones hacer con eso? ¿Quieres que me encargue yo?

No quiero tener que decirlo en voz alta. Mikki es el más leal de todos mis hombres, pero incluso él puede juzgarme si cruzo ciertos límites. —No —respondo—, pero tienes razón. Es una distracción tener que preocuparme por ella, por lo que pueda hacer o decir a la persona

equivocada. No creo que vaya a delatarnos a propósito, pero tiene amigos. Bastaría con que uno de ellos conozca a alguien y, al siguiente paso, los federales estarán llamando a mi puerta. O más probablemente, alguno de los hombres de Nikolai estará al tanto.

Él alza una ceja, escéptico. —Siempre se te ha dado bien justificar acciones tontas, hermano. No me gusta hacia dónde va esto.

—Proteger a un testigo de nuestro delito desde luego *no* es ninguna tontería. Es astuto.

—Solo si ese testigo no tiene afiliaciones. Su padre es el Pakhan de la Kurgan Bratva y, una vez más, es él quien tiene la responsabilidad de proteger a su propia hija. No tengo ninguna duda de que lo hará. Es vergonzoso no dar la cara por tus propios hijos, y él lo sabe. Sus hombres le mirarán por encima del hombro por ello, quizás incluso pierdan el respeto por él. Hará lo correcto, Anton.

Tiene razón. Por supuesto que tiene razón. Debería dejarlo estar, dejar que Vladimir haga su trabajo como Pakhan de su propia Bratva.

—Además —continúa Mikki—, deberías pensar en lo que puede ocurrir si te entrometes y el padre de Natalya ve tu intervención como una excusa para ponerse del lado de los Amur en nuestra pequeña guerra. Los Kurgan son una Bratva más débil, pero tienen una relación mejor con Nikolai de la que nosotros hemos tenido jamás. Si te metes a proteger a esa chica podríamos terminar ganándonos un enemigo mientras ya combatimos contra otro. Es una jugada pésima, Anton.

—Lo sé —le digo. Suspiro y me lo pienso un poco más. Vladimir y Maksim nunca habían sido cercanos. Por lo general, siempre se han mantenido a distancia, respetando el territorio del otro y con poquísimos incidentes. Nunca hubo motivo para que una Bratva se mezclara en los asuntos de la otra.

Y, aun así, no logro apartarme de esto. Sigo sintiendo la necesidad de asegurarme de que Natalya esté a salvo. Me incorporo y saco el móvil.

—Anton —me advierte Mikki—. No lo hagas. Solo nos traerá problemas que no necesitamos ahora mismo.

—Solo voy a hablar con ella. Quiero asegurarme de que entiende lo que está en juego... y de que está a salvo —digo mientras busco su número. Aparece como *Devushka*.— En cuanto sepa que su padre se está ocupando, lo dejaré estar.

Mikki se cruza de brazos mientras le escribo. *Quedemos a la una de la tarde. Parque Vivaldi, junto a la fuente.*

Guardo el móvil en el bolsillo sin esperar respuesta. —Piensa que esto es como poner la guinda final. Nada más —le digo a Mikki—. Podemos estar de acuerdo en que necesito tener la cabeza despejada, ¿verdad? Pues esto hará que la tenga.

Él suspira, sabiendo que discutir ya no sirve de nada cuando me empeño. —Por supuesto, hermano. Como siempre, me tienes a tu lado.

—Bien. —Me pongo en pie y salimos de la sala de reuniones. Necesito asegurarme de que mi arsenal esté completo y que mis hombres estén alerta. Mikki me ayudará con eso. En cuanto pongo un pie en el pasillo, escucho el sonido de una notificación en el móvil. Lo saco del bolsillo.

Natalya escribe: *Vale. Nos vemos allí.*

Ya está hecho. Me dirá que está protegida y que su padre se está ocupando, y podré seguir adelante tranquilo. Así de sencillo.

Salimos de la sala de reuniones y, nada más estar en el pasillo, Mikki dice: —Mira, hay algo que se ha cruzado en mi camino esta mañana. Probablemente no sea importante, pero he pensado que tal vez debería mencionártelo.

No me gusta cómo suena eso. Suspiro y le digo: —¿Voy a necesitar un trago para esto?

—Todavía no —responde riendo. Bajamos las escaleras y nos dirigimos al salón. Yo me acerco al carrito de bebidas y me sirvo igualmente. Ha sido un día largo y ni siquiera es mediodía.

—Bueno, dispara —le digo mientras cojo un vaso. Indico otro vaso, ofreciéndole uno a Mikki en silencio. Él niega con la cabeza y me lo rechaza con un gesto.

—¿Recuerdas cuando llamaste a Kat mosca? Molesta, pero inofensiva.

Lo miro, esperando que continúe. Él carraspea.

—Bueno, me ha dicho uno de los hombres de Lev que últimamente se la ve mucho por el Firebird, bebiendo a lo bestia y hablando mal de ti a quien esté dispuesto a escucharla. Magda incluso tuvo que echarla un par de veces porque se puso a pelearse con las bailarinas.

Me encojo de hombros. —¿Y qué? Me suena totalmente a Kat. Le encantan sus numeritos.

—Ya, bueno, no es lo único que ha estado haciendo. Va por ahí soltando rumores sobre ti. Diciendo que te has vuelto débil desde que Maksim murió. Inventándose historias sobre cómo lloraste como una mujer en su entierro.

Me río. No lo puedo evitar. Qué disparate.

—No tiene gracia, Anton. Hay gente que podría empezar a creérselo.

—Si ni siquiera estuvo allí. Todos saben que Maksim solo me llevó a mí a ese viaje. Si eso *hubiera* pasado, ¿cómo podría saberlo ella?

—Lo sé. A mí no tienes que convencerme.

Hace una pausa y de repente entiendo por qué saca el tema. Los brigadieres pueden ser tan chismosos como un grupo de

adolescentes. Pero aquí los rumores se pueden convertir en problemas muy reales.

—Ajá —digo—. Pero a lo mejor sí que tengo que convencer a algunos miembros de esta Bratva.

—No lo sé todavía. Quiero decir, acabo de enterarme. No sé desde cuándo Kat lleva hablando mal de ti ni cuánta gente de los nuestros se está creyendo esa mierda. Solo sé que Kat puede ser una víbora astuta cuando quiere. Y, para algunos, bastante convincente. Si hay algo podrido entre los nuestros, quiero cortarlo de raíz antes de que crezca.

Le doy un sorbo a mi whisky y asiento. —Te entiendo. Pero no creo que haya nada de lo que preocuparse. Kat… —Suspiro, porque la verdad es que me fastidia tener que hablar bien de ella.— Solo está dolida. Ya se le pasará.

—Seguro que sí. Pero aun así, voy a estar pendiente.

—Eso espero.

Él asiente y se marcha. Una vez que se ha ido, me quedo pensando en todo lo que ha dicho. Tanto sobre Kat como sobre mi empeño con Natalya. A veces, cada día es una partida de ajedrez. Cada movimiento que hago tiene que tener sentido, llevar a algo, aportarme algo a largo plazo.

Quizá estas pequeñas distracciones no lo sean en absoluto. Como he dicho, Kat superará lo suyo y el padre de Natalya probablemente ya está protegiendo a su hija. Al final, todo irá bien.

13

NATALYA

—No irás de verdad a reunirte con él, ¿verdad? Es decir... ¿de verdad es sensato?

Ilya está de pie junto al lavabo del baño mientras yo me maquillo. Cuando me he despertado esta mañana, me he dado cuenta de que no me quedaba otra opción que ir a ver a mi padre por todo este lío. Esto era asunto de la Bratva y, de alguna manera, me he visto atrapada en medio. Él tiene que hacer algo, aunque solo sea para salvar las apariencias delante de sus colegas.

El mensaje de Anton ha llegado mientras me estaba arreglando. Ilya está a mi lado, aún en pijama, su pelo oscuro revuelto por el sueño. Tiene esa mirada entre dormida y despierta, pero cargada de auténtica preocupación. Está, con razón, asustada por mí.

—Quiere quedar en el parque Vivaldi a plena luz del día —le digo—. No podría haber elegido un sitio más público. Si quisiera hacerme daño, no creo que lo hiciera delante de corredores y madres con niños.

Frunce los labios. —Seguro que está cabreado por lo que ha pasado, eso sí. Estos tipos no soportan tener testigos. Y si piensa que puedes irte de la lengua—

—Ya lo sé —es todo lo que puedo decir. Saco mi brillo de labios rosa y me lo aplico. No me atrevo a llevar nada más oscuro para ir a hablar con mi padre.

—Tan solo ten cuidado —dice Ilya—. De hecho, igual sería buena idea pedirle a tu padre que haga que alguien te acompañe cuando vayas a reunirte con él hoy. Ya sabes, por si acaso. A lo mejor puede llamar a tu primo Arseni. ¿No es uno de los capitanes de tu padre o algo así?

Me río por lo bajo. —No sé lo que hace Arseni para mi padre y dudo mucho que le apetezca hacer de niñera. —Me detengo un instante a considerar su propuesta. La verdad es que no es mala idea—. De todos modos, lo tendré en cuenta. —Doy un paso atrás del espejo y me observo de arriba abajo. Llevo el pelo en una coleta, maquillaje suave en los ojos y brillo rosa en los labios. Parezco increíblemente inocente. Solo me falta un vestido blanco y lacitos a juego. Me pregunto si tendré algo parecido en el armario. Todo pequeño detalle cuenta cuando tienes que pedirle algo a mi padre.

—Volveré esta tarde —le digo a Ilya—. Te llamaré cuando esté de camino... —De repente me da un vuelco el estómago. Lleva molestándome desde anoche. Me paro al notar cómo un regusto amargo me sube por la garganta.

—¿Nat? ¿Estás bien?

Asiento, tragando con esfuerzo. La sensación disminuye, pero no desaparece del todo. Toda la mañana he sentido como si me hubiera tragado un pez de colores. —Estoy bien. Creo que tengo el estómago hecho polvo de tanto estrés.

—Tengo antiácido si lo necesitas.

Le hago un gesto para que no se preocupe al salir del baño. —Estaré bien. De verdad. Nos vemos luego.

—Vale —dice ella a mis espaldas. Paso al salón y cojo la chaqueta y el bolso. Ilya me sigue y añade—: Llámame.

—Lo haré. —Y con eso, me marcho.

Mi coche lleva semanas aparcado en el garaje del edificio, prácticamente sin tocarlo. Como mi trabajo está justo al lado del piso, casi ya ni lo uso. Una vez, Ilya me sugirió que lo llevara igualmente al trabajo, sobre todo porque a veces salgo tan tarde. En aquel entonces le dije que no tenía sentido coger el coche para un trayecto de dos minutos en cada dirección cuando podía ir fácilmente andando. Ahora me pregunto qué habría cambiado esta mañana si le hubiera hecho caso. Puede que me hubiera evitado todo el jaleo y estuviera tan tranquila en el piso cuando Anton y los suyos irrumpieron dando gritos.

A buenas horas, mangas verdes. No puedo seguir llenándome la cabeza de tonterías así, supongo.

El trayecto a casa de mi padre es largo. Hay bastante tráfico por la hora punta, pero la verdad es que no me molesta. Me está dando tiempo para pensar qué le voy a decir cuando le vea.

Probablemente aprovechará para presumir de lo torpe que soy cuidándome sola. *"No has estado fuera ni dos meses y mírate. ¿Ya vuelves arrastrándote?"* Eso puede ser duro. Sabe perfectamente cuáles son mis puntos flacos. No puedo dejar que me saque de mis casillas. Se va a recrear porque lo necesita, pero al final, sé que va a ayudarme.

Dios, ojalá salga todo bien.

Por culpa del tráfico, no llego a casa hasta poco después de las once. El parque Vivaldi queda a unos treinta minutos en coche desde aquí, así que, si todo va según lo previsto, debería llegar a tiempo para encontrarme con Anton. Aparco al lado de la casa y salgo... y el estómago me vuelve a dar un vuelco. Tengo que detenerme un momento para contener las ganas de vomitar.

¿Qué me pasa? Normalmente suelo llevar bien el estrés. Quiero decir, aunque nunca me he visto en una situación como esta, jamás

me había sentido tan mal del estómago.

Las náuseas se disipan y avanzo por el camino hasta la puerta principal. Uso mi llave. No la ha cambiado. Menos mal.

Lo primero que noto es lo silenciosa que está la casa. Cuando entro en el vestíbulo, hay una sensación clara de vacío... y, sin embargo, sé que está en casa. Quizá es el leve aroma de su colonia, que siempre parece flotar en el aire. Juro que las paredes y la moqueta están impregnadas de ese olor. Por lo demás, el aire siempre parece más denso cuando él está cerca.

Voy a la cocina y la encuentro vacía. La puerta del comedor está abierta y también está vacío. Vuelvo a la cocina y miro por la puerta corredera de cristal hacia la quietud del agua de la piscina y las ventanas oscuras de la casa de la piscina. Si no supiera lo contrario, diría que este lugar parece abandonado.

Probablemente esté en su despacho. Me dirijo hacia allí. En cuanto entro en el pasillo, oigo el sonido amortiguado de su voz. ¿Estará en una reunión?

Me acerco a la puerta y me quedo junto a ella, escuchando. No debería entrar mientras esté ocupado con asuntos de trabajo. Llamaré cuando oiga que ha terminado.

—Me doy cuenta de eso —dice en ruso—. Es vergonzoso. Una desgracia. Tendrías que haberla visto. Entra en mi casa a las seis de la mañana como si nada, la ropa medio puesta... Romanov ha cruzado la línea.

Mierda. ¿Cómo se ha enterado de eso? Y lo que es más importante, ¿desde cuándo lo sabe?

—Sí, sí —dice, y me doy cuenta de que no oigo ninguna otra voz. Debe de estar hablando por teléfono—. Está fuera de control. Sé cómo me refleja eso a mí y a la fraternidad. ¿Qué clase de Pakhan no puede controlar a su propia hija?

Vuelven las náuseas. Me abrazo el estómago en un intento de contenerlas.

—No te preocupes por eso. Los planes no han cambiado. Por lo que sé, todo va según lo previsto. Mi hija, sin embargo... Hay que hacer algo. —Guarda silencio. Me imagino que está escuchando lo que le están diciendo.— Bueno, intenté la vía diplomática. Rechazó mi oferta de enviarla lejos. Se fue a vivir con su amiga... Vale, pues... si eso es lo que hay que hacer, que se haga. Mi honor está en juego. —Otra pausa. Las náuseas suben tan rápido como los latidos de mi corazón.— Sí. Tienes mi bendición. Averigua dónde trabaja y cógela cuando salga del trabajo. Sin armas de fuego. Y no quiero que le hagáis daño. Llevarla al convento en Rusia llena de moratones quedaría fatal, quizá pondría a la policía a husmear y no podemos permitirnos eso. Simplemente cógela y nos vemos en el aeropuerto.

Me alejo de la puerta mientras el sudor me empapa el cuerpo entero. No. No puede... *No está...*

Me alejo sigilosamente de la puerta y las náuseas se intensifican. Tengo que largarme de aquí antes de que me vea. Antes de que sepa que estoy aquí. Necesito huir.

Salgo corriendo por la puerta y, en cuanto el aire me da en la cara, la bilis empieza a subir por mi garganta. Caigo de rodillas y vomito en los arbustos. Arrojo al menos tres veces antes de sentir que puedo volver a moverme, así que me incorporo y corro hasta mi coche.

Mientras me alejo conduciendo, ni siquiera soy capaz de asimilar esto. Mi maldito estómago no ayuda y ahora empiezo a sentir calambres. Pequeños rayos de dolor atraviesan mi vientre, por debajo del ombligo y por la espalda. Espero no haberme hecho daño al vomitar.

Me detengo ante una señal de stop a unas manzanas de distancia. Aprieto el volante tan fuerte que los nudillos se me están poniendo

blancos. Mierda. Tengo que serenarme. Mi cuerpo de repente se siente hecho polvo. Voy a reventar si no me tranquilizo.

Apoyo la frente en el volante y pienso en la noche que pasé con Anton. ¿Me arrepiento, incluso ahora que mi padre ha decidido que secuestrarme es la respuesta adecuada? No, no lo creo. Incluso dos meses después, sigo pensando en ello. Si pudiera volver atrás, lo repetiría. Estar con Anton ha sido lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

Me masajeo el estómago dolorido y me enderezo. Quizá esto sea más que simple estrés. Podría ser cualquier otra cosa.

¿Como qué? ¿Cáncer de estómago? ¿Un aneurisma aórtico?

Un pensamiento extraño y aparentemente inofensivo entra en mi mente, luego se acomoda y ocupa espacio. *¿Cuándo fue tu última regla?*

Niego con la cabeza, intentando ahuyentar la idea. Ahora tengo cosas más urgentes que preocuparme por mis funciones corporales. Pero el pensamiento no se marcha. Se queda en mi cerebro como una señal de advertencia encendida delante de mis ojos. *¿Cuándo fue tu última regla?*

Fue el mes pasado... creo...

Me quedo paralizada, intentando recordar cuándo fue mi última regla. Sé que este mes voy tarde, pero con todo lo que está pasando... No... no... ¿han pasado ya dos meses? Pero... pero no he tenido sexo desde Anton y eso fue... eso fue...

Oh... *no.*

Eso explicaría las náuseas. Eso explicaría esta extraña hinchazón y los calambres. Eso explicaría—

—No puedo estar embarazada —digo en voz alta, como si las palabras pudieran convertirlo en realidad—. No es posible. Ahora no. No...

¿Y si lo estoy? ¿Qué demonios voy a hacer si lo estoy?

La idea no se va de mi cabeza y siento que me estoy volviendo loca. Pongo el coche en marcha y voy directa a la farmacia más cercana. Seguramente será el estrés, pero si no lo es, necesito saberlo ahora mismo. Vamos a quitarnos esto de encima para poder concentrarme en cosas más importantes.



—Quiero decir, últimamente tienes mucho más apetito —dice Ilya. He vuelto al piso, sentada en el borde de la bañera en el cuarto de baño, esperando a que el palito me diga si mi vida va a cambiar para siempre. Ella está apoyada en la puerta, esperando conmigo mientras se cepilla el pelo. Cuando regresé, estaba justo a mitad de vestirse. Entré a toda prisa, contándole todo de pasada mientras iba al baño.

Ahora estamos sentadas aquí, esperando. La miro de reojo y digo—Esto es serio, ¿lo sabes?

—Estoy siendo seria —responde ella—. *Has* estado comiendo más últimamente. Pensé que tal vez era solo por el estrés. No es que hayas tenido precisamente unos meses tranquilos, ¿sabes?

—Ojalá todo pudiera explicarse con eso. —Me paso las manos por la cara, frustrada—. No me puedo creer que una noche de placer pueda llevar a… —No sé cómo terminar esa frase. Me tapo la cara por completo con las manos—. Qué lío.

—Eh, no hagas eso —dice ella, sentándose a mi lado—. No todo es tan malo, ¿sabes? Mi *babushka* siempre decía que un bebé es una bendición, siempre. Incluso cuando en el momento parece que no. Esto podría ser algo bueno para ti.

—Tu *babushka* era una mujer de ochenta años con demencia —digo —. No creo que su opinión tenga mucho peso en esto.

—No estoy de acuerdo. —Ilya se endereza, dejando asomar un poco de su confianza—. Si estás embarazada, entonces tendrás la oportunidad de ser mucho mejor madre que el ogro que te crió. Quiero decir, aunque no consigas nada más cuando todo esto se aclare, tendrás eso.

Me quedo pensando en ello un momento. Mi padre pareció maldecir el día en que nací durante toda mi vida y ni siquiera llegué a conocer a mi madre. La manera en la que llegué a este mundo y a la familia Petrov no fue precisamente buena. De hecho, fue bastante miserable. Tal vez Ilya tenga razón en algo. No podría hacerlo peor que ellos.

Mi móvil pita, indicando que han pasado los tres minutos. Ilya coge mi mano y dice—Pase lo que pase y decidas lo que decidas después, estoy contigo.

Le aprieto la mano. Me reconforta tenerla de mi lado. A estas alturas, la verdad es que me reconforta tener *a cualquiera* de mi lado.

—Vale —digo—. Vamos a verlo.

Tardo un segundo, pero por fin reúno fuerzas para levantarme y acercarme al lavabo. Ni siquiera llego del todo cuando veo la palabra en la diminuta ventanita del test, tan clara y nítida como la luz del día. *Embarazada*.

Cojo el test y lo miro fijamente. Estos test de embarazo modernos no dejan lugar a dudas. Nada de rayitas dobles, ni de signos más o menos, ni cambios de color. Solo dos palabras para que no haya equivocación. Embarazada o No embarazada.

Y... estoy embarazada. Estoy *embarazada*. Estoy jodidamente esperando un hijo de Anton Romanov.

—Joder —dice Iyla al leer la pequeña pantalla sobre mi hombro—. Así que… ahora es real. Vas a tener un bebé.

—Sí.

Las dos guardamos silencio durante unos minutos, el ambiente cargado de pensamientos. Estoy embarazada y, de entre toda la gente que podría querer matarme, el padre de este bebé tal vez sea uno de ellos. ¿Cambiará algo la noticia del futuro nacimiento de su hijo?

No lo sé. Ni siquiera sé si Anton querría ser padre, en primer lugar. De hecho, apenas sé nada sobre él. Al final, todo puede reducirse a este bebé y yo, y ya está. Yo y esta criatura. Mi criatura. Mi. Bebé.

—Tienes que encontrarte con Anton en unos cuarenta y cinco minutos —dice Ilya suavemente—. ¿Se lo vas a contar?

Instintivamente me llevo la mano al vientre—No —le digo—. No lo creo.

No dice nada ante eso, y lo entiendo. Mi situación no es la habitual. Es completamente extraordinaria, con participantes extraordinarios. Es ajedrez en cuatro dimensiones en una nave espacial.

—De hecho —añado—, no pienso contárselo a nadie. ¿Quién más merece saberlo de verdad?

Parpadea mirándome y veo la pregunta en sus ojos antes de que la formule—¿Ni siquiera el padre? Quiero decir, podría estar de acuerdo con este embarazo.

Suspiro—Dejando a un lado los romances de fantasía, no le conozco de verdad. Solo tuve una noche con el jefe de los Brava. Podría ser tan cruel como mi padre. Por lo que sé, podría ser un padre aún peor que el mío. No, este es un secreto solo mío. Nadie debe saber nada de este bebé salvo nosotras dos. —La miro, concentrándome en ella para que sepa que hablo en serio—. Nadie. Ni siquiera Rodney. ¿Entendido? Todo lo que se sepa de este bebé se queda en este baño.

—Natalya, no puedes ocultar este bebé para siempre. Quiero decir—

—Puedo mantenerlo en secreto por ahora. Lo que pase después... ya lo veremos cuando llegue el momento. Quizá para cuando se me note tenga suficiente dinero para largarme de esta ciudad. El caso es que no quiero que nadie sepa esto. Es importante. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí —dice, un poco titubeante.

—Lee—

—Que sí, ¿vale? Ni palabra. —Suspira y se cruza de brazos—. Madre mía. Vaya movida.

—Ya ves. —Saco el móvil del bolsillo y miro la hora—. Debería marcharme. Voy a llegar tarde. ¿Estarás aquí cuando vuelva?

—Sí. Aquí estaré. Escríbeme cuando vengas de camino para saber que todo está bien.

—Lo haré.

Salgo del piso y, con cada paso, estoy más y más segura de esta decisión. Este bebé es mi secreto. Nadie va a protegerlo salvo yo, así que eso es lo que tengo que hacer. Subo al coche, arranco el motor y me acaricio el vientre.

—No te preocupes, cariño. Te voy a cuidar.

14

ANTON

El parque está casi vacío esta tarde, lo cual me inquieta. Elegí este lugar porque era muy público. Nikolai no es tan tonto como para mandar a sus hombres detrás de mí aquí, delante de testigos. Al menos, no lo creo. Me sentiría más tranquilo si hubiera más gente hoy por aquí.

Por el sendero de cemento que lleva a la gran fuente en el centro del parque, paso junto a algunos corredores, un par de madres jóvenes charlando en un banco con sus bebés cómodamente arropados en sus cochecitos, un par de niños en bici... A veces es una experiencia surrealista para mí estar en lugares así: el verde del césped y los grandes árboles con sus ramas colgando sobre el camino, regalando momentos de sombra al pasar. El aire huele fresco y la brisa, suavemente cálida, resulta relajante. Casi consigue que baje la guardia.

Pero no lo hago. Más allá de los rostros tranquilos y despreocupados con los que me cruzo, estoy atento a cualquier cosa fuera de lo normal. A cualquiera que no encaje del todo. Incluso cuando vamos de paisano, todos tenemos un aire que nos delata. Con los años, se te da bien distinguir a otro Bratva en medio de un grupo de civiles.

De momento, todo bien. No veo a nadie fuera de lugar.

La fuente ya está a la vista, un ángel con las alas extendidas y el rostro vuelto hacia el cielo se encuentra en el centro, y el agua brota en arcos a su alrededor. Parece adecuado para esta reunión. Ahora mismo, no me vendría mal un ángel que velase por mí.

Natalya ya está aquí. Está sentada en el borde de la fuente, con una mano metida en el agua, moviéndola lentamente de un lado a otro, como si estuviese comprobando la temperatura para un baño. Lleva el largo pelo rojo recogido en una coleta y viste una sencilla camiseta azul y vaqueros. La intención es pasar desapercibidos, pero ella no se integra en absoluto. Tal vez sea cómo el sol realza el rojo de su cabello o ese tono alabastro y cremoso de su piel. Incluso con camiseta y vaqueros, sigue siendo la mujer más guapa de todo el lugar.

Respiro hondo para obligarme a centrarme. No es una cita. Es un asunto serio y hay mucho en juego.

Ella me ve acercarme y sus ojos zafiro se iluminan. Empieza a incorporarse, pero le indico que siga sentada. —Hola —dice, con la voz temblorosa—. Has llegado justo a tiempo.

—Eso parece —me siento a su lado—. Ojalá esta reunión fuera más relajada.

Su sonrisa se tuerce, casi en una mueca divertida. —Ya, desde luego.

—Voy al grano —comienzo—. Lo que viste anoche… sabes que no era para tus ojos. Imagino que, siendo hija de Vladimir, entiendes qué tipo de líos pueden caerte encima.

Mientras hablo, aparto la mirada de ella. En parte para vigilar los alrededores, pero sobre todo para mantener el rumbo. Mirarla directamente es como mirar al sol.

Por el rabillo del ojo la veo asentir. —Aunque probablemente tú sabes más que yo. ¿Estoy en peligro?

—Es posible —le contesto—, pero no por mí. No pienso hacerte daño.

No dice nada, pero veo cómo sus manos se relajan en su regazo.

—Esos hombres —le digo en ruso—. Forman parte de otra Bratva con la que estoy en guerra. Lo que presenciaste fue una escalada. Habrá más violencia, y pronto. Por lo que pasó anoche. Espero represalias.

—Ojalá pudiera decir que me sorprende —responde en ruso—. ¿Es... es seguro para ti estar aquí así?

—Por ahora estoy lo bastante seguro —le digo—. Pero no me preocuparía por mí.

Ella asiente despacio, procesándolo. —¿Estoy yo en peligro por parte de la otra Bratva?

—Tal vez. Seguramente sí —suspira él—. Si no lo has hecho ya, deberías ponerte en contacto con tu padre. Cuéntale la situación y pídele protección. Es la mejor manera de estar a salvo.

Ella no responde. Miro hacia ella y veo que está pendiente de sus propias manos.

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

—Eh... intenté acudir a mi padre —dice ella—. No funcionó. No hay manera de que vaya a protegerme.

Me limito a mirarla. Esto sí que no me lo esperaba.

—Las cosas llevan mucho tiempo mal entre nosotros —añade—. Tuve que irme de casa hace unos dos meses por eso.

—¿Dónde te estás quedando ahora?

—Con una amiga. Tengo un trabajo pequeño y estoy ahorrando para conseguir un sitio propio. —Me mira, sus suaves ojos azules buscan los míos—. No puedo volver a casa de ninguna manera. Él piensa que soy una deshonra y... —Se interrumpe, apartando la mirada hacia el parque. Quizá más allá.

—La cuestión es que no puedo volver a casa. Bajo ningún concepto. No va a ayudarme.

Hay más detrás de esto. Mucho más. La historia que hay tras sus ojos es larga. Una que quizá quiera conocer si sobrevive a todo esto. Por ahora, al menos, me ha contado lo más importante que necesitaba saber.

—¿Tu amiga está metida en esto? —le pregunto, y ella niega con la cabeza.

—Es mi mejor amiga del instituto. Menos mal que no está, la verdad. Ahora mismo es la única persona en la que confío.

Esto es incluso peor de lo que había imaginado. Que un pobre inocente acabe atrapado en medio de todo esto es lo último que queremos. —Vas a tener que marcharte de la ciudad.

—¿Qué? —pregunta en inglés. Sus ojos se abren como platos, el pánico asomándose mientras empieza a tartamudear—. No puedo marcharme de la ciudad—

—No tienes elección —le digo en inglés, manteniendo la voz baja—. Si no tienes a nadie que te proteja—

—Solo he ahorrado quinientos dólares —dice—. No es suficiente para marcharme de la ciudad. Y aunque lo fuera, ¿a dónde iría? No tengo más familia ni puedo confiar en nadie más.

Mierda. Contaba con que pudiera protegerla su padre o que tuviera alguna otra manera de salir de todo esto por sí misma. ¿Y ahora qué? Supongo que podría financiar su huida, pero ya estoy cruzando la línea solo con tener esta conversación…

Veo a un hombre a su espalda, vestido con chándal mientras se acerca por el sendero. Ahora mismo no nos está mirando, pero su expresión es imperturbable. Sus ojos oscuros parecen negros incluso bajo la luz del sol. Camina hacia uno de los bancos con un periódico bajo el brazo. Al sentarse, lo despliega y comienza a leer.

El hombre no aparenta más de treinta y cinco años y está leyendo el periódico en un parque. Y se nota que es como nosotros. Es algo en su manera de andar, en la forma en que se sienta en el banco. En la mirada negra y muerta de sus ojos. Se me encienden todas las alarmas.

—Vamos a dar un paseo —le digo en tono bajo. Veo a otro hombre, camiseta blanca lisa y pantalones negros, con finas cadenas de oro al cuello. Tiene los mismos ojos negros y la misma manera de caminar que el anterior. Este está a pocos metros, trotando por el parque. Al moverse, detecto un bulto bajo su chaqueta.

—¿Qué pasa? —me pregunta Natalya. Se ha puesto tensa, observándome mientras identifico otros dos tipos sospechosos en el parque. Estamos casi rodeados. Me inclino hacia Natalya.

—Nos están vigilando —susurro. Sus ojos se agrandan—. Levántate y camina conmigo hasta mi coche. Quédate pegada a mi lado y no mires alrededor. Mira hacia abajo o hacia delante. ¿Entiendes?

Asiente, con los labios apretados en una fina línea, ahogando las palabras.

Nos levantamos juntos. Pongo una mano en la parte baja de su espalda y la otra sobre la cartuchera bajo mi chaqueta. Los sospechosos se mueven todos con una sincronía casual. Nos siguen de cerca. Y así, la desventaja de un parque casi vacío queda clara ante mí. Hay civiles aquí, sí, pero muy pocos. No es el escenario perfecto, pero es suficiente para intentar dispararnos, a mí o a Natalya. Es una oportunidad de oro que habrían sido idiotas de no aprovechar.

Avanzamos más o menos hasta la mitad del sendero cuando veo a dos hombres poniéndose en nuestro camino, viniendo directamente hacia nosotros. Tengo que actuar rápido.

—Cuando te lo diga —le digo a Natalya sin mirarla—, corre. Ve directamente hacia la salida. Yo iré detrás de ti.

—¿Qué está pasando? —susurra ella, la voz empapada de miedo.

—No pasa nada, *Devushka* —le digo, frotándole suavemente la espalda para tranquilizarla—. Confía en mí. No voy a dejar que te pase nada hoy. Solo haz lo que te digo y saldremos bien. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —murmura apenas.

Espero hasta que los hombres de delante estén a unos diez pasos de nosotros y saco la pistola. —Ahora —le ordeno a Natalya.

Ella sale disparada, corriendo hacia un lado para evitar a los hombres que bloquean nuestro camino. Su movimiento repentino y mi gesto al sacar el arma los sorprenden un instante, justo lo que necesito para tomar el control de la situación. Ambos se detienen, mirándose entre ellos como sopesando qué hacer primero, con las manos en sus armas. Aprovecho ese medio segundo y disparo, alcanzando a uno en la cabeza y al otro en el hombro y en el pecho.

Ambos caen y salgo corriendo tras Natalya. Disparos suenan a mi espalda. Me giro mientras disparo. Mis balas alcanzan al hombre del chándal. Se desploma hacia atrás mientras una bocanada de pólvora oscurece su pecho.

El caos estalla a nuestro alrededor mientras los pocos transeúntes que hay empiezan a entrar en pánico. No presto atención. Solo corro, siguiendo la señal roja del pelo de Natalya fuera del parque, mi mano ardiendo en la empuñadura de mi pistola.

Siento que una bala me silba junto a una oreja como una mosca en llamas y agacho la cabeza instintivamente, corriendo el resto del

camino a través de las verjas del parque.

Mi coche está al otro lado de la calle. Natalya se detiene en la acera, mirando a su alrededor con los ojos desorientados. Le cojo del brazo y la arrastro conmigo. —Vamos.

Llegamos al coche en cuestión de segundos. Abro mi puerta y la empujo dentro. Ella se desliza hacia el asiento del copiloto y yo me meto, poniendo el motor en marcha. —Agárrate.

Ella sujeta la manilla de la puerta y se encoge en su asiento, y al arrancar veo una banda de los hombres de Nikolai saliendo a toda prisa del parque y corriendo hacia sus coches. Doy la vuelta a la manzana, después entro en un callejón y aparco.

—Agáchate —le digo a Natalya, empujando su cabeza por debajo del nivel de la ventanilla. Yo también me agacho, vigilando el retrovisor por encima de mí. Unos segundos después, varios coches pasan zumbando en busca nuestra… pero nos pasan de largo por completo.

—Dios mío —susurra Natalya—. Anton, ¿qué—?

—No hay tiempo. —Me incorporo y pongo el coche en marcha—. Quédate agachada.

Salgo del callejón y conduzco en dirección contraria hacia mi casa.

—¿A dónde vamos? —me pregunta.

—Al único sitio donde de verdad estarás a salvo —respondo.

—Espera. No podemos simplemente… Tengo que llamar a mi amiga—

—Más tarde. Mantén la cabeza baja hasta que te diga. —Lo siguiente que hago es llamar a Mikki. Su nombre aparece en el salpicadero y el sonido de su teléfono suena por mis altavoces.

—¿Sí? —dice él.

—Quiero que me esperes en mi casa. Ahora.

—Voy de camino. —Mikki cuelga. Aunque las ruedas giran bajo el coche mientras conduzco, no tengo muy claro cuál es el siguiente paso. Todo esto lo estamos haciendo sin reglas. Solo espero que al final salga bien.



No dejo que ella se incorpore hasta que cruzamos las verjas de la entrada. No ha dicho ni una sola palabra desde que salimos del parque y yo tampoco le he dado pie. Puedo imaginar que todo esto ha sido más que traumático para ella. De todos modos, me he asegurado con una rápida mirada desde el asiento del conductor de que no le hayan disparado. No parece estar angustiada y no hay sangre en mis asientos. Parece que, de algún modo, hemos salido los dos enteros.

Me fijo en los guardias que hay en mi propiedad ahora mismo. Es el número habitual: uno en la puerta y tres patrullando el terreno. Tendré que reforzar la vigilancia. No quiero dejar nada al azar. Me fastidia sacar a mis hombres de otras tareas, pero esto es importante.

Al llegar, veo a Mikki de pie junto a su coche, con los brazos cruzados. Aparco a su lado y me giro hacia Natalya. —Quédate aquí.

Ella asiente obediente. Al salir, veo la mirada desconcertada de Mikki, que alterna entre ella y yo. —¿Qué hace ella aquí? ¿Qué demonios ha pasado?

—Han intentado atraparnos en el parque —le digo—. No tenía elección. He tenido que traerla aquí.

—¿No tenías…? Joder. —Se pasa la mano por su pelo corto, y en su rostro se mezclan el pánico y el cálculo—. ¿Y ahora qué? Sabes que en cuanto Petrov se entere—

—Ahora mismo es el menor de nuestros problemas. Y aunque no lo fuera, tenemos que poner esta casa en orden ya. Entra y espérame dentro. Deja que hable con Natalya.

Suspira, dejando ver claramente su desaprobación. Da igual. De una manera u otra, esto tiene que pasar. —Está bien —dice—. Te espero dentro.

Bordeo el coche y ayudo a Natalya a salir. Me mira con ojos necesitados. —¿Estás bien? —le pregunto. Ella asiente.

—Creo que sí. Solo estoy un poco aturdida, eso es todo.

Suelto un suspiro. Hay tanto por hacer. Demasiadas piezas moviéndose…

—Lo primero es lo primero. Ahora te vas a quedar conmigo —le digo —. Está más que claro que por tu cuenta no estarías segura.

Parpadea con inocencia. —Yo… no tengo mi ropa ni mis cosas—

—Todo lo que necesites, me aseguraré de que lo tengas. Escucha, si crees que alguien estaba detrás de ti por haberme visto matar a alguien, imagina lo que pensarán ahora. Esto es lo mejor, Natalya. Tal como están las cosas, no hay un sitio en el mundo donde estés más segura que conmigo.

Se sonroja un poco y luego asiente, decidida. —Gracias —dice.

Esperaba más objeciones por su parte. Me alegra que tenga clara la situación. —Ven. Déjame enseñarte dónde vas a dormir.

15

NATALYA

Esta casa es *enorme*.

Es casi como un castillo, con suelos de madera antigua que parecen muy bien cuidados. Brillan como si los hubieran barnizado hace nada, y aun así puedo ver zonas donde algunas tablas se han deformado con el tiempo. Algunas partes del suelo crujieron bajo nuestros pies cuando Anton me acompañó a mi habitación. Las paredes están empapeladas con un estampado de cachemir brillante que parece sacado del siglo XIX. Viejos retratos de hombres tatuados con traje se alinean en las paredes junto a paisajes de lugares lejanos. Algunos son cuadros, pero la mayoría son fotografías.

Esto parece la casa de un anciano, o algo parecido a cómo era la casa de mi abuelo. El viejo mundo de la Bratva vive dentro de estas paredes…

Mi habitación es preciosa y una mezcla extraña de ambos mundos. Aquí el suelo es de moqueta y tan mullida que parece completamente nueva. Hay una cómoda y un armario para la ropa, un espejo de cuerpo entero en la esquina que parece de latón, y la cama, que seguramente es lo más moderno de la habitación, con un

cabecero acolchado y una colcha de capitoné. Cuando me siento en una esquina, casi me hundo. Ideal para dormir bien, algo que no he conseguido últimamente. El colchón de la habitación de invitados de Ilya está hecho una pena. Estoy deseando dormir en esta cama.

Las cortinas están echadas y estoy tentada de abrirlas. Aunque no sé si es muy seguro. Anton ha dicho algo sobre reforzar la casa antes de marcharse, así que quizá espere a que vuelva antes de acomodarme del todo.

Joder. Será mejor que llame a Ilya. Saco el móvil y, antes de poder llamarla, suena. Es ella quien me llama.

—Menos mal —dice cuando respondo—. ¿Estás bien?

—Sí, tranquila, estoy bien —le contesto—. Hemos tenido un pequeño contratiempo, pero estoy bien.

—Ya, ya lo creo. Está en todas las noticias. `*Tiroteo en Vivaldi Park*'. —Hace una pausa y luego pregunta—: ¿Qué ha pasado exactamente? No intentaría matarte, ¿verdad?

—Todo lo contrario, en realidad. —Le cuento todo, incluso cómo Anton tuvo que defenderme durante nuestra huida. Como siempre, me escucha en silencio mientras me enrollo.

Cuando termino, pregunta—: Entonces, ¿dónde estás ahora?

Empiezo a decírselo, pero lo pienso mejor. No sé quién nos atacó exactamente, ni sé qué sabe el resto. Puede que alguien me estuviese siguiendo y esperando a que le llevara hasta su piso. —Creo que será mejor que no te lo diga —le digo—. Realmente no sé nada de quién intentó matarnos y no sé quién puede estar escuchando.

—Me parece justo —dice—. ¿Eso significa que no vas a volver aquí?

—Significa que voy a mantenerme alejada hasta que las cosas se calmen. Deberías plantearte tomarte unas vacaciones tú también. Mantente en un perfil bajo hasta que todo esto pase.

Guarda silencio unos segundos—. Esto se ha puesto muy serio, ¿verdad?

—Sí —respondo—. Te debo una cena de steak cuando acabe todo esto. Al menos por soportar mi vida de locura.

—Tu vida no era tan loca hasta anoche —dice riéndose—. No te voy a mentir, echo de menos tus días de reclusa.

Me río—. Yo también. Créeme.

—Entonces —dice, dudando un poco—, mientras tanto, ¿qué hago si tu padre viene preguntando por ti? ¿Qué le digo?

Me lo pienso un momento. Ignorar a mi padre quizá no sea la mejor opción. No le gusta que le mientan. —Dile que me fui sin decir a dónde iba —le indico—. Notará si intentas engañarlo, así que simplemente dile eso. Pero sinceramente, lo mejor es que te mantengas lejos para no tener que verle. Todo está patas arriba y no sé qué esperar.

—Entendido. Pues Rodney lleva semanas hablando de irse a Myrtle Beach. Igual es el momento.

—Puede ser. Te escribo cuando tenga más claro qué hacer con mi situación.

—Recibido. Cuídate mucho y ten cuidado.

—Lo haré.

Cuelgo, y de repente noto lo sola que estoy. Hay tanto silencio que puedo oír mi propia respiración…

Me llevo la mano al vientre, pensando en el bebé que llevo dentro. Pero no estoy sola. Supongo que ya nunca volveré a estarlo. Y lo más importante: estoy a salvo.

No. *Estamos* a salvo. *¿Lo oyes, pequeño? Estamos a salvo*.

~

Un golpe en la puerta me despierta de la siesta. Me incorporo y me giro medio lado. —Adelante.

La puerta se abre y entra Anton. Se ha cambiado de ropa. Bueno, simplemente lleva una camisa de vestir y pantalones de traje. Las mangas están remangadas y un par de botones están desabrochados.

Como siempre, está increíblemente atractivo. Me dedica una sonrisa informal y su cara se transforma por completo, dándole un aire travieso y juvenil a pesar de las patas de gallo y las mechitas de canas. Dios, qué hombre más guapo.

—Siento haber estado fuera tanto tiempo —dice mientras entra por completo en la habitación—. Tenía que asegurarme de que hubiese suficiente seguridad en toda la finca. Hay mucho terreno que vigilar.

—Ya lo creo —me incorporo y abrazo mis rodillas contra el pecho—. Esta casa es... bueno, es increíble. No pensé que hubiese casas tan grandes en este pueblo. ¿Cuánto llevas viviendo aquí?

—Es complicado. —Hace una pausa, como si buscara las palabras adecuadas—. La heredé del anterior Pakhan, así que no llevo aquí más de unos meses.

Alzo las cejas. —¿En serio? Vaya.

—No tenía hijos y siempre decía que, si los hubiera tenido, le habría gustado que tomaran el relevo como Pakhan. Pero nunca ocurrió, así que hace años hizo los arreglos necesarios para que yo lo heredase todo cuando él ya no estuviera.

Tengo que pensarlo un segundo. Maksim. Ese era, creo, el nombre de su Pakhan. El que murió hace poco. —Lo siento por tu pérdida.

—Gracias —responde con cortesía—. Siento tener que hacerlo, pero necesito coger tu móvil.

Frunzo el ceño. —¿Mi móvil?

—Se puede rastrear. —Me tiende la mano. Camino hasta la mesilla y se lo entrego—. ¿Me lo devolverás?

—Por supuesto que sí. —Apaga el móvil y se lo guarda en el bolsillo —. Han pasado unas horas. Seguro que tienes hambre. ¿Te apuntas a cenar conmigo?

—Vale.

Me acompaña fuera de la habitación y bajamos el pasillo hacia las escaleras. —Con todo lo que ha pasado, no me ha dado tiempo a pedir nada elaborado.

Me revuelve un poco el estómago. En realidad, no recuerdo la última vez que comí. Ahora mismo sería feliz con una pizza grasienta. —Seguro que lo que tengas estará bien —le digo.

Me lleva al comedor. Sorprendentemente, es pequeño, con una mesa rectangular de tamaño normal que parece hecha de madera negra maciza. Ya están preparadas dos cubiertos para nosotros con un centro sencillo de flores amarillas. Frente a la puerta, hay una pared cubierta por cortinas, que sospecho ocultan una gran ventana panorámica. Y solo dos de las paredes tienen adornos: cuadros de bellos paisajes, no retratos. La única pared sin nada llama la atención; es de papel pintado y madera como las demás, pero tiene pliegues muy finos con bisagras cada pocos centímetros.

Quiero preguntar por esa pared, pero Anton está apartando mi silla. Me siento y, al momento, su ayuda nos sirve la cena. Delante de mí colocan un plato con pasta en una vajilla ribeteada en oro. Tiene un aspecto y un olor deliciosos: tubos cortos y redondos de pasta, como pequeñas cañas, salsa roja especiada, y lo que supongo es carne picada. Empiezo enseguida, pinchando uno de los tubitos con el tenedor. Sabe cálido y reconfortante.

—Parece que te gusta —comenta él.

Asiento con ganas. —Está muy rico.

Ahí está de nuevo esa sonrisa, tan poco habitual y tan encantadora a la vez. Baja la mirada a su propio plato y dice: —No recuerdo cómo lo llamó mi cocinero. Es algo que preparaban cuando servía en la Marina, en Rusia. No esperaba tener que cocinar para dos esta noche, así que ha improvisado algo rápido.

—Está estupendo —le digo—. Muy bueno, de verdad.

Comemos en silencio unos minutos. Se oye un repiqueteo en las ventanas tras las cortinas. Lluvia. Por supuesto, ahora empieza a llover.

—Bueno —le pregunto—, ¿cuánto tiempo crees que voy a estar aquí?

Duda, moviendo los fideos en su plato mientras su tenedor reduce la velocidad. —Voy a ser sincero contigo, Natalya. No lo sé. —Deja el tenedor sobre la mesa y me mira directamente—. La gravedad de lo que ha ocurrido... Déjame aclararte que no todo recae sobre ti. Hay cosas que ya estaban en marcha y que, hasta ahora, no te involucraban para nada.

El estómago vuelve a revolvérseme un poco. Echo una ojeada al vino que nos han puesto. Ojalá pudiera beber tú mismo. —¿Puedo preguntarte algo? Sinceramente.

—Lo que quieras.

Una sola palabra, pero ya la había dicho antes, y hace girar una llave en mi interior. Ahora lo noto un poco más. —¿Ibas a matarme hoy?

Inclina la cabeza, sorprendido. —¿Qué?

—Te vi matar a alguien. Quiero decir, está claro que fue alguien a quien no debías matar y ahora tienes un lío enorme.

—Natalya, ahora yo soy el Pakhan. No respondo ante nadie. Soy el rey de esta Bratva, de este territorio. ¿Lo entiendes?

Asiento.

—Y si hubiera decidido matarte, ya estarías muerta. No negociamos con los objetivos.

Eso me tranquiliza un poco. —Vale, entonces, lo que ocurrió en el parque... ¿tenía que ver conmigo? ¿Alguien me busca por lo que vi?

—Fue sobre todo por mí, por disparar a ese tipo anoche —le aclaro —. Pero no descartaría que también te estén buscando a ti. Los Amur tienen suficientes espías como para saber todo lo que ha pasado hasta ahora.

Los Amur. El nombre apenas me resulta familiar. Quizá lo mencionó mi padre alguna vez, o se lo oí decir por casualidad a otro.

—Son otra Bratva —me dice—. Y he iniciado una guerra con ellos.

Mi estómago vuelve a dar un vuelco. La historia que me contó Ilya… Todo aquello iba de venganza. —¿Por qué harías eso? —le pregunto. Me gustaría oírselo decir a él.

—Es complicado.

Vuelvo a mirar mi plato a medio comer. Complicado. Es la segunda vez que lo dice. ¿Tan complicado puede ser?

—La cuestión —prosigue— es que, por haber estado tan cerca de mí, tanto anoche como antes en el parque, te has convertido en un objetivo para ellos. Eres una civil que sabe demasiado.

—Me parece que tú estarías en más problemas que yo —digo—. Yo no he matado a uno de los suyos.

Sus cejas se alzan ligeramente. —Sabes más de esto de lo que aparentas.

Bajo la mirada hacia mi plato, sin muchas ganas de mirarle a los ojos. —He oído algunas cosas —digo.

—Hmm. Bueno, supongo que, ya que estás metida hasta el cuello, debería explicarte las cosas un poco más claro.

—¿Eso no va en contra de las normas?

—La Bratva funciona bajo un código de silencio. Todos nosotros lo hacemos. Si la ley va a por uno, todos estamos en peligro. Fuera de eso... —duda, luego continúa—. Fuera de eso, Natalya, eres una amenaza por quién soy yo y por quién es tu padre. Estratégicamente hablando, su implicación en esta guerra podría decantar la balanza hacia cualquiera de las Bratvas.

Ahora mi estómago, que ya estaba revuelto, se encoge todavía más. —Y acabas de secuestrar a la hija de uno de esos Pakhans. Vaya tela.

—Dijiste que no puedes volver con él —dice—. ¿Has cambiado de opinión? Encantado te devolvería con él. Probablemente sería lo mejor—

—No —me apresuro a decir—. Tenías razón. Este es el lugar más seguro donde podría estar.

Inclina la cabeza, con una pregunta en los ojos, pero no la formula. En cambio, dice: —La cosa debe de estar realmente mal si prefieres estar aquí, en medio del fuego cruzado, antes que bajo la protección de los hombres de tu padre.

Si supiera..., pienso mientras doy otro bocado de comida.

—Así que, parece que por ahora estamos condenados a aguantarnos —dice.

—Ya. Supongo que sí.

Me observa en silencio, y luego: —Sé que seguramente no hace falta decirlo, pero quiero que quede claro. Creo que, mientras estés aquí, deberíamos mantener las cosas en un plano platónico entre nosotros.

Le miro. ¿Eso estaba sobre la mesa? Con todo lo que está pasando, supongo que ni siquiera hemos tenido tiempo de pensar en ello. Ahora que lo menciona, ni sé bien cómo me siento al respecto.

—Es muy probable que los Amur intenten involucrar a la Bratva de tu padre en esto en cuanto descubran que estás conmigo —continúa —. O tu padre simplemente se meterá en esta guerra por cuestión de honor. Cuando todo acabe, será mejor que quede claro que mis intenciones contigo eran honestas.

—Sin ánimo de ofender, ¿pero de verdad alguien va a creerse eso? Estamos solos en esta pedazo de casa—

—Pienso salir vencedor de esta guerra, Natalya. Creerán lo que yo les diga y no pienso mentir a mis hombres. No respecto a esto.

No respondo. Extrañamente, su juicio sobre esta situación me duele un poco, pero al mismo tiempo, lo entiendo. Está intentando hacer lo correcto por mí y por su Bratva. En el fondo, tiene su punto de nobleza, si lo piensas bien.

Espero que todo le salga bien. Y espero que, cuando acabe todo esto, yo consiga tener una vida. Me toco el vientre disimuladamente bajo la mesa. Espero que *tengamos* una vida.



La tormenta fuera se ha desatado de verdad. Llevo horas tumbada en la cama escuchando cómo aúlla tras estas ventanas antiguas, observando los relámpagos que se cuelan entre las cortinas cerradas. Cada vez que iluminan, millones de sombras extrañas saltan hacia mí en la oscuridad.

Es casi cómico. Estoy durmiendo en un castillo enorme, digno de Drácula, durante una tormenta. Solo falta que lleve un camisón blanco vaporoso y duerma en una de esas camas con dosel y cortinas ligeras colgando de los postes.

Me incorporo y escucho la lluvia golpear contra el cristal. No hay manera de que pueda dormir aquí. El viento aúlla como una banshee justo fuera y está empezando a ponerme los pelos de punta. No puedo soportarlo.

Enciendo la luz y salgo de la cama. Nada de camisones etéreos para mí. Solo la vieja camisa de vestir de Anton, que prácticamente me traga entera. Es curioso cómo nunca te paras a pensar en lo mucho más grande que es un hombre hasta que te pones su ropa. Me veo de reojo en el espejo: las mangas me cubren las manos y el bajo casi me llega a las rodillas.

Voy hasta la puerta y asomo la cabeza al pasillo. Está en penumbra, salvo por una cálida luz ámbar que se cuela por debajo de la puerta del dormitorio de Anton. Está despierto. Quizá le apetezca un poco de compañía.

Vacilo mientras esa idea me ronda la cabeza. Hace solo unas horas que dijo que prefería mantener las cosas platónicas entre los dos. Quiere aferrarse a esa parte noble de sí mismo. No debería tentarle para que la pierda.

Miro la cama fría y las sombras fugaces de mi habitación. Esa es mi alternativa. Tal vez, si entro en su cuarto, no pase nada. Quizá solo hablemos. Somos adultos, ¿no? Tenemos autocontrol, por el amor de Dios.

Sí. No pasará nada. Solo voy a hablar. Eso es todo.

16

ANTON

—Son las dos de la madrugada. ¿Qué haces despierta?

Estaba leyendo en la cama cuando la puerta de mi dormitorio se abrió lentamente. Instintivamente, busqué la pistola en mi mesilla de noche, pero en cuanto vi un destello de su melena rojiza asomándose, me relajé.

Está ahí, de pie, con una de mis camisas que apenas se le sostiene en el cuerpo, su largo pelo rojo alborotado, cayendo descuidadamente sobre sus hombros en ondas extrañamente sensuales. Solo con verla, despierta al gigante dormido en mis calzoncillos.

Entra en la habitación con aire travieso. —No podía dormir. La tormenta y dormir en un sitio nuevo... —Hace una pausa, sus ojos se pasean por mi cama, desmesuradamente grande... y después por mi pecho desnudo. Aparta la mirada rápidamente.

—Vi que tenías la luz encendida —dice—. Pensé que quizá podríamos hablar.

Dejo el libro a un lado. —¿Hablar? ¿De qué?

Encoge los hombros con inocencia, encarnando a la perfección el apodo que le he puesto. Su candidez es tan pura que casi parece fingida.

—Pensé que habíamos acordado que seguiríamos siendo solo amigos.

—¿Quién ha dicho nada de eso? —responde—. De verdad solo quería hablar contigo. O quizá solo... no sé, perder un poco el tiempo. Simplemente no quiero dormir sola en mi cama esta noche, Anton.

Entorno los ojos al mirarla. Su desobediencia, tan atrevida, resulta interesante... pero mi determinación sigue intacta. —Vuelve a tu cuarto, Natalya. Podemos hablar por la mañana.

Ella se queda ahí parada, y puedo ver en su rostro signos de indecisión. Luego, levanta la barbilla con firmeza y dice: —No.

—¿No?

Alza la barbilla con decisión. —No. Ahora mismo ese cuarto da muy mal rollo y no pienso volver allí.

Mi polla está completamente despierta. Esa faceta suya de niña caprichosa es distinta... intrigante. —¿Estás desafiándome abiertamente, *Devushka?* —Su rostro se ruboriza al oír ese apelativo —. Más te vale pensártelo bien antes de seguir por ese camino.

Cruza la habitación y se sienta en la esquina de mi cama. —¿Qué lees?

Bien. Quiere ponérmelo difícil. —No te lo voy a repetir.

—Ya te lo he dicho —insiste—. No pienso volver allí dentro. Así que tendrás que entretenerme, ¿a que sí?

Una sonrisa se dibuja tímidamente en la comisura de sus labios. Sabe perfectamente lo que está haciendo. Me levanto de la cama y

camino hacia la puerta. Esta noche, no. Lo que dije en la cena iba en serio. —Fuera —ordeno, abriendo la puerta.

Me observa de arriba abajo durante un instante, luego se pone de pie, camina hasta la puerta... y la cierra. —Haz que me vaya.

Me río entre dientes. —Me estás tentando por el camino equivocado, Natalya —le suelto—. Soy tan bueno dando placer como infligiendo dolor. ¿Seguro que quieres descubrirlo esta noche?

Me mira y, por un segundo, pienso que va a rendirse. Pero no lo hace. En lugar de eso, dice: —Sabes, nadie sabrá lo que pasa aquí dentro con las cortinas echadas y la puerta cerrada. Estamos solos en esta casa.

—Te he dicho que no pienso mentir a mis hombres.

—Vale, pues no lo hagas. Pensaba que eras el rey de esta Bratva. Un rey no tiene que dar explicaciones a sus hombres si no quiere.

Increíble. Realmente me dan ganas de cogerla y lanzarla fuera de aquí... y si no me estuviera poniendo tan jodidamente a mil, probablemente lo habría hecho.

—Si quieres que te arrope esta noche, Pequeña —digo cerrando la distancia entre nosotros. Su respiración se acelera al verme empequeñecerla con mi presencia—, lo haré. —Alarga una mano hacia mí, buscando mis calzoncillos. Aparto su mano—. ¿Crees que puedes coger tu juguete sin pagar antes por ese comportamiento tan descarado? No lo creo.

Me mira desde abajo, y sus ojos zafiro tiemblan de emoción y miedo. —¿Así que realmente vas a negarte a mí? ¿En serio? —pregunta en voz baja. Maldita sea, está poniéndome a mil.

—Quítate la camisa.

Ella empieza a desabrocharse la camisa. Me alejo, dirigiéndome a mi baúl de juguetes en la esquina más alejada de la habitación. Saco

cuerda, mi fusta y unas pinzas para la ropa. —Déjate las braguitas puestas y súbete a la cama.

No la oigo moverse, así que añado: —Puedo hacerlo peor si sigues desafiándome, *Devushka*.

La escucho cruzar la habitación y, cuando me giro, está tumbada en la cama, desnuda de cintura para arriba, apoyada en los codos. Sus ojos están fijos en los objetos que tengo en la mano. Se muerde el labio con temor.

—Recuerda, querida —le digo mientras dejo la cuerda y la fusta sobre mi mesilla de noche—, tú sigues teniendo el control.

Asiente y su rostro se relaja al mirarme. Está completamente entregada.

Me acerco con las pinzas para la ropa. Ella eleva la boca para besarme, pero yo me aparto. —Los besos son para las niñas buenas —susurro; después coloco una pinza en su pezón derecho, apretándola y pellizcándola. Ella se estremece y suelta un gemido suave y tembloroso. Engancho la otra pinza en el otro pezón y sus ojos se ponen en blanco.

—¿Tienes los pechos sensibles, verdad? —le murmuro con dulzura. Ella se recuesta, respirando superficialmente mientras arquea la espalda—. Niña traviesa.

Cojo la cuerda y coloco sus piernas de forma que sus talones toquen sus muslos; empiezo a atarlas en esa posición. —Tu coño merece algo de atención esta noche —le digo mientras estiro las cuerdas y las aseguro con nudos a los laterales de la cama. Sus piernas se abren por la tensión de las cuerdas.

—Pero antes, necesito enseñarte a obedecerme —digo, cogiendo la fusta. La paso por el centro de su pecho mientras ella respira rápido, excitada—. Cuando te diga que hagas algo... —Levanto la fusta y la bajo con fuerza sobre su pecho derecho. La piel tiembla y se enrojece cuando un jadeo sorprendido se le escapa.

—Lo haces —le doy un golpe en el otro pecho con la fusta. La acerco a su rostro, acariciando su mejilla. Ella arquea la espalda, con el labio inferior temblando.

—No puedes pedirme nada —deslizo de nuevo la fusta por su pecho sonrojado y entre sus pechos marcados, bajando hasta el ombligo. La detengo justo entre sus piernas, frotando despacio el lugar donde está su clítoris. Incluso con la fusta, lo noto presionar bajo la tela fina.

—¿Me entiendes, Natalya?

Con una voz suave, contesta: —Sí.

Le doy un golpe rápido en el clítoris con la fusta y ella se retuerce, gimiendo y apretando el edredón. —Más alto.

—Sí —dice más fuerte. Le golpeo de nuevo el clítoris y esta vez su espalda se arquea y escapa un sonido agudo y entrecortado de sus labios.

—¿Sí... qué?

—Sí, papi —suplica—. Sí, papi.

Tiene los ojos cerrados, y veo cómo las lágrimas empiezan a deslizarse por sus mejillas. —¿Natalya? —pregunto—. ¿Estás bien? ¿Quieres parar?

—No —responde deprisa—. No, por favor, no pares. Castígame, papi.

Le golpeo el clítoris otra vez y esta vez sus caderas se levantan mientras suelta una maldición. —*Joder...*

Vuelve a gemir más alto, respirando de forma corta y superficial. —No... no volveré a desafiarte, papi.

Cada vez que me llama "papi", me recorre un escalofrío y mi polla se endurece todavía más. Dejo la fusta sobre su clítoris mientras sus piernas tiemblan atadas. —Esa es mi niña buena.

Lo único que quiero es follártela, pero tengo que contenerme. No he terminado con su castigo.

Dejo la fusta a un lado y busco el cuchillo en mi mesilla de noche. Ella ve la hoja y sus ojos se agrandan. —¿Qué... qué vas a hacer?

No digo nada. Tiro del lado de sus braguitas de encaje blanco y corto la tela, quitándoselas. —No las vas a necesitar más esta noche.

Está completamente expuesta ante mí; su coño perfecto, de labios rosados, rodeado del vello púbico rojo como el carmesí. Su clítoris está hinchado, rojo y palpitante, llamándome bajo el brillo de sus jugos. Está tan mojada y lista que apenas puede soportarlo. Sus caderas se retuercen de anticipación.

Me inclino y beso el espacio entre sus pechos, quitando las pinzas. Paso mi lengua por ellos y ella gime, sus pezones duros como piedras, tan sensibles ante mis lamidas.

Desciendo por su cuerpo, besándola, saboreando su piel dulce hasta que mi lengua rodea su clítoris hinchado, girando una y otra vez. Sus muslos tiemblan contra las ataduras.

—Espera —dice ella—. Voy... voy a... está yendo demasiado rápido... espera...

No pienso parar. No tengo ninguna intención de parar. Oh, mi niña preciosa, ese es el objetivo. Quiero que te corras en mi lengua una y otra vez. Quiero oírte suplicando por mi polla.

Con un jadeo profundo, sus caderas se pegan a mi cara y me agarra del pelo. *—¡Oh, joder!* Sostengo sus caderas mientras se corre, aún atada con las cuerdas. Chupo su clítoris hinchado, cabalgando las olas de su orgasmo hasta que su cuerpo empieza a temblar incontrolablemente. Y cuando noto que empieza a calmarse, presiono de nuevo para hacerla estallar otra vez.

Una vez... dos veces... Al tercer ascenso de sus caderas temblorosas, pruebo de pronto una ráfaga de su jugo al correrse. La

recojo con la lengua, cada gota de su dulce néctar prohibido, mientras sus gemidos se hacen más profundos, más apasionados.

Y entonces, me detengo. Me incorporo y veo una fina capa de sudor en su rostro, en su cuello y en su pecho. Su cara está sonrojada mientras me mira hacia arriba, con los ojos azules girando. —Muy, muy bien —digo mientras cojo mi cuchillo y la libero de las cuerdas —. Aguantas muy bien el castigo.

Se desliza las manos sobre el coño, acariciando con cuidado sus labios sonrosados y rodeando el clítoris con los dedos. Me llama con la mirada. —¿Puedo tener mi juguete ahora, papi?

Le sonrío. Es jodidamente perfecta. Me quito los bóxers, luego tomo sus muñecas y se las sujeto sobre la cabeza.

—Tu coño —gimo al entrar en ella—. Tu dulce... apretado... coño... es mío. Dilo.

—Es tuyo, papi —dice con voz ronca mientras la siento estrecharse alrededor de mi polla—. Es tan grande... Voy... voy a explotar... — Está ya demasiado excitada. Me detengo, suelto sus manos y pongo mis dedos sobre sus suaves labios.

—Todavía no, cariño —susurro—. Aguanta por mí. No lo dejes salir hasta que yo te lo diga.

Empiezo a follarla despacio y le susurro—. Eso es. Respira, cariño. — Ella se relaja y se entrega. Sus brazos me rodean, las uñas empiezan a clavarse en mi espalda.

—Papi —murmura—. Soy tuya. Soy *totalmente* tuya...

La beso y esa parte de mí, muerta desde hace tiempo, se enciende de nuevo. Ella sube los muslos y se mueve conmigo, permitiéndome entrar aún más profundo...

Estoy a punto. Muy a punto. Empiezo a acelerar y ella me muerde el labio.

—*Devushka* —gimo—. ¿Estás lista para correrte? ¿Quieres correrte para mí, amor?

—Sí, sí. Por favor, papi.

Mi propio clímax crece dentro de mí. Cuando empiezo a explotar, le ordeno—. Corre... oh, *joder...*

Juntos llegamos al clímax, sus muslos temblorosos contra mis caderas mientras la lleno. Y cuando siento que no me queda nada, simplemente la beso, disfrutando de este cálido placer dentro de ella.



He estado dormitando con Natalya en mis brazos, escuchando la tormenta afuera. Ella duerme plácidamente contra mi pecho, el miedo a la tormenta muy, muy lejos. Cada vez que la miro, me pregunto qué demonios estoy haciendo.

Siento que es mía. Todo en este momento me dice que pertenece justo aquí, durmiendo en paz entre mis brazos. No entiendo lo que está ocurriendo.

El sexo es el mejor que he tenido en años. Ella se entrega a mí de forma voluntaria, confiando en mí por completo... y no tiene ninguna razón para hacerlo. En realidad, tiene todas las razones *para no* confiar en mí. ¿Es real esto? ¿O es solo producto de la situación?

Las circunstancias nos han traído hasta aquí. ¿Qué pasará cuando cambien esas circunstancias? ¿Qué ocurrirá cuando todo termine y ella sea libre de marcharse cuando quiera?

Cuando era más joven, pensaba como la mayoría de los hombres. Que el poder de mi sexo podía mantener a una mujer a mi lado. Fóllala bien y se quedará para siempre. Así es la mentalidad.

Ahora soy mayor y sé cuán falso puede resultar eso. En una relación, el sexo es solo una parte de lo que la mantiene a flote.

¿Esto es una relación? No nos conocemos tan bien. Me intriga. Me *atrae mucho*. ¿Es ella lo que quiero?

Mi padre tuvo que enfrentarse a esta misma decisión hace años. Estaba tan comprometido con esta vida como cualquiera que haya conocido... hasta que conoció a una mujer que no quería lo mismo que él. Hace mucho que dejé de culparla por llevárselo. Ahora creo que fue simplemente que se enamoró y la eligió a ella en lugar de la vida. Incluso sabiendo eso, siempre he dicho que si alguna vez llegara el momento, yo elegiría la vida.

En su día, pensé que ya tomé esa decisión. Creí haber pasado esa prueba.

Ahora me pregunto si me están poniendo a prueba otra vez. ¿Hasta dónde llegará esto con Natalya antes de que tenga que elegir?

Beso a Natalya en la coronilla. Un dulce aroma a fruta madura invade mis sentidos. Esta noche, *Devushka*, eres mía. Por completo. Mañana quizá lleguen cosas más grandes, pero ahora, eres toda mía...

Y temo que yo pueda ser tuyo.

Cierro los ojos. El sueño por fin empieza a vencerme.

17

NATALYA

El sonido de los disparos.

Me despierto de golpe, levantando bruscamente la cabeza del pecho de Anton. Él también se sobresalta y me rodea con el brazo instintivamente.

El sonido se repite. Retumba desde algún lugar de la planta baja. Alguien está aporreando la puerta principal.

—Quédate aquí —dice, saliendo de la cama. Le observo mientras rodea la cama para coger sus calzoncillos; luego va a la mesilla y saca su pistola—. No salgas de esta habitación hasta que vuelva a por ti.

Me incorporo y escucho asustada, tirando de la manta para taparme el cuerpo desnudo. No tengo ropa aquí, y en esta habitación sólo está la camisa que llevaba puesta. Incluso mis bragas están hechas trizas en algún sitio del suelo.

La idea de salir corriendo de aquí desnuda no me seduce en absoluto. Si a alguien se le ocurre venir a buscarme, vete a saber qué pueden llegar a hacerle a una chica joven y atractiva sin ropa. Vaya lío en el que me encuentro.

Tengo la ropa que llevaba ayer en mi habitación. No es gran cosa, pero mejor eso que estar completamente desnuda. Quizá debería correr a cogerla. Podría envolverme en esta sábana, supongo.

Echo un vistazo alrededor y, por suerte, veo un albornoz en el otro extremo de la habitación, camuflado en las sombras. Está colgado de la puerta de un armario entreabierto y parece de seda negra. Me levanto de la cama y voy a ponérmelo.

Me queda *enorme*. Las mangas me cuelgan mucho más allá de las manos y el bajo arrastra por detrás como la cola de un vestido de novia. Hago todo lo posible por envolverme y le hago tres nudos al cinturón para que no se me caigan las tetas al andar. Cojo el bajo y salgo del dormitorio.

Salgo al pasillo, recordando lo que dijo Anton. *No salgas de esta habitación hasta que vuelva a por ti.* Pero ¿y si no vuelve? *¿Y si...?*

Vale, no vamos a ponernos nerviosas. Solo es cruzar el pasillo. Ir y volver antes de que se dé cuenta de que me he ido. Abro la puerta y salgo. La cuestión es que, si alguien viene a por mí, ni de broma pienso dejarme matar llevando solo un albornoz enorme.

Intento moverme lo más silenciosamente posible sobre estos suelos de madera viejos, pero es imposible. El suelo cruje con cada paso que doy. —¿Natalya? —escucho desde abajo—. Ven aquí, por favor.

Maldita sea. Que les den a estos suelos viejos.

Me giro y camino hasta el rellano. Desde aquí veo parte del salón y la puerta principal. Anton está al pie de las escaleras, mirándome impaciente—. Ve al armario de la ropa blanca al lado del baño y tráeme unas toallas. Las oscuras. Deja las que sean blancas o de colores claros.

Alguien gime de dolor detrás de él, en el salón—. ¿Qué pasa?

—Haz lo que te digo, por favor. Ahora.

No me lo ordena a gritos. De hecho, las palabras suenan teñidas de angustia. Algo ha salido realmente, realmente mal. Me está pidiendo ayuda.

Me doy la vuelta y corro hacia el baño de invitados entre nuestras habitaciones. El armario de las toallas está justo dentro, así que entro corriendo, cojo un montón de toallas negras y azul oscuro, y salgo de nuevo a toda prisa.

Bajo corriendo las escaleras y entro en el salón. Un hombre está tendido en el sofá, con la camisa empapada de sangre... y el mango de un cuchillo clavado en el hombro. La piel la tiene sudorosa y pálida mientras hace una mueca de dolor. Anton está sentado con él en el sofá. Su pistola descansa olvidada en la mesa de centro mientras él tira del desgarro de la camisa de su amigo.

—Tengo que quitarte esto —dice—. Aguanta, ¿vale?

—Joder —maldice el hombre—. Esta era mi camisa favorita, joder.

—Te conseguiré otra nueva.

—Las toallas —digo, dejándolas sobre la mesa. Ninguno de los dos me responde. Maniobrando con cuidado alrededor del mango del cuchillo, él agarra el desgarrón y lo ensancha. La herida abierta supura bajo el mango y tengo que apartar la vista. Uf. Nunca he soportado muy bien la sangre.

—Deberías haber ido donde Iggy con esto —dice Anton—. Es un milagro que no te hayas desangrado por el camino.

—Tú estabas más cerca —responde su amigo entre dientes.

—Vale, venga. —Anton agarra el cuchillo y añade—. Cuando saque esto, vas a sangrar como un bendito colador. Más te vale que el cabrón que te hizo esto no te haya tocado ninguna arteria.

—No me atrevería a desangrarme sobre tus preciosos suelos de madera —bromea su amigo—. ¿Me das un trago antes de hacerlo?

Anton me mira, y yo voy a la barra en el otro lado de la habitación. No sé mucho de alcohol ni si alguno es mejor para esto que otro, así que simplemente cojo un poco de vodka y lo llevo.

Anton me lo quita de las manos y ayuda al hombre a dar un trago. Hace una mueca, unos segundos después de beber, y luego asiente. —Vale. Estoy listo.

—De acuerdo. A la de tres. Una, dos— Anton tira del cuchillo de golpe. El hombre grita de dolor, incorporándose del sofá. Anton coge rápidamente una de las toallas y la presiona contra la herida, empujándole de nuevo hacia el sofá.

—¡Joder! —suéltalo. —¡Maldita sea! ¡Has dicho a la de tres!

—Estás bien. Estás bien —repite Anton sujetándole. —Déjame hacer presión. Vas a estar bien.

Me siento tan impotente. Todo lo que puedo hacer es mirar mientras ocurre esto. Por fin, el hombre deja de retorcerse bajo Anton. Agarra la mano de Anton y dice: —Será mejor que no me desangre.

—No lo harás. No voy a permitirlo. —Me lanza una mirada.— Ven aquí.

Obligo a mis pies a moverse. En cuanto estoy cerca del sofá, Anton me agarra de la muñeca y me tira hacia abajo, colocando mi mano sobre la toalla empapada. —Mantén la presión. Vuelvo enseguida.

Se levanta y sale de la habitación antes de que pueda decir nada. Sostengo la toalla con ambas manos. La sangre continúa filtrándose a través de la tela y entre mis dedos.

—Así que —me dice, esbozando una sonrisa—, eres la princesa de la Bratva que le ha vuelto la cabeza del revés. Sabes, nunca te había visto tan de cerca.

Inclino la cabeza, curiosa. —¿Me… conoces?

—Por supuesto que te conozco. La hija de Petrov. Eres realmente impresionante, ¿lo sabías?

Me sonrojo. —Deberías centrarte en otras cosas ahora mismo.

—Al contrario. Cuando uno sufre un dolor extremo, ayuda tener un punto de referencia. Creo que tu cara bonita me servirá perfectamente.

—Deja de tontear y siéntate —dice Anton al entrar en la habitación. Lleva una caja metálica con una cruz roja bien grande. Con un gesto de la cabeza, me indica que me aparte. Obedezco, levantándome para dejarle sitio.

Deja la caja a un lado y retira la toalla con cuidado. La herida ya no supura, pero no tiene buen aspecto. Sangre oscura mancha los bordes de la carne desgarrada y dentada.

—Nunca llegaste a presentarme debidamente a tu pretendiente —dice, guiñándome un ojo.

Anton aparta la toalla y abre la caja metálica. Saca una aguja curva ya enhebrada con un hilo largo. —Mikki, ella es Natalya. Natalya, este saco sangrante de mierda es Mikki.

Mikki suelta una carcajada, pero enseguida tose. —No hagas eso. No estoy para bromas. Reírme podría matarme.

—Sí, sí. Esto va a doler lo suyo. —Toma la botella de vodka y la vierte sobre la herida. Mikki respira profundo, pero aguanta el dolor. — ¿Listo? Te necesito despierto.

Mikki se retuerce de dolor, pero asiente rápidamente.

—Bien. Diez u once puntos, amigo. ¿Preparado?

—Hazlo de una vez.

Anton se inclina y empieza a coser la herida. Mikki se estremece, aferrándose al cojín mientras Anton tira del hilo.— Entonces, ¿quién ha hecho esto?

—No lo sé —responde apretando los dientes—. No le vi la cara. Acababa de meter las cosas de casa de Maria al coche, me di la vuelta y lo siguiente, estaba luchando por mi vida. —Hace una pausa mientras Anton da otra puntada, cerrando los ojos para soportar el dolor un segundo. Luego me mira y dice:— El coche está lleno de ropa y cosas para ti. Espero que te valga. Pareces de la talla de mi hija, así que lo he calculado a ojo.

No tengo ni idea de quién es Maria, pero agradezco la ropa.— Te lo agradezco —le digo.

—No es nada… Son solo cosas para ir tirando hasta que puedas ir de compras—*Mierda.*

—¿Quieres otro trago? —pregunta Anton.

—No. Sigue. Acábalo ya.

Miro el cuchillo ensangrentado sobre la mesa y me doy cuenta de que hay algo familiar en todo esto. No logro identificarlo, pero hay algo en este ataque que me resulta conocido. Quizá es lo sigiloso que ha sido. Es como algo de lo que he oído hablar antes.

—Ha sido raro —continúa—. Ya sabes que los de seguridad de Maria suelen andar por ahí a estas horas, pero la entrada del club estaba desierta.

Anton alza la vista hacia él, frunciendo el ceño.— ¿Bono no estaba fuera?

Mikki niega con la cabeza.— Y antes, cuando llegué, sí estaba.

—¿Siempre está fuera? —pregunto, y Mikki asiente. —Quizá alguien le esperaba.

—Seguro que sí. —Aspira aire entre los dientes mientras Anton tira otra vez del hilo.

Anton no responde. Parece concentrado en cerrar el hombro de Mikki. Da la última puntada y la remata. Después, me dice:— ¿Nos

dejas solos, por favor?

No discuto ni pongo objeciones. No creo que quiera saber nada más de lo que haya ocurrido esta noche. Bastante lío tengo ya con toda esta situación.

Sin embargo, al volver a su habitación, no puedo sacarme de la cabeza el ataque a Mikki. Supongo que porque no me parece propio de un "golpe" o lo que sea. Me pregunto por qué quien le atacó usó un cuchillo en vez de una pistola.

Quizá ni siquiera fue un golpe. Uf. ¿Cómo se supone que voy a distinguir una cosa de otra? Da la sensación de que todo se haya puesto patas arriba.

Necesito mi móvil. Quiero llamar a Ilya y descargarle un poco de este embrollo. O quizás solo oír una voz amiga. Miro por la habitación. Él tenía mi móvil… Seguro que está aquí en alguna parte.

Lo primero que se me ocurre es la mesilla de noche. Es donde probablemente lo habría dejado. Voy y abro el cajón. Dentro, tal y como pensaba, está mi móvil, apagado y sin tocar, justo encima de su pistola.

Dijo que se lo llevaba por mi propia seguridad. Que podía ser rastreado. ¿Acaso mi padre sabría cómo rastrear un móvil? Lo dudo mucho. Le he visto pelearse antes con el mando de la tele.

Y de todos modos, no puede pasar nada por hacer una llamada. Solo quiero hablar con Ilya un momento. Es posible que haya oído algo. Además, me gustaría comentar todo esto con Mikki. No sé por qué, pero me suena de algo…

Enciendo el móvil. Tarda unos minutos en arrancar, pero en cuanto lo hace, empieza a pitar. Una cascada de notificaciones aparece en mi pantalla… y todas son de la misma persona.

Mi padre. Me siento y las cuento mientras van llegando… Ha llamado unas diez veces, ha dejado al menos cinco mensajes de voz y no hay

menos de quince mensajes de texto.

Abro los mensajes de texto y son todas variaciones de la misma pregunta.

¿Dónde estás? He oído que te quedas con Ilya, pero dice que no te ha visto.

¿Dónde coño estás?

Será mejor que me contestes, joder. ¡Contesta al puto teléfono!

Cada mensaje es más y más cabreado. Debe de haberse enterado de lo que pasó en el parque. En cuanto lo pienso, casi me da la risa. Tendría que importarle para llamarme por eso.

Quizá se ha enterado de lo otro. Tal vez esto es porque está preocupado por mi seguridad. Sea cruel o no, sigue siendo mi padre. Algún instinto paternal por protegerme debe de quedarle.

Supongo… Supongo que es posible que haya cambiado de idea. Con quien fuera que hablara por teléfono, le estaba pidiendo que hiciera el trabajo por él. Si ahora me busca él mismo, puede que los haya parado. Quizá, a su manera retorcida, en realidad sí le preocupo.

Busco el número de Ilya en mis contactos. Dijo algo de ir a su piso. Necesito saber qué ocurrió cuando él apareció por allí.

—¿Qué estás haciendo?

Levanto la vista y veo a Anton en el umbral de la puerta. *Mierda.*

Me quedo paralizada, pillada con las manos en la masa.—Solo estaba… necesitaba mi móvil—

Él da un paso hacia mí y yo me aparto. Se detiene, sus ojos oscuros lanzándome una advertencia.

—Sólo necesito hablar con mi amiga —le digo—. Mi padre me ha estado buscando y tengo que saber lo que le dijo a ella.

Él me observa unos segundos y después dice con voz serena:—Dame el móvil, Natalya.

Extiende la mano esperando y estoy tentada de decirle que no otra vez… pero no lo hago. Esto no es un jueguecito sexual entre nosotros. Esto es la vida real y en la vida real no quiero enfrentarme enfadada a un Pakhan.

Cedo y le entrego el móvil.—No lo entiendes —le digo—. Si me está buscando, quiere decir algo.

—Me da igual lo que tú creas que significa. —Apaga el teléfono de nuevo y se acerca a uno de los cuadros de la pared.—Los móviles son balizas para quien te busca. Te lo advertí cuando te lo quité.

—¿No tendría que tener al menos mi número o algo así para rastrearlo? ¿O tal vez estar cerca? Ahora mismo casi estoy en una fortaleza. Nadie podría acercarse lo suficiente como para hacer nada… probablemente.

Me lanza una mirada fastidiada mientras retira el cuadro, descubriendo una caja fuerte incrustada en la pared. Marca la combinación en el teclado rápidamente y tira del pomo para abrirla. —No necesito este dolor de cabeza ahora mismo.

—Anton, esto no está bien. Tengo que averiguar qué pasa. Puede ser importante.

Guarda el móvil en la caja fuerte y cierra la puerta.—Lo que necesitas es confiar en que voy a protegerte. Hay muchas piezas en todo esto de las que no eres consciente. Podrías estropearlo todo para todos sin querer solo por llamar a tu amiga.

—¿Cómo? —digo, incrédula—. Ella ni siquiera forma parte de esto. ¿A quién iba a delatar?

—A cualquiera —responde él—. Puede que no sea una de los nuestros, pero podría decidir venderte al mejor postor si se lo propusieran. Incluso puede que ya lo haya hecho, si tu padre ha

hablado con ella. Puede que ahora mismo estés siendo rastreada. Y dado que tienes miedo de regresar con él—

—Más razón para averiguar qué ocurre. Si ha hablado con ella, quizá pueda decirme algo—

—Ni hablar —dice él—. El móvil se queda en la caja mientras estés conmigo.

Eso me cabrea. Le fulmino con la mirada.—Que tú no confíes en nadie no significa que yo tenga que ser igual. Hay gente de fiar. Hay personas que de verdad te cubren las espaldas.

Él me devuelve la mirada, con un fuego ardiendo detrás de sus ojos oscuros.—¿Crees que no sé lo que es la lealtad? ¿De verdad quieres hablarme *a mí* de lealtad?

Que me lo eche en cara me hace sentir un poco ridícula. Él pone los ojos en blanco.—No sé para qué discuto esto contigo. Sin móvil. No mientras dure todo esto. Lo recuperarás cuando estés a salvo. ¿Entendido?

Aprieto la mandíbula, todavía fulminándole con la mirada.

—Natalya.

—Entendido —le digo, alejándome—. Me voy a dormir a mi habitación. Que pases buena noche, Anton.

Salgo, medio esperando que me detenga. No lo hace. Él ha dicho lo que tenía que decir y yo también.

Cuando llego a mi habitación, me doy cuenta de que ni siquiera tengo ya la camiseta con la que dormía. Supongo que dormiré con este albornoz enorme.

Por lo menos ha dejado de llover.

18

ANTON

El sol se cuela por mi ventana y yo me levanto con él. A pesar de lo poco que he dormido, estoy en pie y listo para afrontar el día.

Todavía queda mucho por hacer. Mi propiedad y mi casa están seguras, pero tengo que comprobar cómo marchan mis negocios. No sé cuál será el siguiente objetivo del Amur, ahora que han atacado a Mikki.

Después de que Natalya saliera de la habitación, me contó que el tipo que le atacó le dio un mensaje. *Saludos de Nikolai.* El cabrón está burlándose de mí abiertamente. En vez de matar a Mikki en el acto, me lo devolvió como si fuera un mensajero. Y atacar con un cuchillo en vez de utilizar una pistola... es inteligente y calculado. Mikki debía salir andando de ese ataque.

Siento como si estuviera escondido en algún lugar donde yo no puedo alcanzarle, riéndose de mí y esperando a que dé el siguiente paso para así tener la ocasión de acabar con todos nosotros.

Tengo que anticiparme. Debo ponerme en contacto con los otros brigadieres para hacerme una idea de cómo está la situación. Saben el papel que les corresponde desempeñar. Saben dónde y a quién atacar. Yo solo necesito saber cuántas propiedades, cuántos

hombres o lo que sea de Nikolai han caído en comparación con los nuestros.

Cuando mi padre vivía, solía contarme historias de su paso por el ejército ruso durante la Primera Guerra Chechena. Siempre hablaba de bombas y trincheras, de tanques y regimientos. Lo que yo estoy viviendo no es ni de lejos tan devastador. Aun así, ganar esta guerra es algo de lo que espero que se sintiera orgulloso.

Me ducho y me visto rápido. Nada elegante hoy, unos vaqueros y un jersey de cuello alto negro. Tengo que llamar a Iggy para ver si conoce a alguien capaz de limpiar grandes charcos de sangre del tapizado del sofá (y seguramente también de los asientos del coche de Mikki). Además, necesitaré que venga alguien a sacar la ropa del coche de Mikki, para que Natalya tenga algo que ponerse.

Cojo el móvil de la mesilla y estoy a punto de salir cuando suena en mi mano. Miro la pantalla. El nombre de Vladimir Petrov parpadea en letras grandes. Genial. Justo lo que me faltaba hoy.

Descuelgo. —¿Sí?

—¿Anton? ¿Cómo estás?

Vladimir Petrov siempre tiene una voz suave y calmada cuando habla con sus iguales. Cuando yo comenzaba como brigadier, algunos lo llamaban "el caballero susurrante". Por lo general, cuando en mi mundo le llaman caballero a alguien, suele significar todo lo contrario.

—Estoy bien —le contesto—. ¿En qué puedo ayudarte? No me imagino que me llames por algo trivial.

—Me temo que no, amigo mío. Mi hija ha decidido irse por su cuenta. Estoy bastante preocupado por ella. No habrás coincidido con ella, ¿verdad?

Curiosa manera de decirlo. Habla de ella como si fuera una cría. ¿Acaso no vivía ya en su propio piso cuando vino a verme? —No —le

respondo—. Pero he estado muy ocupado últimamente. Supongo que te habrás enterado de todo aquello que pasó mientras yo estaba fuera.

—Sí, sí. *Moi soboleznovaniya*. Siento tu pérdida. Solo puedo imaginar lo que debe de ser asumir de pronto el mando de Pakhan. Si necesitas algún consejo o truco, estaré encantado de ayudarte.

Podría reírme. Probablemente debería. Está claro que lo dice en broma. Pero la verdad, ahora mismo no estoy para chistes. —Gracias, pero me las apaño bien —le respondo.

—Hmm. Sí, tú sabes apañártelas, ¿verdad?

Se me eriza el vello de la nuca. El tono de su voz no ha cambiado. Sigue *sonando* a que bromea, pero no lo hace. —¿A qué te refieres?

—Sabes a qué me refiero —dice—. ¿Tú y mi hija? ¿Follando en ese club sexual secreto que tienes? ¿De verdad creías que los dos podríais ocultarme algo así durante mucho tiempo?

A la vista está que no. —Es una adulta, Vladimir. Hace lo que le da la gana.

—Es mi hija y tú lo sabes. Sabes que he matado a hombres por delitos menores que el de mancillar a mi hija como has hecho tú. Tienes mucha suerte de seguir vivo ahora mismo.

—No tengo ni tiempo ni ganas de discutir esto contigo. Tengo asuntos importantes que atender. Quizá deberías centrarte en mantener los negocios de tu familia fuera de la calle.

—Eso lo dice alguien que piensa que no forma parte de ese negocio —responde, y su voz se vuelve más grave—. Déjame decirte algo, Anton. Si descubro que la estás protegiendo, te cortaré los cojones y te los haré tragar.

—No debería necesitar protección de ti —le replico—. No me amenaces, Vladimir. Ahora soy un Pakhan. No querrás pasarte de la raya conmigo.

—No dejas de ser un crío *shestyorka* y te aplastaré bajo mi bota por deshonrar a mi hija.

—Bueno, ya sabes dónde encontrarme —le digo—. Aquí estaré esperando, si quieres poner a prueba tu fuerza.

Dicho esto, cuelgo el teléfono. Que le den a Vladimir. Me da igual quién coño se crea. No tiene derecho a amenazarme con tanta ligereza.

Guardo el móvil en el bolsillo y salgo de mi dormitorio. Menos mal que bloqueé el teléfono de Natalya. No vendrá solo por haberme acostado con ella. Ahora que soy un Pakhan, eso provocaría una guerra que imagino que no quiere. Sin embargo, Mikki tenía razón en una cosa. Cuando se entere de los ataques del Amur contra mí, quizá esté aún más motivado para sumarse a su cruzada.

Espero sinceramente que lo piense mejor. Quizá me lleve tiempo y esfuerzo, y creo que podría responder a sus ataques con eficacia, pero tener que contener a dos Bratvas en menos de un par de meses en el cargo es, sin duda, la situación menos deseable que se me ocurre.

Bajo las escaleras y me doy cuenta de que mi puerta está abierta. Se me agudizan los sentidos mientras me acerco, con la mano sobre la pistola en mi cinturón. Llego y veo que está entreabierta, así que me coloco tras ella y la empujo despacio para abrirla del todo.

Apenas a unos pasos de mis escaleras, aparcado junto al bordillo, está el coche de Mikki. Hay un rastro visible de gotitas de sangre que llega hasta mi puerta desde donde entró él anoche. Pero eso no es lo más interesante.

La puerta trasera del coche está abierta. Puedo ver bajo la puerta dos pies descalzos con las uñas pintadas de rosa.

Sonrío. Supongo que no podía esperar a que viniera. Quito la mano de la pistola y bajo las escaleras.

Cuando llego al coche, me coloco tras ella. Lleva una de mis batas. Es tan grande para ella que parte del bajo va arrastrando por la acera. Estando inclinada dentro del coche, el trasero queda al aire mientras se pone de puntillas para alcanzar algo al otro lado del montón de ropa del asiento trasero.

Es cómico. Está rebuscando ahí dentro como si fuera un mapache hurgando en la basura. Carraspeo para llamar su atención.

Pega un bote y se golpea la cabeza contra el techo del coche. —*¡Mierda!* —maldice mientras se echa hacia atrás, frotándose la cabeza. La bata casi se le cae. Parece que se la había atado bien, pero con tanto movimiento el cinturón se ha deslizado y ahora la abertura deja ver demasiado de su escote.

Me mira mientras hace una mueca y se toca la cabeza. —Me has dado un susto de muerte —dice.

—Perdona —digo riéndome—. Podrías haberme pedido que me ocupara de esto.

—¿Qué? ¿Y cortarte el rollo? Seguro que tienes montones de cosas de la Bratva pendientes hoy. No quería meterme en medio.

La tomo de la mano y la aparto suavemente del coche. —Tranquila. Hoy haré que alguien suba todo esto a tu habitación.

—¿Y qué se supone que hago mientras tanto? —protesta—. No puedo ir por ahí todo el día con una bata que me queda enorme. Me gustaría ducharme, ponerme ropa limpia.

—Vale, pues… elige algo para ponerte y vuelve dentro. No deberías estar aquí así.

—Ya, ya —resopla, poniendo los ojos en blanco, y se zambulle otra vez en el asiento trasero, sacando unos vaqueros y una camiseta—. Pero sigues teniéndome que buscar ropa interior.

—¿No hay ropa interior?

—La hay, pero… no sé si quiero ponerme las bragas de otra persona.

Inclino la cabeza, curioso. —¿Y por qué piensas algo así?

—Tu amigo… Mikki. Dijo que todo esto venía de alguien llamada Maria.

Me cuesta no soltar una carcajada. —Maria's Boutique en el centro. La dueña es la hermana pequeña de Mikki. Es una tienda delante de una discoteca. Me sorprende que no hayas ido nunca. Dicen que ahora está muy de moda entre los jóvenes.

Pone los ojos en blanco. —Ya, bueno, pues no lo parece, la verdad. O sea, aquí está todo desordenado. Nada de perchas ni nada.

—Si no te convence, siempre puedo decirle a Mikki que devuelva todo esto.

—No, no —alarga el brazo dentro del coche y saca un conjunto de sujetador y braguita—. Está bien. De verdad.

Volvemos dentro y ella sube a vestirse. Yo me siento y empiezo a hacer llamadas, llamando a Iggy para hablar de Mikki y de alguien que pueda encargarse del desastre. Cuando lo coge, suena como si estuviera sin aliento.

—Interrumpes mi carrera matutina para que limpie otro estropicio —dice sarcástico—. Maravilloso. ¿Y eso de que Mikki vaya a verte a ti en vez de a mí? ¿Ahora soy demasiado vulgar para sus puntos?

Tengo que reírme ante la falsa indignación de Iggy. —Tendrás que hablarlo con Mikki —le digo.

—Bah. Dile que venga esta tarde. Tengo que revisar tu trabajo dos veces.

—Le pasaré el recado. —Parece que bromea, pero esto va en serio. Mikki más le vale pasarse por allí hoy.

Iggy me promete enviar a un amigo suyo que se dedica a limpiar escenas de crimen, junto con dos de sus sobrinas para que lleven la

ropa a la habitación de Natalya. Luego bromeamos un rato más. —*Leah sigue preguntando por ti, ya lo sabes* —dice hablando de su mujer—*. Llámala de vez en cuando.*

Cuando termino y cuelgo, Natalya aparece en lo alto de las escaleras. El conjunto que ha escogido —unos vaqueros ajustados y una camiseta blanca, tan fina que deja ver el dibujo del sujetador— le queda de maravilla. Su figura de reloj de arena convierte ese conjunto tan sencillo en algo que directamente grita tentación. Lleva el pelo recogido en una coleta y va descalza. De todos los pensamientos que me asaltan al verla, también pienso que parece que pertenece justo ahí, donde está.

—Eso sonaba importante —dice mientras baja las escaleras.

—Más o menos. Alguien tiene que limpiar este estropicio y encargarse de la ropa del coche.

Inclina la cabeza mientras me mira. —Podrías haberte ocupado tú de todo eso.

—Lo dudo —le contesto—. ¿Tienes hambre? Puedo preparar algo de comer.

—Eso estaría genial.

Vamos a la cocina y empezamos a preparar el desayuno mientras ella se sienta a la mesa, recorriendo con el dedo el dibujo del mantel de encaje. —Así que supongo que no te ha dado por redecorar —comenta.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—¿Y por qué *no* lo harías? Me imagino que querrás conservarlo así en honor a tu Pakhan y todo eso, pero ¿no querrías que este sitio se pareciera un poco más a… no sé, a ti?

—¿Y quién dice que esto no soy yo?

La observo de reojo mientras levanta una esquina del mantel de encaje con aire burlón. Me echo a reír.

—Vale, quizá sí haga falta redecorar un poco —digo—. Cuando tenga tiempo.

Le llevo los platos. No es nada especial: huevos revueltos, tostadas y zumo de naranja. Nada fuera de lo normal. Come con hambre, pinchando los huevos con verdadera ansia.

—Está buenísimo —dice con la boca llena.

—Gracias.

—¿Esto es lo que sabes cocinar? ¿Puedo esperar más mientras esté aquí?

—Quizá —respondo—. Normalmente viene alguien a encargarse de la mayoría de estas cosas. Lo más probable es que la comida y la cena las prepare otra persona.

Ella asiente mientras mastica, y se le tiñen las mejillas de un rubor suave por el chute repentino de energía. —O sea, que parece que estarás ocupado todo el día con tus asuntos. ¿Qué puedo hacer en este castillo gigante mientras no estás?

Tengo que pensar un momento. Solo he explorado el sitio entero una vez. Mikki dijo algo de una sauna, pero no lo tengo claro. —Quizá deberías preguntarle eso a Mikki en vez de a mí.

Alza las cejas. —¿En serio? Vives aquí. ¿No lo sabes?

—No. Ya has visto lo grande que es este sitio, ¿no? Si me pusiera a explorar, tendría que llevarme un mapa y un guía.

—Touché —dice ella, riéndose—. Bueno, supongo que aprovecharé para explorar un poco mientras tú trabajas.

—Será mejor que no encuentre nada fuera de su sitio.

Me lanza una sonrisa pícara y dice: —Sí, papi.

Un escalofrío me recorre la espalda y le devuelvo la sonrisa. Termino mi zumo de naranja y digo: —Tengo un poco de tiempo antes de tener que hacer unos recados. Vamos. Juguemos a algo.

Me levanto y le tiendo la mano. Ella la toma, con una sonrisa juguetona en el rostro, mientras la conduzco fuera de la cocina.

Caminamos por los pasillos hasta llegar a mi despacho. Aquí he estado unas cuantas veces desde que me mudé. De alguna forma, es la habitación más silenciosa de la casa. Es un lugar antiguo, así que incluso cuando no hay nadie, normalmente escucho los crujidos de la madera o el silbido del viento contra las ventanas. Sin embargo, en esta habitación hay tanto silencio que se podría oír el vuelo de una mosca.

Ella entra detrás de mí y mira la pared repleta de libros en la estantería del lado sur de la habitación. Los techos son altos y la estantería llega hasta arriba del todo. Al final de la estantería hay una escalera por la que se puede subir para alcanzar los libros más altos. Hay un escritorio en un extremo de la sala, sofás junto a la ventana, una chimenea cerca de los sofás, y en el otro lado de la habitación está la razón por la que hemos venido aquí.

—Por aquí —le indico, llevándola al gran tablero de ajedrez de piedra frente a la chimenea. Me sigue y su sonrisa vacila.

—Oh —dice—. Hablabas literalmente de jugar a un juego.

Aparto la silla para ofrecerle un asiento. Se sienta y yo tomo la silla del otro lado.—¿Has jugado alguna vez?

Niega con la cabeza.—Diría que soy más de damas, pero tampoco he jugado mucho. Al ser hija única, no había muchas ocasiones para juegos de mesa en mi casa.

—Hmm. Tu padre al menos debería haberte enseñado. Es muy valioso saber jugar.

—¿Sí?

—Todo se basa en la estrategia y la paciencia. Este fue el primer juego que aprendí que no implicaba apuestas.

Me sonríe dulcemente.—¿Fue tu padre quien te enseñó?

—Maksim. Cuando decidió prepararme para ser su sucesor, esto fue lo primero que me enseñó. Este juego fue mi primera lección sobre cómo dirigir una brigada y cómo manejar mi Bratva. Aprendí a anticiparme a los movimientos de mi oponente.

Sus ojos brillan de interés.—Lo haces sonar como algo más que un simple juego.

—Para mí, eso es exactamente lo que es.

Empiezo a enseñarle cómo se juega. Le muestro las piezas y sus movimientos. Ella observa todo con auténtico interés, siguiendo mis manos con la mirada. Al empezar la partida, noto lo rápido que entiende las reglas. Pronto, está a punto de ponerme en jaque en un movimiento. Sonrío al observar la disposición de las piezas frente a mí.

—¿Por qué tengo la sensación de que me han timado? —le pregunto. Ella se limita a encogerse de hombros—. Hmm. Sabes cuánto detesto que me tomes el pelo, *Devushka*.

Se mueve inquieta en el asiento.—Me gusta mantener las cosas interesantes, ¿qué le voy a hacer?

—Y lo has hecho bien —digo. Muevo mi reina por el tablero, acorralando a su rey—. Jaque mate.

Mira el tablero, sus ojos repasando las piezas.—Ni siquiera me di cuenta.

—En una batalla, nunca pierdas de vista lo que tienes detrás. Toda tu atención estaba en mi rey. Olvidaste que mi reina seguía en juego.

Me dedica una sonrisa ladeada y dice: —Quiero la revancha.

—Mmm. —Miro el reloj. La mañana casi ha terminado. Tengo que irme si quiero regresar a tiempo para la cena.—Luego. Tengo que marcharme.

—Oh, venga ya. Una partida más. Prometo que merecerá la pena.

Siento el roce frío de sus dedos del pie contra la pernera de mi pantalón, bajo la mesa. Su pie asciende por mi muslo, presionando contra la bestia medio dormida que se esconde en mis pantalones.—Eso me tomaría más tiempo del que puedo permitirme, cariño.

—No tiene por qué —responde. Mueve lentamente el pie arriba y abajo. La presión a través de la tela basta para excitarme. Le cojo el pie para detenerla.

—Te diviertes demasiado torturándome, Pequeña.

Ella sólo sonríe y mueve los dedos del pie contra mi cremallera.—Vamos, papi. ¿Una partida más? ¿Porfa?

Me levanto, rodeo la mesa, la tomo de la mano y la hago ponerse en pie, rodeando su cintura con mis brazos y besándola. Al diablo todo. Al diablo lo demás. Ahora mismo, lo único que quiero es tenerla inclinada sobre ese sofá—

Mi teléfono vibra en mi bolsillo justo cuando ella me muerde el labio. Sus manos están sobre mi pecho, sus uñas clavándose a través de mi camisa.

Vuelve a vibrar y me hace volver a la realidad. Le tomo las manos y la aparto con suavidad.—Tengo que contestar.

Ella espera mientras saco el teléfono. Para mi sorpresa, es Nickolai Novikoff. Me quedo mirándolo un tono más antes de responder.

—¿Sí?

—Anton. Tenemos que hablar.

—Pues habla —me aparto de Natalya. Incluso ella nota el cambio en mi voz. Me mira con sus grandes ojos azules, asustados.

—No por teléfono. Quedemos en terreno neutral.

Dudo.—No hay nada de lo que hablar, Nikolai. Lo sabes.

—Oh, creo que tenemos mucho de lo que hablar. Quedemos en la Catedral de Cristo. En una hora.

Cuelga y me quedo perplejo… y aturdido. *¿A qué juego está jugando?*

—Tengo que irme —le digo a Natalya—. Vendrán varias personas mientras yo no esté para limpiar el desastre y traer tu ropa. Las reconocerás porque te dirán que vienen de parte de Iggy. Si aparece alguien más y no te da ese mensaje, no le abras la puerta.

Ella asiente.—Y Mikki. ¿Qué hay de él? ¿Debo ir a verlo?

—Por favor. Dile que Iggy quiere verle cuanto antes y asegúrate de que coma algo. Cuando se lesiona le da por matarse de hambre. Es desesperante.

Ella se ríe, aunque suelta una risita nerviosa. Estoy a punto de marcharme cuando me detiene con una mano en el brazo.—¿Cuándo volverás?

No lo sé. No sé si este será el momento en que Nikolai decida acabar conmigo o qué. Solo sé que, si no voy, vendrá él aquí. Y eso es lo último que quiero.

—Antes de que anochezca —le digo—. Mantente ocupada mientras no estoy.

Me giro, pero ella se adelanta, se pone en mi camino y me besa. Es un beso rápido, apenas el roce suave de sus labios sobre los míos.—Por suerte —dice.

—Por suerte —repito. Me hará falta.

19

NATALYA

No ha dicho con quién hablaba, pero por la expresión de su rostro, puedo darme cuenta de que es algo serio. Tan serio como un infarto.

No voy a mentir. Estoy preocupada… y asustada. Dudó cuando le pregunté cuándo volvería. Dios, ¿y si no vuelve? Ya han pasado un par de horas…

Voy al salón y veo el charco de sangre, ya seca, en uno de los sofás. ¿Qué clase de mundo es este? ¿De verdad estoy a salvo aquí?

—¿Dónde está nuestro amigo?

Doy un salto y me giro de golpe. Mikki está de pie en lo alto de las escaleras, sin camiseta y con un gran vendaje ensangrentado en el hombro. Sonríe y levanta una mano en gesto tranquilizador. —Perdona, no quería asustarte.

—Deberías estar descansando.— Subo corriendo las escaleras para alcanzarle, pero él me hace un gesto para que no me acerque.

—Todavía puedo andar. No necesito tu ayuda.

Aun así, camino a su lado y él baja despacio, sujetándose a la barandilla con el brazo bueno y sosteniendo el otro contra el pecho. —Entonces, ¿dónde está?

—Ha recibido una llamada y ha ido a encontrarse con alguien.

Se detiene y me mira. —¿Y ha ido solo? *Der'mo*. Debería saberlo mejor. ¿Tienes idea de con quién ha quedado?

Niego con la cabeza. —No lo ha dicho. ¿Está en peligro?

—Siempre estamos en peligro,— dice con una media sonrisa. —Bienvenida a la vida Bratva.

Le ayudo a sentarse en el sofá y él se deja caer, haciendo una mueca de dolor por el hombro. —Me ha pedido que te vigile. Que te asegure de que comes. Y también me ha dicho que te recuerde que vayas a ver a Iggy cuanto antes.

Mueve los ojos con fastidio. —Maldita sea. Seguro que Iggy está cabreado porque no he ido a verle por esto. Está bien. Solo necesito vestirme y esas cosas.

—Espera, deberías comer algo antes. Aguanta, que voy a la cocina…

—No hace falta que lo hagas. Puedo coger algo de camino a casa de Iggy.

—Ya, pero tengo la sensación de que es mejor que lo haga yo a que no lo haga nadie. Pareces bastante importante para él.

Mikki asiente con aire sabio. —Eso diría yo. Y él es importante para mí.— Entrecierra los ojos, estudiándome. —Entonces, hija de Vladimir Petrov, ¿cómo demonios acabaste en la cama de mi hermano?

Su rostro se tiñe de rubor. —Qué atrevido eres al suponer que nos acostamos juntos.

—Eres una *pésima* mentirosa.— Se ríe.— ¿Y tu padre? ¿Lo sabe?

Asiento y él chasquea la lengua aspirando aire entre los dientes.

—Vaya lío. Siempre le he dicho que tenga cuidado con dónde mete la… ya sabes. Siempre acaba en líos innecesarios.

—Creo que él piensa lo mismo,— respondo.— Le preocupa un poco cómo quedará si estamos juntos, ya sabes, públicamente.

—Es lógico. Es el nuevo Pakhan. Los brigadieres van a vigilar cada uno de sus movimientos. Por supuesto, a sus espaldas. Ya se lo han sacado una vez. Seguro que volverá a salir el tema.

Eso no me gusta nada. Me da miedo preguntar qué pasó cuando ocurrió.

—No os conocéis desde hace mucho,— dice,— así que yo no me preocuparía demasiado. Cuando termine lo que tiene pendiente con los del Amur, podrás ir donde quieras, segura.

Lo dice como si yo fuera una obligación, una tarea más que tachar antes de irse a dormir. —Será mejor que te prepare algo de comer. ¿Un sándwich te vale?

—Perfecto. Gracias. Mientras tanto, iré a arreglarme un poco. Quizá me dé una ducha.

Sube de nuevo las escaleras y me quedo mirándole unos segundos. Mikki es cercano a Anton. Se nota; claramente, es su mejor amigo. También estuvo allí la noche en que Anton mató a aquellos hombres. Debe de ser casi como su mano derecha.

Eso me merece respeto. Mikki parece más que leal. Da la impresión de preocuparse de verdad por el bienestar de Anton. Ojalá hubiera ido con él también. Me parece el tipo de hombre que no dudaría en recibir una bala por él.

Su amabilidad conmigo me hace pensar en algo que una vez escuché decir a uno de mis abuelos cuando era pequeña. Que la forma en que los amigos de un hombre tratan a la chica de ese hombre o a las mujeres de su familia te dice todo lo que necesitas

saber sobre él, como persona. No sé si en la Bratva funciona igual, pero Mikki me da buena espina. Creo que, quizá, puedo confiar en él. Voy a la cocina a prepararle el sándwich. No avanzo mucho antes de oír cómo llaman a la puerta principal. *¿Ya?* Pienso. La gente de Anton se mueve rápido.

Dejo el sándwich a medio hacer sobre la encimera y me acerco a la puerta principal, mirando por la mirilla. Hay una mujer de pie en los escalones, con el pelo rubio dorado y los labios de un rojo intenso. Observa con curiosidad los escalones manchados de sangre.

¿Será… esta la persona que viene a limpiar la sangre? ¿O a ayudarme con la ropa? Lo segundo parece más probable. Por lo que puedo ver, lleva una blusa y un pantalón elegante.

Abro la puerta una rendija y pregunto: —¿Puedo ayudarte en algo?

Ella se detiene, sorprendida un instante, y después responde: —¿Está Anton aquí?

—No, no está. Puedo dejarle un mensaje si quieres.

Sus ojos se entrecierran levemente. Me imagino que, si pudiera ver algo más que mi cabeza, me estaría evaluando de arriba a abajo. —¿Y tú quién eres?

Empiezo a responder, pero entonces recuerdo lo que dijo Anton. Nadie entra si no dice que viene de parte de Iggy. Imagino que eso también afecta a que revele mi identidad. —No creo que eso sea asunto tuyo —respondo.

Su rostro muestra una ofensa absoluta. Resopla, con sus labios rojos en una sonrisa abierta de sorpresa. —Bueno —dice—, odio decírtelo, querida, pero es completamente asunto mío. ¿Puedo pasar?

—No creo que...— Ella empuja la puerta y casi me tira hacia atrás. Una nube de perfume intenso me envuelve mientras entra y observa el recibidor y el salón, con los ojos fijos en los charcos de sangre del sofá.

—Parece que ha tenido una buena noche —dijo—. ¿Tú eres la responsable de esto?

—No —digo—. Escucha, Anton no está. Tenía asuntos que debía atender—

—¿Ah, sí? Así que *no* eres la asistenta. Interesante.— Ahora sus ojos me escudriñan, desde la cara hasta mis pies descalzos y de vuelta arriba. Entonces extiende la mano hacia mí, palma hacia abajo, como si tuviera que besarla. Lleva unas uñas postizas larguísimas, pintadas del mismo tono que su pintalabios. —Katarina Baburin.

Le estrecho la mano con cuidado, cogiendo sus dedos y moviéndola arriba y abajo. —Natalya Petrov. Encantada.

—Petrov… ¿Por qué me suena ese apellido?

—Perdona, ¿quién eres tú para Anton?

Su sonrisa se ensancha aún más, haciendo que parezca que tiene una gran hendidura en la cara. —Oh, soy su prometida, querida.

—¿Prometida?— Debo de estar frunciendo el ceño porque su sonrisa se apaga.

—Sí. Supongo que nunca te ha hablado de mí, ¿verdad? Bueno, detalles así suelen escapársele cuando se le cruzan cosas nuevas por la cabeza. Sin embargo, siempre vuelve a mí. Soy su único y verdadero amor.

Casi me entran ganas de reírme de esta mujer. No hay nada en ella que ni siquiera sugiera que Anton podría estar interesado en ella, mucho menos *comprometido*. Cruzo los brazos. —¿Ah, sí?

—Eso es.

—Es rarísimo que nunca te haya mencionado. Quiero decir, una prometida suele ser alguien bastante importante en la vida de un hombre y, sin embargo, tu nombre nunca ha salido. Ni una sola vez.

Me fulmina con la mirada, estudiándome. —No sé por qué iba a molestarse en hablar de mí con uno de sus juguetes folladores. Le dejo divertirse de vez en cuando con quien quiera, pero que te quede claro: es mío. Siempre lo ha sido y siempre lo será.

Me río. No puedo evitarlo. Me echo a reír mientras ella me observa con asco. Río hasta que se me saltan las lágrimas.

—¿Y de qué te ríes?

—De ti —digo, secándome las mejillas—. Irrumpes aquí con tus zapatos caros y ese tinte mal puesto, te adueñas de Anton como si fuera tu perrito de concurso y ¿de verdad esperas que me crea que eres la mujer con la que se va a casar? Dudo muchísimo que un hombre como él quiera tener nada que ver con alguien tan maleducada como tú.

Aprieta la mandíbula y, por un momento, pienso que va a golpearme. Da un paso hacia mí. —¿Te crees que soy maleducada? Oh, aún no has visto lo que es ser maleducada, *todavía*.

Su mano se lanza como el ataque de una serpiente y, de pronto, me agarra del pelo. Inmediatamente lucho, arañando sus manos mientras me arrastra hacia las escaleras. Con un gruñido enfadado, cambia el peso de su cuerpo y me tira contra los escalones, pero logro sujetarme, agarrándome a la barandilla antes de pegarme de cara contra la madera. Sin embargo, mi brazo se golpea con fuerza en uno de los peldaños. Grito de dolor.

—Pequeña zorra estúpida —gruñe, dándome una patada en las piernas. Las puntas duras de su zapato se clavan en mi muslo y el dolor me atraviesa. —La próxima vez que se te ocurra decir una mierda sobre mí—

Va a volver a darme una patada, pero me aparto a tiempo y pierde el equilibrio. Tropieza y aprovecho ese momento para golpearle la espinilla con el pie.

—¡Joder!— grita mientras cae. Yo me arrastro, girando para subir las escaleras y buscar a Mikki. Solo consigo subir un par de peldaños antes de que me agarre de nuevo del pelo. Me levanta y me estampa la cabeza contra los escalones.

Veo estrellas cuando mi frente golpea la madera. Va a hacerlo otra vez, pero tenso los brazos, luchando contra su fuerza. Por un instante, nos quedamos atrapadas, ella intentando empujarme la cabeza hacia abajo y yo resistiendo. Finalmente, me levanta a la fuerza. Alzo el codo y le doy en la mandíbula. Ella chilla, sujeta mi pelo con menos fuerza y entonces me giro y la empujo, clavándole la palma de la mano en la cara.

—¡Puta de mierda!— grita apretando aún más mi pelo. Me tira hacia atrás y me empuja escaleras abajo.

Caigo hacia atrás y tropiezo, rodando por los pocos peldaños que había subido, hasta aterrizar de espaldas. Ella baja detrás de mí, lleva la mano a la espalda y saca un cuchillo.

Me arrastro y me levanto todo lo rápido que puedo. No es lo bastante rápido. Me agarra otra vez del pelo, metiéndome en su nube de perfume y, de pronto, tengo un cuchillo en la garganta.

—Lárgate —me sisea—. Coge tus mierdas y sal de esta casa o te destripo como a un pez y le sirvo tu mocoso a mis perros.

Estoy aterrorizada. Esta mujer me clava la mirada, cuchillo en el cuello. ¡De verdad quiere matarme!

—¿Entiendes lo que te estoy diciendo? —dice, respirando con fuerza en mi cara—. Te quiero fuera. Si vuelvo a ver tu jodida cara—

—No hagas esto —digo—. Por favor—

—¡CIERRA LA PUTA BOCA!— me grita en la cara. Siento el filo cortándome la piel. —¡Te rajo el puto cuello!

Las piernas me tiemblan de terror. No sé qué hacer ni cómo salir de esta. ¿Grito? ¿Me oirá Mikki? ¿Y si llega demasiado tarde?

—Haz la maleta con tus putas cosas, pequeña zorra, o yo—

Un ruido la interrumpe y mira hacia las ventanas del salón. Al principio no oigo nada... y entonces el sonido se va haciendo más fuerte. Son ruedas sobre grava.

Es un coche. Alguien viene.

20

ANTON

Esta hora del día, a estas alturas de la semana, casi no hay nadie aquí. Entro en la iglesia y el familiar aroma a incienso me recibe, ese olor que me lleva a partes de mi infancia, cuando mi madre aún vivía y mi padre aún tenía fe. Hay un pequeño vestíbulo entre las puertas principales y el santuario. Lo cruzo, entrando en todo el esplendor de la iglesia.

Creo que nunca he estado en *esta* iglesia antes, pero imagino que todas las iglesias de la fe ortodoxa rusa se construyen más o menos igual. Techos altísimos que terminan en tres picos distintos, bancos impecablemente limpios con tapicería roja y base de madera, tallados con esquinas curvadas al final de cada fila. Las vidrieras muestran santos representados en escenas que les corresponden, y tras el altar, las paredes continúan con las pinturas de santos, pequeños nichos representando a cada uno, todos bajo un gran nicho elevado por encima con Jesús mirándolo todo desde lo alto.

—Puntual. Eso me gusta en un Pakhan.

Miro a mi derecha y le veo sentado en el primer banco. Destacan sus cabellos canosos y su barba casi blanca; lleva un traje que cubre unos tatuajes que todo el mundo sabe que le abarcan el pecho, la

espalda y los brazos. Ahora mismo, solo se asoma parte de ellos en el dorso de sus manos y un poco por el cuello de la camisa. Me devuelve la mirada con una sonrisa curiosa en el rostro.

Nikolai Novikoff en persona.

—Siéntate. Por favor —dice, dando una palmada en el espacio a su lado.

Me cuesta sentarme junto a él. Si hubiera alguna forma de sentarnos uno frente al otro, lo habría preferido. Tengo que confiar en que no se atrevería a hacerme daño en el interior de esta iglesia. Sé que muchos de los Pakhan de la vieja escuela tienen cierto apego a los lugares sagrados como este, así que probablemente sea poco probable. Aunque no es raro que una 'conversación neutral' acabe con uno de los dos desangrándose en la entrada.

Me siento a su lado y los dos miramos hacia delante, contemplando la majestuosidad religiosa ante nosotros.

—Nikolai —digo.

—Anton.

—¿Por qué estoy aquí ahora?

—Me gustaría pensar que es porque te lo he pedido —dice—, pero quizá eso sea demasiado presuntuoso por mi parte. Imagino que has venido porque quieres contarme por qué has empezado a atacar a mis hombres.

Eso casi me hace reír. Tiene que estar tomándome el pelo. Le miro de reojo, buscando ver si está bromeando. No sonríe.

—No tengo tiempo para juegos, Nikolai. Sabes perfectamente por qué les he atacado —digo—. Tú eres el que lo empezó todo.

—¿*Yo* lo empecé todo? —se burla—. He hecho muchas cosas durante mi tiempo como Pakhan, pero no puedo decir que alguna vez haya estado al margen de una guerra que supuestamente inicié.

Que yo sepa, no he hecho nada para mancillar tu nombre ni el de Maksim.

Me estremezco al oír el nombre de mi mentor en sus labios. —Debería abrirte el cuello solo por pronunciar su nombre —gruño—. No tienes ningún derecho.

Noto sus ojos fijos en el lateral de mi rostro. Me inclino hacia delante, entrelazando las manos en un intento por sofocar la rabia.

—Tienes una ira poco habitual, amigo —dice—. De las que hablan de venganza. ¿Es eso de lo que va todo esto?

—Por supuesto que sí. Tú mandaste matarle. *Envenenarle.* ¿Qué otra respuesta esperabas de mí más que la violencia?

—Y por eso Emil está muerto —comenta. Su voz suena sombría, como si acabara de contarme la historia de un gran hombre que vivió una vida honorable. Suspira y dice—: Qué desperdicio.

—¿Qué es exactamente lo que quieres de mí? —le suelto, dándome la vuelta por completo hacia él—. Mi *sovietnik* fue atacado anoche por uno de tus hombres, por no hablar de aquellos que se metieron en un trato hace un mes y mataron a uno de los míos. ¿Y ahora te sientas aquí actuando como si no supieras de qué te hablo? Si esto es algún tipo de juego al que pretendes jugar conmigo—

—No maté a Maksim —afirma. Me mira, sus ojos tan oscuros y fríos como la noche—. No di la orden. No tuve *nada* que ver con eso.

Simplemente le miro, inmóvil. Esto es una trampa, alguna artimaña que intenta jugar conmigo para su propio y retorcido entretenimiento. Pues no pienso seguirle el juego. Me levanto.

—Ya está bien de esto—

—Siéntate, Anton. No hemos terminado de hablar.

—¿De qué hay que hablar? No pienso jugar a nada contigo.

—Ni yo tampoco —dice, alzando un poco la voz. Su eco resuena en las paredes de la iglesia—. Siéntate.

Señala el sitio a su lado y todo mi ser quiere hundirle el puño en la cara. Sin embargo, me siento. Quizá por curiosidad. No lo sé. Pero, en vez de plantarle cara, decido escucharle.

—Desde mi punto de vista —empieza—, tú localizaste a uno de mis "seis", lo secuestraste, torturaste y asesinaste a sangre fría junto a otros tres de mis hombres, dos meses después de tu regreso de Rusia. Tus hombres llevan semanas amenazando a los míos casi a diario, y ahora me dices que uno de los míos atacó a tu *sovietnik* sin provocación. Desde donde estoy, solo veo al nuevo rey de la Bratva intentando destruir la alianza que tenía con su predecesor.

Le observo, buscando cualquier engaño o mentira. Alguna señal de que está lleno de mierda como me pienso. Pero no veo nada...

—Tu "seis" —le digo— estaba en Rusia cuando mataron a Maksim. En la misma ciudad. Le vieron en el hotel donde nos alojábamos. ¿Me estás diciendo que fue solo una casualidad?

—Sí —responde—. Déjame preguntarte algo. Con toda esa rabia y furia, ¿te has parado a pensar por un momento cuál sería la razón por la que yo querría atacar a tu Bratva? Ni tú ni ninguno de tus hombres me habéis insultado jamás ni os habéis interpuesto en nuestros negocios. Nuestra relación ha sido cordial todos estos años y de repente, sin motivo alguno, ¿crees que decidiría atacar a Maksim?

—Maksim era mayor —respondo—. Probablemente pensaste que era débil. Que era un buen momento para intentar desmantelar mi Bratva.

—Eso sugeriría que pienso que *tú* eres débil —dice sin un atisbo de emoción—. Sé quién eres, Anton. Lo sé desde que eras un crío. Eres hábil en tu oficio. Siempre lo has sido. Sin embargo, a diferencia incluso de mis brigadieres, eres inteligente. Eres de los que prefieren

usar la cabeza antes que las balas o los puños. No creo que seas débil.

Me quedo sin palabras. La verdad resuena en sus palabras como una campana. Continúa hablando.

—He estado observando tanto a ti como a Maksim desde que tu padre se marchó. He visto cómo él ha llegado a ser mucho más que tu mentor. Se convirtió en esa figura paterna justo cuando más lo necesitabas. Por eso, puedo entender tu furia. Es justa. Por desgracia, yo no soy quien debe pagar por ella.

Inclina la cabeza y me dedica una leve sonrisa.—Siempre he sabido lo temible que podrías ser como adversario si heredases las riendas de tu Bratva. Si tuviera intención de atacarte, te aseguro que habría sido de forma mucho más estratégica. De un modo u otro, este asunto se habría resuelto en cuestión de semanas tras la muerte de Maksim.

Supongo que no se equivoca. Hay un viejo rumor que dice que Nikolai acabó con toda una hermandad en una sola noche. Cuenta la historia que los llevó a todos a un salón en el sur de la ciudad bajo el pretexto de una gala benéfica. En cuanto el último miembro de esa hermandad cruzó la puerta, todas se cerraron y el edificio ardió hasta los cimientos.

La leyenda dice que no solo había miembros de la Bratva en el edificio. Sus familias estaban dentro. Mujeres y niños murieron junto a sus padres y hermanos. Fue una masacre.

Y al final del día, Nikolai cumplió lo que había prometido si le traicionaban. Los destruiría a todos y no dejaría ni rastro. Todo aquel que pertenecía a esa Bratva está muerto o más tarde juró lealtad al Amur.

Eso me hace dudar. El hombre que tengo al lado es calculador. Su Bratva lleva el nombre de la región de la que proviene, así como el

de uno de sus antepasados. Ha sobrevivido más que casi cualquier otro Pakhan que haya conocido.

—Te lo juro ahora mismo —prosigue—, delante de Dios, que yo no soy la persona que andas buscando.

—¿Cómo sé que no estás mintiendo para evitar que ataque a tus hombres? —le pregunto, y él sonríe.

—Eres lo bastante listo para saber la respuesta a eso.

Y lo soy. No tiene nada que temer de mí. Ni siquiera ahora, con cuatro de sus hombres muertos a mis manos. Suspira y se pone en pie, arreglándose la chaqueta. —Tu ira es legítima. Te mereces tu venganza. Espero de verdad que la consigas.

Con eso se va, y yo me quedo paralizado y completamente confundido. Nikolai podría habernos aniquilado hace tiempo. Todo cambio de liderazgo deja puntos débiles entre los más cercanos al trono. Cualquier Pakhan que se precie lo sabe.

Mierda. ¿Dónde me deja eso?

Salgo de la iglesia, la cabeza me da vueltas mientras repaso el orden de los acontecimientos. Descubrí a Maksim, muerto en el suelo de su habitación de hotel, una taza de té medio vacía en la mesilla, el olor almendrado del cianuro impregnando el aire. Interrogué al director y al personal del hotel para averiguar quién pudo estar en su habitación. Meses después, Mikki encuentra al culpable, Emil Andreev, que fue visto en mi hotel la noche en que Maksim murió, y lo demás…

Le declaré la guerra a Nikolai, sabiendo que la represalia llegaría, y así fue. Anoche, atacaron a Mikki con un mensaje de su parte… o al menos, eso parece.

Si Nikolai no está detrás de nada de esto, entonces significa que alguien me está tendiendo una trampa. Alguien nos ha tendido una

trampa *a los dos*. Pero ¿quién? ¿Quién sería el que más saldría ganando con la caída de mi Bratva?

Conduzco de vuelta a casa, repasando mentalmente una lista. Puede que haya alguien dentro de mi propia Bratva que haya orquestado todo esto con la esperanza de que Nikolai y yo nos destruyéramos el uno al otro y él solo tuviera que recoger los pedazos después. Parece lo más probable. Destruir desde dentro tiene lógica. Incluso Mikki dijo que Kat hacía todo lo posible por sembrar cizaña. Puede que le estuviera funcionando. Y quizá quien sea sabe que no le conviene asomar demasiado la cabeza, después de ver lo que le hice a Lev. Parece que se me ha escapado alguien lo bastante astuto como para pasar desapercibido.

Nada más aparcar en mi casa, veo otro coche junto al de Mikki. Un deportivo pequeño y rosa, descapotable.

Kat. *Mierda.*

Aparco y salgo, casi corriendo, casi andando, hasta la puerta principal.

Cuando entro en el salón, veo a Kat de pie junto a Natalya. Lleva el pelo despeinado y el rostro cubierto de sudor, pero bajo el flequillo, veo un pequeño bulto en la frente… y una fina línea de sangre bajo la barbilla, justo en la yugular.

Kat tiene los brazos cruzados y mira de reojo a Natalya, cuyos ojos se abren con auténtico miedo. Al entrar despacio, veo un moratón reciente en su brazo, las marcas rojas volviéndose azuladas por segundos.

—¿Qué coño haces en mi casa? —le suelto a Kat.

Kat resopla y se ríe medio en serio, medio en broma, diciendo: —Anton. ¡Estás aquí! Tu amiguita me estaba contando—

—Fuera.

Su sonrisa desaparece y levanta las manos en posición defensiva hacia mí. —Espera, déjame explicarme. Solo he venido porque quería hablar contigo. Nada más.

Acorto la distancia entre los dos y la agarro del brazo. Se estremece al contacto. —Vamos.

La arrastro fuera de la casa empujándola nada más cruzar la puerta. Tropieza y casi cae antes de los escalones. —Un momento, espera —dice ella—. No tienes que ser tan brusco conmigo—

Me planto delante de ella.—He visto el moratón en su brazo, *pizda* —le gruño—. ¿Le has puesto las manos encima, verdad? ¿Le has puesto un cuchillo en la garganta?

Se limita a mirarme, los ojos verdes abiertos por el horror.—Y-yo no quería—

—Si vuelves a acercarte a mi casa —le advierto—, te rajaré desde la garganta hasta esa caverna podrida de veneno que llamas coño. ¿Lo entiendes? Te mataré, te enterraré en un vertedero y me mearé en tu tumba.

Las lágrimas asoman a sus ojos mientras me mira, el horror dando paso a la tristeza.—No lo dices en serio—

—¿Alguna vez me has conocido capaz de no cumplir una amenaza, Katerina? ¿Alguna vez? ¿Incluso contigo?

Ella niega con la cabeza rápidamente.

Le señalo con el dedo en la cara.—Asómate a mi puerta de nuevo. Atrévete. Me encantaría echarte a la tierra de una vez por todas.

Suelta un sollozo y se echa atrás. La he herido, cosa nada fácil. Kat lleva una coraza de acero en el corazón. No se molesta en decirme nada. Simplemente se da la vuelta y sale corriendo, sus sollozos arrastrándose con el viento mientras vuelve a su coche. Me quedo mirando hasta que su coche desaparece por el camino y atraviesa las verjas de mi finca.

21

NATALYA

Ver a Anton arrastrar a Katerina lejos me llena de miedo y de algo más. ¿Gratitud, quizá? Se instala cálido y voraz justo debajo de mi ombligo.

Le oigo fuera. El grave de su voz retumba en las paredes como un tambor. No le ha hecho daño, apenas la ha tocado, pero en cuanto ha entrado, ella ha puesto cara de haber visto a un fantasma.

—¿Qué pasa?

Miro hacia atrás y veo a Mikki bajando las escaleras. Lleva la misma ropa que anoche—una camiseta de tirantes oscura, rota, y pantalones negros—pero el pelo lo tiene peinado hacia atrás, bien mojado y brillante. Un leve olor a jabón flota a su alrededor mientras se acerca.

No sé cómo responder a su pregunta, así que simplemente digo: —Una mujer llamada Katerina. Dice ser su prometida.

Frunce el ceño profundamente al mirar más allá de mí hacia la puerta abierta y las voces agitadas que se oyen justo fuera. Me mira y dice: —Probablemente deberíamos apartarnos ambos.

—Ve tú primero —le digo—. Sé que tienes que ir a casa de Iggy y todo eso.

Asiente despacio, y entonces veo que se le van los ojos a mi moratón en la frente. Vaya. Si él lo ve, entonces Anton seguro que también lo ha visto.

—Estaré bien en cuanto ella se vaya —le digo.

—Vale. Te veo pronto, entonces. Voy a salir por la cocina. —Y dicho eso, se marcha. Me quedo aquí esperando a que Anton vuelva, y no voy a engañar a nadie, estoy preocupada, pero tengo que hablar con él. Tengo que saber de qué demonios ha ido todo eso.

Esta mujer acaba de presentarse y ha reclamado a Anton. Incluso ha insinuado que esta casa es suya. Me froto el cuello al recordar el frío del cuchillo contra la piel y siento el escozor de la cicatriz que dejó. Estuvo realmente a punto de matarme por él.

Por lo menos, está bastante claro que Anton no la quiere aquí más que nadie. Menos mal que llegó cuando lo hizo. Prefiero no pensar qué podría haber ocurrido si hubiera seguido desatada conmigo.

Por fin vuelve al salón, directo hacia mí. Alarga la mano y yo me sobresalto, apartándome de él.

—¿Estás bien? —pregunta. Asiento rápidamente.

—Estoy bien. —Está claro que no la quiere. ¿No? ¿Por qué la ha llamado su prometida? ¿Hay algo de verdad en eso? ¿Va a decirme que es solo una loca que ni siquiera conoce?

Me mira, bajando las manos. —¿Estás segura? Ese corte en el cuello…

—Estoy bien —repito—. Ella… ha dicho que era tu prometida. ¿Es verdad?

Estoy esperando a que me diga que no, que me dé todas las excusas que siempre sueltan cuando acaban volviendo loca a alguna

pobre mujer.

—Ya no —dice él—. Estuvimos juntos hace un año. Ya no lo estamos.

—Ella no parece pensar eso. Más bien parecía convencida de que seguís juntos.

—Está equivocada —responde simplemente—. Y le falta un tornillo.

Quiero llorar. Quiero meterme en un rincón y romperme en mil pedazos. No soporto este torbellino que llevo dentro.

—Natalya, no va a volver aquí —me dice—. No tienes nada de qué preocuparte. —Vuelve a alargar la mano, rozando mi hombro con ella. Aparto su mano de un manotazo.

—D–Dijiste que aquí estaría a salvo. —La voz se me quiebra. Mierda, ¿de dónde han salido esos sollozos? Trago saliva a duras penas para retener este dolor—. Dijiste que no dejarías que nadie me hiciera daño…

—Jamás podría haber imaginado que Kat volvería en cualquier circunstancia…

—Me ha atacado, Anton. ¿Sabías lo violenta que era? Sí, claro, era tu prometida, tenías que saber de lo que era capaz. ¿Por qué no les dijiste a tus hombres de fuera que estuvieran atentos? ¿Por qué no les dijiste que le dispararan si ponía un pie en la finca?

Él simplemente me mira fijamente, los labios apretados en una línea delgada. No tiene respuesta. El señor Seguridad ni siquiera puede responder a esa pregunta por mí. Quizá haya una razón para ello. Tal vez, debajo de toda esa fachada, la verdad sea que preferiría estar con ella.

—¿Estuviste con ella alguna vez, es eso? —insisto—. ¿Ocupa un lugar especial en tu corazón…?

—Ella no tiene *nada* que yo quiera —dice—. Ha sido una pesadilla en mi vida desde que volví a casa. Si hubiese sabido que vendría aquí y

te amenazaría así…

—En el fondo lo sabías. Sabías que haría algo así si se encontraba a otra mujer en tu casa. —Me tapo la boca mientras los sollozos empiezan a nublar mis palabras. Dios mío, voy a desintegrarme aquí mismo a los pies de sus escaleras.

—No lo sabía —me responde—. Natalya, jamás te pondría en peligro. Por eso la eché de esa manera. No volverá así otra vez, te lo prometo…

—Para —digo—. Basta, por favor. No puedo con esto. —Las lágrimas ya me caen a mares—. Simplemente... no puedo... yo...

No termino la frase. Me doy la vuelta y subo corriendo las escaleras hasta mi habitación, cierro la puerta y la echo la llave detrás de mí. Me quedo de espaldas a la puerta, esperando que venga detrás de mí y empiece a golpearla. No lo hace. Me quedo sola, llorando en mi soledad.

Lloro unos minutos, y luego me tumbo en la cama. Ni siquiera llevo aquí más de veinticuatro horas. Y me pregunto si estoy mejor aquí que volviendo con mi padre. No quiero estar preocupada por quién va a intentar matarme.

Me encojo y me abrazo el vientre. *Casi te mata, pequeñín. Ni siquiera pude protegerte de ella*. Podría habernos matado a los dos. Puede que aún lo intente.

Me froto el vientre con la mano, agradecida de que Katerina no me haya provocado un aborto. Si logra colarse otra vez en esta casa y me encuentra sola, ¿cuánto tardaría Anton en venir a rescatarme? ¿De verdad podría hacerlo?

Me giro y me seco la cara en la almohada. Vaya situación de mierda. Ojalá tuviera a alguien con quien hablar. Pero de verdad.

Es entonces cuando veo el teléfono en la mesilla junto a la ventana. Es un teléfono fijo, que hasta este mismo momento solo había visto

como un mero adorno.

¿Recuerdo el número de Ilya? Creo que sí. Me levanto y voy hacia el teléfono, esperando oír el tono de llamada al descolgar. Lo oigo antes incluso de que el auricular llegue a mi oído.

Ahora… su número… déjame pensar. Miro los botones con números, tratando de visualizar su número de teléfono. No ha cambiado en todos los años que nos conocemos…

Empiezo a marcar, y los números me van viniendo poco a poco. Me hace falta un par de intentos, pero al final, escucho el timbre en la línea.

—¿Hola? —Es Ilya. Gracias a Dios.

—¿Lee? Oye, soy yo.

—¡Madre mía! ¿Estás bien? He estado preocupada por ti todo el día.

—Estoy bien… físicamente. Mentalmente, no tanto —Le cuento todo lo que ha pasado hoy, poniéndola al día con cada detalle desde que salí del piso. Ella escucha en silencio, asentando de vez en cuando mientras le narro mi aventura.

Termino de contarle lo de Katerina y dice—: Claro, cómo no iba a tener una exnovia loca. Madre mía, menudo lío.

—Y que lo digas. No sé si podré quedarme aquí, Ilya. ¿Y si vuelve? ¿O si entra alguien peor, o algo? Tanto hablar de protegerme. Anton ni siquiera estaba cuando Katerina apareció. Tuve suerte de que Anton llegara a casa cuando lo hizo. Si no hubiera sido así… —La voz se me quiebra y los sollozos amenazan con volver. Trago saliva y los reprimo en el estómago.

—Vale, respira. Tranquilízate. Ya encontraremos una solución —dice ella—. Pero lo primero es lo primero. ¿Cómo te encuentras? ¿El bebé?

—Estoy bien. El bebé también, creo. Menos mal.

—Eso digo yo, menos mal. —Hace una pausa, y ya sé lo que va a preguntarme—. ¿Entonces, has pensado en decírselo ya?

—No, y no pienso hacerlo. Lo tengo claro, Lee. No puedo estar segura de que Anton pueda protegernos o de que siquiera quiera ser padre. He estado dándole muchas vueltas, y este bebé tiene que ser solo mío. No quiero a alguien cerca que no pueda cuidar de su propio hijo. Prefiero criarlo sola.

—Pero… no sabes qué clase de padre sería Anton. Quiero decir…

—No puedo arriesgarme, Lee. No sé qué clase de monstruo puede llegar a ser en realidad. ¿Y si se lo cuento y decide encerrarme en una de estas habitaciones hasta que dé a luz y después se lo lleva para criarlo como su heredero?

—¿Te oyes? —se ríe—. ¿Qué te crees que es esto? *Rumpelstiltskin*? ¿El rey Anton Romanov encerrando a la doncella hasta que le convierta la paja en oro o le dé un hijo? Estás fatal.

Voy a protestar, pero no puedo. Es que suena ridículo. Suelto una risita mientras me recuesto en la cama. Mi cabeza choca contra la almohada y, de repente, mi ansiedad empieza a desvanecerse. —Supongo que estoy siendo un poco dramática. Es solo que… quiero darle a este niño la mejor oportunidad posible, ¿sabes? No sé si podré hacerlo con Anton si no puedo confiar en él.

—Lo entiendo —suspira ella—. Mira, te diría que puedes volver aquí cuando quieras, pero quizá sea una idea horrible con lo que está pasando. Ya sabes, tu padre pasó por aquí.

—Ya me han contado —enrosco el cable enrollado entre los dedos—. ¿Qué le dijiste?

—Básicamente, lo que tú me dijiste que le dijera. Le dije que no sabía dónde estabas —responde—, lo cual en ese momento no era exactamente mentira. Le dije que te fuiste ayer por la mañana y no volviste.

Me relajo un poco. Al menos puedo contar con que mi padre no estará entre los que aporrean la puerta de Anton para buscarme. —Siento haberte metido en todo esto.

—¿En todo esto? Se lo creyó. Lo único que dijo fue que le llamara si sabía algo de ti y me dejó su número. En realidad fue bastante amable… Fue muy raro.

Me escapo una risilla. —Eso sí que es raro.

—Ya, hasta sonrió. Espero que no se haya hecho daño al hacerlo. Seguro que mañana lo nota.

Me río. Sienta bien reír. —Probablemente.

Las dos nos reímos durante unos segundos y, cuando la cosa se calma, Ilya pregunta: —Entonces, ¿qué vas a hacer ahora? Si de verdad te preocupa quedarte allí, ¿qué harás?

—No lo sé. Quiero decir… si le pidiese a Anton que me dejara irme, estoy segura de que no me pondría ningún impedimento. —Me detengo, y estoy bastante segura de que Ilya puede oír cómo me debato interiormente.

—¿*Quieres* quedarte con él?

Suspiro mientras le doy vueltas a la pregunta en la cabeza. Al final, simplemente digo: —No sé cómo responder a eso.

—Bueno… ¿Por qué no haces una lista de pros y contras?

Me lo pienso. Siempre que no podía tomar una decisión en el pasado, hacía una lista con un lado los pros y el otro los contras. No tengo boli ni papel a mano, pero quizá podamos hablarlo así.

—Vale, entonces, ¿cuáles son los pros? —Sonrío al recordar lo primero que se me ocurre. Sus manos sobre mi culo—. Es increíble en la cama.

—Eso y un paquete de chicle solo te sirven para tener buen aliento. ¿Algo más?

Suspiro y pienso. Se me viene a la cabeza la partida de ajedrez de esta mañana. La emoción de aprender algo nuevo me hizo sentir bien. Como si una parte de mi cerebro se desperezara. —Me ha enseñado a jugar al ajedrez —digo—. Me abre las puertas y me aparta la silla. Me habla como a una persona—

—Uf. El listón está bajo, Nat.

—Vale, para ya. Esas son buenas cualidades en una relación. Siento que… no sé, siento que me respeta. Que está de mi parte en vez de llevarme por detrás, ¿sabes?

—De acuerdo, justo. ¿Y los contras?

—Bueno —digo con un suspiro largo—, él mismo es uno, ya sabes. Parte de la Hermandad. Es Bratva, y no es que sean famosos por ser tipos tiernos y atentos. Además, tiene un genio tremendo cuando se enfada. Deberías haber visto cómo trató a Katerina.

—A ver, siendo justa, reconoció que ella intentó hacerte daño. Ese enfado parece tener sentido. Imagínate lo que haría si uno de sus rivales intentase eso contigo.

Me muerdo el labio, pensativa. No dudo de que probablemente los mataría allí mismo.

—Ya —digo—. Es bastante protector. Cuando está aquí. No sé si eso va en la lista de pros o de contras… —Me quedo pensando un segundo—. Todo lo que ha hecho por mí, lo ha hecho para protegerme y asegurarse de que estoy bien. Incluso ha hecho que alguien de los suyos me traiga ropa.

—Así que es decente. Eso está bien. Suena como otro pro.

Me encojo de hombros. —¿Tan decente que estuvo prometido con una auténtica loca? Me hace preguntarme qué me estoy perdiendo. ¿Qué más no sé de él?

Ella suspira. —A ver, siendo prácticas, si no hubiera nadie intentando matarte ahora mismo, te diría que volvieras al piso para poner algo

de distancia y ver qué sientes. Pero viendo que probablemente estés mucho más segura en la fortaleza de un Pakhan de la Bratva, lo mejor será que lo pienses allí por ahora.

—Puede —digo en voz bajita—. Pero nadie sabe dónde estoy salvo tú y mi padre. Y él ya ha ido a tu casa. Podría estar igual de segura contigo. Además, todas mis cosas siguen allí.

—Ya. ¿Y entonces? ¿Qué quieres hacer? Te apoyaré en lo que decidas.

Reflexiono durante un minuto. ¿Me quedo o me voy? ¿Merece la pena todo esto por estar con Anton? Supongo que esa es la verdadera pregunta.

Un fuerte golpe interrumpe mis pensamientos. Desde el otro lado de la puerta, escucho a Anton decir: —Natalya. Déjame entrar, por favor. Hablemos.

22

ANTON

Oigo su voz hablando a través de la puerta. Creo que ha encontrado la forma de hacer una llamada. Sé que no ha conseguido acceder a su móvil…

Mierda. Es verdad, tengo teléfono fijo en la mayoría de estas habitaciones de invitados. Joder, debería haber pensado en quitarlos antes de instalarla aquí.

Llamo de nuevo. —Natalya. Te oigo hablando ahí dentro. Abre la puerta.— No tengo ni idea de qué voy a tener que hacer para hacerle entrar en razón. Lo único peor que un móvil es un teléfono fijo. Va a atraer a cualquiera que la esté buscando justo hasta mi casa.

El rumor grave de su voz se detiene y la puerta se abre un segundo después. Me mira con esos grandes ojos azules, derritiendo otra vez el hielo que rodea mi corazón.

Me obligo a centrarme. No puedo flaquear con ella delante. Las normas son las normas. Veo el teléfono en la esquina y me acerco para desenchufarlo.

—Eh —dijo ella—. ¿A dónde te llevas eso?

—Fuera de tu alcance —respondo. Me dispongo a salir y ella se planta delante de mí.—Natalya, apártate.—

—No —dice, cruzándose de brazos—. Mantenerme aquí sin teléfono es una locura, Anton. No puedes hacerme esto. ¿Y si necesito pedir ayuda? ¿Y si no estás y tengo que llamarte?

—No tendrás que preocuparte más por eso —le digo.—Voy a pedirle a Mikki que se quede aquí y te cuide mientras estés conmigo.—

—Eso no es suficiente —protesta.—Esa… esa mujer entró aquí y me zarandeó como si fuese una muñeca de trapo y Mikki estaba a una habitación de distancia. Si no hubieras llegado a casa cuando lo hiciste…—

—Katerina no se atrevería a intentar matarte —digo con confianza—. Y no se atreverá a hacerte daño de nuevo. No tienes que preocuparte por ella.—

—Perdona si no me basta con eso para convencerme. Necesito un teléfono aquí dentro, Anton. Si voy a quedarme aquí, por lo menos debería tenerlo para emergencias.—

—Claro. Emergencias. ¿Con quién hablabas hace un momento? ¿Era una llamada urgente?—

—No veo en qué te afecta eso…—

—Por supuesto que me afecta —gruño—. ¿Cuándo vas a entender de una vez que cada vez que usas un teléfono en esta casa, alguien podría estar escuchando? Si el móvil de tu amiguita estaba pinchado y le has contado dónde estabas, ya está. La persona equivocada acaba de descubrir dónde estás. Pase lo que pase, Natalya, la mejor manera de que estés a salvo es que nadie sepa que estás aquí, joder.—

Me sostiene la mirada, con la mandíbula apretada. Sigue en medio.

—¿Qué le has contado a tu amiga?—insisto.

Ella aparta la cabeza de mí.

—Natalya.—

—No le he dicho nada que pudiera hacerte daño, ¿vale? Nada que no supiera ya. La he llamado porque necesitaba hablar con alguien después de lo que pasó. Necesitaba a mi amiga.—

Asiento, notando el pinchazo de sus palabras. Supongo que no soy lo suficientemente seguro para ella. —¿Eso es todo?—

Ella cambia el peso de un pie a otro, incómoda. —Mi padre fue a verla. Tenía que averiguar qué le dijo.—

Inclino la cabeza.—¿Ha estado en su piso?—

—Sí. Eso es lo que intentaba decirte antes. Me está buscando. Necesitaba saber que no le dio ninguna pista sobre mi paradero, aunque no podría haberlo hecho porque yo no le había contado dónde estaba.—

Asiento. Al menos eso son buenas noticias. Aun así, con una sóla duda, su mejor amiga acaba de convertirse en una amenaza. —No vuelvas a hablar con ella. No mientras estés aquí. No mientras estés bajo mi protección. ¿Entendido?—

Ella me mira con ojos grandes y dolidos.—No lo entiendo…—

—¿Lo entiendes, Natalya? Porque si alguien te mata, entonces tendré que matarle yo —le espeto entre dientes—. Y me da igual quién sea. Kat tuvo suerte de salir de aquí con la cabeza sobre los hombros después de lo que te hizo. Me costó todo no convertirla en una mancha en el porche. —Suelto un largo suspiro, notando cómo empiezan a superarme las emociones.—Quemaré esta ciudad y a todo el que viva en ella si te pasa algo. ¿Te queda claro?—

Veo cómo le cae la ficha. *Por fin*.

—Esto es por tu propio bien —le digo—. No me desafíes otra vez, Natalya.

Me dedica un asentimiento a regañadientes, luego se aparta a un lado.

Cojo el móvil y lo guardo en la caja fuerte de mi habitación. Cuando lleguen los sobrinos de Iggy, voy a hacer que revisen todas las demás habitaciones y se lleven esos móviles también.



Durante los días siguientes, ella me ha evitado en su mayor parte. Cuando la gente de Iggy vino a limpiar las manchas de sangre y ayudarle con la ropa, interactuaba con ellos, pero a mí me mantenía bien lejos.

No puedo enfadarme por ello. Probablemente es lo mejor. Al menos por ahora. Ahora entiendo por qué quería mantener una relación platónica entre nosotros. Todo se complica cuando el sexo entra en escena.

El trabajo que hizo Iggy fue perfecto. No queda ni rastro del desastre que provocó Mikki. El sol empieza a ponerse y el salón aún huele intensamente a productos de limpieza, pero está impecable. Igual que los escalones de la entrada. Benditas sean las conexiones de Iggy.

Estoy en mi despacho, sentado junto a mi escritorio, con una copa en la mano. ¿Qué voy a hacer con Natalya... especialmente con todo lo que me ha contado Nikolai?

He pasado esta semana dándole vueltas, reflexionando con calma. Incluso aunque ella me hablara, seguiría dudando en contarle nada sobre esa conversación hasta haberlo digerido todo. Si él tiene razón, significaría que empecé una guerra con su Bratva por los manejos de otra persona. Y en ese caso, Nikolai bien podría haber mandado a sus hombres a matarme antes de que nadie se enterara y otro tomaría ahora las riendas de esta Bratva. Una decisión así

sumiría a todos en el caos. Ni siquiera he tenido tiempo de pensar en un posible sucesor.

Unos golpes en la pared. Alzo la vista y veo a Mikki apoyado en el marco de la puerta. Frunzo un poco el ceño. Ni sabía que estaba aquí.

—Natalya me ha dejado pasar —dice, respondiendo a mi pregunta muda. Sus ojos se deslizan hasta la copa que tengo en la mano—. ¿Bebiendo solo?

—Eso parece.

—¿Te importa que te acompañe?

—En absoluto. —Le hago un gesto hacia la bandeja de bebidas al otro lado de la estancia—. Sírvete.

Se acerca al minibar y empieza a prepararse una copa.—Desde todo lo de Kat has estado muy callado. ¿Va todo bien entre tú y Natalya?

—Está tan bien como podía estar —respondo y bebo de mi vaso—. Ahora mismo no me habla, lo cual probablemente es lo mejor que podría pasar, visto cómo están las cosas.

Deja caer varios cubitos de hielo en un vaso y busca la garrafa de vodka debajo de la barra.—Llegados a este punto, debería decirte "te lo advertí", ¿verdad?

Le lanzo una mirada de fastidio.

—Sabes que tengo razón. Natalya es una chica encantadora, pero es una distracción. ¿Cuánto crees que pasará antes de que quiera marcharse?

Suelto un suspiro.—Probablemente poco. Después de la rabieta de Kat, no la culparía si pidiese irse.

—¿La dejarás marchar si lo pide?

Le fulmino con la mirada.—No es una prisionera, Mikki.

—Vale, vale, pero le has dedicado mucha energía a todo esto. De verdad te has empeñado en protegerla. ¿Qué pasa cuando ella no quiera ser protegida?

Suspiro. Es una pregunta muy válida, una en la que no había pensado demasiado desde que empezó todo esto.—No lo sé —es lo único que consigo decir mientras doy un sorbo a mi copa.

—Hmm. —Mikki toma su copa y se sienta en la esquina de la mesita cerca de mí—. Sabes, esta obsesión tuya con ella empieza a rozar lo medieval. Si esta casa tuviera una torre, a estas alturas me preguntaría cuándo piensas encerrarla en ella.

Pongo los ojos en blanco.—No soy un monstruo. Si de verdad quisiera irse, tendría que dejarla marchar. El problema es que si lo hiciera…

Empiezo a darle vueltas a mi conversación con Nikolai. Su argumento, bastante convincente, de que no es responsable de la muerte de mi mentor resuena en mi mente. Si es cierto, ¿cambiaría algo en cuanto al peligro que corre Natalya? Si pongo en pausa esta guerra, ¿sería seguro que ella se fuera?

—Su padre la protegería sin duda —dice Mikki—. Es su hija.

—Si hubiera querido protegerla, entonces ya habría acudido a él —contesto.

—¿Una chica joven claramente muy colgada por ti? No sé yo. El enamoramiento te hace hacer locuras.

—Sin duda. Pero no creo que sea el caso con ella. Hay algo ahí que se me escapa. No creo que tenga una relación con su padre que le inspire seguridad. Todo esto quizá ni siquiera venga al caso. —Dejo mi copa sobre la mesa. Tengo que hablar de esta reunión con Nikolai. Lo he estado aplazando demasiado. Necesito sacarlo de mi cabeza y examinarlo con claridad.

—Mi reunión con Novikoff. Tenemos que hablar de ello —digo.

Cruza los brazos, adoptando una postura firme mientras le cuento lo que se dijo en la reunión. Cuando termino, frunce el ceño con fuerza. Se le arrugan las cejas tanto que parece que se le van a juntar.

—¿No le crees, verdad? —me pregunta.

—Era convincente. Y lo más importante, él y Maksim eran aliados. Eso me lleva molestando desde la muerte de Maksim. Lo veía como la peor clase de traición en vez de lo que Nikolai presenta como una coartada.

—Entre hermanos, las traiciones están a la orden del día —dice—. Lo primero que nos enseñan es a no confiar nunca del todo en nadie. Ni siquiera en tu mejor amigo.

—Y lo segundo que aprendimos es que, si piensas en traicionar a tus hermanos, más te vale tener una buena razón —respondo. Siento que esa fue mi primera lección, viendo cómo mi padre me dejó. —Llevo dándole vueltas a esa reunión y hay algo que no consigo entender. Si Nikolai fue quien traicionó a Maksim, ¿cuál fue su motivo? ¿Qué ganaba quitándolo de en medio?

—¿El control de esta Bratva, quizá? El cambio de guardia siempre trae turbulencias, incluso en las Bratvas más disciplinadas.

Justo lo que llevo intentando resolver me lo devuelve él con sus palabras. Lo considero un momento, dándole un sorbo pensativo a mi copa.

—Cuando Maksim murió —digo—, me quedé en Rusia dos semanas más para asegurarme de que fuera enterrado en su tierra.

Mikki asiente.—Y como bien sabes, la noticia de su muerte levantó bastante revuelo entre los hombres. Mantener la lealtad fue complicado durante esas semanas en las que no estabas.

Termino mi copa, reflexionando sobre ello.—Si yo hubiera estado en el lugar de Nikolai y quisiera hacerme con el poder o aniquilar la

Bratva, ese habría sido el momento perfecto para atacar. Un golpe en medio de esa confusión habría sido decisivo. No nos habríamos recuperado jamás. Podría habernos eliminado a todos sin problemas.

—Podría haberte quitado de en medio también mientras estabas en Rusia. Emil seguía allí después de la muerte de Maksim. Dejar pasar la oportunidad de eliminar al rey y a su heredero… Inaudito.

Eso es un argumento de peso.—Nikolai es un estratega experimentado —digo—. Y la forma en que se están desarrollando las cosas… Sus movimientos han sido en su mayoría defensivos. Esta campaña es muchísimo más difícil para él porque no se aseguró de que ni Maksim ni yo sobreviviéramos. No es propio de él. —Nos miramos en silencio durante un buen rato, compartiendo el mismo pensamiento. Mierda.

—Creo que podría estar diciendo la verdad.

Mikki respira hondo.—Vale. Si no fue él, entonces ¿quién? ¿Uno de los nuestros?

—Parece probable. Necesito que mantengas los ojos y oídos bien abiertos. Mientras tanto, voy a poner una pausa a esta guerra. Nikolai ha aceptado frenar cualquier agresión si yo retiro a mis hombres.

Mikki frunce el ceño.—Los hermanos se van a cabrear.

—Perfecto. Quizá quien haya montado este lío acabe perdiendo los papeles y se delate. Entonces podremos acabar con su sufrimiento. Haz los preparativos. Quiero ver a todos a primera hora mañana.

Mikki se termina su copa de un trago y se levanta.—Sí, jefe.

Se marcha y yo me quedo mirando mi vaso vacío. El otro detalle en el que he estado pensando, y que no he mencionado a Mikki, es el hecho de que Nikolai nunca habló de Natalya ni de que hubiera un testigo suelto durante el asesinato de Emil. Lo más probable es que

no sepa que ella vio nada. Probablemente ya puede volver a casa o a donde prefiera.

Pero si tengo razón respecto a eso… entonces tendría que marcharse. Y por mucho que nunca la retendría aquí contra su voluntad… maldita sea. No quiero que se vaya. Vuelvo a pensar en ese momento que compartimos en la cocina hace unos días. Enseñándole a jugar al ajedrez… y viendo cómo se le iluminaban los ojos mientras intentaba engañarme. Cada vez que estoy con ella aprendo una lección que ni siquiera sabía que necesitaba.

Quiero tener la oportunidad de conocerla. Las pequeñas cosas que me ha mostrado en tan poco tiempo no son suficientes. Cuando pienso en ella, estoy peligrosamente cerca de una desesperación que no conozco y que, de alguna manera, me intriga profundamente.

El encaprichamiento te puede llevar a hacer locuras. Mikki se refería a Natalya cuando me dijo eso. Lo que no sabe es que esa navaja corta por los dos lados.

Siento la necesidad de pedirle que se quede, a pesar de saber que seguramente lo mejor es que no lo haga. Una mujer tan pura como ella merece mantenerse lejos del mundo de violencia en el que yo vivo.

Y, pese a mis propios deseos, no puedo atarla a mí. Ella se merece algo mucho mejor que esto.

Está decidido. Esta noche le daré la noticia. Podrá irse si quiere una vez que yo haya puesto fin a esta guerra.

23

NATALYA

Anton y yo realmente no hemos hablado desde aquel día que cogió el móvil de mi habitación, aunque en esta casa eso tampoco es especialmente difícil. No bromeaba cuando dijo que hacía falta un mapa para moverse por aquí. Me he perdido dos veces en los últimos días. Algunos de estos pasillos son un auténtico laberinto.

La noche después de nuestra gran pelea, decidí ver si podía encontrar otro dormitorio. Algún lugar más apartado, donde no tuviera que ver la luz bajo su puerta por la noche y preguntarme qué hace despierto. Atravesé la casa, recorriendo los pasillos. Conseguí encontrar una sauna, un gimnasio, una biblioteca con libros que llegaban hasta un techo como de catedral. Pasé allí un rato. Parecía que en esa sala estaban todos los libros del mundo.

También me topé con una habitación que parecía ser algún tipo de salón. En las paredes colgaban retratos de hombres mayores con trajes, mirándome con expresiones severas. Me detuve ante uno que me resultaba vagamente familiar. Es un hombre atractivo, de pelo plateado y barba. La corbata que lleva es tan plateada como su pelo y lleva bordado un diseño en forma de rombos.

Creo que era Maksim. Solo le habré visto una o dos veces, probablemente en algún evento familiar. Quizá incluso en aquella fatídica fiesta de los dieciséis donde vi a Anton por primera vez. Se parece a los demás hombres de los cuadros, salvo por sus ojos… que parecen casi amables. Son oscuros y caídos en los extremos, como si estuviera triste o, tal vez, simplemente fuera empático.

Desde que he visto ese retrato, no dejo de preguntarme por el hombre que crió a Anton. Fue un Pakhan como mi padre, como Anton, como el hombre que probablemente quiere verme muerta. No me imagino que fuera de los que lanzan la pelota en el jardín o cualquiera de esas cosas normales que hacen los padres con sus hijos. Las lecciones de vida que dio a Anton tenían más que ver con prepararle para ser el hombre que es ahora.

Me pregunto, incluso ahora, qué tipo de persona *era él*. ¿Estaba casado o era como muchos de los Bratva que he conocido? ¿Alguien con muchas conquistas y pocas relaciones reales, duraderas? Un hombre así no podría enseñar a Anton a amar… ni a ser padre algún día.

Desde esa sala acabé perdiéndome un rato, hasta terminar en un pequeño atrio con plantas marchitas que parecían llevar sin ser cuidadas desde… bueno, seguramente desde que murió el mentor de Anton. Finalmente, logré salir de allí y volví a mi habitación.

Y al menos en las últimas veinticuatro horas, he optado por quedarme solo en mi habitación o en el salón, para no dejar que me sobrepase todo… o para no volver a perderme. Aunque no dejo de pensar en aquel salón y en el atrio, sobre todo cuando todo está demasiado silencioso y no puedo dormir. Hay misterios aquí que probablemente nunca resolveré.

Durante la cena de esta noche, apenas hablamos. Me preguntó si me gustaba la comida y respondí que sí, y aparte de un par de frases casuales tipo *pásame la sal*, fue una cena tranquila entre los dos. Me gustaría decir que no me molesta, que es lo mejor y todas

esas cosas, pero no lo siento así. Por mucho que me joda admitirlo, echo de menos conectar con él.

Además… parece tener algo en la cabeza. No sé muy bien cómo lo sé, pero se le ve realmente preocupado por algo. Puede que sea por mí y por esta situación en la que estamos, pero perfectamente podría ser algún lío complicado de la Bratva. Sea lo que sea, no estoy al tanto. Y quizá tampoco debería estarlo.

Ahora es tarde, estoy en la cama y todo está demasiado silencioso… y no puedo dejar de pensar en él.

Es una locura, esto que siento por él. Y lo peor son las noches. Mi cuerpo le desea en esas horas pequeñas de la madrugada. Echo de menos cómo se sentía estar entre sus brazos musculosos, con mi cabeza apoyada en su pecho. Dios, ¿hay algo más en esto aparte de que estoy salida? ¿No le quiero por algo más que sexo?

En cuanto surge esa pregunta, mi cabeza empieza a hacer la típica lista de pros y contras. Pienso en la forma en que me aparta la silla y me abre la puerta. La pasión que arde en sus ojos cada vez que consigo desviar su atención de lo que sea que le absorba. El modo en que roza la parte baja de mi espalda cuando paso cerca de él…

Y aquella partida de ajedrez. Me gustó aprender sobre el juego. Mejor aún, me gustó cómo me lo enseñaba. La forma en que se movían las piezas, lo importante de cada movimiento cuando iba a tocar una de ellas. Sonrío en la oscuridad cuando pienso en cómo creía que le estaba engañando. No era así. Solo que me hizo muy fácil entender el juego. Parece que le resulta fácil hacer que todo sea sencillo cuando realmente quiere.

Me gusta. De verdad. Quizá incluso un poco más que solo gustarme, la verdad. Se ha ganado mi cariño de una forma que nunca había experimentado antes. Ni siquiera con Andrei. Tardamos todo un semestre en cogernos de la mano.

Me rodeo el vientre con los brazos mientras le doy una vuelta más a ese pensamiento. Por mucho lío que le haya dado con todo este tema del móvil, sigue empeñado en mantenerme a salvo. De hecho, se ha desvivido por ello. Y a pesar de todo, tengo que admitirlo, me gusta la sensación de estar protegida por él.

Dijo que quemaría la ciudad para protegerme… y que Dios me ayude, porque de verdad creo que lo decía en serio. Nadie jamás ha tenido ese tipo de compromiso conmigo. Ni siquiera mi padre.

Uf, qué pensamiento más horrible. *¿Ni siquiera mi padre?* ¿A eso he llegado?

Supongo que sí. Mi padre piensa que maté a su esposa solo por existir.

No quiero irme. Al final, eso es lo que resume todo esto, supongo. No sé qué va a pasar mañana ni pasado, ni si me voy a quedar aquí una semana más o los próximos seis meses. Lo único que tengo claro es que, ahora mismo, no quiero irme. Quiero quedarme con Anton.

Llaman a la puerta. Miro el reloj de mi mesilla de noche. Es casi medianoche. Me incorporo y digo—. ¿Sí?

—¿Puedo pasar? —pregunta Anton.

Me levanto de la cama y descorro el pestillo. La puerta se abre y él entra. Sus ojos bajan hasta la camiseta de dormir que llevo y luego, rápidamente, vuelven a mi rostro.

—Perdona si te he despertado —dice—. Tengo que informarte de algunos cambios.

—Vale.

—Las cosas han cambiado. Los hombres que creía responsables de la muerte de Maksim puede que sean inocentes. Ahora mismo lo estoy investigando.

Asiento. Interesante.

—Por eso, mañana por la mañana les diré a mis hombres que detengan nuestras actividades. Mientras tanto… —Mira hacia otro lado, se endereza y se mete las manos en los bolsillos—. Mientras tanto, eres libre de irte después de que termine la reunión.

No me mira. Está mirando por encima de mi cabeza, por la habitación. ¿Por qué no me mira?

—¿Así, sin más? —digo—. ¿Y qué pasa con que soy testigo de lo que ocurrió y todo eso? Quiero decir, dijiste que sigues investigando.

—Estoy investigando la muerte de Maksim. En cuanto a ti… no creo que los Amur sepan nada de ti ni de lo que presenciaste.

—¿Y si te equivocas? O sea, todavía podría haber alguien que intente hacerme daño.

Ahora, me sostiene la mirada—. Nadie te tocará. Me aseguraré de ello, estés donde estés.

Mi corazón da un brinco y se hunde a la vez. Me está pidiendo que me vaya. Claramente, es lo que debo hacer. ¿Por qué siento que, en realidad, no quiere que me vaya?

—¿Y si no quiero irme?

Respira hondo y dice—. No es buena idea, Natalya. Hay piezas moviéndose que ni yo mismo había visto y por poco te cuesta la vida a pesar de todos mis esfuerzos por protegerte. La forma en que entró Kat aquí mientras yo no estaba… —Vuelve a mirar hacia abajo, a sus manos—. Siento haber perdido los nervios contigo ayer y todas las veces anteriores. Te he tratado como si fueras mi prisionera cuando nunca lo has sido. Debería haber sido más amable contigo.

Me deja sin palabras. No pensé que Anton fuera de los que piden disculpas por nada. Honestamente, no sé cómo encajar esto ni si debería decir algo en contra o no.

—La reunión es temprano —dice—. A las ocho. No creo que se alargue mucho, así que cuando termine, vendré a buscarte y te acompañaré adonde quieras ir.

Se me ocurre contarle lo del bebé. No tengo ni idea de por qué se me ha venido a la cabeza de pronto. Sigo sintiendo lo mismo que desde el principio. Este bebé es mío y me corresponde a mí protegerlo.

Mi mano vuela automáticamente hacia mi vientre y mis labios se sellan. Si me quedo, tendré que decírselo. ¿Qué pasará entonces? Si me voy, nunca tendrá por qué saberlo.

Se aleja de mí y dice—. Que descanses. Hablamos por la mañana.

Se va. Me quedo aquí, de pie, en la penumbra de esta habitación. Mi libertad está a la vuelta de la esquina. Podría irme con Ilya, tal y como estuve considerando. Y la verdad, tiene razón. Sería lo mejor si me marchara.

Sería lo mejor… sin duda…

Vuelvo a la cama y, mientras me voy quedando dormida, sueño con él, con dormir en sus brazos, a salvo y cálida, mientras fuera ruge la tormenta…



He estado mirando el reloj cada pocos minutos mientras hago la maleta. Esta ropa no es exactamente mía, pero no creo que él la vaya a necesitar. Además, es realmente bonita. No le importará que me la lleve.

Probablemente la reunión termine pronto y entonces él vendrá aquí arriba a llevarme con él.

Si sigo queriendo irme…

¿A quién quiero engañar? Tiene razón. No puede vigilarme las veinticuatro horas del día. No puede controlar todo, por mucho que sienta esa necesidad de protegerme. Debo aprovechar esta oportunidad e intentar recuperar mi vida. Cuando vuelva a casa de Ilya, probablemente tendré que buscar otro trabajo. He desaparecido lo que lleva de semana sin ni siquiera una llamada. Aunque en la cafetería quieran readmitirme, quizá debería plantearme buscar un sitio distinto donde no sea tan fácil que me encuentre mi padre.

¿Y si vuelve a casa de Ilya…? Podría ser peor esta vez porque Ilya sabrá dónde estoy. Si no le cree—

Golpeo la pila de ropa que tengo delante con las manos. Esto es una locura. Estoy entre la espada y la pared.

No, no es así. Anton no quiere que te quedes, así que tienes que irte.

Eso no es verdad. Lo vi en sus ojos. Me desea aquí tanto como yo deseo quedarme. *¿Qué estoy haciendo?*

Unos golpes en mi puerta llaman mi atención. Levanto la vista justo cuando la puerta se abre y Anton entra.

—Es hora de irse.

Me quedo paralizada. *Cierra la maleta y vámonos. Esta aventura ha terminado, Natalya.*

Inclina la cabeza, sus ojos se posan en la maleta. —No te preocupes por la ropa —dice—. Son tuyas. Puedes llevártelas todas, si quieres.

Me lo está poniendo tan fácil. Ni siquiera tengo que decirle nada. Solo tengo que cerrar la maleta y seguirle fuera. Es tan jodidamente fácil.

Entonces, ¿por qué no me muevo?

—¿Natalya?

Suspiro y me despido en silencio de la idea de vivir sola y de mirar siempre por encima del hombro temiendo a mi padre. Nunca me perdonará haberme acostado con Anton, y a menos que consiga librarme de él de una vez por todas, siempre buscará alguna forma de castigarme por ello.

—Quiero quedarme. —Lo digo sin mirarle. Sigo observando la ropa doblada con esmero en la maleta.

—Ya hablamos de esto anoche—

—Me da igual —digo. Me aferro a mí misma, plantada en mis zapatos, y levanto la mirada hacia él—. No quiero irme. Y no creo que tú quieras que me vaya.

Él simplemente me observa. Sus ojos revolotean por mi rostro, intentando entenderlo. —Esto no es un juego, Natalya —dice frunciendo el ceño—. Tu padre ya está disgustado porque estás desaparecida. No tiene sentido que sigas aquí.

—No. Me. Importa. No me voy. —El tono de mi voz le afecta. Veo que quiere responder, que quiere ceder ante mi voluntad. En lugar de eso, aparta la mirada y dirige los ojos hacia la pared, por encima y detrás de mí.

—Esto no es negociable —dice—. Cierra la maleta y vámonos.

Le miro. Podría insistir. Parece que siempre hay una línea divisoria entre nosotros y yo tengo la costumbre de cruzarla.

—Dime que no quieres que esté aquí —digo. Él parpadea al volver la mirada hacia mí.

—¿Qué?

—Me has oído. Has hablado mucho sobre lo que deberías o no deberías hacer, pero ni una sola vez has dicho que no quieres que esté aquí. Así que dime que ya no me quieres. Dilo y me iré.

Aprieta la mandíbula. —¿Por qué tienes que complicarlo más? Ayer estabas empeñada en hablar con tu amiga. Te estoy llevando con ella ahora. Te estoy dando lo que quieres.

—¿Cómo sabes lo que quiero? No me lo has preguntado. No tienes ni idea de lo que quiero.

Entorna los ojos hacia mí. —No tengo tiempo para juegos, Natalya.

—Ni yo tampoco. —Me acerco a él, invadiendo su espacio, embriagada por su aroma áspero y almizclado—. Dime que no me deseas, Anton. Mírame a los ojos y dímelo. Eso es todo lo que tienes que hacer.

Él no me mira y tampoco dice nada. Bajo la mano hacia su pantalón, presionando contra el bulto que se insinúa bajo la tela de sus slacks. Él gruñe y siento cómo su polla responde bajo mi caricia.

—Di que no lo quieres —susurro, acercando mis labios a los suyos—. Di que no me deseas.

Una sonrisa lenta se dibuja en su rostro y me sujeta las muñecas, inmovilizándolas detrás de mi espalda. Me empuja contra él al sostenerme.

—Te deseo —gruñe—. Más que a nada.

—Entonces haz algo al respecto.

—Esto es mucho más que sexo, *Devushka*.

—Sí, lo es. —Su aliento cálido en mi rostro mientras me habla con esa voz grave…— Eres mi protector, mi amante, la única persona con la que me siento segura. Eres todo lo que quiero. No me dejes marchar, Anton.

—No puedes entender lo que pides —dice, sin aliento—. Estar conmigo es peligroso. ¿Es que aún no lo ves?

—Estar sin ti es peor. —Le mantengo la mirada, esforzándome en apoyarme en él aunque me retiene con firmeza—. Por favor, papi. No

me hagas irme.

Eso le conmueve. Cierra los ojos y aparta la cabeza cuando digo 'papi'. Puede que me esté sujetando los brazos, pero también se deshace a mi alrededor.

—Vas a ser mi perdición, pequeña —dice mientras me besa. El roce de sus labios con los míos hace que todo lo demás desaparezca. Me pierdo en la caricia de su lengua contra la mía, el suave roce de sus dientes en mi labio. Nunca he deseado a nadie más de lo que le deseo a él ahora.

24

ANTON

Se dejó llevar por su voluntad con tanta facilidad que apenas sé cómo he acabado aquí. Besarla me resulta tan natural como respirar. Tan automático como el latido de un corazón. Solo el sabor de sus labios me pone duro.

He perdido la cabeza. Así de sencillo. Todo en Natalya me hace olvidarlo todo. ¿Es así como se sentía mi padre cuando se marchó de mi vida? ¿Fue esto lo que le hizo renunciar a todo?

¿Podría vivir esta vida y, aun así, tenerla a mi lado? ¿Podría vivir sin ella aquí?

Creo que no. Cuando todo se reduce a esto, simplemente no creo que sea posible.

Le suelto los brazos y llevan sus manos a mi cinturón. —Déjame enseñarte —murmura contra mi boca—. Puedo ser buena, papi. Puedo portarme muy bien contigo.

El cinturón cae desabrochado. Le contesto: —De rodillas.

Obedece, arrodillándose delante de mí mientras baja la cremallera de mis pantalones y saca mi polla. Sus largos y delicados dedos la

rodean y comienza a girar la lengua sobre el glande.

—Mírame —le ordeno. Ella alza sus grandes ojos azules hacia mí mientras lame la punta y desliza su lengua por toda la longitud de mi verga.

Por fin me toma por completo en su boca. Me observo desaparecer mientras sus labios suben y bajan, deslizándose por su garganta con facilidad. Apoyo la mano en su cabeza, entrelazando los dedos en su pelo.

—Así me gusta… —gimo. La manera en que me la chupa... Se la traga entera con una facilidad increíble. Es increíblemente morboso… y, francamente, raro. Nunca había estado con una mujer que supiera tragarme tan profundo. Comienzo a embestir acompasando el movimiento de su cabeza, dejándome envolver por el calor húmedo de su boca.

—Esa es mi chica buena —gimo—. Chupa la polla de papá... métetela hasta el fondo de la garganta.

La vibración de su risa recorre mi polla y sube por mi espalda. Va a hacer que pierda el control con esto. Le sujeto la cabeza y empiezo a moverme con ritmo, follándole la boca. Sus ojos se llenan de lágrimas mientras me hundo una y otra vez en su garganta.

No se atraganta. Se lo traga todo. Cada vez más profundo, le follo la boca, y salen de mis labios palabras de ánimo. —Eso es, pequeña. Me la tragas tan bien... Podría correrme en tu garganta. ¿Te gustaría, nena?

Me agarra las manos y se empuja hacia delante, manteniéndose hundida en mi polla, sus labios rozando la base. Los ojos se me van hacia atrás mientras su garganta masajea mi glande. *Joder…*

Entonces se retira. Un hilo de saliva conecta mi glande con sus labios. Lo recoge con la lengua y vuelve a rodearme la polla.

—Quiero que me folles, papi —dice mientras su mano va arriba y abajo de mi verga resbaladiza de babas.

Le sonrío desde arriba. —Siempre tan jodidamente ansiosa.

La veo llevar las manos por la parte delantera de sus pantalones mientras me provoca. —Estoy empapada —confiesa—. Ya no puedo aguantar más.

Le aparto el pelo de los ojos. —Déjame ver lo mojada que estás, preciosa.

Deja de acariciarme y se pone de pie, quitándose el vaquero y las braguitas. Se gira mientras se saca la camiseta, acercándose a la cama. Su culo es perfecto, firme y redondo sobre las caderas. Se me hace la boca agua solo de pensar en comérmelo.

Se sienta al borde de la cama y empuja la maleta, que cae al suelo con un golpe seco, derramando todo su contenido. Abre las piernas, sus largos dedos recorren hacia arriba y abajo, separando sus labios rosados y perfectos, dejándome ver cómo está empapada esperándome. Me acaricio, agarrando mi polla con largas pasadas.

—¿Te gusta mi coñito, papi? —Lleva los dedos al clítoris y lo masajea en círculos suaves. Se muerde los labios mientras de su boca escapan suaves gemidos. Me quito la camiseta y la miro mientras sus ojos recorren mis pectorales, mis abdominales, el tatuaje del león que se extiende por mi pecho y sube por mi cuello…

—Eres tan jodidamente preciosa —digo—. Enséñame cómo te lo haces, nena.

Se mete dos dedos y se los desliza despacio, dentro y fuera. Sus caderas se mueven con la mano mientras la respiración se acelera. Me quito los pantalones de un tirón y los lanzo a un lado, observándola masturbarse.

—Papi —gime—. Necesito correrme. Sola no puedo… Por favor… ¿sí?

Sus ojos nadan en lujuria. Me acerco y sus manos aminoran el ritmo. —No te he dicho que pares —digo—. Sigue.

Sus manos siguen bailando entre sus piernas mientras le acerco mi polla a la cara. Froto el glande contra su mejilla y ella se vuelve hacia él, pasándole la lengua. Se la paso por los labios y la lengua, provocándola.

—Qué niña más glotona —musito mientras roza mi rabo con la nariz —. Has sido muy buena, preciosa.

La agarro del pelo y tiro hacia atrás. Me mira con la boca abierta, húmeda. Cómo se entrega a mí tan fácilmente. Me inclino y la beso en la boca, empujándola hacia la cama. La sujeto, pero con una mano libre, ella la baja por mi pecho, hacia mi entrepierna.

—Para —susurro. Ella retira la mano de entre nosotros mientras me incorporo.

Está totalmente abierta para mí, las piernas separadas, su coño húmedo justo bajo mí. Golpeo su clítoris con mi polla y ella jadea, los ojos se le ponen en blanco. Luego froto la punta sobre su clítoris, deslizándola arriba y abajo mientras sus muslos tiemblan contra mí.

—Súplica por ello —digo—. Quieres esta polla con tantas ganas, preciosa. Déjame oír cómo me lo suplicas.

—Fóllame —responde—. Papi, por favor. He sido tan buena. Por favor, fóllame.

Deslizo mi polla entre sus labios y luego la penetro poco a poco. Ella gime fuerte, agarrando la colcha con cada centímetro que desaparece en su interior. Le levanto las piernas, tirando de ellas hacia arriba mientras me hundo hasta lo más profundo. Con largas y lentas embestidas, se lo doy, dejándola sentir cómo llego a sus puntos más sensibles y profundos.

—Sí, papi. —Arquea la espalda y noto cómo sus paredes se ciñen aún más a mi polla. Un gemido tembloroso se escapa de mí mientras

la sujeto por las caderas, embistiendo con más fuerza.

—Así me gusta, cariño —digo sin aliento—. Mi *Devushka*. Mi amor. Tómalo. Todo para ti.

Ella se incorpora y besa mi pecho, alternando besos tiernos con mordiscos a lo largo de mis pectorales. Su lengua recorre mis pezones, rodeándolos suavemente y enviándome una oleada cálida y acogedora.

—Pequeña... Quiero que te pongas encima. Déjame ver cómo te haces venir sobre mí. —La recojo en mis brazos y me recuesto, dejándola cabalgarme mientras entierro mi rostro en sus pechos.

El sabor de sus pezones duros en mi lengua, la sensación de tenerlos entre mis dientes. Siento cómo me pongo aún más duro. Sus caderas se mueven en círculos, acunando mi cabeza, removiendo mi polla en su dulcísimo manantial.

—Nunca te dejaré marchar —gimo—. Mi *Devushka. Lyubimaya*…

Palabras rusas de amor brotan de mí mientras acerco mi rostro al suyo y volvemos a besarnos. —Te quiero —gime ella—. Anton... te quiero...

—Te quiero —contesto. Me sale de forma tan natural, tan perfecta. Me recuesto y la dejo cabalgar, contemplando el movimiento de sus caderas, de su cuerpo, el rubor que se extiende por su pecho y sus mejillas.

La quiero de verdad. No entiendo cómo ha sucedido y ahora mismo, no me importa.

Ella se estremece y se aprieta aún más a mi alrededor. La agarro de las caderas, embistiéndola con fuerza. —Así, mi niña —gimo—. Vente para papá. Déjame verte correrte encima de mí.

Echa la cabeza hacia atrás y gime hacia el cielo. Se deja llevar, y su coño me inunda con sus jugos mientras sus muslos tiemblan contra mis caderas.

Me vengo con ella, explotando dentro de ella tan fuerte que la sujeto, mis uñas hundiéndose en la carne de sus caderas.

Se derrite, cayendo sobre mí mientras jadea buscando aire. Mis manos encuentran su redondo culo y lo aprietan, feliz de seguir dentro de ella mientras me besa.

—Eres tan buena chica —le susurro al oído—. Mi niña buena...



He perdido la cuenta de cuántas veces la he hecho correrse. Estamos agotados, tumbados en la cama mientras el sol de la mañana empieza a dar paso a la tarde. Ella está acurrucada bajo mi brazo, con la cabeza apoyada en mi pecho.

Qué giro ha dado todo. No sé qué viene después. Siento que, por primera vez en mi vida, estoy saltándome todas las reglas…

Beso la parte superior de su cabeza y ella se mueve un poco, luego siento sus labios suaves presionando mi pecho.

—Hoy tenía cosas planeadas —digo en voz baja—. Gente que ver y todo eso.

—Incluso la Bratva se toma días libres, ¿no? —musita ella, adormilada.

Me encojo de hombros. Después de todo, estamos en terreno desconocido.

Ella se queda en silencio y, de repente, una memoria emerge. La última vez que me sentí así... la última vez que estuve completamente seguro de la mujer que tenía en mis brazos. Me retuerce el estómago y ensombrece la habitación en cuanto lo pienso.

—Tengo que contarte algo —digo suavemente—. Sobre Kat.

—Preferiría no hablar de ella.

—Preferiría no mencionarla... pero deberías saber lo que pasó entre nosotros.

Ella se incorpora y se gira para mirarme—. ¿Qué pasó?

—Primero debes saber que Kat y yo estábamos mal emparejados desde el principio. Era la hija de uno de mis brigadieres y era muy ambiciosa. Al principio no lo veía. Siempre me susurraba al oído acerca de ser Pakhan algún día y de cómo debería tratar a los hombres que tenía a mi cargo. Yo la ignoraba la mayor parte del tiempo, pero la gente empezó a pensar que mostraba signos de debilidad cuando veían cómo intentaba mandarme.

—¿Mandarte? ¿A ti?

—He dicho que lo *intentaba*. —Me río por lo bajo—. Normalmente lo hacía cuando había otros. Era como si quisiera lucirse o algo así. Siempre se disculpaba por su comportamiento cuando se lo reprochaba, pero nunca cambiaba. Cada vez que podía...

Respiro hondo, sintiendo el recuerdo como un agujero negro dentro de mí—. Y entonces, un día, me cansé. Empecé a cancelar citas con ella, a centrarme más en mi trabajo o a pasar más tiempo en el Firebird.

Sus ojos se agrandan—. ¿Le fuiste infiel?

—No, pero me pasaba mucho tiempo en la sala de voyeurismo. No era bueno de ninguna manera. Kat odiaba que fuera allí.

—¿Por qué no la dejaste simplemente?

—Al final lo hice. Un día, comprendí que lo que estaba haciendo no era justo para ninguno de los dos, así que la senté y le dije que quería terminar con ella. La llevé a un restaurante elegante y todo. Ella respondió diciéndome que estaba embarazada.

Natalya me mira fijamente, con un atisbo de miedo en sus ojos. —En realidad, no lo estaba —añado rápidamente—. Lo descubrí poco después por una de sus amigas. Ella solo lo dijo para intentar retenerme. La dejé en cuanto supe que mentía. Al mismo tiempo, las cosas en la Bratva avanzaban hasta el punto de que tendría que hacer viajes fuera de la ciudad. A otros estados, la mayoría de las veces, pero sabía que tarde o temprano acabaría yendo al extranjero con Maksim. Le dije que podía quedarse aquí hasta que encontrara otro sitio, pero para cuando me fuese a Rusia con Maksim, más le valía tener todas sus cosas fuera de la casa a mi regreso.

No dice nada durante unos instantes. Solo apoya de nuevo la cabeza en mi pecho, trazando distraídamente con el dedo las líneas de mi tatuaje.

—Mi único arrepentimiento con Kat es no haberla visto antes como la víbora que es —digo—. Sigo sin entender cuál era su plan. ¿Qué clase de mujer finge un embarazo para mantener una relación?

—No lo sé —responde suavemente.

Paso mi mano por la suave piel de su espalda. —Siento no haber estado aquí, Natalya. Debería haberlo estado. Miro de reojo el corte en su cuello, casi curado ya. La herida que Kat le hizo pronto será historia, pero a mí me perseguirá siempre. Debería haberle dado una paliza en vez de simplemente echarla.

Natalya vuelve a besar mi pecho, subiendo después a mi cuello y, finalmente, a mis labios. —Gracias por contármelo —dice cuando nuestros labios se separan.

Le aparto el pelo de los ojos otra vez. El sol que entra por la ventana hace que el rojo de su melena brille con reflejos dorados. Me sonríe, y creo ver un leve atisbo de tristeza en las comisuras de sus labios.

—¿Sabes qué? —dice—. Ahora mismo me vendría de maravilla un helado.

Me río. —¿Helado? ¿De verdad?

—Sí, de verdad. ¿Tenemos, no?

—Creo que sí. —Me incorporo y saco las piernas por el lado—. Ahora vengo.

Veo mi bata en el suelo y la cojo, envolviéndome con ella. Me observa, sus ojos se detienen en mi pecho mientras me tapo. —No tardes —dice.

Salgo de la habitación y juro que el pasillo parece un poco más luminoso. ¿Será este el efecto que tiene sobre mí? Sé que en la Bratva nadie iría por ahí saltando bajo el sol como un tonto enamorado, pero no voy a negar que me siento tentado.

Bajo las escaleras y miro de reojo por la ventana del salón al pasar. Normalmente a esta hora vería a Vincent u otro de los nuestros patrullando la propiedad, pero ahora mismo no hay nadie. Miro el reloj. Si no les veo al volver, tendré que llamarles para ver qué pasa.

Pasar toda la mañana haciendo el amor es algo que alterará todo mi día… pero no pasa nada. Quizá apague el móvil y me encierre aquí hasta mañana. ¿Hay mejor forma de pasar el tiempo que entre las piernas de mi amante?

Entro en la cocina y abro el congelador… y se me erizan los vellos de la nuca.

Algo no va bien. Miro hacia la encimera, donde está el bloque de cuchillos junto al fregadero. Falta uno.

Oigo sus pasos antes de verle, acercándose deprisa detrás de mí en una serie de arrastres. Grita en el último segundo, pero yo ya me he agachado y apartado de su línea de ataque. El cuchillo que lleva en la mano pasa rozándome y choca contra la puerta del frigorífico al cerrarse. Está a punto de perderlo mientras se estrella de cabeza tras él.

Mi atacante es casi treinta centímetros más bajo que yo y por lo menos la mitad de mi tamaño… y lleva uno de mis cuchillos de

carnicero. El tatuaje en su brazo izquierdo sugiere que ha estado en prisión, pero no reconozco la tinta. Me lanza una mueca feroz con los dientes amarillentos y se abalanza, blandiendo el cuchillo.

Le esquivo con facilidad, retrocediendo y moviéndome a su izquierda. Entonces le agarro el brazo, lo meto bajo el mío y me dejo caer bruscamente, partiéndole el codo sobre mi rodilla. El cuchillo cae al suelo detrás de mí mientras el crujido de su hueso roto resuena contra mi bíceps. Él aúlla de dolor desgarrador.

Le dejo en el suelo mientras recojo el cuchillo. Se gira de espaldas, abrazando un brazo doblado hacia el lado incorrecto y rebuznando como un burro enfermo. Me agacho y le levanto tirando de su pelo, luego deslizo el cuchillo por su garganta. Se retuerce unos segundos mientras la sangre le brota del cuello, empapándole la camisa, luego se queda inmóvil.

Oigo el ruido de una pelea en el salón y salgo corriendo de la cocina. Estoy en el pasillo cuando Mikki sale rodando por la puerta, con los puños hundidos en la camisa de otro atacante. Caen con fuerza sobre el suelo de madera, con Mikki encima, ahora con las manos alrededor del cuello del tipo.

—¡Mikki, coge! —Le lanzo el cuchillo mientras él me mira. Suelta a su atacante solo para atrapar el cuchillo al vuelo, girarlo en la mano y clavárselo en el pecho. Su oponente emite un ruido ahogado, con la boca abierta, antes de quedarse sin fuerzas.

Ayudo a Mikki a levantarse. —¿Estás bien?

Mikki asiente, frotándose el hombro dolorido. Espero que no se le hayan abierto los puntos. —Estoy bien. El cabrón ha salido de la nada.

—¿Qué haces aquí?

—Solo venía a ver cómo estabas. No has respondido al teléfono en toda la mañana. Pasé por aquí y la puerta estaba abierta. —Mira al

cadáver del hombre que le acababa de atacar—. ¿No se suponía que la guerra había terminado?

—Eso creía yo.

Oigo un grito breve arriba y unos zapatos duros golpeando el suelo. *¡Natalya!*

Estoy corriendo escaleras arriba antes de poder pensarlo.

25

NATALYA

Así que Kat intentó fingir un embarazo para retener a Anton. Eso es... una información valiosa.

Con Anton abajo, me quedo sola con mis pensamientos. No puedo evitar pensar en cómo debieron de pasar las cosas con Kat. ¿Se lo creyó al principio? ¿Le hizo ilusión? ¿Estaban planeando su futuro cuando alguna de sus amigas le destapó la mentira?

¿O quizá no la creyó en ningún momento? Él dejó claro que esa mentira no fue lo primero ni lo único que les llevó a romper. ¿Escuchó que estaba embarazada y envió enseguida a sus hombres para comprobar si era cierto o no?

Y la pregunta más importante de todas es, ¿me hará eso a mí cuando le cuente lo de este embarazo?

¿Por qué me torturo así? Acabamos de tener un sexo increíble. Hace un momento estaba quedándome dormida en sus brazos y creyendo que todo estaba bien en nuestro mundo, y en nosotros. Creo que por primera vez siento un amor real, de verdad... y aquí estoy, dudando de todo otra vez.

Él también me dijo que me amaba. Fue en pleno arrebato, pero le creo. Quiero creerle. Si me quiere, querrá a este bebé. Así es como debería ser, al menos.

Me incorporo en la cama, rodeando mis rodillas con los brazos. Mi madre murió al darme a luz y mi padre me culpa por ello. *Me odia* por eso. Si me pasara algo y Anton tuviera que criar a este bebé solo, jamás querría condenar a nadie a la misma suerte que yo.

Supongo que no sabré nada con certeza hasta que llegue el momento de decírselo. Tiro de las sábanas y me levanto de la cama. Mejor quitárselo de encima de una vez. Quizá sentados en la cocina, hablando mientras comemos helado, sea más fácil...

Estoy subiéndome las braguitas cuando oigo un ruido en la planta baja. Parece que algo se ha caído. Debe de habérsele caído un bol o algo así.

Me pongo la camiseta y empiezo a buscar mis vaqueros cuando un estrépito más fuerte me sobresalta. El ruido retumba desde el otro lado de la puerta.

¿Qué demonios está pasando ahí abajo? Será mejor que vaya a ver cómo está.

Abro la puerta y ahí está un hombre de pie, vestido completamente de negro y con una mascarilla cubriéndole la parte inferior del rostro.

El pánico me invade y trato de cerrar la puerta. Él la empuja con tal fuerza que salgo despedida hacia atrás. Tropiezo y casi me caigo justo cuando otro hombre entra también, con el rostro igualmente cubierto. El primero me recorre con la mirada de arriba abajo, una sonrisa amenazante en sus ojos.

Mira a su compañero y, a través de la máscara, le oigo decir en ruso: "Coge esos pantalones."

Va a coger mis vaqueros del suelo y el primero se abalanza sobre mí. Grito, arañándole y dándole patadas. Él agacha la cabeza, me levanta en vilo y me lanza sobre su hombro.

—Vámonos —le oigo decir.

Me llevan fuera de la habitación, en dirección opuesta a la escalera. Llegamos al otro extremo del pasillo y, de pronto, mi captor se agacha y me empuja por una ventana. Lo último que veo antes de que alguien me agarre desde el exterior es a Anton llegando al rellano.

El segundo hombre me baja por una escalera al estilo bombero y oigo gritos por encima de mí. Anton llamándome. Grito su nombre y pataleo, y eso hace que el hombre que me sujeta tambalee un poco. Me agarra con más fuerza y baja a toda prisa.

En unos segundos ya estamos en el suelo. Me llevan en volandas hasta un coche aparcado en el césped, al lado de la casa, y me lanzan al asiento trasero. El tipo da un portazo y el seguro salta casi al mismo tiempo. Golpea el techo del coche y arrancamos. El coche sale disparado hacia el aparcamiento frente a la casa y luego hacia el camino de salida. Consigo incorporarme lo justo para ver cómo atravesamos a toda velocidad las verjas abiertas de la finca.

—¿Adónde me lleváis? —grito. El conductor no me responde, así que me abalanzo sobre él, intentando arañarle la tela del pasamontañas desde el asiento trasero. El coche da un bandazo, pero él mantiene el control con una mano mientras me agarra las muñecas con la otra y me empuja hacia atrás. Vuelvo a intentar lanzarme sobre él, pero oigo el familiar chasquido de un arma.

Se gira a medias, apuntándome con la pistola.—Si quieres salir viva de esta, siéntate y cállate de una puta vez.

Le escucho, aterrada. ¿Quiénes son estas personas? ¿A dónde voy?

Empiezo a reconocer la parte de la ciudad donde crecí después de unos treinta minutos de trayecto, y entonces todo se aclara. Era mi padre.

De todas las formas en que pensé que podría reaccionar al enterarse de que vivía con Anton, desde luego no me esperaba un secuestro en toda regla. Viajo en el asiento trasero del coche, observando cómo pasan las calles familiares, y lo único en lo que puedo pensar es en que simplemente no podía dejarme marchar. Sé que irme de casa no fue la ofensa. Eso es lo que él quería. Donde metí la pata fue al acostarme con un compañero.

Anton probablemente se está volviendo loco de preocupación. Cuando llegue a casa, tendré que encontrar la manera de llamarle…

Mierda. Mi móvil sigue en la caja fuerte de Anton. Aunque tampoco lo tendría conmigo. Me sacaron del dormitorio con solo una camiseta y las bragas puestas. Hablando de eso, tengo frío. Intento encoger las piernas bajo mí en el asiento para entrar en calor, pero no sirve de mucho.

Empiezo a ver mi antiguo barrio. Viejas hectáreas de terreno y mansiones separadas únicamente por setos… y ahí está la casa de mi padre. El coche entra en la propiedad y reduce la marcha al llegar a la rotonda de la entrada.

El coche se detiene y otro vehículo se coloca junto a él. Cuando los ocupantes bajan, me doy cuenta de que reconozco a uno de ellos. El que le dijo al otro que cogiera mis pantalones se ha quitado la máscara. Es alto y desgarbado, con el pelo oscuro corto y peinado hacia atrás.

Pero esos ojos oscuros los conozco. Esos ojos son de Arseni.

Por supuesto que mi primo está metido en esto. Lleva bajo la bota de mi padre desde que teníamos diecisiete años. Va al asiento trasero del otro coche y coge mis vaqueros, luego se acerca al coche en el que estoy yo.

El conductor baja la ventanilla y Arseni me lanza los vaqueros: —Póntelos.

Estoy por cantarle las cuarenta. Siempre fue un renacuajo insufrible: jugando con cerillas y robando los cuchillos buenos de su madre… Era una pesadilla cuando éramos niños.

Ahora, no es más que otro miembro de la Bratva de mi padre. Me pongo los vaqueros bajo su atenta mirada. Cuando ya los tengo bien puestos y abrochados, le hace un gesto al conductor para que me abra la puerta y este me deja salir.

Me agarra del brazo y yo se lo aparto de un tirón. —Puedo caminar perfectamente, gracias.

Me deja andar mientras él y el resto de sus matones me rodean. Supongo que por si acaso intento huir. Estoy descalza. No sé ni hasta dónde creerán que podría llegar si lo intentase.

Entramos en el vestíbulo. El olor familiar de la casa me recibe: la colonia de mi padre, el limpiador que usa la criada en los suelos y el suave aroma a comida. Me ruge el estómago. No he comido nada desde el desayuno…

Oigo pasos y, al instante, mi padre entra al vestíbulo desde la cocina. Me sonríe y abre los brazos. —Natalya —dice—. Por fin has vuelto a casa.

Se acerca a mí y me besa en la mejilla. Me estremezco ante su contacto.

—Espero que hayas tenido unas buenas vacaciones —dice—. Ven. He preparado la comida.

Se gira hacia sus hombres y los despide con un gesto. —Recoged, quitad esos coches y esa ropa… —masculla en ruso.

Vamos a la cocina y hay una bandeja de bocadillos en la isla. —Sírvete —dice.

Mi padre nunca me ha "preparado" la comida. De hecho, jamás ha cocinado nada en su vida. Sin duda esto es cosa de alguno de los suyos. Rodea la isla hasta los armarios y saca dos platos. —He reabastecido la nevera. Si quieres beber algo, tengo refrescos, agua, zumo… —Hace una pausa y me mira por encima del hombro—. Incluso tengo vino, si es lo que te apetece.

No tengo ni idea de qué demonios se trata esto, así que no respondo. Rara vez mi padre ha sido tan amable conmigo, y cuando lo ha sido era delante de otros para guardar las apariencias.

Coloca los platos, deslizándome uno, luego va a la nevera y saca dos latas de refresco. —No sabía qué te gustaría. Hace tiempo que no te veo beber nada con burbujas.

Se da la vuelta y deja las latas junto a los platos. —Siéntate —dice.

Me siento y le observo mientras coloca bocadillos en ambos platos. —¿Qué es esto? —pregunto. Él muerde su bocadillo de pie al otro lado.

—Jamón y queso —dice—. ¿Ya no te gusta el jamón? Pensaba que te encantaba.

—No desde que tenía ocho años —respondo—. Y no me refiero a eso. ¿Por qué eres tan amable conmigo?

Me sonríe y se limpia la cara con una servilleta. —Natalya, eres mi hija. Por supuesto que voy a ser amable contigo. Especialmente ahora que por fin has vuelto a casa.

Frunzo el ceño. Es como estar en un episodio de La dimensión desconocida. —Hace dos meses me echaste de casa por llegar tarde y hace menos de treinta o cuarenta minutos hiciste que tus hombres me secuestraran—

—Secuestro es una palabra demasiado fuerte —dice fríamente—. Envié a mis hombres para que te recogieran y te trajeran de vuelta aquí. Y aquí estás.

Nos quedamos mirando el uno al otro durante unos segundos antes de que señale los bocadillos.—Come. Por favor. Puede que pase un buen rato antes de que recibas nada más.

No tengo ni idea de lo que eso significa… pero, aun así, cojo un sándwich a regañadientes.—Así que me has traído de vuelta —le digo después de dar un bocado—. ¿Por qué? ¿Qué ganas arrastrándome de nuevo aquí cuando nunca me has querido en primer lugar?

Él resopla y abre su lata de refresco. Esta suelta un siseo irritado al abrirla.—Cuando me enteré de que tú y Anton Romanov habíais estado juntos, reaccioné como podría haber reaccionado cualquier padre en mi situación. Mi hija, con veintitrés años, se acostaba con un hombre que seguramente rozaba los cincuenta. *Y* ese hombre era otro Pakhan. Forma parte de una hermandad. Por mucho que le des vueltas, sabía perfectamente que no debería haberte tocado nunca.

El azul de sus ojos se vuelve gélido mientras habla. Da la sensación de que la temperatura de la habitación hubiera bajado de repente.

—Podría haber aparecido en su puerta y pegarle un tiro en la cabeza y nadie me habría culpado por ello. Probablemente, sus hombres ni siquiera habrían buscado venganza. Al fin y al cabo, estaba follándose a mi hija.

—¿Entonces por qué no lo hiciste? —le pregunto—. Personalmente, habría disfrutado viendo cómo lo intentabas.

Se ríe entre dientes.—Seguro que sí. No le maté en el acto porque todavía le necesitaba. Y si no te hubieras entrometido en mis planes, quizá ya habría terminado con él y con el Amur.

Le miro pestañeando.*¿El Amur?*—¿De qué estás hablando? Anton nunca te ha hecho nada—

Él golpea la encimera con la mano.—No tienes ni idea de lo que ha hecho o dejado de hacer —grita—. Eres solo una princesita mimada

de la Bratva a la que debería haber tirado a la basura cuando tu madre murió.

Me quedo paralizada de terror. Él se inclina hacia mí.

—Esto es asunto de la Bratva, Natalya —dice—. Te lo he repetido una y otra vez: no tiene nada que ver contigo. Ahora, por culpa de que me distrajera con tu decisión de follarte a Anton Romanov, mis planes de arrasar con el Amur y Astrakhan casi se me escapan de las manos.

Intentando sobreponerme al miedo, trato de entender de qué demonios habla.—No tengo nada que ver con nada de eso —le digo —. Ni siquiera sé—

—¡Estaban en guerra! —vuelve a gritar—. Habrían acabado el uno con el otro y yo solo tendría que recoger los restos de sus imperios. Y entonces, de repente, lo cancelan todo. ¡Una tregua! ¿Cómo demonios ha podido pasar eso, Natalya?

Me mira como si creyera que sé la respuesta. No la sé. Solo le miro boquiabierta, esperando a que arremeta contra mí. Él me sostiene la mirada unos segundos más, luego coge su refresco, da un trago y lo deja con fuerza sobre la encimera.

—Por mucho que hayas salido podrida —dice—, tienes la belleza de tu madre. Tu madre era tan guapa que con solo mover el pelo o lanzar una mirada por encima del hombro podía paralizar a cualquier hombre. Y el sexo. —Ríe amargamente—. Jamás he conocido a una mujer que follara como ella. Si me hubiera pedido prenderle fuego a todo esto, lo habría hecho. El poder de su coño era así de demoledor.

Estoy tan repugnada que me doy cuenta de que me alejo poco a poco de él. No sé ni hasta dónde conseguiría llegar si intentara huir. Les dijo a sus hombres que se deshicieran de los coches y de la ropa. Quizá ya no queda nadie más en la casa.

Señala hacia mí con un dedo gordo y dice:—Así es como le hechizaste. Te follaste al *Bol'shoy Lev* de Astrakhan hasta dejarle sometido y él canceló su guerra contra Nikolai.

—Él es dueño de sus actos —digo inútilmente en mi defensa—. Yo no puedo influir— Él golpea la encimera y yo doy un respingo de susto.

—No quiero oír tus mentiras de mierda —dice—. Pero da igual. Mañana por la mañana, cuando encuentre la preciosa cabeza de su amante en el felpudo con una notita de cortesía de parte de Nikolai, la guerra volverá a empezar.

Dios mío... Tiene intención de matarme. Tengo que—

Se abalanza sobre mí como una víbora, cogiéndome del cuello y acercándome a él.—Por fin voy a hacer lo que debí hacer después de que mataras a tu madre —me suelta entre dientes—. Y, por primera vez en tu miserable vida, vas a servirme para algo.

Me empuja y caigo de espaldas, dándome un golpe fuerte contra el suelo de la cocina. Rodea la isla del mostrador y me agarra del pelo, arrastrándome fuera de la cocina.

Me arrastra a medias, a medias me lleva hasta el piso de arriba hasta que llegamos a una de las habitaciones. Ya estaba entreabierta, así que la empuja del todo y prácticamente me lanza dentro, después da un portazo. Oigo cómo se echan los cerrojos inmediatamente después.

Estoy en el suelo de esta habitación vacía donde solo entra la luz de una ventana. Por el papel pintado sé que esta solía ser mi habitación, pero… pero ya no lo es. Han quitado todos los muebles. Ya no queda nada aquí salvo la moqueta del suelo.

Me desplomo sobre la moqueta... y simplemente empiezo a llorar.

26

ANTON

—N la finca de Nikolai está bien fortificada —digo a la sala llena de mis brigadieres—. Pero no es imposible de penetrar. Tendremos que movernos sigilosamente si queremos cogerle por sorpresa.

Asentimientos en torno a la mesa. Después de contarles lo del asalto, nadie cuestiona lo que hay que hacer. Nikolai, por la razón que sea, ha roto esta tregua. Ahora, pienso partirle en dos.

—Además —añado—, hay algo que todos debéis saber. Durante su ataque a Mikki y a mí, sus hombres secuestraron a una joven que lleva un tiempo en mi casa. —Titubeo. Una parte de mí no quiere contárselo, pero debo hacerlo. Si a Natalya le pasa algo en medio del fuego cruzado, no me lo perdonaré jamás.

—La chica es Natalya Petrov —les informo. Se produce un rumor inquieto entre ellos—. Sí —añado—, *esa* Natalya Petrov. Por motivos evidentes, debe salir ilesa. Si ocurre cualquier otra cosa con ella y alguno de vosotros tiene que ver, sea accidental o no, responderéis ante mí. ¿Me habéis entendido?

Todos asienten o contestan afirmativamente.

—Bien. ¿Preguntas? Que sean ahora. Cualquier duda que tengáis, no la repetiré una vez entremos en faena.

Nadie dice nada durante un par de segundos, hasta que Leonard, uno de mis brigadieres más jóvenes, pregunta: —Si encontramos a la señorita Petrov, ¿debemos traerla de vuelta a esta casa?

—Sí. —No me extiendo. Sé que todos quieren saber por qué la hija de Vladimir Petrov va a volver a mi casa y no con su padre, pero ahora eso no importa. No es asunto suyo—. ¿Alguna duda sobre la estrategia? ¿O sobre lo que hay que hacer?

Nadie pronuncia palabra. La puerta de la sala de reuniones se abre y Mikki asoma la cabeza. Justo me preguntaba dónde estaría. Poco antes de que comenzara la reunión, su móvil vibró y se excusó.

—Perdona, Anton, necesito hablar contigo un segundo.

—¿No puede esperar?

—Me temo que no.

Les lanzo una mirada rápida a todos y luego digo: —Vuelvo enseguida para repasar armas y posiciones con vosotros.

Salgo de la sala y Mikki cierra la puerta y me acompaña unos pasos más allá para que no nos oigan.—¿Qué pasa?

—Iggy acaba de llamarme. Hace nada ha visto a Kat, borracha perdida en el Firebird.

Le fulmino con la mirada.—¿De verdad me sacas ahora de la reunión para hablarme de Kat? ¿Precisamente ahora?

—No, escucha. Iggy dice que Kat estaba tan borracha que ha empezado a liarla con las chicas de allí. Según él, se estaba poniendo muy feo hasta que uno de los clientes intervino y la calmó.

Pongo los ojos en blanco. Espero sinceramente que esta historia conduzca a alguna parte.—Entonces, ¿se siente culpable por atacar a Natalya? Me da igual.

—No lo entiendes. El cliente era Vladimir Petrov. Iggy asegura que estaba allí haciendo preguntas sobre su hija. Así que Vladimir se sienta con Kat y ella le cuenta que Natalya está aquí.

Le observo, intentando descifrar lo que quiere decir.—Vale. Más motivos para traer de vuelta a Natalya antes de que él lo descubra.

—Anton, no está con Nikolai. Iggy dice que al final él se marchó con Kat. Me juego lo que quieras a que ella le contó todo con pelos y señales sobre su estancia aquí. Creo que él podría estar detrás de todo esto.

—Mikki—

—Piénsalo. ¿Por qué iba a romper Nikolai su palabra apenas dos o tres días después de firmar la tregua? Después de decirte que no tenía nada que ver con la muerte de Maksim. Vladimir Petrov descubre que su hija está contigo y, unas horas más tarde, la secuestran. Eso no puede ser una coincidencia.

No, no puede. Maldita Kat y su puñetera bocaza. Necesito confirmarlo antes de actuar. Necesito oír lo que ha pasado de su propia boca.—Encuentra a Kat. Tráela aquí. Ahora.

—Voy a ello.

Se da la vuelta y se va. Le sigo con la mirada mientras mi mente da vueltas. Si Vladimir es el que está detrás de todo esto, está jugando una partida muy peligrosa. He estado a punto de romper una tregua y volver a empezar una guerra por Natalya. Y todavía podría hacerlo. Todo depende de quién se adelante.



He mandado a todos a casa y les he dicho que esperen a mis instrucciones. De eso hace ya una hora. Ahora no paro de dar vueltas por el piso, esperando a que vuelva Mikki. Ya ha caído la

noche y Natalya lleva fuera horas. ¿Quién sabe qué le están haciendo?

No quiero ni pensar en las posibilidades, así que me pongo a teorizar sobre las intenciones de Vladimir. A simple vista, parece un padre lanzándose a lo que él cree una operación de rescate, algo que podría comprender perfectamente. Si al menos Natalya no hubiera sido tan tajante en negarse a volver con él.

Su resistencia a regresar con su padre no era un simple capricho de independencia. Ya vivía por su cuenta. Si creía que era seguro volver con él ante el peligro de que alguien pudiera hacerle daño, lo habría hecho. Incluso podría haberme pedido que la llevase hasta él.

Pero no fue lo que hizo. Prefirió quedarse conmigo para ponerse a salvo en vez de recurrir al hombre a quien ha conocido toda su vida.

Es lo que me ha estado molestando todo este tiempo. Las piezas que faltan sobre su relación. Todo lo que sé es que Vladimir no tiene las mejores intenciones para ella. Si no supiera nada de todo esto, sé que Natalya tiene miedo de su padre.

También conozco las reglas sobre acostarse con la hija de otro Pakhan… que además es veinte años más joven que yo. ¿Se trata solo del honor lo que ha hecho? He tenido que matar a dos de sus hombres. Ese incidente bastaría para desatar una guerra conmigo, pero ¿no empezaría yo una guerra por alguien a quien amo?

Aun así, sigue dejándome un mal sabor de boca y no logro averiguar por qué. Lo tengo claro: haría lo mismo por Natalya. Casi *lo he* hecho.

Cuando consiga sonsacarle la verdad a Kat, iré a hablar con él, cara a cara, sobre esta situación. No es algo que se espere ni siquiera es aceptable en nuestro entorno, pero la realidad es que amo a Natalya y, le guste a quien le guste, ella es adulta y puede tomar sus propias decisiones. Si decide quedarse conmigo, nos iremos juntos de su casa. Espero que Vladimir entre en razón y nos deje en paz.

Unas luces de coche atraviesan las ventanas del salón y dejo de pasear de un lado a otro. Mikki ha vuelto.

Voy hacia la puerta y la abro justo cuando aparca el coche delante de la casa. Sale y oigo a Kat gritándole. Me dirige una mirada de exasperación mientras rodea el vehículo hacia su lado y le abre la puerta.

Kat sale, o más bien, se tambalea al salir. Sigue borracha.

—Esto es una mierda —balbucea—. ¿De verdad crees que puedes venir a mi casa y sacarme en plena noche y que no voy a tener consecuencias? Espera a que se lo cuente a Vlad… —Se detiene un poco al darse cuenta de dónde está. Gira la cabeza hacia Mikki y empieza a suplicar—. Por favor, Mikki. Llévame a casa. No me lleves con Anton. Por favor.

Él la agarra por la nuca—. Vamos, Kat. Hora de rendir cuentas. —La guía alrededor del coche hacia la entrada, empujándola hacia los escalones. Tropieza, pero se sujeta a la barandilla. En cuanto me ve, se le llenan los ojos de lágrimas.

—Anton —dice—. No he hecho nada. Me he mantenido alejada, tal y como me pediste—

Bajo las escaleras y me acerco a ella, la cojo del brazo y la arrastro el resto del camino hasta arriba de los escalones.—Solo necesito un poco de información, querida.

La empujo dentro. Tropieza, se lía con sus propios pies y cae al suelo. Me agacho junto a ella y me enfrento a su mirada aterrorizada.

—Voy a preguntarte algo —digo—. Y tú vas a contarme todo lo que sepas. Dame las respuestas que quiero y *quizás* te deje vivir.

—No puedes matarme, Anton —suplica—. Por favor. Hice lo que me pediste—

La agarro del pelo y digo—. Solo responde a las preguntas y todo irá bien. ¿De acuerdo?

Ella me mira con los ojos desorbitados, temblando.

—¿Lo entiendes?

—S–Sí.

La suelto. Se incorpora, frotándose la parte trasera de la cabeza.

—Has estado en el Firebird recientemente, ¿verdad?

—S–Sí. Sí, estuve allí. —Sus ojos se desvían hacia Mikki, que está en el umbral, bloqueando cualquier salida si intentara huir—. Estaba deprimida, así que decidí tomarme un par de copas.

—Te emborrachaste como una cuba —le digo— y empezaste una bronca con las chicas. ¿Correcto?

Asiente—. Pero no era mi intención—

—Responde solo a las putas preguntas, Kat. No necesito tus comentarios.

Frunce los labios y asiente con la cabeza, temblando.

—Iban a echarte y alguien intervino. ¿Quién fue?

Traga saliva—. Puedo hablar con quien me dé la— *¡Ay!*

Le tiro de la cabeza hacia atrás, agarrándola del pelo, y saco el cuchillo del cinturón.—Respuesta equivocada.

Ve el cuchillo y dice—. Vale, vale. Fue Vladimir Petrov. É–Él estaba haciendo preguntas sobre su hija. Me enseñó una foto y le dije dónde podía encontrarla.

La miro. Tiene miedo… pero no miente. Suelto su cabeza. *Mierda.*

—Mikki —digo mientras guardo el cuchillo y me pongo de pie—, límpialo y llévalo a casa. Ya he terminado.

Mikki da dos pasos hacia ella mientras mira en mi dirección.—¿Eso es todo? ¿No tienes nada más que decir? —De repente y de una manera extraña, empieza a reírse—. Dios, eres tan *débil* —dice. Tiene una sonrisa de oreja a oreja en la cara, a pesar de que su melena rubia está alborotada y la blusa le cae de un hombro.

—Debería haber sabido que no te atreverías a hacerme daño —dice, la voz temblorosa—. Te acostaste con esa chica y, de pronto, un cerdo como Vladimir Petrov puede pisotearte sin más. No me extraña que te tenga enfilado. Está intentando eliminar los eslabones débiles.

Inclino la cabeza. Ese mal sabor vuelve.—¿De qué demonios estás hablando?

Se pone en pie, se arregla la blusa y se pasa las manos por el pelo. —Cuando le conté a Vladimir lo de su hija, me llevó a casa… luego me folló hasta dejarme sin sentido. Me folló de verdad, *de verdad* bien. Mejor que tú en toda tu vida. ¿Y sabes lo que me dijo después? Que cuando él sea el último en pie, yo tendré un sitio a su lado. Mi recompensa por devolverle a su hija.

El corazón me late salvajemente. Sus burlas me encienden por dentro, pero necesito entender de qué está hablando.—¿Qué quieres decir con "el último en pie"?

—¿Qué crees que significa eso? —me pregunta—. Con todo ese entrenamiento estratégico y ni siquiera eres capaz de ver quién saldría ganando si los Amur y los Astrakhan desapareciesen. Pobre imbécil débil…

La agarro por el cuello y aprieto. Se atraganta. Sus uñas se clavan en mis muñecas. Podría romperle el cuello fácilmente. No me costaría nada…

Su rostro se enrojece… luego vira al morado y sus labios empiezan a ponerse azules. Nunca he sentido tantas ganas de matar a alguien en mi vida.

Pero no lo hago. Por mucho asco que me dé, esta rabia no es por ella. La suelto. Se desploma en el suelo, jadeando en busca de aire.

—Sigues viva porque yo lo permito —le gruño—. Acuérdate la próxima vez que decidas ponerte en mi jodido camino.

Mikki interviene, la levanta del suelo y la arrastra fuera. Cuando llega a la puerta, le digo—. Vuelve en cuanto termines. Tenemos trabajo pendiente.

27

NATALYA

Las lágrimas no duraron mucho. Permanezco tumbada sobre la alfombra, escuchando los sonidos amortiguados de la casa, sintiendo las vibraciones de pasos lejanos durante mucho tiempo, antes de que me caiga encima toda la realidad.

Mi padre quiere que muera. No, es mucho peor que eso. Siempre he pensado que quizá me odiaba lo suficiente como para matarme desde hace tiempo, pero, por alguna razón, nunca llegó a hacerlo. Ahora, tiene un motivo. Uno lo bastante bueno como para justificar cualquier consecuencia si alguien llegara a saber cómo he muerto.

Por primera vez en tu miserable vida, vas a servirme de algo.

Nunca ha sido realmente amable conmigo. No como lo son otros padres. Me daba comida y un techo bajo el que vivir. Me daba dinero y pagó mi educación universitaria… pero jamás me dio amor ni la más mínima muestra de afecto. Ahora me doy cuenta de que lo que sentía por mí no era odio. Nunca lo ha sido. Es indiferencia. Soy un adorno para él. Algo útil para guardar las apariencias ante sus hombres. Para adecuarse a las normas de su vida.

Por eso le resulta tan fácil hacer esto. Nada es más importante que la Bratva. Ni siquiera su propia hija.

Me incorporo y miro a mi alrededor en la habitación vacía. La luz de la ventana ya se ha marchado. No estoy segura de cuánto tiempo ha pasado desde que se ha puesto el sol. Imagino que pronto llegará el momento en que envíe a sus matones a matarme. ¿Esperará hasta altas horas de la noche para llevarme a algún sitio donde nadie pueda oírme gritar? ¿Hará que Arseni lo haga? ¿O tendrá siquiera el valor suficiente para hacerlo él mismo?

Maldito cabrón. Lo único que le he pedido en toda mi vida es que me quisiera, y ni siquiera ha sido capaz de darme eso. Ni siquiera pareciéndome a mi madre ha conseguido hacerlo.

Cruzo las piernas y respiro hondo. La habitación huele ligeramente a limpiador de alfombras y al perfume que solía llevar cuando era adolescente. Es un aroma dulce y metálico, como las flores en una habitación de hospital. Esta podría ser la última habitación que vea en mi vida.

O no. Puede que para Vladimir Petrov yo no sea nada, pero no voy a rendirme ni a ponérselo fácil. No puede ganar después de todo lo que me ha hecho pasar.

Me acerco a la ventana e intento abrirla. Si no recuerdo mal, hay una repisa fina que rodea el edificio hasta la parte trasera. Si consigo salir hasta ahí, puede que logre bordear hasta la marquesina del porche trasero y saltar desde allí.

Sin embargo, la ventana no se mueve. Miro alrededor de los bordes, donde el cristal se une al marco, y noto la pintura bien disimulada en las esquinas. Pintada por completo. Si fuera más fuerte o si tuviera un cuchillo o unas llaves, quizá podría cortar esa capa de pintura y soltarla. Presiono la uña en las grietas cubiertas de pintura y veo cómo la pintura dura ni siquiera cede. Me llevaría días, que no tengo, quitar suficiente pintura para soltar esta ventana.

Así que toca la puerta. Lo primero que noto es que el pomo es diferente. Mi pomo solía ser de esos grandes de plástico con forma de diamante. Ahora es una esfera de latón. Me agacho y lo miro de

cerca. La cerradura está al otro lado… pero ya he visto cerraduras de este tipo antes.

Cuando íbamos al instituto, Ilya me enseñó a forzar cerraduras usando una tarjeta de crédito. Era algo que había aprendido de un chico con el que empezó a salir a escondidas de sus padres—y con razón. Si mal no recuerdo, ya había pasado dos veces por el correccional cuando ella le conoció.

No tengo la cartera ni el bolso conmigo. No tengo nada que se parezca a una tarjeta de crédito…

Un momento. ¡Claro que sí! Meto la mano en el bolsillo trasero y saco una de las tarjetas de visita de Anton. ¡Todavía está aquí! Estos vaqueros solo los he lavado una vez y, de alguna manera, la tarjeta ha permanecido en el bolsillo. Menos mal. Está a punto de ser realmente, realmente útil. La miro en la tenue luz de la habitación, la sensación plástica me alegra el ánimo.

Menos mal que Anton es tan exagerado con sus tarjetas de visita. Esto servirá perfectamente.

Introduzco la tarjeta poco a poco entre la puerta y el marco, escuchando el clic de la cerradura al desbloquearse. Espero que no sea una cerradura infalible, de esas especiales por las que mi padre ha pagado una fortuna…

Efectivamente, suena el clic y el pomo gira. Estoy a punto de saltar de alegría cuando una suave corriente de aire entra desde el pasillo. Bendito sea mi padre por tener tan poca fe en mis habilidades de supervivencia.

Me deslizo por el pasillo. ¿Y ahora qué? No puedo salir sin más por la puerta principal. Es muy probable que sus hombres estén ahí fuera. Y aunque no lo estuvieran, no tengo ni idea de cómo robar uno de los coches de mi padre. Ilya nunca me enseñó a puentear un coche ni nada por el estilo. Supongo que nunca salió con un *verdadero* criminal.

Tendré que averiguarlo todo en cuanto consiga salir de la casa. Diría que probablemente corro más peligro en este pasillo que en cualquier otro lugar de la propiedad.

Avanzo con cuidado por el pasillo, mis pies descalzos me ayudan mucho al deslizarme sobre la moqueta. Solo hay una forma de bajar desde el segundo piso, y es hacia la escalera al final del mismo. Llego hasta allí y me detengo en la esquina, escuchando cualquier indicio de que alguien ande cerca. Me asomo y veo que está vacío. Desde aquí no alcanzo a ver el vestíbulo para asegurarme de que nadie esté por allí. Si logro llegar hasta ahí, quizá pueda alcanzar la puerta trasera que lleva a la casa de la piscina. Y desde allí, quizá logre escabullirme por la verja y de ahí a la carretera.

Después de eso, no lo sé. Ya veré qué hago cuando llegue el momento.

Salgo al segundo pasillo, pegándome a la pared por si acaso hay alguien abajo. Cuando llego al rellano, estiro el cuello todo lo que puedo para mirar hacia la cocina. Sigo sin ver a nadie. Bien.

Bajo las escaleras y empiezo a avanzar hacia la cocina y, posiblemente, hacia mi libertad. El sonido amortiguado de la voz de mi padre me sobresalta y me quedo paralizada. Miro y veo que proviene de su despacho, al fondo del pasillo.

La última vez que escuché a escondidas, descubrí algo que desde luego no quería saber. Esta vez, sin embargo…

Si consigo volver con Anton, tendré que avisarle de lo que planea mi padre. Para eso, necesito más información de la que tengo. Mierda.

Avanzo sigilosamente por el pasillo hasta llegar al despacho de mi padre. Lo primero que noto es que la puerta está entreabierta. Me inclino y miro hacia dentro.

Mi padre está sentado en su escritorio, con un bolígrafo en la mano, hablando con Arseni. Solo veo a Arseni de espaldas, pero reconocería esa postura tonta en cualquier parte.

Ahora nadie dice nada. Mi padre le mira fijamente, de forma amenazante. Por fin, dice con voz baja y amenazadora: —Di lo que tienes en la cabeza.

Arseni suspira. —No quise decir nada—

—Arseni, no tengo tiempo para esto. O dices a qué has venido o me dejas en paz y haces lo que te he pedido.

Se sobresalta por el tono cortante de mi padre. Tras un segundo, dice: —La mujer… fue un error acostarse con ella, señor.

Mi padre simplemente le mira. Conozco esa mirada. Es la que pone justo antes de soltarle un puñetazo a la pared o a la cara de alguien. —¿Estás cuestionando mis métodos? —pregunta.

—Por supuesto que no —dice Arseni—. Solo me pregunto si la ex prometida de tu enemigo será alguien en quien puedas confiar para que no te delate. Cuando esto termine, necesitarás su lealtad más que la de cualquiera de nosotros.

—¿Te oyes? Es su *ex*. Seguramente es la primera persona que quiere verle caer. No creo que deba preocuparme por su 'lealtad'.

¿Está hablando de Katerina? Qué asco. ¿Por qué demonios habría mi padre de acostarse con la ex de Anton?

—Además —dice mi padre con una sonrisa lasciva—, tenía que darle algo por las molestias. Si no fuera por ella, no tendría mi segunda oportunidad en esto.

Por supuesto que fue ella quien me vendió. Si antes no lo veía, ahora entiendo perfectamente por qué Anton la odia.

—No va a traicionar mi confianza —prosigue mi padre—. Confía en mí.

Arseni asiente. Después dice: —Bien, entonces no queda más que… hacer lo que hay que hacer.

Mi padre le mira entornando los ojos, desconfiado. —No tendrás ningún problema con esto, ¿verdad? Sé que tú y Natalya crecisteis juntos.

—No tengo ningún problema en cumplir con mi trabajo —dice Arseni —. No tuve problema en ocuparme de Maksim ni en enviarle un mensaje a Anton a través de su *sovietnik.*

—No son de tu sangre —dice él—. Te dije hace mucho que en este mundo no se puede confiar en nadie. Ni siquiera en la familia. Sabes que esto debe hacerse, ¿verdad?

Toma una gran bocanada de aire y responde: —No me costará nada cortarle el cuello a su hija, señor.

Tengo que taparme la boca para no soltar un grito. ¿Arseni provocó todo esto por orden de mi padre?

Y eso es lo que mi padre quería decir antes. En realidad, está intentando que la Bratva de Anton y la de Nikolai Novikoff se destruyan mutuamente. Y sea lo que sea lo que Anton piense ahora del Amur, no le quedará ninguna duda de nada cuando me encuentre muerta, supuestamente a manos de Novikoff.

Diría que es un plan brillante si yo no fuera la pieza clave de todo esto. Tengo que salir de aquí. Debo avisar a Anton.

Me alejo de la puerta tan rápido y silenciosa como puedo hacia la cocina. Solo unos pocos pasos más hasta la esquina, a las puertas correderas y, con suerte, un poco más cerca de la libertad.

En cuanto pongo la mano en el tirador, se encienden las luces de la cocina. Mi padre y Arseni están plantados en la entrada a la cocina. Mierda.

Tiro del tirador pero no se mueve. Cerrado. Mis dedos buscan el pestillo y consigo bajarlo, pero de repente, alguien me agarra por detrás y me levanta del suelo.

—¿A dónde vas, primita? —susurra Arseni en mi oído—. Todavía no hemos terminado contigo.

—¡Suéltame! —grito, pateando y clavando mis uñas en su brazo, que me aprieta fuerte la cintura. Me alejan de la puerta y de mi única oportunidad de escapar de esto.

—Tráela aquí.

Me da la vuelta justo cuando mi padre coge uno de los cuchillos del bloque junto al fregadero. Lucho con más fuerza, pateando a Arseni. Uno de mis golpes le da en la espinilla. Da un grito y sujeta menos fuerte. Consigo liberarme un instante, pero de inmediato Arseni me agarra del pelo y me tira hacia atrás.

Le quita el cuchillo a mi padre y lo pone contra mi cuello. —Basta, corderito —susurra en mi oído—. Es hora de que cumplas con tu parte para la hermandad—

Un fuerte estruendo desde fuera les deja helados. Disparos. Muchos disparos fuera. Mi padre señala hacia el salón y dice: —Que no la vean.

Me arrastran mientras las balas atraviesan el cristal de la puerta principal…

28

ANTON

La guerra que planeaba llevar a la puerta de Nikolai, la estoy trayendo aquí.

Después de que Mikki se fue, llamé a mis hombres. Ha llegado el momento. Lanzamos el ataque. Ninguno de ellos cuestionó mis órdenes ni por qué había cambiado de lugar, y eso me pareció bien. No era algo que tuvieran que saber. Esta noche, lo único que tenían que hacer era seguir mis instrucciones. Sobre todo cuando sólo tenía un objetivo y todos entendían que Vladimir Petrov era mío.

Cuando volvió, ya estábamos armándonos. Mikki cogió un AR-15, una pistola y un cuchillo Bowie. Yo sólo necesitaba mi pistola. Nunca me entusiasmaron demasiado las armas automáticas. Mientras nos preparábamos, Mikki me dijo: —Cuando todo esto termine, de verdad espero que le pidas matrimonio a esa mujer.

Esbocé una sonrisa. —¿No crees que es un poco pronto para casarme? Apenas la conozco desde hace un par de meses.

—Estamos a punto de cargarnos a otra Bratva. Es probable que alguien muera esta noche, Anton —me mira con absoluta seriedad en los ojos—. No puede ser en vano.

Suspiré. —Pase lo que pase, Mikki, no lo será.

Con eso zanjado, salimos. Como punto de reunión, todos quedamos a unos ochocientos metros de la propiedad. Con los prismáticos, estudié a lo que nos enfrentábamos. Nada que yo no pudiera manejar. En menos de una hora, todos estaban en sus posiciones y listos para entrar en acción.

Ahora, mis hombres están repartidos por el perímetro de la propiedad, sentados en la oscuridad, esperando mi señal. La casa de Vladimir está bastante bien fortificada, pero ni de lejos es tan segura como debería si supiera que voy a ir a por él.

Mientras me acercaba por el camino, distinguí a varios de sus hombres patrullando la línea de la propiedad y a otros de pie delante, junto a sus coches. También tiene cámaras instaladas en la pared lateral que lleva a la zona trasera, pero apuesto lo que sea a que nadie las está vigilando esta noche.

Aun así, esto va a ser complicado, pero no imposible. El plan es sencillo. Mis hombres se moverán bajo la protección de la oscuridad, eliminando a los que patrullan el exterior de la propiedad. Eso bastará para que Mikki y yo podamos acercarnos. Y una vez despejado el camino, iremos directos por el centro mientras el resto de mis hombres se deslizan entre las sombras y eliminan a los que están más cerca de la casa.

En el fondo de mi mente, pienso en lo que podría haber pasado si no hubiera descubierto los planes de Vladimir. Era mucho más astuto de lo que creí al principio para prepararnos esta trampa a Nikolai y a mí. Si hubiera tenido tiempo, estoy seguro de que podría haber convencido a Nikolai para que se uniera a mí. Dudo que vaya a necesitar a sus hombres para la patética Bratva de Vladimir.

No dejo de preguntarme qué papel tiene Natalya en su plan. Se tomó la molestia de recuperarla mientras tramaba esta campaña contra mí. Eso significa algo. *Ella* significa algo. Me doy cuenta de que Vladimir no se la llevó por algún tipo de deber paternal. Piensa

utilizarla como parte de su estrategia para eliminar a la competencia. No quiero imaginarme cómo y no voy a esperar a que actúe. Todo esto tiene que acabar esta noche.

Vemos destellos breves cuando los guardias del perímetro exterior caen. En cuanto veo el último destello, Mikki y yo nos acercamos un poco más.

La propiedad de Vladimir es bastante pequeña. En unos pocos pasos, ya estamos en los arbustos, a unos metros de la puerta principal. Observamos cómo dos de sus hombres fuman y charlan de un lado a otro mientras se apoyan en uno de los coches de su jefe. Hay tres en total, aparcados en fila en la rotonda. Todos del mismo modelo y marca.

Estoy pendiente de la línea de árboles un poco más allá, esperando la siguiente señal de mis hombres. Mikki me da un codazo y señala una cámara justo encima de la puerta principal.

—¿Deberíamos ocuparnos de eso? —susurra—. Si no nos han visto ya, no nos verán en absoluto, creo yo.

—Déjala —respondo—. Cuando vean algo en las cámaras, ya estaremos llamando a la puerta de Vladimir.

Asiente, con la mirada entrecerrada en la oscuridad mientras observa a los dos hombres. Estamos tan cerca y ellos no tienen ni idea de que vamos a saltar sobre ellos desde los arbustos. — Tenemos que movernos rápido —susurra.

Asiento. Tenemos que acabar con esos dos deprisa y entrar por esa puerta principal de un tirón si podemos. Después, sólo tendremos unos segundos para meternos en la casa. En cuanto Vladimir comprenda lo que está ocurriendo, responderá con toda su artillería. Y cuando estemos metidos en un tiroteo, puede pasar cualquier cosa. Necesito mantener el control tanto como pueda.

Justo cuando pienso eso, rompe el silencio el sonido de disparos en la distancia. Un disparo en un extremo y otro en el contrario. Los

dos hombres se incorporan y caminan despacio hacia el ruido, con la mano en la pistola.

Esa es nuestra señal. Mikki avanza hacia el más cercano y yo me acerco al otro. Mikki llega primero al suyo y le corta el cuello por detrás. El otro lo ve y sé que sólo tengo unos segundos para abatirlo antes de que apunte con el arma a Mikki.

Llego a tiempo, le rodeo el cuello con el brazo y aprieto, levantándole del suelo. Un chasquido satisfactorio resuena a través de mi piel cuando su cuello se rompe y su cuerpo se queda inerte. Lo suelto y los dos nos dirigimos hacia la puerta.

Podría tirarla abajo de una patada. Podría hacer muchas cosas, pero el centro de la puerta es un vitral decorativo así que elijo el camino de menor resistencia. Saco la pistola y disparo al cristal.

Se hace añicos al primer disparo, pero no termina de desmoronarse hasta que le disparo dos veces más. El vestíbulo de Vladimir queda completamente a la vista mientras me acerco y meto la mano para abrir la puerta.

—¡Cuidado!—. Mikki me tira hacia atrás y hacia un lado justo cuando una lluvia de balas rocía la madera, lanzando fragmentos de cristal y madera por todas partes. Me corto el brazo con el cristal de la puerta mientras Mikki me saca de la línea de fuego.

Entonces cesan los disparos. Solo se oye el tintineo del vidrio al caer y el fuerte olor a pólvora.

—¡Anton!— oigo desde dentro. —¿Eres tú, viejo amigo?

Le hago un gesto a Mikki para que rodee la casa por detrás. Él lo capta y se escabulle. —¿Así es como recibes a tu hermano?— le grito a Vladimir. —Me han dado la bienvenida con más calor en la cárcel.

Le escucho reír. —Siempre me encantó tu sentido del humor —dice —. Solía decirle a Maksim que ese tono seco forma parte de tu

encanto. Él solía responder que tus bromas necesitaban mejorar. Me temo que nunca tuvo mucho sentido del humor.

—Eso es verdad —le respondo—. Pero los imperios no se construyen sobre alivios cómicos.

El sonido de sus zapatos crujiendo sobre el cristal mientras se acerca es inquietante. Tengo las manos empapadas de sudor aferradas a la empuñadura de la pistola. —Sé que Natalya está contigo —le grito—. Vamos a hablar de esto como caballeros. Deja las armas y tengamos una conversación racional, ¿de acuerdo?

—Oh-ho —se ríe—. Yo diría que ya estamos más allá de lo racional, amigo mío.

—Todo se puede arreglar con palabras civilizadas. Deja que ella salga donde yo estoy y podremos olvidar el pasado.

—Tienes mucho valor, Anton. Mucho valor.

Su voz está más cerca. Voy a tener que moverme, y rápido. Antes de poder hacer nada, una nueva ráfaga de balas revienta la puerta. Me sobresalto, echándome hacia atrás y tropezando hacia los arbustos. Es entonces cuando veo a uno de mis hombres siendo acribillado. Su cuerpo se agita bajo el impacto de las balas antes de desplomarse en el suelo.

Me muevo, corriendo hacia el otro lado de su coche justo cuando abre la puerta y sale. No he visto a Vladimir desde antes de marcharme a Rusia. Tal vez no recuerdo bien lo corpulento que era, pero parece que ha ganado al menos veinticinco kilos más desde que me fui. Lleva un chándal gris con la chaqueta subiéndole por la tripa mientras sale lentamente al exterior, el AR-15 en la mano.

Echo un vistazo al lado de la casa y veo a mis hombres apostados, listos para atacar. Debería dejar que despachen a Vladimir directamente. Pero aún no sé dónde está Natalya. Tengo que actuar con cabeza.

Me busca entre los arbustos, donde ha oído mi voz. —¿Anton? No te habrás marchado corriendo, ¿verdad? Espero que no. La diversión acababa de empezar.

No me da tiempo a responder. Se oyen disparos desde dentro de la casa. Vladimir se sobresalta y se detiene, luego se da la vuelta y corre de nuevo al interior. Me levanto y le sigo, procurando que no se me oiga al acercarme a la puerta. Cuando llego, no le veo en el vestíbulo. Abro la puerta, doy dos pasos dentro—

Un estallido ensordecedor de disparos llena el pasillo, impactando contra la pared a mi lado. El yeso cae sobre mí mientras un ardor punzante en el costado me hace caer de rodillas.

Me llevo la mano al costado y noto la pegajosa y caliente humedad de la sangre de la bala que me ha alcanzado.

Joder…

—¿Nunca te enseñó Maksim a revisar cada esquina antes de entrar en un sitio desconocido?—

Levanto la vista y veo a Vladimir en las escaleras, apuntándome con su arma. Baja el resto de los escalones y se detiene sobre mí. Intento levantar mi pistola, pero la aparta de una patada y la oigo rebotar por el suelo.

Lo siguiente que escucho es una pelea detrás de mí. Disparos y ruido de combate cuerpo a cuerpo. Mierda. Debí de pasar por alto a parte de la gente de Vladimir. Tendré que entretenerle hasta que consigan llegar hasta mí.

—Has sido sorprendentemente fácil de vencer —dice—. Todo este hablar del "Gran León" y, al final, solo eras un cachorro. *Sigues* siendo un cachorro. Es curioso, ¿no crees?

—Palabras grandilocuentes para un hombre que está sitiado —le suelto—. En cuanto mis hombres terminen fuera, vendrán a por ti y cortarán tu cabeza como trofeo.

—Muchas palabras para un hombre de rodillas —dice, con una gran sonrisa. Me observa largamente, luego añade—: ¿Y por qué has venido entonces? ¿Descubriste mi pequeño juego? ¿Eso es? ¿O será que el temible Bratva anda cautivado por un poco de carne de la parte incorrecta de la ciudad?

—Eso es hablar fuerte de tu propia hija.

Se ríe. —Claro. Sí, bueno, al menos podemos admitir que el amor no ha muerto, ¿verdad? Lástima que tú sí vas a morir enseguida.— Inclina la cabeza y apunta su arma hacia mí.

—Debería haberlo visto claro desde el principio: el cebo es la única manera real de obtener poder —dice—. Ojalá se me hubiese ocurrido usar a Natalya a mi favor en vez de dejar que lo hiciese ella todo por mí. Da igual. Al menos podré cortarte la cabeza yo mismo. — Me da un leve empujón y añade—: Siéntate derecho para que pueda ver tu cara.

Por lo menos me concede ese honor. Me incorporo y le miro a los ojos.

—Eso es —dice—. Me aseguraré de decirle a tus hombres que has muerto con honor... cuando estén llamándome Pakhan.

No digo nada y mantengo la mirada fija en la suya. *Natalya, mi amor. Espero volver a encontrarte en la próxima vida. Quizás entonces tengamos una oportunidad…*

29

NATALYA

Arseni me empuja hacia abajo bajo la ventana del salón, vigilando dos entradas mientras mi padre grita a Anton en el vestíbulo, la que queda detrás de nosotros y da al exterior y el comedor por el que acabamos de pasar a toda prisa. Estoy temblando casi de miedo mientras me agazapo aquí.

No sé cuándo va a ocurrir, pero me va a matar. Quizá simplemente me empuje hacia el medio del tiroteo. Quizá lo haga ahora mismo. No lo sé.

Levanto un poco la cabeza y veo movimiento en el comedor. Antes de que pueda reaccionar, una sombra avanza y agarra a Arseni por detrás. Forcejean hasta que Arseni empuja la sombra de vuelta al salón. Y entonces, a la luz que entra por la ventana, veo la cara de su atacante. Mikki.

El corazón me da un vuelco al darme cuenta de lo cerca que estoy de escapar. Al principio los dos forcejean hasta que Arseni logra zafarse de Mikki y corre hacia la cocina. Mikki se incorpora y dispara varias veces tras él.

—¿Estás bien? —me susurra.

Asiento con la cabeza. Entra en el salón, me coge de la mano y dice: —Vámonos de aquí.

Nos movemos despacio, manteniendo la cabeza agachada mientras avanzamos a hurtadillas por el salón, el comedor y cruzamos la cocina. No llegamos lejos cuando veo a mi padre de pie en las escaleras, con el arma en la mano…

Y escucho el sonido de la puerta abriéndose. Alguien está entrando.

Mi padre abre fuego y, de repente, el pasillo estalla en disparos. Mikki me agarra y me arrastra tras la encimera para protegerme de cualquier bala perdida.

Oigo el sonido de un quejido. A quien sea que mi padre estaba disparando, le ha dado.

Me suelto de Mikki y miro alrededor de la esquina para ver a mi padre bajando lentamente las escaleras. —¿Nunca te enseñó Maksim a revisar cada esquina antes de entrar en un lugar desconocido? —dice.

Maksim… *oh, no…*

Le da una patada y se oye el sonido de algo chocando. Mikki tira de mi brazo. —Vámonos —susurra.

Me zafó bruscamente, inclinándome hacia delante para poder ver mejor. Le veo. Anton está agachado ante mi padre y la sangre le gotea del cuerpo y se va acumulando en el suelo.

—Natalya —dice Mikki, y me vuelvo hacia él.

—Anton está herido —le susurro de vuelta. Me giro justo a tiempo para ver a mi padre bajando el arma hacia Anton.

—Me aseguraré de decirles a tus hombres que has muerto con honor… en cuanto empiecen a llamarme Pakhan —dice mi padre.

—¡NO! —me estoy moviendo antes de darme cuenta. Cruzo la cocina corriendo y me lanzo delante de Anton. Mi padre se

sobresalta levemente, pero su arma sigue apuntándole a través de mí… bueno, ahora apunta a mi cabeza.

—No lo hagas —digo, desesperada—. No lo hagas, papá.

Hay medio segundo de sorpresa en su rostro, luego pone los ojos en blanco y dice: —Por mucho asco que me dé todo este rollo melodramático de amantes desafortunados que intentas montar, está claro que aún no comprendes hasta dónde soy capaz de llegar para deshacerme de Anton Romanov. Os mataré a los dos en el acto, Natalya.

—A tres —digo. Me tiembla la voz, traicionando el miedo que llevo dentro—. Los tres, padre.

Tarda un instante, pero veo la comprensión en sus ojos cuando bajan hasta mi abdomen. También siento que Anton se mueve detrás de mí, con la respiración entrecortada. No quería que se enterara así.

—¿Qué…? —La palabra se le escapa a mi padre casi por accidente. Como un suspiro en el viento. La piel se le llena de manchas mientras me mira con una expresión que creo que nunca le he visto antes. ¿Es sorpresa? ¿Miedo? ¿Asco? ¿Todo a la vez?

—Puede que seas lo bastante vil como para asesinar a tu propia hija a sangre fría —le digo—, pero ¿hasta dónde tendrías que arrastrarte para matar también a tu propio nieto?

—Mentirosa y zorra —escupe, el rostro se le vuelve de rojo moteado a rojo furioso—. No estás embarazada.

—¿No sería terrible que lo averiguaras con certeza después de matarme? —he agarrado con fuerza el brazo de Anton detrás de mí y las manos me sudan—. Sinceramente, me da pánico mirarle a los ojos ahora mismo. No puedo ni imaginar lo que estará pensando.

Retrocede unos pasos, bajando el arma—. ¿Embarazada…? *¿¡Embarazada!?* —Nos observa, los ojos saltando de una cara a otra

—. Tú… tú serías capaz de *cualquier cosa* para arruinar mis planes, ¿verdad? —Y entonces levanta el arma hacia ambos—. Pero hoy no.

El pasillo se llena repentinamente con el estruendo de los disparos. Me estremezco, cierro los ojos y aparto la cabeza, esperando la quemazón en el pecho por el impacto del plomo.

Pero nunca llega. Levanto la vista justo a tiempo para ver a mi padre estremecerse y llevarse la mano al hombro. Da un traspié y luego echa a correr junto a nosotros, casi tumbándonos al salir disparado de la casa. Mikki sale de la cocina, con el humo aún saliendo del cañón de su pistola. Vuelve a apuntar y dispara. La segunda bala alcanza a mi padre en el omóplato. Grita de dolor mientras tropieza hacia delante.

Oigo el rugido de uno de sus coches más allá de la entrada. Mi padre mira de reojo y desaparece tambaleándose.

Mikki avanza y Anton ya se está incorporando. Hago todo lo posible por ayudarle, pero él me aparta de un empujón—. Es mío —le dice a Mikki.

Sujetándose el costado, él y Mikki se mueven deprisa, saliendo justo cuando el coche se aleja de la glorieta y baja por el camino de entrada.

—¿Qué haces? —le grito. Él me lanza una mirada por encima del hombro y entonces le dice a Mikki—. Pon ese coche en marcha, ya.

El coche con mi padre dentro gira y ya está a mitad de la manzana. Mientras Mikki va a puentear ese coche, yo vuelvo a toda prisa a su despacho, donde guarda las llaves. Cojo una y salgo corriendo otra vez. Tengo que evitar la puerta principal porque voy descalza, así que cruzo la cocina y salgo por la puerta corredera. Pero cuando llego delante de la casa, siguen intentando arrancar el coche a la fuerza.

—Vas a necesitar esto si quieres ir tras él —digo, agitándolas mientras me apresuro hacia ellos. Anton está apoyado contra la

pared, acribillada a balazos, y detrás de él veo las sombras de sus hombres descendiendo sobre la escena. También veo los cuerpos de todos los hombres que acaban de morir en este tiroteo. No distingo a qué Bratva pertenecen, pero supongo que ahora mismo eso da igual.

Anton me mira con debilidad y dice: —Quédate aquí con Mikki.

—No.

—Natalya...

—Si quieres cogerle, será mejor que nos pongamos en marcha. —Y, sin más, paso por su lado hacia el coche que corresponde a las llaves que llevo en la mano.

Al subirme, le veo incorporarse poco a poco y observándonos. Mikki está medio dentro y medio fuera del coche, junto a la puerta, también fijando la mirada en mí, al igual que el resto de los hombres de Anton.

Enciendo el motor y lo acelero, rezando porque al menos Mikki decida venir conmigo. No existe universo en el que pueda enfrentarme sola a mi padre. Él y Anton se intercambian una mirada y luego Anton asiente hacia el coche, mientras empieza a cojear rápidamente en mi dirección.

Un segundo después, ya está en el asiento del acompañante y Mikki abre mi puerta. —Será mejor que me dejes conducir a mí.



Mikki conduce como alma que lleva el diablo. Bajamos la calle a toda velocidad, las ruedas chirriando. Anton le pregunta: —¿Sabes adónde ha ido?

—Ni idea —responde—. Pero sé en qué dirección.

—Está herido. Probablemente haya ido a algún sitio bajo tierra donde puedan curarle. —Anton me mira por encima del hombro—. ¿Alguna idea, Natalya?

Pienso durante unos segundos al llegar a la carretera principal. Entonces lo recuerdo. El nombre *Mantis*. Se lo he escuchado más de una vez cuando alguien le pide que le eche un vistazo a algo. —Hay un tipo que creo que es médico —les digo—. Sólo sé que se llama Mantis.

—¿Sabes dónde está ese tal Mantis?

Niego con la cabeza. Él mira a Mikki, que se está frotando la barbilla pensativo.

—Hay un veterinario en Main Street que se llama Mantis. Te apuesto lo que quieras a que es el que buscamos. No puede haber muchos Mantises en la ciudad.

—Pues vamos.

Mikki toma la curva y el coche chilla con fuerza. Me agarro como puedo mientras recorre las calles a toda prisa rumbo al centro. No avanzamos mucho antes de que Anton le dé un codazo y señale. —Ahí.

Un coche, a pocos metros de nosotros. Incluso desde aquí veo que es uno de los coches de mi padre. Es el mismo modelo de coche de lujo negro y elegante que los otros. Nunca entenderé por qué mi padre decidió comprarse más de uno del mismo maldito coche.

—¿Es él? —pregunta Mikki.

—Es él —digo.

—Ya lo has oído —dice Anton, sacando su pistola—. Pisa a fondo.

Mikki pisa el acelerador mientras Anton baja la ventanilla. —Natalya —dice sin mirarme—, agáchate en el suelo.

Le obedezco y me acurruco en el suelo del coche. El coche da un bandazo y oigo a Anton gritar: —Pégate a él.

Se oyen disparos, Anton disparando al coche de mi padre. Siento cómo el coche da un giro brusco. —¡No le pierdas!

Levanto la cabeza lo justo para mirar por la ventanilla delantera. Mikki está zigzagueando para seguir el coche mientras avanza a toda pastilla. Después, desaparece al girar bruscamente a la izquierda.

Me sujeto fuerte mientras el coche toma la curva casi tirándome al otro lado del asiento trasero. —Haz que derrape —dice Anton.

Me agarro al asiento mientras Mikki acelera y el coche golpea el parachoques de mi padre. La parte trasera del coche de mi padre se tambalea pero vuelve a su camino. Mikki acelera y vuelve a golpearlo. Esta vez todo el coche tiembla a nuestro alrededor y el coche de mi padre chilla y empieza a dar vueltas delante de nosotros.

Todo se detiene. Mikki sale primero, seguido de Anton. Me asomo desde detrás del asiento justo cuando Arseni sale por el lado del conductor, con la pistola en la mano. Al ver a Mikki, alza el brazo y una navaja brilla a la luz de la luna.

Y entonces lo recuerdo. *Eso* era lo que me resultaba tan familiar del ataque de Mikki. Arseni adoraba los cuchillos. Incluso se los robaba a otros miembros de la familia. En todo el tiempo que ha trabajado para mi padre, jamás le he visto con una pistola.

Mikki salta del coche justo cuando Arseni avanza hacia él, blandiendo la navaja y rasgándole la camisa mientras retrocede. Mikki esquiva otro tajo y gira la pierna, dándole una patada en el costado y empujándole contra el coche. El cuchillo de Arseni sale volando de su mano.

Mikki no pierde el tiempo y le dispara dos veces en el pecho. Arseni cae hacia atrás y se desliza por el lateral del coche.

Anton está al otro lado. Abre la puerta del pasajero y saca a mi padre a la fuerza. Cae al asfalto como una masa informe de saliva, revolcándose en el suelo impotente mientras Anton se alza sobre él.

—¡Por favor! —suplicó mi padre. Luego, en ruso—: ¡Hermano! No lo hagas. Has ganado. ¡Puedes quedarte con Natalya! ¡Te dejaré en paz! ¡Por favor, déjame vivir!

Resulta casi cómico. Tanto discurso, tanta pose. Todos esos gritos y amenazas a mi vida, y ahora que mira directamente al cañón del arma de Anton, se viene abajo como el cobarde que es.

—Te entregaré la Bratva —dice—. Me haré a un lado y será toda tuya. Por favor, Anton.

Anton simplemente se queda ahí, mirándole desde arriba con una mueca de asco. —Ya tengo todo lo que necesito de ti, Vladimir —le suelta. Luego levanta la pistola y dispara una vez. La cabeza de mi padre rebota con fuerza contra el suelo y su cuerpo se queda inmóvil.

Está muerto. Está realmente... muerto. Me quedo mirando su cuerpo iluminado por los faros del coche, aturdida. La sangre, negra como la noche bajo las luces, se extiende bajo él, manchando su chándal favorito.

Llevo instintivamente la mano al abdomen. *No te hará daño, querida. Tu padre se ha encargado de ello.*

Entonces veo el rostro de Anton, que vuelve al coche. La expresión de su cara es indescifrable mientras se aleja de la luz de los faros y sube al asiento del pasajero.

Mikki regresa al coche, y en esos segundos que estamos a solas, deseo decirle algo. ¿Pedirle perdón? ¿Suplicarle que me mire? No lo sé. Probablemente esté furioso conmigo…

Mikki sube al coche y saca el móvil mientras pone el coche en marcha. Con destreza, marca un número mientras nos alejamos de

la masacre. Tras unos segundos, dice: —Sí, Iggy. Necesitamos que abras la tienda. El jefe necesita tu ayuda. Sí, ahora. —Hace una pausa, escuchando lo que dice Iggy—. Vale. Vamos para allá.

Miro a Anton, que observa por la ventana. Dije que quería criar a este hijo sola... Quizá eso sea justo lo que acabe teniendo.

¿Por qué, de repente, me parece tan equivocado?

30

ANTON

Llegamos a casa de Iggy en menos de una hora, y menos mal. Empiezo a sentirme mareado. Miro la herida de bala y me doy cuenta de que, en esta gran aventura, probablemente he perdido bastante sangre…

—Bueno, tienes una pinta terrible —dice Iggy cuando entro en su despacho trasero. Ajusta sus gafas de montura fina y se rasca esa maraña de pelo blanco mientras me observa—. ¿Te has cortado afeitándote o qué?

—Algo así.

—Venga, siéntate. Vamos a quitarte esa camisa… Oh, ¿y quién es ella?

Echo un vistazo por encima del hombro a Mikki… y a Natalya, que está detrás de él, tímida. Mikki sigue su mirada y luego me mira a mí, y ambos esperan que diga algo.

—No es importante —le digo a Iggy mientras me siento en el sillón de dentista que hay en el centro de la sala. El dolor en el costado me arde como el fuego y sube por todo mi cuerpo. De repente mi camisa me parece tan apretada como las vendas de una momia.

Miro a Mikki, pidiéndole ayuda en silencio. Él se acerca dispuesto a echarme una mano.

Iggy no deja de mirar a Natalya de arriba abajo.—¿"No es importante", eh? Pues desde aquí, eres una "no importante" de lo más interesante.

Ella intenta no sonreír, pero no lo consigue. Las comisuras de sus labios se levantan y las mejillas se le tiñen de color al bajar la vista hacia los zapatos. Iggy le tiende la mano.

—Igor Brodsky —dice. Ella le estrecha la mano con cautela.

—Natalya. Natalya Petrov.

Ni siquiera tengo que ver la cara de Igor para saber que se le ha borrado la sonrisa. Se endereza un poco y suelta un breve —*Oh* antes de aclararse la garganta.—Bueno, Natalya, es un placer conocerte. —Echa un vistazo a las sillas que hay cerca de la puerta. —¿Por qué no tomas asiento…?

—Espera fuera —le digo—. No tardaremos.

Me mira y se le borra la sonrisa. Me imagino que va a protestar o a echarme en cara que me las doy de jefe, pero no lo hace. Simplemente sale de la sala.

Mikki termina de ayudarme a quitarme la camisa. No es tarea fácil. El brazo me arde ahora y, cuando logro sacar una manga, prácticamente me muero del dolor mientras Mikki me levanta el brazo para sacar la otra.

Pero ya está fuera. Me recuesto mientras Igor enciende la luz de arriba y la dirige hacia la herida, luego se gira hacia los armarios bajo el fregadero y saca vendas, antiséptico, unas pinzas grandes y mil cosas más. Sin mirarle, le dice a Mikki:—¿Por qué no haces compañía a la señorita No Importante mientras trabajo? Odio que me miren por encima del hombro cuando estoy en faena.

Mikki me mira buscando confirmación y yo asiento con la cabeza. Sale de la sala.

—Hace tiempo que no me ves —dice—. Me ha dicho un pajarito que estuviste un tiempo en la Madre Patria.

—Así es —respondo. Él asiente, luego coloca todo lo que ha sacado en una bandeja metálica y la acerca hasta depositarla en una mesita junto al sillón.

—Mmm. —Se da la vuelta y vuelve a los armarios, deteniéndose en el fregadero. El murmullo de fondo se mezcla con el agua corriente mientras se lava las manos.—Por cierto, creo que nunca tuve ocasión de darte el pésame por Maksim. Fue un buen hombre… o, al menos, tan bueno como se puede ser en nuestro negocio.

Estoy casi seguro de que ya me ha dado el pésame, pero no pasa nada. No tengo fuerzas para sacar el tema.—Gracias.

Se vuelve y me dedica una sonrisa mientras coge unas toallas de papel del pequeño montón del mostrador y se seca las manos.—Vamos a ello, ¿te parece?

Se pone la mascarilla y se sienta a mi lado, acercando la silla hasta poder ver mejor la herida de bala.—¿Te importa incorporarte un poco?

Lo hago, girándome de lado. Le oigo chasquear la lengua.

—No hay orificio de salida, amigo. Sabes lo que significa eso.— Me doy la vuelta y él me observa con sus cansados ojos grises. —¿Qué te apetece?

—Vodka.—

Él se ríe entre dientes. —Se me ha acabado. Quizás tenga un vaso de Jack debajo del escritorio, en la recepción.—

—Estoy bien, gracias.—

—Vale. Tipo duro. Vamos a ponerte local para poder ver bien el panorama.—

Echo la cabeza hacia atrás mientras me pincha con la aguja. Tras esperar un minuto, hasta que empiezo a notar el efecto de la anestesia, él se pone manos a la obra para sacar la bala. El anestésico me adormece, pero la sensación de que esté hurgando en la herida me pone de los nervios. Lo peor es notar el roce del metal contra el metal dentro de mi cuerpo, mientras sus pinzas encuentran y atrapan la bala. Me pone los pelos de punta.

—Entonces, cuéntame quién es esa preciosidad sentada en mi recepción.—

Sabía que lo preguntaría. A veces, Iggy se mete demasiado en mis asuntos. —Es... una conocida.—

Él suspira. —Anton, prefiero que no me cuentes nada antes que me mientas. Pensé que aquí había confianza.—

—Si hay opción, elijo no decir nada.—

Él se echa a reír. —Por la forma en que te ha mirado al entrar, diría que es bastante más que una cualquiera de la calle. Tú le importas a esa chica.—

Frunzo el ceño. Lo sé. Eso no es novedad... y, la verdad, quizá ese sea todo el problema.

—Sé que esto no es exactamente asunto mío —dice—, pero sea lo que sea lo que pasa entre vosotros, yo intentaría arreglarlo.— Bajo la mirada y veo que sigue hurgando en mi herida con dos pinzas. Una para mantenerla abierta y otra, más pequeña, para pescar la bala. La sangre oscura se acumula y resbala por mi costado.

—Tienes razón —digo, apartando la vista—. No es asunto tuyo.—

—Ya, bueno... Llevo haciendo esto demasiado tiempo y sé que las mujeres solo acompañan a sus hombres aquí por dos motivos: para asegurarse de que vivan y para asegurarse de que mueran. Esa de

ahí fuera haría lo que fuera por lo primero. Se le nota en los ojos. Y créeme, esa es una expresión que ya casi no veo entre los de la Bratva. Siempre os buscáis a las peores mujeres...—

Inspiro brevemente, demasiado tenso para mover el abdomen mientras trabaja. —Si apenas has hablado con ella, ¿cómo puedes saber algo así?—

—La experiencia, hijo. La experiencia. Y me atrevo a decir que esa mujer está completamente loca por ti. Y siendo hija de Vladimir Petrov, imagino que es un gran asunto. La lealtad lo es todo, ¿verdad?—

El sonido de la carne húmeda llena la sala e Iggy gruñe un poco. Un segundo después, levanta la bala cubierta de sangre hacia la luz y coloca una gasa sobre mi herida, que sigue supurando. —Ahí tienes al maldito cabrón. ¿La quieres de recuerdo?—

—Ni de broma.—

—Tú verás.— Un tintineo cuando la deja caer en una bandeja metálica. —Ahora viene la parte divertida.—

Se da la vuelta para coger aguja e hilo y coserme la herida. Pienso en lo que ha dicho. *La lealtad lo es todo*. Qué curioso cómo esa frase me pincha justo donde más duele.

No sabía que estaba embarazada. Ni siquiera sé desde cuándo lo está. Hemos tenido sexo realmente duro desde que vive conmigo. Y luego lo que Kat le hizo y lo de esta noche... Se interpuso delante de la pistola de Vladimir. Podría haber, *hubiera* matado a las dos, a ella y a este bebé.

Estoy hecho un lío por todo esto. Jamás habría querido que se acercara a nada de lo que ha ocurrido esta noche. Todo el trayecto en coche, en cada una de las curvas bruscas de Mikki, recé para que no la sacudiera demasiado en el asiento de atrás.

No debería haberse puesto en la línea de fuego, aunque haya sido por salvarme. No sé cómo encajarlo. No sé si puedo encajarlo. La lealtad lo es todo, ¿eh? ¿Y qué significa eso ahora mismo?

—Listo —dice Iggy.— Miro hacia abajo y veo los puntos en mi piel enrojecida. —Sólo hay que vendarlo. Mantenlo limpio y seco. Cámbiate las vendas cada día. No esperes a que estén chorreando y con pus. Ya sabes cómo va esto.—

—Gracias —le digo.— Te haré el pago mañana por la mañana.—

Hace un gesto despreocupado con la mano, pero no me rechaza la oferta. Me coloca la venda y dice: —Espero, por lo que más quieras, no verte en mucho tiempo, Anton.—

Sonrío. Probablemente, la primera vez desde que empezó esta noche. —Igualmente, Iggy.—



Mikki nos deja a Natalya y a mí antes de marcharse a su propio piso. Le he dicho que estaba invitado a quedarse a dormir aquí, pero simplemente me ha hecho un gesto con la mano y ha dicho—Con todos mis respetos, prefiero dormir en mi propia cama esta noche, si no le importa, jefe.—

Entramos en la casa y, sin mirarla, le digo—Es tarde. Deberías descansar. Podemos hablar de todo mañana.—

Doy dos o tres pasos alejándome de ella y entonces dice—¿Podemos hablar ahora?—

Suelto un suspiro. Esta mujer es agotadora.—Natalya…—

—Porque acabas de descubrir algo realmente importante y… y necesito saber en qué punto estás. Creo que puedes entender lo importante que es para mí saberlo, ¿verdad?—

Me giro para mirarla. De repente me parece pequeña. Su largo pelo rojo está un poco despeinado y sus ojos azul celeste están enrojecidos. Está apretando las manos con fuerza, esperando a que diga lo que sea que cree que debería decirle.

La verdad es que no sé qué decir. Y aunque lo supiera, no estoy seguro de cómo decirlo.—Estás hablando de… el bebé.—

Ella asiente.

Respiro hondo. Mi costado empieza a doler y realmente me vendría bien una copa.—¿Qué quieres de mí, Natalya? Hace tres horas no sabía que iba a ser padre en… ¿De cuánto estás?—

—Unas seis o siete semanas, creo.—

Rápidamente hago las cuentas. Aquella primera noche que estuvimos juntos. Joder. Tanto tiempo.—¿Cuánto hace que lo sabes? —

Ella duda, sus ojos revolotean por mi rostro con un destello de desesperación.—La noche después de que mataste al Amur.—

La observo mientras aparta la mirada, avergonzada.—¿Pensabas decírmelo o esperabas lanzarte delante del AR de tu padre para darle un toque dramático?—

Ella se estremece ligeramente.—Anton, iba a matarte.—

—Te habría matado a ti,— espeto.—Me sorprende de verdad que dudara siquiera, la verdad. No sé si alguna vez te diste cuenta, pero tu padre era un puto psicópata. Estaba dispuesto a sacrificar vuestras vidas por el poder.— Tengo que frenarme para no seguir despotricando. Todas estas emociones burbujean bajo la superficie como lava en un volcán.—¿Cómo pudiste ponerte en peligro así?—

—Lo hice por ti,— dice ella, con la voz quebrada.—Anton… No sé qué haría si tú estuvieses muerto. No sé cómo podría seguir adelante…—

—¿*Tú* no sabes qué harías? ¿Y qué crees que me habría hecho a mí si tú murieras el mismo día que descubro que podría haber sido padre? Nunca debiste interponerte, Natalya.—Me acerco a ella y se sobresalta, retrocediendo mientras las lágrimas le recorren la cara. Eso me deja de piedra.

Solloza y se limpia la cara con la manga.—No te lo dije porque… porque este bebé es mío, Anton. Es mi responsabilidad. No es el legado de mi padre ni tu carga. Es mío. Al final del día, yo seré quien tenga que llevarlo. Yo seré quien deba cuidarlo.—

Me mira mientras las lágrimas le corren por la cara, formando surcos.—Lo peor es que pensaba guardar el secreto. Iba a marcharme de aquí y vivir mi vida y tú no tendrías por qué enterarte, pero yo, tonta de mí… Tonta de mí me enamoré de ti sin quererlo. Iba a decírtelo esta tarde.—

Hace una pausa mientras empieza a temblar, pequeños sollozos brotan.—Pero no te agobies. No tienes que preocuparte por lo que podría haber pasado ni por lo que pasará, ¿vale? Te libero de toda responsabilidad.—

—Natalya…—

—No importa. Nunca importó. Tenías razón desde el principio. Ahora que el peligro ha pasado, lo mejor para mí es marcharme. Así que… eso haré. Mañana por la mañana podrás lavarte las manos de todo esto… y de mí.—

Extiendo la mano hacia ella pero retrocede.—Natalya…—

No vuelve a decirme una sola palabra. Me esquiva y se aleja, subiendo las escaleras y desapareciendo de mi vista hasta que escucho la puerta de su habitación cerrarse arriba. Me quedo mirándola unos segundos… y luego voy a mi despacho y me sirvo una copa. Llego hasta la puerta antes de darme cuenta de que no puedo dar ni un paso más.

¿Qué estoy haciendo? ¿Por qué estoy destrozando esto? *La lealtad lo es todo.* Me aparto del despacho y miro con anhelo hacia las escaleras, buscándola con la mirada.

No hay nada que se pueda hacer. Se irá por la mañana y no hay nada que yo pueda decir para impedirlo.

Abro la puerta del salón y cruzo el umbral. Por la mañana, ella se habrá ido y cuando se haya ido…

Cuando se haya ido, volveré a estar solo.

31

NATALYA

Estoy tan jodidamente cansada de llorar. Si no estuviera en una situación que haría llorar histéricamente a cualquiera cada pocos minutos, podría culpar a las hormonas del embarazo.

Es solo que... le quiero y odio tener que admitirlo. En un mundo perfecto, se lo habría dicho en cuanto lo supe. En un mundo perfecto, estaría segura de que sería un padre maravilloso para este bebé. Quizá a estas alturas ya estaríamos planeando nuestra boda.

Estoy de espaldas a la puerta, con la mirada clavada en la maleta que empecé a hacer esta mañana. Todo está desparramado por el suelo, olvidado en un arrebato de pasión. Cuando cierro los ojos, aún puedo sentir su caricia en mi piel y el calor de sus besos. ¿Por qué no puede ser esto como en los cuentos de hadas que leía de niña? ¿Por qué este rey de la Bratva no puede ser mi caballero de brillante armadura?

Casi me río de lo disparatado que suena ese pensamiento. Rey de la Bratva y caballero de brillante armadura no son precisamente lo mismo. Si de verdad fuera mi caballero, entonces no estaríamos aquí.

Me arrodillo ante la ropa y la maleta volcada. Tendré que recuperar mi móvil de sus manos y llamar a Ilya para contarle lo ocurrido. No creo que nadie vaya a venir ya a por mí. Al menos él se aseguró de eso. Cumplió su promesa de protegerme. Eso significa algo.

No sé qué pasará con la Bratva de mi padre, pero estoy segura de que, sin su líder, también me dejarán en paz. Al fin y al cabo, nunca estuve en el punto de mira de nadie, salvo en el suyo.

Quizá dentro de unos años me marche de la ciudad. Yo y esta pequeña criatura podremos tener algo distinto a esto, supongo. No tengo ni idea de cómo hacerlo. Esta vida, este existir en los márgenes de la Hermandad Rusa es lo único que he conocido. Espero poder ser una buena madre al final. No puedo ser peor progenitora que mi padre.

Guardo la ropa y cierro la maleta. Aún quedan horas para que amanezca, pero al menos debería dejar un mensaje en el buzón de voz de Ilya. Para eso necesitaré a Anton.

Salgo de mi habitación. La puerta de su cuarto está cerrada, pero no se ve más que oscuridad bajo ella. Me pregunto si estará durmiendo…

Oigo el sonido sutil de un vaso tintineando en algún lugar de la planta baja. Nada, sigue despierto. Probablemente esté en la cocina o tal vez tomándose una copa en el salón.

Dudo. Mis pies descalzos se hunden en la moqueta. Quizá debería esperar hasta la mañana. Ilya lo entendería si la llamo en el último momento mañana. Sobre todo dadas las circunstancias.

O podría pedirle el móvil y acabar ya con esto. Suspiro. No sé si tengo fuerzas para más. Saber ahora que ella está dispuesta a acogerme de nuevo, sin hacer preguntas, me parece un plan estupendo.

Bajo las escaleras hasta la planta baja. No está en el salón ni en la cocina. Quizá he oído cosas. Podría estar dormido…

Recorro el pasillo hasta el despacho y el aroma de su colonia me recibe. Una luz cálida se cuela bajo la puerta cerrada.

Levanto los nudillos para llamar, pero me doy cuenta de que la puerta está entreabierta. Espío dentro, abriéndola un poco más.

Está sentado en su escritorio, en la esquina, con una copa en la mano… y lo que parece ser una foto en blanco y negro en la otra. Sus ojos, tan oscuros como el carbón, recorren las líneas de la imagen mientras bebe un trago de su vaso.

Deja la foto sobre el escritorio y dice—: Puedes entrar del todo, *Devushka*. No tiene sentido que te quedes en el umbral.

Su apodo me golpea con fuerza y me muevo casi sin ser consciente de ello. Abro la puerta del todo y entro, y él alza la vista, con una sonrisa apenas esbozada en los labios.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Incluso descalza, tus pasos suenan como si llevaras botas —responde—. Supongo que no has venido porque sí, ¿verdad?

Le observo. No está borracho, pero tampoco tiene buen aspecto. Sus ojos lucen agotados al mirarme y su barba, aunque recortada, resulta descuidada. —¿Estás mirando fotos antiguas?

Echa un vistazo a la foto en el escritorio y resopla. Luego la coge y me la extiende. Me acerco y la tomo de su mano. Es una ecografía de un bebé, o al menos eso parece.

—No te preocupes —dice—, no es mía. Ni siquiera estoy seguro de que sea un bebé, siendo sincero. Por lo que sé, podría ser una ecografía de un feto de delfín.

Se la devuelvo y él la guarda en el escritorio. —La gran mentira de Kat —dice—. La metió en un sobre y me la dio durante la cena, antes de anunciar que estaba embarazada. Justo después de decirle que no éramos el uno para el otro. Dijo: 'No puedes dejarme a mí y

al bebé.' En serio, me soltó eso. —Niega con la cabeza, una sonrisa amarga en el rostro.— ¿Y quieres saber algo curioso?

Asiento.

—Fui feliz. En ese momento, cuando me dijo que iba a ser padre, fue la mayor felicidad que he sentido en la vida. Era como si todo se hubiera olvidado. Todas las mentiras, la manipulación... toda la mierda por la que habíamos pasado se borró de un plumazo con una sola frase. Mira que estábamos en un punto en nuestra relación en el que cada mañana que despertaba a su lado, lo único que quería era estrangularla con mis propias manos... pero en cuanto supe que estaba embarazada, toda esa bilis, esa animadversión, desapareció. —Chasquea los dedos.— Así, sin más. ¿A que es de locos?

No sé qué decir. Nunca le he visto así. Me aclaro la garganta y empiezo a hablar, pero me detiene con un —No puedes irte, Natalya. No así—.

Me mira con esos ojos grandes y vulnerables. Ahora sí habla en serio. Se levanta y se acerca a mí. —No quiero que haya ningún malentendido entre nosotros, Natalya. Quiero a este bebé y te quiero a ti. No te vayas—.

No sé qué decir. Balbuceo, intentando encontrar las palabras adecuadas. —Tú... Dijiste... Me dijiste que me fuera. Dijiste…— Me detengo y respiro hondo. —Me dijiste que soy libre de irme si quiero—.

—Sé lo que dije. Pero ahora, digo... te pido que no te vayas.— Hace una pausa, frunciendo los labios como si buscara las palabras correctas. —Siempre he querido ser padre, Natalya. Sólo lo tuve durante un breve tiempo en mi infancia. Y siempre me juré a mí mismo que, si algún día tenía la oportunidad de ser padre, haría todo lo posible por ser mejor que él. Parte de eso es decidir no dejar que críes a este bebé sola—.

Inclino la cabeza hacia él. —Anton, yo... ¿Qué quieres decir? ¿De verdad me quieres a mí, o…?

Coloca las manos sobre mis hombros. —Quiero que seas mía. No sé cómo ha pasado, pero ahora eres una parte de mí. Por extraño que suene, estoy enamorado de ti. Creo que te he amado desde el principio. Eres todo lo que podría necesitar o desear. Dicho esto, quiero ser el padre de este bebé—.

No le dejo terminar. Es demasiado. Todo esto es demasiado. Mi respiración comienza a entrecortarse entre sollozos y me lanzo a sus brazos. En cuanto mis labios se encuentran con los suyos, siento que es el hogar que nunca he tenido. Me rodea con los brazos y es como una muralla de protección, una manta cálida de amor que siempre he necesitado.

—Quédate conmigo, *Devushka*—, murmura contra mi boca. Me derrito contra su cuerpo al oír ese nombre que utiliza para mí. —Quédate—.

—No me voy—. Mi voz tiembla cargada de emoción. —No voy a irme a ningún lado—.

Me levanta en brazos, haciéndome volar hasta el sofá. Hace una pausa, cierra los ojos y se aparta de mí. El esfuerzo ha sido más del que esperaba, debido a la herida en su costado. Le acaricio suavemente la cara. —Estás herido. No te excedas—.

Él sonríe y, soltando una risita, responde: —Eres más ligera que una pluma, Pequeña—.

Tira de mi camiseta y le ayudo a quitármela por la cabeza. Me besa, sus manos sobre mis pechos. Sus pulgares recorren mis pezones a través del fino tejido de mi sujetador, y tiemblo. Están tan sensibles.

—Quiero saborear cada centímetro de ti—, murmura. Su mano asciende hasta el tirante de mi sujetador, que desliza por mi hombro. —Quítatelo. Quítatelo todo—.

Me deja incorporarme y desabrocho el sujetador. Se quita la camiseta y, por un momento, me distraen sus músculos y el tatuaje de león que le cubre el hombro y sube por su cuello. Excepto por la venda en su costado, es una auténtica obra maestra. Se me hace la boca agua con las ganas de besarle el pecho y esos abdominales…

Desabrocho mis vaqueros, me los bajo y los empujo con los pies. Él los recoge y los lanza a un lado. Mis bragas, él las agarra, rasga los laterales y me las arranca del cuerpo.

Se inclina sobre mí, pequeños mordiscos entre besos, mordiéndome los labios, la barbilla. Me besa el cuello y desciende con la lengua por el centro de mi pecho. Sostiene mis pechos entre sus manos, sus dedos juguetean con mis pezones endurecidos. Cuando su boca cubre mi pezón izquierdo y siento la presión de sus dientes, digo: —Están sensibles—.

Se detiene y me mira curioso. —«Están sensibles»…¿cómo?

Me muerdo el labio, sabiendo perfectamente lo que espera. De repente, la idea de que me dé un poco de dolor resulta tentadora. Al no responderle, alza una ceja. Saca la lengua y la pasa por mi pezón lentamente. Tengo que morderme el labio para no gemir.

—Sabes cómo tienes que llamarme—, dice mientras me lame. —No voy a avisarte otra vez, Pequeña—.

Siento que los dedos de los pies se me encogen anticipando lo que viene. Al no darle lo que quiere, sus dientes rodean mi pezón mientras aprieta el otro entre sus dedos. Cuando la mordida se intensifica, el escozor me atraviesa como un río cálido. Echo la cabeza hacia atrás, un gemido tembloroso se me escapa de los labios.

—Papi—, gimo.

—Así me gusta, preciosa—, dice, aflojando su agarre sobre mí. Chupa mis pezones doloridos, alternando entre uno y otro. —

Empiezo a pensar que te gusta que te castigue un poco, ¿verdad, *Devushka?*—

—A veces, sólo necesito que me corrijan un poco— *Oh... joder...*

Vuelve a morder mi pezón y retuerce el otro con fuerza. Me agarro al borde del sofá mientras el placer del dolor fluye dentro de mí. Es casi demasiado. Arqueo un poco la espalda y mi coño se presiona contra su abdomen. Me doy cuenta de que sonríe mirándome desde ahí abajo.

—¿Ese coñito tiene ganas de tu juguete, hmm?—

Asiento. Jamás he deseado tanto que me folle.

—Paciencia, mi amor. Dame lo que quiero y podrás jugar con él todo lo que quieras—.

Rodea mis pezones doloridos, acariciándolos con su lengua cálida y húmeda. Luego desciende hasta mi abdomen, saboreando mi piel a base de besos profundos.

Sus besos aterrizan sobre mis muslos internos, sus dedos acarician suavemente mis labios, los separan y deslizan hacia mi clítoris una y otra vez. Siento palpitar las paredes de mi coño mientras me tortura con caricias.

—Estás prácticamente empapada—, dice. —Sé que quieres correrte en mis dedos—.

Podría hacerlo. A estas alturas no necesitaría mucho. Al no responderle, alza las cejas. —Contéstame, cariño—.

—Sí—, gimo. —Sí, Papi—.

—Ahí está mi dulce niña. Dulce como la miel—. Introduce los dedos en mí mientras el calor de su aliento acaricia mi clítoris. Rodea mi clítoris con los labios, succionando suavemente mientras sus dedos se mueven dentro y fuera de mi cuerpo.

Paso los dedos entre sus hebras plateadas y rubio oscuro. Chupa un poco más fuerte y sus dedos giran al empujarlos más profundamente en mi interior. Gruñe, y el temblor de su voz retumba contra mi clítoris.

—Ay, papi —gimo, moviendo las caderas arriba y abajo contra su rostro. La aspereza de su barba calma esa picazón desesperada de mi pasión. Él sigue mi ritmo y, en poco tiempo, ese cálido hormigueo familiar se despierta en mi interior.

Como si pudiera leerme la mente, se detiene, ralentizando sus dedos y sentándose. Mis piernas empiezan a temblar mientras me observa, sus ojos recorriendo mi cuerpo con deseo.—Aún no, cariño.

—Pero papi—

—Todavía no. *Todavía.* Vendrás cuando yo te lo diga.

Tengo que morderme el labio mientras me folla con los dedos poco a poco. No sé si podré aguantar mucho más. Me agarra un pecho y lo aprieta. El dolor se mezcla con la sensación de sus dedos hundiéndose en mí y siento que voy a explotar. Escapa de mi garganta un gemido áspero que casi no reconozco.

—Papi, no puedo…

—Sí que puedes —dice él—. Eres más fuerte de lo que crees, mi amor. Déjate llevar. Permite que recorra todo tu cuerpo.

Su pulgar ahora está en mi clítoris. Respiro hondo, los ojos se me ponen en blanco. Dios mío, ayúdame, es increíble…

—Te gusta, ¿verdad?

—Sí, papi —gimo—. Me gusta tanto…

—Verte así me pone tan duro. No puedo esperar a estar dentro de ti.

Su voz me provoca y esa sensación vuelve a subir dentro de mí, aún más intensa esta vez. No creo que pueda resistir más.

—Ven para mí, pequeña —dice. Como si hubieran pulsado un interruptor, mi cuerpo responde y llego, apretando mis paredes alrededor de sus dedos, arqueando la espalda. Gimo alto y fuerte, mi voz retumba contra las paredes.

Mientras la oleada se desvanece, él se desabrocha los pantalones y saca su polla.—Te lo has ganado con creces.

Me tiemblan las piernas. Mi cuerpo aún se estremece cuando entra en mí. Sus dedos se deslizan en mi boca y, de repente, mi propio sabor me llena la lengua, dulce y ácido a la vez. La sobrecarga sensorial consigue que me venga de nuevo, sin poder evitarlo.

Está encima de mí, embistiéndome fuerte y profundo. Retira los dedos y me besa, compartiendo el sabor de mi sexo entre los dos. Esta vez no hay contención posible. Me corro de nuevo, mordiéndole el labio mientras mi cuerpo pierde el control.

Gime contra mi boca y siento sus manos enredadas en mi pelo. Un momento después, tira de mi cabeza hacia atrás y besa mi cuello. Gruñe al embestir, profundos y potentes golpes contra mis zonas más sensibles.

—Eres increíble —gime besando mi oreja. En ruso, dice—: Tu coño está tan mojado y tan apretado, podría vivir dentro de ti para siempre.

Le rodeo la cintura con las piernas, cruzando los tobillos y atrayéndole aún más dentro de mí.—Mi amor —gime—. Mi niña, mi preciosa niña pequeña…

Cuando se corre, llenándome con su cálida semilla, se entierra en mi cuello, sus gemidos roncos se ahogan contra mi piel.

—Te quiero —susurra—. Mi Natalya. Mi amor…

—Te quiero —le susurro de vuelta.



La luz del amanecer se cuela bajo la puerta. Cuando me despierto, estoy encima de él, escuchando los latidos de su corazón, su polla todavía dentro de mí. No sé cuánto tiempo estuvimos así, pero después de un gran orgasmo juntos, ambos nos desmayamos en el sofá.

A lo lejos, creo oír pájaros trinando en el exterior y ahora… ahora, es hora de levantarse.

Me muevo apenas y le oigo aspirar aire entre los dientes. Le miro y veo que está despierto, con el ceño fruncido. Mierda, me he olvidado de su herida.

—Ay, Anton —digo, sentándome y mirando el vendaje en su costado —. Lo siento. No me di cuenta—

—No pasa nada —dice con una sonrisa perezosa—. Estoy bien. No te preocupes por eso.

Me mira con esos ojos oscuros brillantes y no puedo evitar devolverle la sonrisa. Pero ahora que nos hemos reconciliado… ¿qué pasará ahora?

—¿Anton?

—¿Hmm?

Dudo, pensando en la Bratva de mi padre, o lo que queda de ella. Lo que eso podría significar para Anton, si es que significa algo.—¿De verdad estamos a salvo?

Su sonrisa se apaga un poco.—¿Te refieres a ti y al bebé?

Asiento.

—Nadie te va a tocar, *Devushka*. Nunca más. Mientras yo viva.

—Suenas tan seguro.

—Porque lo estoy.

Me encojo de hombros.—¿Y si decido que no quiero esto—¡Ay!

Él mueve las caderas y su polla me llama, rozando mi punto G. Aprieto mis paredes en respuesta.—No todo gira en torno al sexo.

—Tampoco molesta —responde él.

—Anton… —Él vuelve a follarme despacio y quiero que no se detenga… pero esto es serio.—Para un momento. Por favor. Tenemos que hablar de esto.

Se detiene.—Sé que no todo es sexo —dice, recorriendo mis muslos con las manos arriba y abajo—. Se trata de nosotros. Nunca quiero que te pase nada. Siempre estarás a salvo conmigo. —Me observa durante un buen rato, luego frunce el ceño.—Sabes, un rey necesita una reina.

Me río.—¿Eso es una proposición?

—Sí. —Lo dice antes de que termine.—Cásate conmigo, Natalya.

Mi sonrisa se borra. Habla en serio.—¿Estás seguro?

—Totalmente. Cásate conmigo. Hazme el hombre más feliz del mundo.

El corazón se me hincha.—Sí —digo—. Me casaré contigo.

Me inclino hacia él y le beso, tomándole el rostro entre las manos.—Ay, mi dulce *Devushka* —gime mientras me estrecha entre sus brazos, sus caderas moviéndose contra las mías, su polla despertando mi cuerpo de nuevo.

Soy suya. Toda suya. Para siempre.

32

EPÍLOGO

NATALYA

Me miro en el espejo. El vestido que elegí hace cinco o seis meses tuvo que ser ensanchado en cuanto empecé a notarme la barriga. Es de seda blanca, con un corpiño cubierto de perlas y un dibujo de flores que baja por un lado. Me encanta... o al menos, me encantaba antes de empezar mi particular viaje hacia convertirme en un armario ropero.

Me acaricio el vientre. Siento como si llevara una bola de bolos aquí debajo. Y pensar que, en los próximos meses, voy a crecer aún más.

La puerta se abre detrás de mí e Ilya entra. Lleva un vestido azul suave con una flor blanca en el pelo. Los colores que escogí le quedan fenomenal. Encajan a la perfección con el marfil intenso de su piel. Toda la mañana no ha sido más que una sombra para mí, revoloteando por la iglesia y asegurándose de que todo está en su sitio para el gran día. Desde que le conté lo de mi boda, ha sido mi principal apoyo.

Se detiene en cuanto me ve y se lleva la mano a la boca, con los ojos empañados por las lágrimas. —Dios mío, Nat.

—Para —digo, apartando la mirada de ella—. Ni se te ocurra llorar por la ballena blanca.

Ella se ríe y se acerca a mí, apartando un rizo que se me ha escapado a la cara. Llevo el pelo recogido en mil tirabuzones, recogido y cayendo por mi espalda, coronado con pequeñas flores blancas. Me mira y niega con la cabeza. —Estás preciosa. Anton va a *alucinar* cuando te vea.

Asiento y ella se separa, echando un vistazo a la habitación por un momento. Vuelvo a mirar el espejo. Anton ha sido maravilloso conmigo durante todo esto. Cada kilo que gano, él parece celebrarlo. Esta mañana, cuando me vi en el espejo después de la ducha, se acercó por detrás y me besó el cuello, con las manos sobre mi tripa.

—Más de ti para amar —susurró en ruso.

Eso me hace sonreír un poco. Al menos él sigue pensando que soy guapa. Ojalá eso no cambie nunca.

—Tienes que dejar de preocuparte por lo que te está pasando, que es lo más normal del mundo —dice Ilya, acercándome el ramo—, y concentrarte en que, en aproximadamente una hora, tu apellido cambiará a Romanov.

Es una idea bonita. —Eso estaría bien —digo—. Estoy harta de llevar el apellido de Vladimir como si fuera una maldita maleta. Si no me casara, lo habría cambiado hace tiempo.

Ella asiente. —No te culpo. Al menos la mayoría de los suyos se unieron a la Bratva de Anton.

—No les quedó otra. Nadar o hundirse, o eso decía Anton. —Me giro de nuevo hacia el espejo, intentando ver lo que Ilya ve. Soy una novia preciosa, no una ballena hinchada.

Ilya me pone las manos en los hombros. —Hazme caso. Cuando te vea entrar por el pasillo, se va a quedar boquiabierto. Se sentirá el hombre más afortunado del mundo.

Me río por lo bajo. ¿Te imaginas? La afortunada soy yo. —Eso espero. De verdad, *de verdad* lo espero. —Me giro hacia ella y digo

—: ¿Es una locura, Lee? Quiero decir, el año pasado por estas fechas soñaba con casarme con un cirujano y tener una vida tranquila y aburrida en las afueras. Ahora... —Me detengo al pillarme el reflejo en el espejo—. Madre mía. Esto va en serio, ¿verdad?

—Sí.

Muerdo mi labio, contemplando mi reflejo una vez más.

—¿Le quieres, Nat? ¿De verdad?

Asiento. —Es la única cosa de la que estoy completamente segura.

—Entonces lo demás lo irás descubriendo.

Me abraza, y me reconforta mucho. Tiene razón. Anton y yo nos queremos de verdad. Todo lo demás terminará encajando.

Ilya se separa y mira la hora en su móvil. Alza las cejas. —Te quedan unos cinco minutos. ¿Lista?

Me miro una vez más y luego suspiro. —Sí. Vamos allá. Vamos a casarme.

Salimos de la habitación y bajamos por la parte trasera hacia la entrada del santuario. Dicen que esta iglesia es antigua. Más que muchos sitios de la ciudad. El cura que nos casa incluso contó que parte de la iglesia fue traída desde Rusia durante su construcción en los años veinte. Mientras camino hacia la puerta, intento fijarme en los detalles porque siento que es importante, pero no puedo. Estoy tan nerviosa...

Oigo la música empezar. Estoy rodeada de padrinos y damas de honor que, en su mayoría, son miembros de la Bratva y sus esposas y novias. Todos van entrando por el pasillo, uno a uno. Justo antes de que Ilya entre, me guiña un ojo y me susurra: —¡Estás preciosa!

Sonrío. Dios, espero que Anton piense lo mismo.

Se van y me quedo sola. Por un instante, me asalta la locura de salir corriendo, pero la aparto. Pase lo que pase, podré afrontarlo. Como

dijo Anton una vez, soy más fuerte de lo que creo.

Comienza mi música, se abren las puertas y entro. Hay tanta gente... Amigos, familia, *tantísima Bratva*. Creo que ni siquiera todos son de Astracán. Según avanzo, los nervios me invaden por todas las miradas puestas en mí.

Entonces le veo. Anton me espera al final del pasillo, con su traje negro y corbata plateada, los ojos encendidos mientras me mira. De repente, los nervios desaparecen. Siento que floto.

En cuanto llego a su lado, él extiende la mano y coge la mía. —Estás preciosa —susurra.

—Estoy enorme —le digo.

—Eres mi reina —dice, inclinándose hacia mí—, y la mujer más bella de toda la sala. Que nunca se te olvide.

Me aprieta las manos para recalcarlo. Cuando se incorpora y empieza la ceremonia, me doy cuenta de que, después de todo lo que hemos pasado, este es mi sitio. A su lado.

—Te quiero —articulo sin voz, y su sonrisa se hace aún más grande.

—Te quiero —me susurra de vuelta.

TAMBIÉN POR LYDIA HALL

Reyes del Inframundo

Su Esposa Reacia

Padres de la Bratva

El Pequeño Secreto del Padre Bratva

Corrupt Bloodlines (SPANISH Edition)

Dangerous Games (SPANISH Edition) || Dangerous Refuge (SPANISH Edition)

Navidad Unida por Sangre

Juramento de Sangre de Navidad || Una Navidad de sangre y deseo

Corazones Lastimados

Bestia Despiadada || Monstruo Despiadado || Príncipe Diabólico

Doctores Prohibidos

La Sorpresa Doble del Zorro Plateado || Dilema laboral: El jefe atractivo || Monstruo Despiadado || Bajo sus órdenes

Los Diabólicos Hermanos Braddock

Amor Abrasador || Dime Que Me Amas || Una Segunda Oportunidad para Amar || Embarazada: ¿Quién es el padre? || Embarazada del Chico Malo

Secretos de Oficina

Nuevos Comienzos || Conexión corporativa || Atrapado en el medio || Fingiéndolo para el Jefe || Bebé nos hace tres || El Secreto del Jefe || Doble sorpresa || El Papá de mi Mejor Amiga

Atracción prohibida

El Novio de Mi Madre || El Mejor Amigo de Mi Padre || Papá Encubierto || Los gemelos del doctor || Ella Es Mía || Confianza Enredada || Pecaminosamente Tuyo

Corazones Festivos

Un Feliz Malentendido || Navidad entre Sus Brazos || Una Galleta de Navidad para un Padre Soltero || Beneficios Ejecutivos || Su San Valentín Pecaminoso

Conjunto en caja

Los Grandes y Malvados Hermanos Braddock: La serie completa